LA BÚSQUEDA

ELENA DE LA CRUZ

LA BÚSQUEDA

ELENA DE LA CRUZ

Agosto 2022
Derechos de autor ©Elena de la Cruz, 2022
Sello: Independently published
Fotos portada: Pixabay

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios.

Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin autorización por escrito del titular del *copyrigth*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler público.

«Sigue con tu mente lo que buscas,
como si ya lo hubieras encontrado.»
Viola Davis

«Negar a las personas sus derechos humanos
es negar su propia humanidad»
Nelson Mandela

Contenido

PRÓLOGO
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
EPÍLOGO
NOTA DE LA AUTORA
AGRADECIMIENTOS

SINOPSIS

Cindy Kevins vive en primera persona el asesinato de una chica muy joven que aparece huyendo de algo que ella desconoce. Su instinto de periodista y la fuerte impresión que ha sufrido la llevan a investigar, por su cuenta, el origen del suceso.

El agente especial Walter Payne no está de acuerdo con ello. Cindy se ha convertido en un incordio, sin darse cuenta de que se está poniendo en peligro.

Walter no puede explicarle todo lo que sabe, menos aún teniendo en cuenta su profesión; pero no dejará que la maten, por lo que intentará protegerla, a la vez que persiste en la búsqueda de un criminal escurridizo que siempre parece ir un paso por delante.

PRÓLOGO

La boda de Jay y Amy llegaba a su fin. El baile se había alargado hasta altas horas de la madrugada, la pareja había desaparecido pronto con la excusa de que salían al día siguiente de viaje de novios y los últimos invitados seguían bailando, bien arrimados, al son de los últimos acordes de una lenta canción romántica, rodeados de los efluvios del alcohol y el aroma de las flores. Se encontraban en Long Lake, un lago de unos 18 kilómetros cuadrados creado por el retroceso de los glaciares y plagado de calas y rocas, en un complejo de cabañas de lujo en el estado de Maine. El lugar donde, hacía casi un año, habían intentado matar a Amy.

Walter y Mary eran una de esas parejas que seguían en la periferia de la improvisada pista de baile al aire libre. Hablaban en susurros y guardaban las distancias. La música había bajado el ritmo y ahora era suave y lenta. No había sido un buen día para ellos, pero nadie se había dado cuenta. El mejor amigo de Walter y compañero en la agencia, Jay Kevins, acababa de casarse y ya llevaba unos meses trabajando en Portland, en el estado de Maine, mientras que él seguía en Nueva York. Se alegraba por él, se notaba que era muy feliz con Amy y hacían muy buena pareja. Tanto él como Mary habían apostado a que acabarían juntos; muy pronto detectaron las chispas que saltaban entre ellos, mientras protegían a Amy de un asesino en serie. Owen, otro de los agentes del departamento, apostó en contra de la pareja y perdió.

Mary estaba nerviosa. Sabía que su relación con Walter, que duraba ya un par de años, no podía seguir camuflada de amistad de cara a sus compañeros del FBI. Lo había comentado con él, pero su reacción no había sido la esperada. De hecho, había sido tan distinta a lo que había imaginado que lo que tenían, fuera lo que fuera, se estaba tambaleando por momentos. No parecía que los cimientos de aquella relación fueran muy resistentes. O ella había sido una ingenua.

—Mary… —Walter hablaba muy bajo, quedaba poca gente y no quería que nadie los escuchara— los dos sabemos que si hacemos pública nuestra relación no podremos seguir trabajando en el mismo lugar, trasladaran a uno de los dos y yo no quiero irme de Nueva York. Sé que tú tampoco.

—¿Sabes, Walter? —Mary empezaba a cansarse de sus evasivas— empiezo a pensar que todo son excusas para no dar un paso adelante conmigo. Habla claro de una vez. Si prefieres que lo dejemos…

—Quizá sería lo mejor —esa contundencia sorprendió a Mary, no esperaba una respuesta tan tajante—. Siempre he pensado en nosotros como en algo pasajero, no creo haberte hecho creer algo distinto. No me entiendas mal, estoy bien contigo, pero yo no soy como Jay; no

quiero casarme, no quiero un compromiso serio, no quiero hijos. No es por ti, Mary. Es que no lo quiero con nadie. Es posible que esta relación haya durado demasiado. Siento si me has malinterpretado, de verdad.

—¡Joder, Walter! ¿A estas alturas me sales con esto? —Mary se apartó enfadada y se giró para caminar hacia la zona de las cabañas y Walter la siguió—. Si querías fastidiarme la boda de Jay y Amy, ya lo has conseguido. ¡Dos putos años llevamos juntos! Creía que ese tiempo significaba algo.

—No es eso, es que me estás presionando y yo tengo la cabeza en otro sitio. —Walter la cogió del brazo y se internaron entre los árboles, donde nadie los escuchara.

—¿Eso significa que hay otra mujer? —solo pronunciar aquellas palabras, a Mary le dolía en medio del pecho. Si Walter la había engañado lo iba a pagar muy caro.

—¡No! No es eso… —Walter se miró las manos, inspiró hondo y soltó la bomba— en realidad, estoy pensando en aceptar un ofrecimiento que me hizo Ron hace unas semanas.

—¿Ron? —al pensar en el jefe de la agencia del FBI de Nueva York, Mary imaginó de qué iba el asunto, pero quería que Walter se lo confirmara—. ¿Qué te ha propuesto?

—Que me infiltre en el grupo que estamos investigando —Walter detectó la angustia en el rostro de Mary—. Es peligroso, pero sé que puedo hacerlo. Ya sabes que creemos que está relacionado con la trata de blancas, muchas de ellas es posible que solo sean unas niñas. Debes entender que es probable que me lleve mucho tiempo que esa gentuza se fíe de mí, pero el objetivo es llegar hasta la cumbre para desmontar todo el negocio. Voy a entrar como cliente. Te lo cuento en confianza, esto es completamente confidencial.

—Eso no es compatible con tener una novia en el FBI ¿verdad? —Mary sabía que había perdido. Para Walter el trabajo siempre iba primero y ella no había querido verlo. Se había estado engañando a sí misma.

—Exacto, debería cortar toda relación visible. Sería nefasto que me descubrieran, tanto para mí como para ti. No quiero ponerte en peligro.

—Lo cierto es que nuestra relación nunca ha sido manifiesta ¿no? —Mary tenía ganas de llorar y pensó que lo mejor era cerrar ya aquella puerta. Aceptar que no tenían futuro y que iban a dejarlo—. Seguro que te ha resultado muy provechoso tener ese proyecto a mano para decirme adiós. No lo alarguemos más, Walter, esto acaba aquí y ahora.

—No ha sido así aunque no lo creas. Lo siento, Mary… lo siento mucho.

*****

Mary se alejó hasta su cabaña y Walter se quedó dando un paseo entre los árboles, con las manos en los bolsillos. Sabía que había alargado demasiado aquella relación intermitente y secreta con Mary. Le sabía muy mal haberle hecho daño, se sentía un miserable. Siempre la había considerado una buena amiga y se sabía culpable por haber dejado que ella lo viera de otra manera. Debería haberse echado atrás hacía mucho tiempo, pero tener algunos momentos de intimidad con ella y escapadas de vez en cuando resultaba muy conveniente; ahora era consciente de que mientras para él era casi como acostarse con una amiga, sin compromiso, para Mary había sido distinto. Suponía que la boda había tenido algo que ver para que lo presionara y todo se había torcido. Quizás fuera lo mejor, seguro que se le pasaría con el tiempo.

Escuchó unas voces cercanas y levantó la vista. Estaba próximo a la zona de aparcamiento, que estaba ligeramente iluminada. Distinguió a una chica alta y rubia, lucía una media melena de un color muy claro y llevaba un vestido que brillaba, como si llevara un montón de estrellas prendidas en él. Le extrañó ese insólito pensamiento y se quedó parado mientras la observaba acercarse a su coche. Sonaba aún la música y pudo escuchar la letra de *Perfect* de Ed Sheeran.

«*When I saw you in that dress*
Looking so beautiful
You look perfect tonight…»

Entonces la reconoció: era Cindy, la hermana pequeña de Jay. Ni siquiera los habían presentado, había mucha gente en la boda, pero él recordaba haber visto su foto en casa de sus padres, en Boston. Era la pequeña de la casa y estaba en la universidad. Le pareció entender, según le dijo la madre de Jay, que Cindy estaba acabando la carrera de periodismo y que vivía y estudiaba en Nueva York. No sabía más de ella; lo que sí había descubierto es que era preciosa.

*****

Mary, pasadas unas semanas de la boda, decidió que le convenía cambiar de aires. Incluso si Walter se infiltraba en aquel grupo de delincuentes y mafiosos, seguiría en contacto con aquella oficina y lo mejor para ella sería intentar olvidarlo. Tenía algunos familiares en Boston, incluidos sus padres, y sin pensarlo demasiado pidió el traslado a las oficinas de allí. Sabía que estaban muy centrados en las estafas fiscales y digitales y ella era muy buena con los ordenadores y las bases de datos. Si había una aguja en el pajar, la encontraba.

Ron, el agente especial a cargo de la oficina de NY, no se lo puso fácil, pero al final cedió y le facilitó los trámites. Entendió que Mary se marcharía de una u otra manera. La relación entre ella y Walter durante esas semanas había sido nula, pero cada vez que se cruzaban y Walter intentaba actuar con ella como si no hubiera pasado nada, a Mary se la llevaban los demonios, por lo que decidió poner distancia. En cuanto la aceptaron en Boston hizo las maletas, tramitó el alquiler de un pequeño apartamento, concertó la mudanza y se marchó.

*****

Una vez Mary desapareció de las oficinas, Walter pudo respirar tranquilo. Le dolía ver su malestar y se sentía muy culpable. La situación se había vuelto insostenible. Para sustituirla entró en la oficina otra mujer, Laila Merrill, una morena bajita y curvilínea que había conocido hacía unos años y con la que tuvo un rollo pasajero en su momento. Una relación que coincidió con un suceso muy duro para Walter. Estaba trabajando en una operación encubierta para detener a uno de los mayores capos de un cártel colombiano. Algo salió mal y algunos de sus compañeros murieron. Recordar aquella experiencia siempre era doloroso. Se hundió y cortó también con Laila.

Ahora, al volver a verla en las oficinas, algo revivió entre ellos y alguna chispa se activó entre los rescoldos. Fue algo mutuo y se acostaron un par de veces, justo hasta que Walter se dio cuenta de estar repitiendo el patrón de lo sucedido con Mary y dio marcha atrás. Habló con Laila para dejar claras las cosas. Eran compañeros de trabajo y él iba a infiltrarse en breve en un grupo peligroso, por lo que aquello se acababa en aquel momento. Laila, por suerte, estuvo de acuerdo con él y aquel corto flirteo no pasó a mayores, por lo que su relación se quedó en una colaboración laboral.

Walter empezó a prepararse para darse a conocer en la zona donde les parecía que aquel grupo actuaba mayormente. Antes de interferir como un posible cliente, tenía que ganarse la confianza de esos pequeños secundarios que existen en todas las organizaciones para no dejarse notar antes de tiempo. También iba a cambiar su imagen y su nombre. Walter era muy alto y corpulento y desde hacía varios años se rapaba la cabeza por comodidad. Era fácil cambiar ese aspecto, iba a dejarse crecer el pelo y la barba; con su apariencia de boxeador y las futuras greñas, es posible que diera bastante miedo.

Otro tema que necesitaba rescatar eran las artes marciales. Había practicado mucho y durante muchos años, pero llevaba un tiempo sin hacerlo y quería recuperar los reflejos, era algo importante saber defenderse. Nunca había dejado las prácticas de tiro, o sea que en ese aspecto su puntería seguía siendo infalible.

Un buen número de agentes de paisano seguían investigando por

los barrios de *Brook Height* y *Boerum Hill* en el distrito de Brooklyn, vigilando los clubs nocturnos, las entradas y salidas de los tugurios mal iluminados y los sospechosos fichados que se movían por allí. Colaborarían con él, pero no tendrían contacto directo.

En esos barrios era donde patrullaba el distrito 84 del departamento de policía de la ciudad de N.Y. Walter ya había contactado con Kam Barlow, que a pesar de ser el comisario en jefe de la Gran Manzana con unos treinta y cinco mil agentes a su cargo, tenía un especial cariño a esa comisaría, ya que fue en la que él empezó su andadura. La parte trasera daba a un callejón y justo antes de la salida había un pequeño almacén inutilizado, sin cámaras ni ventanas, que utilizarían para sus reuniones secretas. Lo había comentado con John Derek, el jefe de policía en ese distrito, con el que tenía mucha confianza y éste estaba de acuerdo.

Walter y Barlow se conocían de colaboraciones anteriores y se llevaban bien, lo cual era un beneficio añadido. Sabía que podía contar con él. La condición era que muy pocas personas de la policía supieran de su trabajo, ya que de todos era sabido que, muy posiblemente, existiera algún policía corrupto en aquella zona tan problemática. Solo había que consultar las estadísticas al respecto.

Walter tenía por delante un trabajo que le gustaba hacer y que a la vez le imponía mucho respeto. No era la primera vez y entendía los riesgos. Hacía ya cinco años de aquella operación que le cambió la vida. Siempre sospecharon de un chivato al que nunca descubrieron y Walter salió muy bajo de moral de aquella experiencia. Trabajar después con Jay consiguió animarlo y casi devolverlo a la normalidad. Pero nunca más había vuelto a infiltrarse.

Hasta ahora…

*****

Mientras se preparaba para su entrada en aquel inframundo donde las bajezas humanas tomaban el mando, sabía que iba a necesitar colaboración en *Brook Height*. Conocía aquel barrio al dedillo, pero hacía demasiado tiempo que se había apartado y era hora de volver y hacerse un hueco. Sabía las teclas que debía tocar y el sonido que tenían.

Allí abundaban las bandas callejeras y eran éstas las que manejaban la información que corría por sus calles. A pesar de que ese no fuera su objetivo, se convertirían en una buena herramienta, con muchos ojos para controlar lo que a él le interesara conocer en cada momento.

Walter decidió empezar dando un paseo por aquellas calles. Habían pasado unos meses desde que tomó aquella dura decisión. Su pelo había crecido bastante, así como su barba. No se sentía él mismo

cuando se miraba al espejo, pero ya se acostumbraría. Conocía algunos bares que seguían activos y que lo pondrían en contacto con quien le interesaba: Carlos Alberto Rodríguez, conocido como *Carlitos*. Estaba seguro de que lo recordaría. Había hecho los deberes y se había enterado de que ahora era el cabecilla de la banda de los Latin Kings, una de las que dominaba la zona. Lo apodaban «el inca» o «el Rey». Walter le había salvado la vida hacía unos pocos años, cuando ya apuntaba maneras. Rememoró lo ocurrido mientras entraba en un bar y pedía una copa.

*****

Unos años antes…

«Estaba cercana la Navidad, pero en *Brook Height* no se notaba mucho. La iluminación callejera y el ambiente navideño no solían llegar a aquellos callejones donde los comercios eran en su mayoría bares, pequeñas tiendas que vendían un poco de todo y puestos ambulantes en la plaza central. La cantidad de robos había conseguido que las tiendas no tuvieran artículos con un cierto valor y que las cajas registradoras solo guardaran algunas monedas. Walter ya no vivía en el barrio, pero aquel día se paseaba por allí. Y, aunque las calles le traían amargos recuerdos de su infancia, no quería olvidar sus orígenes. Era una especie de castigo auto impuesto, las vivencias de sus primeros años lo habían marcado mucho.

Se estaba haciendo de noche cuando escuchó unos gritos no muy lejanos y voces alentando a la pelea. Estuvo a punto de desviarse y largarse a su casa, no quería problemas; pero un impulso lo acercó hasta el núcleo del alboroto. No estaba de servicio, ni esa era su zona, pero el policía que llevaba dentro le hizo moverse. Desde la esquina se quedó observando. Dos chicos muy jóvenes estaban intentando matarse. No podía definir de otra manera los golpes que dejaban caer uno sobre el otro. Los amigos de ambos los rodeaban y los incitaban a seguir repartiendo puñetazos, patadas y golpes a su contrincante, como si aquello fuera un ring de boxeo sin reglas.

Walter frunció el ceño al ver la cantidad de sangre que iba cayendo por el rostro de ambos. Si no se mataban iban provocarse una conmoción cerebral. Una vez conoció a un tipo que había quedado muy tocado por los golpes que había recibido en la cabeza y era algo muy peligroso. Tenía dificultad para hablar, pérdidas de memoria y una capacidad mental muy mermada. Si ya era gilipollas antes de la pelea, después acabo siendo un tarado de cuidado.

Se acercó con sigilo para verlos más de cerca y escuchó a los chicos. Todos parecían muy jóvenes, no creía que tuvieran más de quince o dieciséis años. Él había sido como ellos no hacía demasiado

tiempo.

—¡Dale más fuerte, Carlitos! ¡Tú puedes! —gritaban los de un bando.

—¡En medio de la cara! ¡No te rindas, Reymundo! —gritaban los del bando contrario—. ¡Mátalo!

Si aquella pelea no se paraba a tiempo, acabarían en el hospital. Justo cuando ese pensamiento le rondaba por la cabeza y sus pasos lo acercaban más al grupo, uno de los chicos cayó al suelo y se quedó inerte. Los del grupo contrario aprovecharon para darle algunas patadas más.

Walter corrió hacia ellos, a la vez que gritaba a todo volumen.

—¡Basta! ¿Es que queréis matarlo? —todos se giraron a la vez para mirarlo.

Hasta ese momento nadie se había percatado de su presencia, pero todos se quedaron parados evaluando al tío que se les acercaba. Estaba claro que lo superaban en número, pero ese hombre era muy grande y parecía estar en forma. Se miraron unos a otros, como si un lenguaje sin palabras se estuviera activando entre ellos. Walter estaba seguro de que lo atacarían todos a la vez y alzó las manos con las palmas abiertas, en señal de paz.

—No busco pelea, chicos. De verdad —señaló al chaval que seguía sangrando en el suelo— pero hay que comprobar si vuestro amigo está muerto.

—¿Eres poli? —preguntó uno de ellos.

—¡No! —mintió Walter— yo vivía en este barrio y he vuelto buscando a un amigo. Dejadme comprobar si está vivo.

Hubo un tenso momento en que se vio rodeado por un grupo, que empezaba a estar muy nervioso. Puso los dedos en el cuello del chico y detectó un pulso lento y desacompasado.

—Ha perdido mucha sangre, hay que llevarlo al hospital.

El tal Reymundo, que se estaba pegando con él, estaba en mejor estado y se limpiaba la sangre con las mangas de su sudadera. Todos lo miraron a él. Por lo que parecía, era el que mandaba ahora.

—Bien, pero te ocupas tú —Reymundo miró a su alrededor, sintiéndose vencedor—. No queremos que avisen a la pasma y nos lleven a comisaría. Yo me voy a casa.

—¿Cómo se llama el chico? —preguntó Walter y uno de los del grupo contestó.

—Carlos Alberto Rodríguez.

Los chicos se dispersaron, Walter cogió a Carlitos en brazos y lo llevó hasta la entrada del hospital más cercano. Tuvo que caminar con él a cuestas durante más de diez minutos y la mitad del tiempo lo hizo casi corriendo. La sangre seguía manando de su frente, tenía un buen corte. Su cara se parecía a la de una pintura cubista.

Cuando entró por urgencias le pidieron los datos del seguro y Walter les aseguró que lo único que sabía es que se llamaba Carlos Alberto Rodríguez y que lo había encontrado tirado en una calle desierta. Explicó que el nombre se lo había dado una anciana del barrio que sabía quién era. No quiso implicar al resto de chicos; lo importante en aquel momento era salvarle la vida. Antes de tener más problemas y que se retrasara la atención médica que precisaba, Walter aseguró a la enfermera que lo atendió, que él pagaría sus cuidados si era necesario.

Mientas se ocupaban del chico en urgencias, se sentó en la sala de espera y se preguntó porqué estaba haciendo aquello. Sí, era una cuestión de humanidad, de compasión. Pero no era solo eso. Al ver a aquel chico tirado en la calle, sangrando, se vio a sí mismo. Podía haber sido él. En su momento le echaron una mano y lo salvaron. Muy posiblemente no pudiera hacer nada más por Carlitos que curarle las heridas. La vida, dependiendo de dónde naces, de quiénes son tus padres, de tu entorno y tus experiencias, puede ser muy distinta. Lo sabía muy bien.

Pasaron un par de horas y se preguntaba por qué seguía allí. Pero quería saber si sobreviviría. Se había tomado ya tres cafés y la sala de espera parecía encogerse por momentos. No le gustaban los hospitales.

—¿Señor? —Walter levantó la cabeza al ver aparecer a una enfermera—. El chico está despierto ahora. El doctor dice que nos lo quedaremos esta noche en observación.

—¿Puedo verlo? —ya podía irse, pero seguía allí.

—Sí, claro. Lo acompaño.

Entró en una pequeña habitación ocupada con cuatro camas. Echó un vistazo. En las otras tres, los hombres dormían y uno roncaba sonoramente. Carlitos lo miró con el ceño fruncido. El pobre daba lástima. Tenía un ojo cerrado por la hinchazón que lo rodeaba, amoratado y sangrante. Su frente cosida con una larga hilera de puntos y sus puños vendados. El labio inferior partido y el superior como si le hubieran inyectado medio kilo de silicona.

—Veo qué sigues vivo —le dijo como saludo.

—¿Quién coño eres tú? —fue la respuesta del pequeño matón —. ¿Eres poli?

—No —volvió a mentir Walter y prefirió dar un nombre falso— estaba por tu barrio y me encontré con la pelea, supongo que la recuerdas. Me llamo Jason.

—¿Jason qué más?

—Jason a secas —Walter levantó una ceja a modo de advertencia. Nada de preguntas.

—¿Y Reymundo? —preguntó Carlitos.

—¿Ahora te preocupas por él? Habéis estado a punto de mataros el

uno al otro.

—En realidad somos amigos.

—Sí, ya lo he visto. Unos amigos de los que se rompen la cara en vez de discutir sus diferencias.

—Tú no lo entiendes… —fue la lacónica respuesta de Carlitos.

—Explícamelo —Walter lo miró y vio aparecer una lágrima en el ojo que aún podía abrir—. Yo viví en *Brook Height*, también fue mi barrio. Entiendo más de lo que crees.

En ese momento entró el médico que había atendido al chico.

—¿Es usted el responsable de este chico? —preguntó.

—No, solo lo encontré en la calle, parece que hubo una pelea —miró a Carlitos—. Deberíamos avisar a tus padres ¿no crees?

—Me da igual, lo único que hará mi padre es decirme que la próxima vez intente que el que acabe en el hospital sea el otro.

—Carlos… —el médico se acercó a la cabecera de la cama— voy a explicarte algo. Aparte de tu ojo, el labio partido y los puntos en la frente, tienes una conmoción cerebral. Esta vez se curará. Vas a tener mareos, vómitos y seguramente confusión. También te pueden pitar los oídos y que veas borroso unos días. Has tenido suerte porque podrías tener una hemorragia interna y estar muerto ahora mismo. Y has tenido suerte de nuevo, porque este hombre te ha visto y te ha traído a tiempo al hospital. Si no, estarías muerto. Pero nadie tiene suerte para siempre. Intenta no volver a ponerte en peligro de esta manera. Los puños no solucionan nada.

El médico se fue y Carlitos miró a Walter, que lo observaba, vigilando sus reacciones.

—Supongo que tengo que darte las gracias, aunque no entiendo que haces aquí todavía, Jason a secas —le dijo, a la vez que se llevaba una mano al ojo dolorido.

—Bueno… supongo que el doctor me ha quitado las palabras de la boca. Imagino que estarás harto de consejos, pero se puede salir de esa mierda.

—Qué tu salieras no significa que yo lo consiga —el chico cerró los ojos y Walter pensó que se había dormido, pero volvió a hablar—. Somos Latin Kings, tío, y los mayores nos han dicho que tenemos que hacernos nuestro hueco en la banda.

—¿Por qué no pruebas a ser solo Carlos Alberto Rodríguez? ¿No es ese tu nombre?

—Sí, pero ese no es nadie sin los demás. Y yo conseguiré llegar a ser el inca, el rey… —Carlitos lo miró y alargó su mano vendada— pero tú, Jason a secas, siempre me tendrás, me has salvado la vida y eso no voy a olvidarlo nunca. Tengo una deuda contigo. »

*****

Había hablado con el camarero de aquel bar y preguntó por Carlos Alberto Rodríguez. El hombre lo miró con desconfianza y le preguntó para qué lo buscaba.

—Si tiene manera de contactar con él, solo dígale que lo busca Jason, el que lo llevó al hospital hace unos años.

Había funcionado y el camarero le dijo dónde debía acudir. Le dio el nombre de una calle cercana y un número. Walter se dirigió hacia allí. Ya era de noche y muchas farolas estaban rotas. La iluminación era lúgubre y las sombras se alargaban en el suelo.

En el lugar indicado se encontró con cuatro chicos que lo esperaban. Ninguno de ellos era Carlitos. No tuvo reparos en acercarse, su capacidad en artes marciales estaba por encima de ellos.

—¿Jason? —preguntó uno de ellos y él asintió—. Síguenos.

Entraron por una puerta metálica y bajaron más de cuarenta escalones hasta llegar a un oscuro sótano. Allí estaba Carlitos sentado en una especie de trono. Le sonrió al verlo.

—Hola, Jason a secas. ¡Cuánto tiempo! ¿Vienes a cobrar tu deuda?

—Hola, Carlos —asintió Walter— podría decirse así. Necesito información de lo que ocurra en los próximos meses por aquí.

—Yo sé todo lo que ocurre por aquí ¿Qué quieres saber?

—¿Te suena el nombre de Vasili Isaev? —soltó sin preámbulos.

—¡Joder, tío! ¡Ni nombrarlo! —Carlitos lo miró con el ceño fruncido—. No nos metemos con ellos, ni ellos con nosotros. No es ninguna banda, están en una liga superior. Esos tienen mucha pasta, muchos contactos y ese tío que nombras es invisible. Nadie lo ha visto nunca y sus negocios se extienden por muchos estados. Eso sí lo sé.

—Yo también. Soy cliente suyo y creo que quiere engañarme. Yo también tengo mucha pasta ahora. No te pido que te metas con ellos, solo necesito vuestros ojos y oídos. Seguro que te llegan historias. Voy a moverme bastante por este barrio y necesito tu protección. ¿Puedo contar con ello?

—Por supuesto, Jason. Por supuesto. Yo siempre pago mis deudas.

1

TRES AÑOS MÁS TARDE…

Cindy Kevins tecleaba en su ordenador a toda velocidad. Hacía un buen rato que había anochecido y ella seguía en el periódico trabajando como una esclava. Llevaba casi dos años contratada en el *NY Independent* y se ocupaba de cubrir sucesos relacionados con la policía: atracos, robos, arrestos a delincuentes, estafas o desarticulaciones de redes de cultivo de marihuana, entre otros muchos. Cada semana tenía un abanico de posibilidades donde escoger. Lo cierto es que no faltaban delitos, incidentes o episodios que dieran para un artículo, pero Cindy estaba cansada de ver que no se la tenía muy en cuenta en aquella redacción.

Su jefe, Adam Cash, un hombre canoso y enjuto de unos cincuenta años, dedicado a su periódico las veinticuatro horas del día, tenía un humor de perros en su estado natural. Cuando se cabreaba era mejor no estar cerca. Cindy tenía claro que solicitar más espacio en su sección era una petición de alto riesgo, ya no digamos tener acceso a escribir el suplemento del fin de semana o una primera plana.

Pero no se resignaba, solo estaba esperando su oportunidad. Tenía ambición y amaba su profesión. Necesitaba un suceso de gran calado para lograr sus propósitos, algo que resultara impactante, que se colocara en portada sin tener que luchar con el resto de las noticias.

Cindy pensó en el Jefe Barlow, su contacto en la policía de Nueva York. Era un buen hombre, aunque siempre la trataba con algo de condescendencia, eso era cierto. Suponía que era debido a la antigua relación que tenía con su padre. Se conocían desde hacía muchos años, debido a la relación profesional que los llevó a colaborar en antiguo caso que abarcó a varios estados. Barlow viajó entonces a Boston y se entendió enseguida con su padre, abogado de profesión. La incipiente amistad podría haber acabado allí, pero siguieron en contacto a través de la distancia y fortalecieron los lazos. Cuando Cindy se trasladó a Nueva York, su padre no tardó en llamar a Barlow y pedirle que le echara un ojo a su niña. De eso se enteró más tarde y aprovechó la oportunidad para que colaborara con ella, a pesar de su alto cargo.

Barlow aceptó el trato, ya que prefería filtrar él mismo la información que salía de la jefatura y entregarle lo que no podía perjudicarles. Siempre iba justo de tiempo, pero buscaba un hueco para ella. Lo indispensable para tenerla entretenida. Pero al menos la recibía y le entregaba material para sus artículos, a pesar de que en los últimos tiempos todos los sucesos se parecían y no generaban

demasiado interés; era lo de siempre, más de lo mismo. En el caso que la ocupaba, un policía había resultado herido en un atraco perpetrado hacía una semana en un banco y lo había entrevistado al salir del hospital, pero la noticia tuvo lugar en el momento del atraco, por lo que ahora su artículo no tendría demasiada repercusión.

Lo que nadie sabía en el periódico era que Cindy estaba llevando a cabo, por su cuenta, una investigación extra oficial: policías corruptos. Había hablado con el Jefe Barlow sobre ello; sucedían muchas cosas en una gran ciudad como Nueva York y en los dos años que llevaba cubriendo sucesos policiales, más de uno de los agentes no le parecía agua clara. Ya llevaba demasiado tiempo con eso sin conseguir resultados, por lo que había decidido dejarlo correr, era un callejón sin salida y obtener pruebas era una quimera.

Estaba barajando todas las posibilidades. A parte de informar sobre los sucesos, le gustaba investigar por su cuenta, aunque no era nada fácil. Quizá cambiara su objetivo.

Cindy bostezó, estiró los brazos sobre su cabeza y decidió que era suficiente por aquel día. Sara, su amiga y compañera de trabajo, le había propuesto ir a tomar algo antes de irse, pero prefirió quedarse y terminar aquel escrito, a pesar de no ser urgente. Sara se dedicaba a la sección de moda y sociedad y era feliz con ello. Miró a su alrededor y se fijó en que quedaba poca gente por allí. Ahora sí le apetecía tomarse una copa, pero ninguno de los empleados que seguían en la redacción eran buenos candidatos para compartirla. Sobre todo un par de ellos que, en su momento, le habían tirado los tejos, por lo que decidió ir ella sola.

Cerró el ordenador, guardó sus gafas no graduadas que utilizaba porque le gustaban, cogió su bolso y su chaqueta y salió a la calle. Octubre estaba trayendo un aire muy fresco por las noches y se arrebujó en su chaqueta, cerrando los botones superiores. El periódico se hallaba ubicado en el distrito de Brooklyn, en Old Fulton Street, no muy lejos del puente. Cindy vivía en el barrio de Williamsburg y siempre viajaba en metro al trabajo, pero ese día le apetecía pasear. Llevaba calzado cómodo y calculó que llegaría caminando a casa en menos de una hora y, si lo deseaba, podía parar a tomarse una copa por el camino.

Mientras cogía el ascensor pensó en pasar un fin de semana en Portland en casa de su hermano Jay y su cuñada Amy, tenía ganas de verlos. Se miró en el espejo y se sonrió a sí misma, aceptando que a quien tenía ganas de ver en realidad era a Jaci, su sobrina de dos años. Era una criatura encantadora y divertida, pelirroja como su madre y con unos preciosos ojos azules como su padre. Y su sobrina preferida, aunque no tuviera rival, ya que Jay era el primero de sus hermanos que se había lanzado a la paternidad.

Tras unos veinte minutos de paseo, se internó en las callejuelas del barrio de *Brook Height* y empezó a pensar que quizá no había sido tan buena idea dar un paseo a aquellas horas. No era muy tarde, pero la zona no era la mejor para ello. Divisó un bar con un letrero de luces de neón en la entrada y se acercó para cerciorarse de si el ambiente era adecuado como para atreverse a entrar sola. No llegó a hacerlo. Un chillido de terror la sacó de sus pensamientos y la hizo girarse mirando a su espalda.

Una chica muy joven corría descalza, atravesando la calle sin mirar y gritando algo parecido a "*ajutor, ajutor*", seguido de un aullido de socorro lleno de angustia. Cindy se quedó paralizada observando a la chica que se acercaba, casi una niña. Quizás había salido del edificio del otro lado de la calle. Aunque aguzó la vista, no distinguió a nadie que la persiguiera. Fue entonces cuando un coche negro y silencioso apareció de la nada y se aproximó a la chica a toda velocidad. Todo ocurrió en un segundo. La ventanilla del copiloto bajaba el cristal tintado, una pistola asomando por ella, la mano enguantada en el gatillo, la manga de una chaqueta de cuero, una melena oscura casi inapreciable en la distancia. Un disparo, dos, tres…

Cindy vio, como en una escena a cámara lenta, el vestido ensangrentado de la chica, las balas atravesando su pecho, su cuerpo cayendo pesadamente al suelo boca abajo mientras sus ojos se quedaban en blanco, el chirrido de las ruedas girando en la calle adyacente y desapareciendo de su vista. Cuando volvió a ser consciente de que aquello no era una pesadilla, se dio cuenta de que estaba chillando y pidiendo ayuda. Sus piernas reaccionaron por fin y salió corriendo hacia ella.

Un hombre mayor apareció de la nada y se acercó con el teléfono móvil en la mano.

—¡Oh, Dios mío! Lo he visto todo —le dijo a Cindy y puso una mano en su hombro—. Acabo de llamar a la policía.

Cindy asintió sin poder pronunciar ni una palabra y tomó el inexistente pulso de la chica en su cuello. Nada, ni un signo de vida. Estaba muerta; los disparos habían impactado en su espalda y la habían atravesado, seguramente destrozando varios órganos vitales. Hilos de sangre resbalaban por la comisura de su boca y su nariz. La vista de la periodista se emborronó, nunca se había encontrado con algo parecido, jamás había imaginado que pudiera ser testigo de un asesinato en medio de la calle. Una niña asesinada. Cindy empezó a llorar desconsolada, aquello era demasiado impactante y se estaba quedando sin respiración. Apartó unos mechones muy rubios de la cara de la chica y se fijó en ella. Piel muy blanca y ojos claros; unos párpados aún entreabiertos, sin vida. Su acento, cuando pedía ayuda, le pareció eslavo o algo similar. Escuchó las sirenas, se acercaban la

policía y la ambulancia.

—¿Ha visto al tipo que ha disparado? —le preguntó Cindy al hombre mayor que seguía a su lado.

—No muy bien, la verdad. Me ha parecido que llevaba el pelo largo, pero con lo poco iluminada que está esta calle, no he podido ver nada —contestó el hombre—. Por cierto, me llamo Darrell y soy el propietario de esa tienda de allí. Estaba a punto de cerrar cuando he escuchado los gritos de la chica.

Cindy miró en la dirección que Darrell señalaba y vio la pequeña tienda de chucherías y golosinas, justo al lado del bar en el que había estado a punto de entrar. Ni siquiera se había fijado en ella. Le extrañó que no hubiera salido nadie del bar con el ruido de los disparos.

—Yo soy Cindy —casi no le salían las palabras, su corazón bombeaba como si fuera a explosionar en cualquier momento—. Supongo que la policía querrá hablar con nosotros. ¡Joder! Hemos sido testigos de un asesinato.

—Creo que a esa gente, sean quienes sean, no le gustará haber tenido testigos, aunque no podamos identificarlos… yo casi no he visto nada.

—¿Acaso sabe quiénes son? —insinuó Cindy, aunque su pregunta quedó sin respuesta. Aquel hombre también estaba muy nervioso.

No pudieron comentar nada más, en ese momento llegaron un par de coches de policía y una ambulancia. La apartaron del cuerpo de la chica sin miramientos y le solicitaron sus datos; hicieron lo mismo con Darrell. El médico que viajaba en la ambulancia certificó la muerte de la chica y avisó al forense, la iban a llevar al depósito. Hicieron muchas fotos y tomaron algunas muestras en ese mismo momento. La chica no llevaba identificación alguna y debían tomarle las huellas.

—Deberían acompañarnos para que declaren en comisaría —le dijo uno de los policías a Cindy, mientras el otro hablaba con Darrell.

—¿Pueden llevarme a la comisaría central? —preguntó Cindy.

—¿Por alguna razón? Tenemos la nuestra algo más cerca.

—Sí, verá… conozco al Comisionado Barlow, el director de la policía de Nueva York —Cindy estaba conmocionada y prefería hablar con alguien de confianza y que ya conocía—. Me sentiré más cómoda con él. Por favor.

—De acuerdo —cedió el agente y le abrió la puerta de su coche— lo avisaremos para que no dé su conformidad, es posible que esté en su casa a estas horas y no me gusta molestarlo. Pero lo haré, aunque estaré presente durante su declaración.

Cindy asintió y miró en dirección a la chica a tiempo de ver como cerraban la cremallera de la funda que envolvía su cuerpo exánime. Un escalofrío la recorrió de arriba abajo y un ligero mareo la hizo

tambalearse. Pidió un momento al policía para serenarse y echó un vistazo alrededor mientras éste hablaba con su compañero. Sentía nauseas.

Algo llamó su atención por el rabillo del ojo y aguzó la vista. En la esquina de la calle, a unos quince o veinte metros, distinguió a un hombre alto de pelo largo y negro. No veía del todo bien, pero le pareció que llevaba una chaqueta de cuero y que la miraba fijamente. Su corazón se paró un segundo y las palabras que quería gritar se atoraron en su garganta. Cuando consiguió abrir la boca, había desaparecido.

—¡Allí, allí! —les gritó a los policías—. ¡Creo que acabo de ver al asesino! ¡Es él!

Los dos policías miraron en la dirección que Cindy les indicaba y salieron corriendo hacia allí, aunque no veían a nadie. Estuvieron unos minutos buscando a alguien que pareciera sospechoso en esa parte de la calle, pero estaba desierta. En ese barrio la presencia de la policía hacía desaparecer a los vecinos de la vía pública, era lo usual.

—Solo ha sido un engaño de su mente, está muy nerviosa y le ha parecido ver a alguien —le dijo el policía— no pasa nada, no se preocupe. No hay nadie.

Cindy estaba segura de lo que había visto. Era cierto que estaba muy alterada, pero no se había vuelto loca, ni tenía visiones. Sabía lo que sus sentidos le transmitían. No insistiría, tenía claro que ese hombre ya habría huido y que el policía había sacado conclusiones erróneas. Entró en la parte trasera del coche de policía y escuchó como el agente copiloto se ponía en contacto con el Jefe Barlow. Por suerte aún estaba trabajando y le avisaron de que se dirigían hacia allí con la testigo Cindy Kevins, que acababa de presenciar un asesinato con arma de fuego en medio de la calle. Barlow les dio su autorización.

Otros dos agentes se quedaron en la zona para intentar localizar a más testigos que hubieran podido ver algo.

*****

Cindy se hallaba ante Kam Barlow, en su despacho, sentada ante su escritorio y flanqueada por los dos policías que la habían llevado hasta allí y que querían una copia de su declaración. Estaba describiendo el suceso, paso a paso, desde el momento en que escuchó los gritos de la chica y la vio correr en su dirección. Ahora tenía la sensación de que le estaba pidiendo ayuda y de que ella no había reaccionado a tiempo. Se había paralizado.

—Cindy —Barlow le cogió una mano sobre la mesa— sé que acabas de vivir un episodio traumático, pero debes intentar recordar todos los detalles que puedas, es posible que resulten de vital

importancia.

—Recuerdo el brazo saliendo por la ventana, la mano estaba cubierta por un guante de cuero negro o marrón, no podría decirlo. Era de noche y la visibilidad no era buena. La manga también parecía de piel del mismo todo oscuro. Y una melena larga.

—¿Podría ser una mujer?

—¡No, no, no! Era un hombre, eso seguro, pero no le pude ver la cara —Cindy cerró los ojos intentando recordar algún otro detalle— …quizá llevara barba… pero no estoy segura. Estaba oscuro y todo pasó en un segundo. Esa calle no tiene mucha iluminación y todo sucedió muy rápido. La pistola… ni idea, no entiendo de armas.

—Las palabras que dijo la chica "*ajutor*" me dicen que puede ser rumano.

—No soy experta en eso, pero juraría que tenía acento eslavo, de algún país de Europa del Este, o de Rusia. No lo sé.

—Vale, vamos a dejarlo por hoy —el Jefe Barlow se levantó para acompañarla al exterior— ¿Quieres que avisemos a alguien para que venga a buscarte o prefieres que te llevemos a tu casa?

—Ya sabe que mis padres viven en Boston y mi hermano en Portland, aunque creo que llamaré a mi amiga Sara, no quiero estar sola en casa esta noche. He de pedirle un favor: no llame a mi padre, se pondrá nervioso con esto.

—De acuerdo, no lo haré. Lo mejor será que te quedes con tu amiga, puedes esperarla en la sala de la entrada si quieres —contestó Barlow y se despidió también de los policías.

Cindy llamó a Sara y ésta se apresuró a ir a buscarla. Llegó enseguida y las dos se dirigieron a casa de su amiga para pasar juntas la noche.

*****

Walter llevaba un buen rato en los alrededores de la comisaría, esperando ver salir a Cindy. Había podido observarla desde la esquina de la calle donde había ocurrido el asesinato y se había cerciorado de que era Cindy Kevins, la hermana de Jay. Se preguntaba por qué remota casualidad tenía que haber sido ella la testigo de un horrible asesinato como ese. Aún no se había recuperado de la impresión al reconocerla. Ella lo había mirado en aquel momento y tuvo que desaparecer.

En ese instante vio llegar un coche que aparcó ante la comisaría. Una chica morena entró dentro y salió al cabo de unos minutos acompañada de Cindy. Walter hizo una foto con su móvil de la matrícula del coche, quería tener controlada a la hermana de Jay y a esa chica que la había recogido, debía ser su amiga. Sabía que Cindy era periodista de sucesos relacionados con la policía en el *NY*

Independent y que hablaba bastante con Barlow. Y ahora se había metido justo en medio de su investigación.

La recordaba de la boda de Jay. En aquel momento pensó que era preciosa y su opinión no había cambiado. Ese pelo casi blanco de tan rubio y esos ojos de un azul intenso. Pero ante todo era la hermana de uno de sus mejores amigos y no debería curiosear en aquel feo asunto. Y si sabía algo de los periodistas, es que les encantaba meter su nariz en todas partes. No… no había olvidado a Cindy Kevins. Si el asesino la había visto, tampoco lo haría.

Walter llevaba algo más de dos años infiltrado en el mundo que rodeaba a Vasili Isaev. A pesar de ello, no había podido acercarse lo suficiente. Sabía que era el jefe, conocía a algunos de sus secuaces de segunda o tercera fila, pero no conseguía aproximarse a su círculo de confianza. Ni siquiera lo había visto en persona, ni conocía su cara. Estaba viviendo una auténtica pesadilla y su resistencia no era infinita. No sabía cuánto tiempo más iba a poder soportar aparentar ser un cabrón de cuidado. Pelearse con los puños o a patadas, empuñar un arma o codearse con la escoria de los peores barrios, no era nada comparado con aparentar que le gustaban las niñas. Eso lo sacaba de quicio.

En todo ese tiempo había adoptado la personalidad de Tom Wolfe, un tipo depravado y pervertido, que se había hecho cliente de un cerdo que vendía pornografía infantil: Mikhail Novik, uno de los vasallos de Vasili. Podría detener a Mikhail en cualquier momento, tenía pruebas más que suficientes de su venta de películas caseras. Pero necesitaba más. Quería pillarlos a todos, hundir el negocio del mafioso de Vasili y a toda la organización, sin dejar escapar a uno solo de sus componentes. Las películas solo eran la punta del iceberg.

Walter, por desgracia, no podía trabajar de manera independiente y obviar las reglas. Dependía del FBI y colaboraba con la policía de Nueva York, pero ahora solo trataba con Ron y Barlow, los más altos responsables de ambos cuerpos y unas cuantas personas más, que se ocuparían de tenerlo localizado y comprobar que estaba a salvo. Tendría un equipo de apoyo y agentes de total confianza que le darían cobertura en determinados momentos y otros que hacían trabajos de vigilancia, éstos últimos a cargo de John Derek del distrito 84. Existían puntos secretos de encuentro y él vivía provisionalmente en una casa del FBI que era una moderna fortificación blindada, situada en el East Village. Estaba protegida con todo tipo de alarmas, cámaras ocultas y sensores de movimiento; sin embargo, aquel era el lugar donde encontraba un poco de paz. Tenía un enorme gimnasio y una piscina interior. Aquel lujo le daba la cobertura que necesitaba de hombre rico que no dudaba en gastarse grandes sumas de dinero en el negocio de Vasili. Cualquier hacker que lo investigara a fondo, encontraría que aquella propiedad era suya y podría constatar que sus cuentas bancarias eran abultadas. Todo estaba preparado para no levantar sospechas, pero a Walter le estaba costando más de lo que había esperado.

Solo le faltaba la preocupación de que Cindy Kevins se hubiera topado con aquel asesinato. El FBI ya llevaba mucho tiempo tras la trata de blancas y habían desmantelado bastantes salones de masajes, bares de striptease o servicios de acompañantes. Pero nunca era

suficiente. Por lo que sabía de Vasili, era muy cuidadoso con no tener testigos de sus fechorías y atesoraba la información bien camuflada. Ahora Cindy, aunque asegurara no haber visto nada, podía convertirse en la diana del mafioso. El hombre que había disparado desde el coche pronto estaría muerto, estaba seguro. Vasili no perdonaba esos errores. Si uno hacía un trabajo, no debían quedar cabos sueltos. Ninguno. Y los testigos lo eran.

Necesitaba pruebas contundentes para avanzar. Walter llevaba vigilando los bajos de donde salió la chica corriendo, desde hacía dos semanas. Estaba casi seguro que era un lugar de paso para ellas. La mayoría eran inmigrantes; les quitaban la documentación, en caso de que la tuvieran, amenazaban con denunciarlas a las autoridades de inmigración y las encerraban en pisos o sótanos propiedad de Vasili, aunque éstos siempre iban a nombre de empresas fantasma.

En esos lugares de paso, antes de llegar a su destino final, las mantenían drogadas. Estaba casi seguro de que cuando se realizara la autopsia de la chica, aparecerían restos de algún narcótico o estupefaciente.

Ahora esa niña había escapado y estaba muerta. Los policías que habían acudido a la llamada de auxilio no tenían idea de la vigilancia que se estaba llevando a cabo en ese sótano y otros similares. Cindy había estado en la comisaría y había hecho su declaración. Por suerte había solicitado hacerlo con Barlow. Walter decidió llamarlo, por lo que buscó su contacto apodado “Abby”, que conectaba con un móvil del jefe de policía que solo usaba con él. Contestó al primer tono.

—Dime —fue su escueto saludo.

—Sé que la periodista ha estado ahí. Borra su nombre de la declaración o cámbialo por otro. Y el del otro testigo también.

—Lo he hecho, pero los agentes que la han traído se han llevado una copia.

—Pues tenemos un problema.

—No te preocupes, son del distrito 84. Mañana avisaré a John Derek para que lo cambie él mismo. Intentaré que nos dejen el caso a nosotros y se olviden. No queremos que metan las narices. Espero que Derek no se moleste.

—Sabes que no podemos fiarnos, por mucho que me gustaría poder decir lo contrario. Tenemos que ser cuidadosos.

—Lo sé.

—De acuerdo, confío en ti.

*****

Cindy estaba sentada en el sofá de Sara, tomando una taza de té caliente junto a su amiga.

—Vete a dormir o no podrás levantarte mañana —le dijo—. No es

necesario que me hagas compañía, bastante has hecho con ir a buscarme a la comisaría.

—Cindy, somos amigas, no digas tonterías —Sara le pasó una mano sobre el hombro—. ¿Seguro que no quieres comer nada?

—Tengo el estómago cerrado, hasta el té me cuesta tragar —a Cindy se le humedecieron los ojos—. Es que ha sido horrible, Sara. No te lo imaginas; no puedo quitarme de la cabeza los ojos de esa chica. ¡Tan joven! Era casi una cría.

—Deberías tomar un calmante, estás muy alterada.

—No sé cómo explicarlo… necesito hacer algo —la cabeza de Cindy no paraba de dar vueltas—. Quiero saber que ha ocurrido, porqué han matado a esa chica, quién era el tipo del coche. La policía me ha dicho que tienen que investigar y no ha contestado a ninguna de mis preguntas, pero estoy segura de que saben más de lo que dicen.

—A ver, Cindy, es la policía —Sara no entendía la obsesión de Cindy por llegar al fondo en cualquier cosa que investigara—. Si saben algo más y no quieren decírtelo, no lo harán. Tienen muy presente que eres periodista, no van a darte material que no quieran ver publicado.

—¡Exacto! ¿Y por qué no quieren hacerlo público? Los responsables deberían saber que la policía anda tras ellos, quizás así se asustarían.

—¡Es un asesinato! Ya saben que van tras ellos. Pero si das demasiados datos, a lo mejor los ayudas a esconderse ¡yo que sé!

—Es que no puedo dejar de pensar que esa chica me pedía ayuda y yo no he hecho nada; me he quedado inmovilizada… y tampoco tengo muchos datos, ni siquiera conozco el nombre de la chica.

—¡Cualquiera se hubiera quedado paralizada, cariño! Creo que estás en shock. Si te hubieras acercado más, tú también podrías estar muerta. Una de esas balas podría haber sido para ti. Será mejor que mañana no vayas a trabajar.

—¡No! Ya sé que será lo mejor… escribiré un buen artículo. Eso haré. Uno que despierte conciencias.

A la vez que recordaba aquel hecho traumático, Cindy no podía quitarse de la cabeza a aquel tipo de pelo largo y oscuro. Es posible que la tuviera en el punto de mira, la estaba observando. No había podido verlo de cerca, pero adivinaba que era muy peligroso. La mano enguantada apretando el gatillo, la chaqueta de cuero… su intuición le decía que volvería a toparse con él. Un escalofrío le recorrió la espalda. Estaba claro que iba a pasar la noche en blanco.

*****

Walter se acababa de reunir con Barlow en su escondite habitual, el pequeño almacén de la comisaría del distrito 84.

—¿La policía sigue en el piso del que salió corriendo la chica? —preguntó Walter.

—Sí, el sótano estaba vacío, no hay rastro de más chicas, aunque han dejado muchos restos de todo tipo para analizar —contestó el Jefe Barlow—. Me han dicho que todo está muy sucio, han encontrado restos de alcohol, huellas en vasos, orina en algún colchón, sangre seca e incluso algún condón usado. ¡Ah! Y cuerdas. Suponemos que tendrán restos de ADN de más chicas, las debían atar para tenerlas controladas. Suponemos que han huido en cuanto la niña ha escapado.

—¡Joder! Esto es una mierda, Barlow. No te imaginas las ganas que les tengo a esos cabrones.

—Claro que me lo imagino, chico. Llevo muchos años tratando con gentuza como esa. He detenido a unos cuantos, pero te das la vuelta y aparecen más. Da que pensar, de verdad. Con los años acabas perdiendo la confianza en la raza humana.

—Si en los laboratorios ya iban saturados, les va a caer más trabajo. Creo que quién controlaba ese local era Mikhail Novik. Voy a detenerlo, Barlow. No puedo esperar más. En cuanto lo tenga entre rejas va a hablar, te lo aseguro. No quiero ver caer muerta a otra chica inocente en medio de la calle.

—Ándate con ojo, si se entera Vasili antes de tiempo, podemos tener problemas. Mejor que no eche en falta a su camarada. Y, lo quieras o no, vas a tener cobertura, un par de hombres vigilarán la zona por si existieran imprevistos. No estarás solo. Avísame para darme el día y la hora.

*****

A la mañana siguiente, Sara acompañaba a Cindy a su casa, ya que quería ducharse y cambiarse de ropa antes de ir a trabajar.

—Podía haberte dejado algo de ropa para que no madrugaras tanto —le comentó Sara—.

—Prefiero pasar por casa, creo que hoy cogeré el coche para ir al periódico. —Cindy miraba por la ventanilla, mientras calculaba el tiempo que podía llevarle hacer lo que estaba pensando—. Por favor, avisa a Adam de que llegaré un poco tarde a la reunión de la mañana, pero no le cuentes nada de lo que pasó anoche, prefiero hacerlo yo.

—De acuerdo, como quieras —Sara negó con la cabeza; adivinaba que su amiga ya estaba tramando algo.

Al llegar a casa, Cindy se metió en la ducha dejando correr el agua caliente sobre su cabeza y cerrando los ojos. Inspiraba hondo y el vapor caliente se mezclaba con las lágrimas que no pudo detener. No podía entretenerse, ni siquiera para dejar salir la tensión acumulada. Hizo de tripas corazón y se vistió con rapidez, se secó el pelo y se maquilló un poco a toda velocidad. Tomó un café largo y una galleta y

salió de casa.

Condujo su coche en dirección al periódico, pero se desvió para pasar por el barrio de *Brook Height*. Enseguida detectó la zona acordonada por la policía. A plena luz del día los edificios de aquella calle se veían muy deteriorados. Paredes desconchadas, algunos cristales rotos, suciedad en las aceras, persianas llenas de grafitis, olor a basura y gatos escuálidos bajo los coches. El barrio transmitía dejadez y pobreza.

Aparcó el coche muy cerca y salió. Miró al suelo y vio las oscuras manchas de sangre, ennegrecidas por el paso de las horas. Fue como revivir de nuevo aquel momento: la chica corriendo y pidiendo auxilio, los disparos, la sangre. Alguien debería hacer algo por aquella niña. Ella iba a hacer algo, aunque fuera tarde. Nada podía salvarle la vida, no a ella.

Cerca de donde ella vivía tenían lugar tragedias como esa y a nadie parecía importarle. La gente escuchaba noticias de asesinatos y no se inmutaba. Cindy pensaba que debía luchar contra la insensibilidad ante noticias tan duras como aquella. ¿Puede alguien acostumbrarse a escuchar que han violado y matado a una niña y olvidarlo en un segundo?

Se fijó en el perímetro de la cinta policial y miró fijamente la entrada de la planta baja del edificio. Seguro que la chica había salido de allí. Se acercó lo que pudo, pero la puerta estaba cerrada. Por la calle pasaba poca gente y nadie se fijaba en ella. Abrió el correo electrónico desde su móvil. Tenía varias notas de prensa, pero en ninguna de ellas aparecía el asesinato de la chica. Llamó al Jefe Barlow sin dilación.

—Dime —a Cindy le pareció que el policía esperaba su llamada y su tono de voz fue algo lacónico.

—¿Cómo es posible que en las notas de prensa no aparezca nada de lo que ocurrió ayer? —Cindy estaba indignada.

—Cindy, esto es una investigación abierta y no va a haber ni notas de prensa, ni nada parecido. Al menos de momento.

—¡No puede decir en serio que van a ocultar un asesinato a la población! ¡La gente tiene derecho a estar informada de lo que ocurre en su ciudad!

—¡Escúchame! —Kam Barlow estaba perdiendo la paciencia—. ¿Qué te parece si te digo que publicar algo ahora mismo puede provocar otro asesinato similar? Tenemos en la mira a posibles sospechosos y no queremos que sepan que estamos cerca. ¿Quieres ser la responsable de que ocurra de nuevo?

—¿En serio me va a hacer responsable de una cosa así? ¡Yo solo hago mi trabajo! ¡Quizás no pasarían estas cosas si usted hiciera el suyo! —la indignación de la periodista iba en aumento.

Se hizo el silencio y Cindy pensó que igual se había pasado con Barlow. Siempre se había portado bien con ella, pero estaba muy sensible con el tema que les ocupaba.

—No quería decir eso —quiso disculparse— es solo que estoy muy alterada con todo esto…

—Lo entiendo, pero dame un poco de tiempo. Vas a tener la exclusiva, solo voy a hablar contigo, te lo prometo. Pero no hoy.

—¿Cree que solo me interesa la noticia para tener una exclusiva? Se equivoca mucho conmigo. Quiero justicia para esa chica, eso es lo que quiero.

—Yo quiero lo mismo, créeme. Puedes tenerlo todo si me haces caso. Por favor Cindy, solo te pido unos días.

—Bien, unos días.

Cindy se avino al trato, pero no dejó de rumiar que si no daba nombres, los cuáles además no conocía, podía explicar el suceso desde un punto de vista personal. Humano.

Volvió a su coche y se dirigió al trabajo.

Cuando Cindy llegó a las oficinas del *NY Independent*, la reunión matinal había dado comienzo. A través de la pared acristalada de la sala de reuniones, detectó a todos sus compañeros y a Adam Cash a la cabecera. Su silla era la única que estaba vacía. Entró sin llamar y antes de poder disculparse por el retraso de quince minutos, varios pares de ojos se posaron sobre ella y la voz ronca de fumador de Adam, la increpó.

—Por lo visto a la señorita Kevins le importa poco que tengamos un horario estricto para ponernos al día por las mañanas ¿verdad? —Adam la miró con el ceño fruncido.

—Siento el retraso, es que… —antes de poder continuar, fue interrumpida de nuevo.

—¡Qué lo sientas no me sirve de nada! Si quieres hacer méritos en este periódico, la puntualidad en la asistencia a las reuniones es algo básico.

—Pero…

—¡Sin interrupciones, por favor, ya hemos perdido bastante tiempo! —Adam la cortó y miró al redactor de política internacional; le hizo un gesto para que continuara con sus comentarios.

Los distintos periodistas responsables de las áreas de política, sociedad, deportes, anuncios, moda y redes expusieron sus temáticas, hasta que llegó el turno de Cindy. Por supuesto, Adam la había relegado al último lugar.

—¿Qué tienes, Kevins? —le preguntó Adam, aún cabreado por su retraso.

—A ver… quiero escribir en primera persona sobre una experiencia que tuve ayer por la noche. —Se escucharon un par de risas contenidas y Cindy se irguió en su asiento, paseando la mirada entre los presentes con semblante serio—. Fui testigo de un asesinato en medio de la calle. Mataron a balazos a una chica muy joven delante de mis narices, desde un coche en marcha.

—¡Joder! —exclamó Dan, el chico de los deportes— ¡Qué fuerte!

Adam se incorporó en su silla, mirándola fijamente.

—¿Por qué no lo has dicho antes? —le gritó.

—¿Por qué no me has dejado hablar? —Cindy no solía responder de malos modos, pero su jefe empezaba a tocarle demasiado las narices.

—Quiero todos los datos y tu artículo lo antes posible —Adam ya estaba en modo exigente, como siempre.

—Tengo la experiencia de lo que vi, no sé quien era la chica, no tengo ningún nombre ni una historia completa y la policía me ha solicitado silencio por tratarse de una investigación en curso. Me ha dado la impresión de que forma parte de algo mayor y que no quieren

revelar ningún detalle porque están a punto de destapar algo gordo.

—¡La policía no va a decirme lo que puedo publicar o no! —bramó Adam—. Esto es un país libre y la libertad de prensa es sagrada.

—En eso estoy de acuerdo —contestó Cindy— pero en este caso no tengo datos suficientes ni nombres, aunque tengo algo mejor: la experiencia directa de lo que viví. Voy a redactar mi artículo en primera persona y quiero conseguir que quién lo lea se sienta implicado. Que nadie sea ajeno a lo que ocurre en las calles de su ciudad y que un asesinato a una cría inocente no se lea como un suceso más y se olvide al minuto siguiente.

—De acuerdo, supongo que no nos queda otra —contestó Adam— … de momento.

*****

Era muy pronto por la mañana y Walter, en su papel de Tom Wolfe, embutido en su traje de tres mil dólares, con su pelo recogido en una cola y a bordo de su Mercedes SL (al que Ron le había prohibido hacerle ni un rasguño), se acercaba a su destino: el local que Mikhail Novik utilizaba para grabar y vender sus vomitivas películas.

Se trataba de un garito escondido, camuflado con el nombre de *Bar & Dance* y custodiado por un gorila vestido de negro que parecía tener mucho músculo y poco cerebro. Walter se había ganado la confianza de Mikhail, pero había descubierto que, en referencia a Vasili, la información no fluía en absoluto. Era un muro infranqueable y su paciencia se estaba agotando. La única solución que le quedaba era destapar su identidad, detenerlo y hacerle hablar a la fuerza. Había contactado con Mikhail por teléfono para que se vieran a aquella hora poco usual. Pero el dinero siempre mandaba y el bielorruso sabía que era mejor tratar bien a los buenos clientes.

Saludó con la cabeza al vigilante, que le abrió la puerta sin decir palabra. Allí dentro coexistían distintos delitos: juego clandestino, habitaciones por horas, filmación de pornografía, prostitución… todo punible y censurable, pero lo abominable para Walter era el abuso a menores. La fachada de cara al exterior era un bar de copas de baja categoría, era mejor no llamar la atención. Él mismo había comprado películas, haciéndose pasar por un pedófilo, para ganarse su confianza y ahora tenía pruebas más que suficientes para empapelarlo. Y Vasili y todo su grupo caerían con él. Estaba más que hastiado de escuchar gemidos tras aquellas puertas.

Walter había reconocido a Mikhail en algunas películas. Nunca mostraba el rostro, pero ese no era el único medio para identificarlo. Tenía el tatuaje de un rayo en uno de sus brazos que se había colado por error en algunas de las filmaciones. Haber tenido que ver

imágenes que le revolvían las tripas fue el medio para conseguir el fin, pero además logró que el odio que le originaba aquel cerdo aumentara hasta el infinito.

Aquel día Mikhail estaba solo, no era el horario acostumbrado. Walter entró y lo encontró sentado en una mesa tomando una cerveza.

—Wolf, adelante —señaló la silla a su lado— siéntese.

—Hola, Mikhail —lo saludó con un movimiento de cabeza y se cercioró de que allí dentro no había nadie más.

—¿Qué buscas hoy? Tengo un par de películas nuevas que estoy seguro te van a encantar.

—Sí, claro… eres un depravado, Novik —el tono de desprecio hizo levantar la vista al aludido que clavó su mirada en Walter. Notaba algo distinto en él… algo que no le gustaba.

—¿Ocurre algo? —Mikhail se fijó en el palpitar de una vena del cuello de su cliente y en su mirada de desprecio.

—Sí… creo que es hora de poner las cartas sobre la mesa —sin darle tiempo reaccionar, Walter sacó su Glock del interior de su americana y apuntó a Mikhail entre los ojos—. ¡Sorpresa! Resulta que soy agente federal y llevo bastante tiempo investigando tus negocios.

La expresión del rostro del bielorruso cambió al instante, lo había engañado bien y no esperaba en absoluto aquella noticia de un cliente que acudía a su local desde hacía más de dos años. En su momento lo investigó y solo averiguó que era un hombre de negocios muy rico con un holding de empresas a su nombre. Vasili le dijo una vez que dudaba de él, pero Mikhail nunca lo había hecho. Su corazón se aceleró e hizo un intento de mover un brazo para sacar su arma.

Antes de conseguirlo, Walter había pateado su mano con el pie y se había levantado de la silla para agarrarlo por la camisa y apretar el cañón de la pistola entre sus cejas.

—¡Ni lo intentes! —Walter le hablaba en voz baja, no quería alertar al vigilante que seguía en el exterior—. Tengo unas descomunales ansias de matarte, me provocas un asco inmenso y si no sales de aquí sin alertar al matón que tienes en la puerta eres hombre muerto. Tengo a tres de mis hombres escondidos en las cercanías del local que no dudarán en apretar el gatillo. Podemos alejarnos de aquí tranquilamente o provocar una masacre: tú decides.

Aquella última afirmación no era ningún farol, ya que Barlow le había asegurado que tendría cobertura. Mikhail no parecía convencido, pero no se atrevió a desafiarlo por lo que asintió con la cabeza. Temblaba. Walter le hizo levantar las manos, le cogió el arma y se la guardó.

—Vamos a salir de aquí uno tras otro, tú delante de mí. Te estaré apuntando desde el bolsillo de mi chaqueta y no dudaré ni un segundo en esparcir tus sesos en la calle ¿Me has entendido? Si hay problemas,

mis hombres actuarán y tú y tu gorila acabaréis muertos.

Mikhail asintió sin abrir la boca. Walter pensó que aquellos brabucones malnacidos, en cuanto les despojabas de sus armas no eran nada. Su poder y su fuerza eran solo una fachada que alimentaban los grupos y que se esfumaban en cuanto se quedaban solos.

—Por si se te ocurre alguna idea peregrina mientras salimos, te informo de que soy experto en artes marciales, puedo reducir al matón que tienes en la puerta en un par de llaves ¿entiendes?

Mikhail asintió sin abrir la boca, ahora sus manos estaban temblorosas y empezó a intuir que su situación se estaba complicando por momentos. No tenía por qué creer en las palabras de ese tipo, pero tampoco se atrevía a dudar de ellas, era demasiado arriesgado. Es posible que encontrara ayuda dentro de la cárcel. Si lo encerraban en *Rikers*, la más peligrosa del mundo, encontraría allí a varios internos conocidos.

Siguió las instrucciones de Walter y éste lo invito a subir en su Mercedes SL, en el asiento de copiloto. Ambos hicieron un saludo con la cabeza al gorila de la puerta, que estaba entretenido mirando a una chicas que paseaban cerca de allí mientras fumaba un cigarrillo.

En cuanto entraron en el coche, Walter le puso las esposas. A mitad de camino cambiaron de coche y subieron a un turismo, antiguo y bastante sucio, que el agente ya había dejado allí aparcado para no llamar la atención. Barlow y Derek lo esperaban en su lugar de encuentro. Lo interrogarían allí antes de llevarlo a la cárcel, tenían setenta y dos horas.

Barlow lo encerró en el almacén y, junto a Derek, hablaron en privado con Walter en un despacho, pequeño y apartado, ubicado en los bajos.

—No estamos siguiendo los protocolos, Walter, y esto no me gusta —empezó Barlow.

—Tenemos mil pruebas para encerrarlo, pero tengo que interrogarlo primero. Queremos a Vasili, no lo olvides. Él es el que tiene a un montón de “joyas” como éste trabajando en su organización.

—Puedes interrogarle, pero no le pongas una mano encima o podemos tener problemas ¿entendido? —Derek no acababa de verlo claro—. ¿Qué vas a decirle cuando pida un abogado?

—Le diré que ya lo hemos avisado y que está de camino. Mikhail sabe lo que es jugar sucio, te aseguro que va a entender que debe contestar a mis preguntas.

—Voy a estar contigo —le contestó Barlow.

—Sería mejor que te quedaras al margen.

—¡No voy a hacerlo, Walter, no es negociable! No perdamos más

tiempo.

Los tres entraron en el pequeño cuarto libre de cámaras. No era necesario grabar nada, ya tenía pruebas más que suficientes para empapelar a aquel cabrón. Lo que necesitaba era llegar hasta su jefe y lo conseguiría.

—Bueno, Novik… —Walter tomó la palabra— es hora de que hablemos tú y yo. ¿Dónde se esconde Vasili Isaev?

Mikhail levantó la vista para fijarla en Walter, asustado al escuchar ese nombre.

—¡No lo sé! ¡Él nunca dice dónde está! Nadie conoce su paradero. Nunca.

—Pero tú lo has visto más de una vez ¿verdad? ¡No me mientas! —Walter sabía detectar las mentiras en los gestos de la cara.

—Solo… solo cuando aparece por alguno de los clubs. Lo hace sin avisar, no es un tipo previsible.

—Hablemos claro, Mikhail —Walter se sentó al otro lado de la mesa y cruzo los brazos sobre ella—. Nadie sabe de tu detención. Vas a contarme todo lo que sepas de Vasili y en ese caso tu estancia en la cárcel será tranquila. Si no lo haces te meteremos en *Rikers* y haremos correr la voz de que eres un chivato y un pervertido. ¿Cuánto tiempo crees que sobrevivirás en esa situación? ¿Quieres estadísticas de la cantidad de «accidentes» que suceden en esa prisión?

—¡No puedes amenazarme! ¡Quiero a mi abogado! —Mikhail estaba muy alterado, empezaba a darse cuenta de que aquella detención no le traería nada bueno.

—Tu abogado está de camino —ambos sabían que no era cierto—. El tiempo corre, Mikhail.

Walter aprovechó el momento para sacar una serie de fotografías que guardaba en el bolsillo interior de su chaqueta, en las que se podía identificar a Mikhail por su tatuaje en el brazo. Habían sido extraídas de los videos pornográficos y no eran unas imágenes agradables. Otras fotografías habían sido tomadas en esquinas de callejones oscuros y lo habían pillado en transacciones ilícitas, moviendo películas y drogas a cambio de abultados fajos de billetes. Walter las colocó en fila sobre la mesa.

Se quedaron en silencio, Walter esperando escuchar a Mikhail sin apartar su mirada de la del delincuente. Una gota de sudor resbalaba por su frente y el temblor de las manos era incontrolable. Lo tenían cogido por los huevos. No había duda de que su identidad en las fotografías. El miedo se le había enroscado en el cuerpo. Mikhail Novik empezó a hablar. Le dio datos de algunos clubs de carretera, del origen de las chicas que trabajaban en la barra, de las que escondían en las habitaciones que alquilaban por horas, de algunos puntos de recogida del tráfico de mujeres, sobre todo niñas con las que hacían

trata de blancas; todo ello aderezado con blanqueo de dinero y circulación de algunas drogas de diseño.

—¿Disparaste tú desde un coche a la chica que murió en la calle? —imaginaba que podía haber sido él.

Mikhail negó con la cabeza y dijo el nombre de uno de sus compañeros; se había venido abajo y ni siquiera fueron necesarias más amenazas para que hablara. Walter debía comprobar la veracidad de sus declaraciones, pero eso sería al día siguiente. Se había pasado casi todo el día escondido en aquel cuartucho grabando las palabras de Mikhail y haciendo preguntas. Barlow ya se lo había pasado a Derek para que lo encerrara en una celda a la espera de su traslado a la cárcel y de la notificación de la judicatura. Conseguiría que todo se tramitara lo más rápido posible y en completo secreto. Permanecería en prisión provisional a la espera de juicio y, por supuesto, sin fianza. Lo importante ahora era que nadie del grupo mafioso de Vasili se enterara de su desaparición, por lo que debían actuar con celeridad.

De momento iba a marcharse a su búnker para darse una ducha, comer algo y dormir unas horas.

*****

Cindy se había centrado en la redacción de su artículo, Adam le había dado el visto bueno y ya estaba a punto de publicarse. Aparecería en breve en el diario digital, en la publicación en papel del día siguiente y en las redes. Esperaba llegar a tocar la fibra sensible de algunos lectores, lo había escrito con esa intención. Antes de marcharse a casa lo releyó de nuevo.

«*Ayer por la noche presencié algo que nadie debería ver nunca: el asesinato de una chica muy joven, casi una niña, justo ante mis ojos. Salió corriendo de algún lugar, era de noche y gritaba asustada. Una preciosa niña corría hacia mí, aterrada por alguna razón que desconozco, pidiendo ayuda. Me miró a los ojos y no pude hacer nada. Pasó un coche negro y un hombre le disparó. La mató con tres tiros por la espalda. ¿Alguien cree que esa niña merecía morir de esa manera? Se desangró ante mis ojos, su vestido empapado en sangre y su mirada perdida en la muerte. No pude hacer nada. Medito buscando la razón por la que ocurren estas cosas en nuestra ciudad y en muchas otras. ¿Qué está pasando? ¿Nos hemos vuelto insensibles? ¿El mundo se ha vuelto loco? No conocía a esa chica sin nombre, pero me sentí como si fuera algo mío, como si fuera mi hermana… un dolor lacerante se coló en mi pecho, una angustia visceral por tantas muertes inútiles, por tanta maldad. Llorar no soluciona nada, lo sé. ¡Por eso quiero SABER, exijo SABER! ¿No lo queréis vosotros, lectores del NY Independent? Tenemos derecho a saber porqué pasan estas cosas, porqué maldita razón murió esa chica… ¿Dónde está la policía cuando*

existen estos delitos?

La gente se sienta ante el televisor a ver crímenes que permiten a los espectadores explorar los miedos en un entorno controlado, sumergirnos en la faceta más siniestra del ser humano desde la seguridad del sofá. Esto no es ficción, señores, esto es real.

Vi a un hombre sospechoso. Un hombre alto y moreno de pelo largo con chaqueta de cuero y aspecto peligroso. Quizás sea el asesino, que sigue libre en las calles. ¿Vais a quedaros de brazos cruzados ante el homicidio de una niña inocente? Yo quiero saber su nombre, entender porqué llegó a ese punto de desesperación… quiero justicia para esa chica ¿Y tú?»

Walter se despertó pronto, en cuanto el sol se coló por los ventanales de su habitación. Siempre se olvidaba de bajar las persianas. Pero tenía muchas cosas que hacer, por lo que no remoloneó y se metió enseguida bajo el agua caliente de la ducha. Estaba tomando el primer café cuando lo llamó Owen, uno de sus mejores amigos en la agencia, a su móvil secreto; el que utilizaba solamente con la policía y el FBI.

—Dime.

—Buenos días a ti también —escuchó la voz de su amigo.

—Si me llamas a estas horas no es para darme los buenos días, eso seguro. ¿Qué pasa?

—Tenemos un problema, tío. La señorita Cindy Kevins, periodista del *NY Independent*, ha publicado un artículo sobre el asesinato de la chica del grupo de Vasili. Ella no sabe eso, claro. En realidad no sabe nada. Pero el relato es emotivo y puede llamar la atención. Sobre todo porque ha detallado la presencia de quien ella considera un sospechoso y que se parece mucho a ti. Chaqueta de cuero, pelo largo, alto y moreno, con pintas de peligroso.

—¡Joder!

—¿Sabes quién es Cindy? ¿Te suena su apellido?

—Lo sé, lo sé… es la hermana de Jay. Él no conoce nada de esta operación, ni siquiera sabe que estoy infiltrado. Y así debe seguir.

—Pues estoy casi seguro de que la familia de Cindy, al completo, lee sus artículos; o sea que sabrán, si no lo saben ya, que ha sido testigo de un asesinato. Y dudo que Jay se quede de brazos cruzados.

—Esa loca se está poniendo en peligro y no se da cuenta —contestó Walter—. Ella vio, en parte, al tipo que disparó. Ya es mala suerte que llevara una chaqueta de cuero y el pelo largo. Me vio en la escena del crimen antes de irse, ya sabes que me muevo por esa zona y estaba cerca cuando sonaron los disparos. Creyó que yo era el asesino, estoy seguro.

—Lo que faltaba —Owen se quedó en silencio—. ¿No sería mejor hablar con ella y explicarle que eres de los buenos?

—¿Quieres que descubra mi tapadera ante una periodista? ¿Te has vuelto loco?

—¡No es eso! No hace falta que le expliques tu vida, solo que le quites de la cabeza que siga investigando. Si se parece a su hermano, no va a dejar piedra sobre piedra hasta que encuentre respuestas.

—Bueno… —Walter hizo una pausa— lo pensaré. Conoce a Barlow, a lo mejor él puede convencerla. A Jay, de momento, ni una palabra. No quiero que se preocupe. Vive lejos y tiene una hija

pequeña, no quiero alarmarlo.

—Bien, mantenme informado.

Cortaron la comunicación y Walter se quedó mirando a través de la ventana, reflexionando sobre la mejor solución. Que su descripción apareciera en un periódico y en las redes, relacionada con un asesinato, era una puta mierda. De acuerdo con que no era el único hombre con pelo largo y chaqueta de cuero (que iba a sustituir por otra, cuanto antes). Pero alguien de la zona que leyera el artículo, podría empezar a desconfiar de él. Le había costado esfuerzos y tiempo tener una buena relación con las bandas del barrio y ahora lo respetaban. Le pasaban información y no le convenía que empezaran a dudar de él. Si descubrían que era policía lo iban a sacrificar. Ya tenía varios papeles que cubrir y no era actor. Tom Wolfe era el tipo rico y entrajado, y en aquel barrio era solo el Jason melenudo y motero con el que nadie se metía. Más le valía que siguiera siendo así.

Incluso los hombres de Vasili podrían identificarlo y eso sí sería peligroso. Walter sabía lo que ese cerdo y sus hombres hacían con las mujeres y no quería a la periodista allí en medio, llamando la atención.

*****

Cindy había dormido muy mal. El exceso de adrenalina, el trauma por lo que había presenciado y un sueño poblado de imágenes sangrantes, le habían provocado horribles pesadillas.

Se miró en el espejo. Su piel blanca se oscurecía bajo sus párpados marcando unas ojeras azuladas. Si quería saber más sobre aquella chica debía ponerse en marcha. Primero pasaría por el periódico, cotejaría la repercusión que había tenido su artículo en las redes y en el digital y revisaría la versión impresa. Después ya vería, de momento estaba considerando cuales serían sus primeros pasos.

En cuanto puso un pie en las oficinas no tuvo que pensar mucho. Allí estaba el Jefe Barlow hablando con Adam. Los vio en una de las salas a través de las paredes de cristal. Parecían discutir. En cuanto Adam la detectó le hizo un gesto para que entrara y se uniera a ellos.

—Buenos días Adam, Jefe Barlow… —saludó Cindy.

—Hola, Kevins —contestó Adam, secamente— por lo visto tu artículo no le ha gustado a la policía y han venido a quejarse.

—Te pedí expresamente que no escribieras sobre esto, Cindy —le dijo Barlow—. Has ofrecido a los lectores la supuesta descripción del asesino y estamos ante una delicada investigación abierta. Todo está en el aire y puedes ponerlo en peligro.

—¡Pero si no tengo datos! —se quejó Cindy—. Solo he escrito un relato desde mi experiencia, algo casi íntimo.

—¡Eso puede ponerte en peligro a ti también! —contestó el policía

—. Ahora todo el mundo tiene esa descripción en su cabeza y puede sembrar el pánico. Deberías haberme hecho caso y esperar. ¡Quiero que retiréis ese artículo!

—¡Ni hablar! —rugió Adam, que había visto el gran seguimiento en las redes—. ¡No puedes pedirnos eso! El artículo se va a quedar donde está.

—Cindy, por favor —Barlow obvió el comentario de Adam y se explicó mirando a la chica— estamos hablando de gente muy peligrosa, saben que tú has escrito esto y pueden creer que viste más de lo que cuentas ¿Sabes lo que les costaría buscarte y matarte? Podrías no llegar viva a esta noche.

—¡Solo quiero justicia para esa chica! Si me matan a mí llamarían demasiado la atención, no lo harán; no es lo mismo cargarse a una inmigrante que está sola, que a una periodista estadounidense. ¿De verdad cree que van a hacer eso?

—No imaginas de lo que son capaces.

—¡Claro que lo imagino! Lo vi con mis propios ojos ¿recuerda? ¡Pum, pum! Y una niña muerta…

—Adam —el policía se dirigió entonces a su jefe— si le ocurre algo voy a hacerte responsable. ¡Retirad el artículo!

—He dicho que no voy a hacerlo.

Cindy vio como su jefe se quedaba un momento pensativo, desplazando su vista desde Barlow hasta ella.

—Cógete unos días de vacaciones y desaparece, será lo mejor —le dijo con desgana. Prefería que la chica no estuviera trabajando si tenía un «accidente». Eso le supondría menos problemas al periódico.

—¡¿Cómo?! —Cindy se levantó de la silla— ¿Por qué?

—Si ese tipo te busca, lo mejor será que estés ilocalizable. ¿No tienes familia por ahí? Pues ve a pasar unos días con ellos —Adam se encogió de hombros y puso mala cara.

—Sé que tienes permiso de armas, pero ¿Tienes un arma? —le preguntó el Jefe Barlow y ella asintió con una mueca. No le gustaban, pero su hermano Jay le hizo comprar una, aprender a disparar y tener al día el permiso. Aunque estaba escondida en el fondo de un cajón.

—Sí, hace tiempo hubo una oleada de violaciones, ya conoces a mi hermano; me la compré por orden suya, hice unas cuantas prácticas de tiro y está en un cajón desde hace un par de años.

Mientras su jefe y el policía seguían hablando de ella como si no estuviera presente, uno dándole vacaciones y organizándole la vida, y el otro indicándole que debería hacer unas cuantas prácticas de tiro, Cindy pensó que no le iría mal tener unos días libres para indagar por su cuenta, aunque le aseguró a Adam que trabajaría desde su portátil, estuviera donde estuviera y eso iba a hacer.

Mientras salía de la sala para recoger sus cosas y volver a casa, el

policía le aseguró a Adam que la tendría vigilada si no se decidía a marcharse de la ciudad.

*****

Cindy pasó por su casa, dejó el portátil del trabajo en su habitación y recordó la zona del tiroteo. Volvería allí. Recordaba el bar con el letrero de neón en el que estuvo a punto de entrar. Se llamaba *Moon bar* o algo así. Entraría y haría preguntas. Antes de volver a salir de casa, buscó la pistola que tenía escondida en un cajón desde hacía tanto tiempo. Era una mini semiautomática ultra compacta de 9 mm, que pesaba muy poco. Aún conservaba una pequeña caja con cartuchos, por lo que cargó la pistola, la aseguró y la guardó en el fondo de su bolsa de lona. No le gustaba la sensación de saber que iba a salir armada a la calle, pero se sentiría más segura si se iba a poner a investigar por su cuenta.

Cindy se acercó al barrio de *Brook Height* con su coche y lo aparcó en la esquina, justo en la calle donde asesinaron a la chica de la que seguía sin saber ni siquiera el nombre. Era media mañana y en el barrio había movimiento, no se sentía en peligro a plena luz del día. Se acercó a la entrada del *Moon bar*, que parecía cerrado. A lo mejor tendría que volver por la noche. Las luces de neón estaban apagadas, las ventanas con las persianas bajadas, pero la puerta estaba entreabierta. Llamó con los nudillos en la madera, pero nadie respondió. Abrió con precaución, un chirrido resonó en el interior y vio una luz encendida sobre la barra. Entró con pasos inseguros, que resonaron en el local vacío.

—¿Hola? ¿Hay alguien? —preguntó.

—¡Está cerrado! —escuchó un grito desde el interior, se escucharon unos pasos y se abrió una puerta lateral. Un afroamericano muy grande y orondo apareció y se la quedó mirando con el ceño fruncido —. ¿Qué quieres? El local se abre por la tarde y la noche.

—Perdone… —Cindy se sintió algo intimidada, había poca luz y ese hombre tenía cara de pocos amigos—. ¿Puedo hablar con usted un momento?

—¿De qué? —preguntó de malos modos—. No serás otro poli…

—No sé si sabe que hace un par de días mataron a una chica a tiros delante de su local —el hombre no contestó y se la quedó mirando fijamente—. Yo estaba ahí fuera y lo vi, solo quiero saber si conocía a la chica o si vio algo sospechoso. Tuvo que oír los disparos ¿verdad?

—Yo no estaba esa noche y mis empleados no vieron nada. No sé que intenta haciendo esas preguntas por aquí, pero le aconsejo que vuelva a su barrio de niña bien y se olvide de lo que vio.

—Parece que sabe más de lo que dice —se atrevió a insinuar Cindy.

—Le digo que no sé nada, solo le doy un buen consejo. A mí lo que le ocurra a usted me importa poco. Usted sabrá. Cierre al salir, por favor.

El hombre dio media vuelta y Cindy salió al exterior de nuevo. ¡Vaya viaje inútil! Se fijó en la pequeña tienda de chucherías que había al lado. Saludaría a Darrell, el hombre que presenció el tiroteo desde su local. Antes de entrar lo vio tras el mostrador. Estaba atendiendo a un grupo de cuatro niños de unos nueve o diez años que llenaban sus bolsillos de caramelos.

—¡Hola! —Al menos ese hombre la saludó de forma agradable—. ¿Qué hace por aquí?

—Hola Darrell, estoy buscando respuestas. No puedo quitarme a esa chica de la cabeza ¿No le pasa a usted lo mismo?

El hombre se quedó pensativo y se mesó la barba. Inspiró con fuerza, como dudando que contestar.

—Mira, niña, tú no vives en este barrio. Si fuera así, sabrías que por aquí lo mejor es callar. Hay muchos oídos atentos, mucha maldad por estas calles, muchas revanchas y reyertas entre bandas. Es mejor que vuelvas a tu casa y no te metas en líos.

—¿A nadie le importa esa chica? —preguntó Cindy indignada—. Creo que vivía aquí mismo, en la acera de en frente, justo delante de su tienda. ¿No la había visto nunca?

—Tú has escrito ese artículo que está corriendo como la pólvora ¿verdad? Eres periodista.

—Sí, soy Cindy Kevins… lo ha leído.

—Sí… —Darrell volvió a rumiar sin saber qué hacer, hasta que se decidió—. Había visto antes a la chica.

—¿Cómo se llamaba?

—No lo sé. En esos bajos que la policía ha dejado acordonados vivían varias chicas, no siempre las mismas —Darrell levantó la vista y miró a los ojos a Cindy—. No eran de aquí, algunas parecían eslavas, otras mexicanas. La chica que mataron había pasado alguna vez por la tienda, nunca sola. Siempre iban acompañadas por una mujer mayor. Casi no hablaban, cogían lo que querían, pagaban y se iban.

—¿Alguna vez…? —Cindy iba a preguntar, pero Darrell la cortó antes de que pudiera hacerlo. Se echó atrás, era mejor callar.

—¡No voy a decir nada más! ¡No sé nada más porque yo no hago preguntas! Te estás poniendo en peligro, chica. Mejor vete a tu casa y deja las cosas como están. Mira… —le señaló un cartel que había colgado en la puerta—. ¿Ves eso? mi local está en venta, voy a jubilarme y viviré tranquilo los años que me queden. No quiero problemas.

*****

Barlow había avisado a Walter de que Cindy iba a tomarse unos días lejos del periódico, pero él no se fiaba. No le sorprendería que la señorita Cindy Kevins metiera las narices donde no tocaba y decidió vigilarla para conocer sus intenciones. El jefe de policía no le puso objeciones. Después del artículo que había publicado, no le quedaba duda de que quisiera saber más. En ese momento estaba esperando en la esquina de la calle a que saliera de la tienda en la que había entrado. Se trataba de un callejón estrecho por el que casi no pasaba gente. Tras darle muchas vueltas había decidido hacer caso del consejo de Owen y hablar con ella para que dejara de hacer preguntas. La vio salir cabizbaja del local y acercarse justo en dirección a la esquina donde él la esperaba.

Walter salió de su escondite y Cindy casi topó con su cuerpo. Dio un brinco y levantó la cara para encontrarse de nuevo con quien ella pensaba que era el asesino de la chica. Había sustituido su chaqueta de cuero por una sudadera, pero Cindy supo que era él y se quedó paralizada, intentando coger el aire suficiente para ponerse a chillar y pedir ayuda. Los latidos de su corazón se dispararon y un hormigueo le recorrió el cuerpo de la cabeza a los pies.

Walter vio sus intenciones. Si algo no deseaba era llamar la atención en aquel barrio, donde era bastante conocido y no precisamente por su verdadera profesión. Antes de que se pusiera a gritar le tapó la boca y la arrastró hacia el callejón. Casi la llevaba en volandas y la arrinconó contra la pared.

—¡No chilles! —Walter estaba pegado a su cuerpo y sus enormes ojos azules se le clavaron en algún lugar recóndito, junto a unas inexplicables ganas de abrazarla—. No voy a hacerte daño, pero necesito que me prometas que no vas a gritar, no quiero que alertemos a nadie. ¿Entiendes lo que digo?

Cindy estaba aterrada, no era la primera vez que veía a aquel hombre, pero nunca lo había tenido tan cerca. Tampoco había escuchado nunca esa voz grave y aterciopelada, una combinación seductora que no casaba con un asesino. Recordó a la chica cayendo al suelo con tres balas atravesando su cuerpo y la pistola que llevaba en su bolsa le vino a la mente. No se sentía muy valiente, pero algo debía hacer, no iba a quedarse de brazos cruzados. Asintió con la cabeza para que el tipo liberara su boca, mientras su mano derecha se introducía en la bolsa abierta para coger la pistola con disimulo.

—Ahora vas a escucharme atentamente, yo no soy el asesino de esa chica ¿de acuerdo? —le preguntó Walter y ella asintió sin abrir la boca y con su mano agarrada a la pistola que empezó a ascender junto a su brazo. No creía ni una palabra de ese hombre.

—No te muevas si no quieres que te meta una bala en el cuerpo. —Walter notó el cañón de la pistola en su costado derecho y, en parte,

se admiró de los arrestos de esa mujer, a la vez que la consideraba una estúpida. Con un movimiento veloz y controlado le arrancó la pistola y la bolsa. La sorpresa de ella fue mayúscula.

Asustada, al ver como el arma había cambiado de manos en un segundo, Cindy abrió la boca para empezar a chillar pidiendo ayuda. Aún no era mediodía y por la calle había mucha gente; si gritaba pidiendo auxilio alguien la escucharía y quizá la libraran de ese tipo. O podía dispararle como hizo con la chica muerta.

Walter notó el momento exacto en que Cindy iba a empezar a gritar. Estaban en una zona peligrosa y ya había descubierto a dos de los amigos de *Carlitos* merodeando por allí. No podía dejar que lo vieran con Cindy y que descubrieran que era periodista, eso podía perjudicarle mucho. No lo pensó. Una de sus manos sujetaba la bolsa de Cindy con la pistola, la otra rodeaba su cintura y la mantenía con la espalda en la pared. Y aquella boca no podía chillar, por lo que su instinto lo llevó a cerrarla con la suya. Antes de que la voz de Cindy se escapara y alertara a alguien, Walter la besó con fuerza.

Algo ocurrió en aquel momento. Cindy no era capaz de procesar por qué maldita razón esos labios sobre los suyos reverberaron en la piel de su cuerpo por entero. Por qué sentía flaquear las piernas y el miedo se había convertido en ansiedad. Por qué, de pronto, tenía la certeza de que aquel hombre no quería hacerle daño. Por qué sabía tan bien el peligro y quería más. Cerró los ojos y un ligero mareo la hizo trastabillar.

Walter sintió una explosión en su interior, unas ganas desmedidas de arrancarle la ropa y, a la vez, de acariciarla como si fuera frágil. Un deseo totalmente inconveniente en aquella situación, un fuego salvaje arrullado por un mar en calma; deseo voraz y deseo de saborear sin prisas. Con un esfuerzo hercúleo se separó y la instó a callar diciendo su nombre tras aquel estallido de fuegos artificiales.

—Cindy, por favor, no grites y hablemos —ella asintió, ni una palabra podía salir en ese momento de su boca, cuando su corazón parecía atorado en su garganta.

—¿Por qué me has besado? —preguntó con un hilo de voz.

—No podía dejar que chillaras, olvídalo. —Walter apartó su melena de la cara y resopló—. ¡Yo no maté a esa chica!, es una casualidad que mi aspecto se parezca al del asesino.

—¿Por qué sabes mi nombre?

—Te llamas Cindy Kevins, eres periodista, trabajas en el *NY Independent*, vives en el barrio de *Williamsburg*, tienes veintinueve años y gran parte de tu familia vive en Boston. Sé todo eso porque te has inmiscuido en mi investigación. Soy policía. —Walter pensó que con ese dato sería suficiente, no quería confesar que conocía a su hermano, aunque necesitaba que confiara en él—. Conozco al Jefe

Barlow. Puedes preguntarle si quieres, me llamo Walter Payne.

—¡Ah!... —Cindy empezó a mirarlo con otros ojos.

—No puedes volver a escribir nada sobre ese asesinato, ni sobre mí, ni mucho menos poner mi nombre en ningún sitio, ni publicarlo —le advirtió Walter—. He confiado en ti y te he dicho mi nombre, no me falles. Te pones en peligro y me expones a mí y a mi investigación. Es peligroso, Cindy. Podrás escribir lo que quieras cuando el caso esté cerrado y los culpables detenidos, te lo prometo. Ahora vuelve a casa e intenta no pisar estas calles de nuevo en una buena temporada ¿de acuerdo?

Antes de que Cindy abriera la boca, Walter le devolvió la bolsa y la dejó allí plantada mientras volvía a su coche y desaparecía de allí.

¿Qué había sido eso? pensó mientras lo miraba alejarse.

No es que no se fiara… o quizá sí. Quería cerciorarse de que lo que le había contado ese tal Walter era la verdad. Cindy estaba de nuevo en casa, buscando en su móvil el contacto del Jefe Barlow.

—Dime, Cindy.

—¿Quién es Walter Payne? —disparó Cindy como saludo.

—¿Ya lo has conocido? —Barlow soltó una risilla— así ya sabrás que es de los nuestros. Te ha dado esa información para que no se te ocurra volver a describirlo como si fuera un asesino.

—Lo que pude atisbar del hombre que disparó desde el coche se le parece mucho, no es extraño que los confundiera. No es culpa mía.

—No, pero si vuelves a hacerlo lo estarás poniendo en peligro a él, algo que ninguno de los dos queremos. O sea que cuídate mucho de volver a detallar su aspecto. ¿Dónde te ha encontrado? ¿Ha ido a tu casa?

Cindy dudó qué contestar, pero supo que Barlow lo averiguaría de todos modos, por lo que optó por la verdad.

—Fui a *Brook Height* para hacer algunas preguntas al dueño de la tienda de caramelos y al bar que tiene al lado; por lo visto el agente Payne me estaba siguiendo. —Cindy recordaba ese momento mientras hablaba y empezó a alterarse—. ¡Me ha dado un susto de muerte! ¿Cómo iba a saber que no era el asesino? ¡Creí que iba a matarme, he estado a punto de chillar y a ese energúmeno no se le ocurre otra manera de callarme que cerrarme la boca con un beso!

—¡¿Cómo?! —exclamó el sorprendido policía—. Eso no es… no debería… bueno… No me parece normal en Walter actuar de esa manera, la verdad. Siempre ha sido muy correcto con las personas… pero no te preocupes, hablaré con él.

—¡Eso debería hacer! No me parece educado, es un abuso — mientras hablaba, a Cindy le dio la sensación de estar mintiendo, no se entendía a sí misma.

—Por supuesto… —Barlow carraspeó incómodo—. Pero debes recordar algo, Cindy: No puedes escribir sobre Walter, lo pondrías en un verdadero problema, sería realmente peligroso. Nos meterías en dificultades a nosotros y a ti misma.

—De acuerdo —cedió Cindy— pero le advierto que no voy a olvidar a esa chica y que pienso buscar justicia de una forma u otra.

Justo cuando Cindy acababa de colgar y se disponía a conectar su portátil, el móvil vibró y el nombre de Jay apareció en la pantalla. Cindy sonrió. Ya estaba tardando en llamar. Su hermano leía siempre sus artículos y apostaba a que su familia de Boston no tardaría ni una hora más en ponerse en contacto con ella.

—¡Hola, hermanito! —hizo que su voz sonara animada, no quería

preocupar a nadie—. ¿Cómo estáis?

—Eso debería preguntar yo ¿no? ¿Por qué mi hermana pequeña ha pasado por un hecho traumático y peligroso y yo tengo que enterarme por la prensa? ¿Me lo puedes explicar? —el tono de Jay no dejaba lugar a dudas, estaba cabreado.

—No te enfades, Jay. Iba a llamarte, pero he estado muy liada con todo esto.

—¿Estás bien? —ahora su tono era de sincera preocupación y Cindy respiró hondo.

—La verdad es que no mucho, ver un asesinato en primera línea me ha afectado, la verdad. No puedo sacarme a esa pobre chica de la cabeza.

—Lo entiendo, deberías desconectar ¿Por qué no te tomas unos días y te vienes a casa? Si nos haces de canguro de Jaci un par de noches, tu hermano y tu cuñada te lo agradecerán eternamente.

—¡Qué bien se te da convencerme! —contestó Cindy pensando en su sobrina—. No te aseguro nada, ya hablaremos. De momento voy a trabajar desde casa, no me han dejado otra opción.

—¿Estás en peligro? —el instinto de policía de su hermano se acababa de despertar—. Cuéntamelo todo, Cindy. Con detalle.

Ella le hizo un resumen de lo sucedido, de las conversaciones con la policía y de su último encuentro con Walter, omitiendo la surrealista parte del beso.

—¿Cómo se llama el policía? —Jay llevaba tres años fuera de Nueva York, pero era posible que conociera al sujeto.

—Walter Payne —contestó Cindy.

—¡¿Cómo?! —la sorpresa de Jay fue mayúscula, su hermana acababa de nombrar a uno de sus mejores amigos, aunque hacía bastante tiempo que no se veían. Se echó a reír y aquel nombre le quitó un enorme peso de encima.

—¿Lo conoces?

—¡Estuvo en mi boda, Cindy! Era mi compañero en los últimos años que pasé en Nueva York. No trabaja para la policía sino para el FBI.

—No ha sido tan específico conmigo. ¿Dices que estuvo en la boda? No recuerdo a ningún invitado que llevara el pelo tan largo.

—Entonces llevaba la cabeza rapada.

Cindy hizo memoria, pero tampoco lo recordaba, hubo muchos invitados en aquel enlace.

—No lo recuerdo, pero tu amiguito se ha empeñado en sacarme del medio. ¡Y yo soy periodista!

—Solo te está protegiendo, no seas tozuda y hazle caso, es un buen agente ¿de acuerdo? Hablaré con él.

—¡No! —contestó Cindy—. No quiero que le digas que soy tu

hermana.

—Te aseguro que ya lo sabe, cariño, no tengas ninguna duda.

No pasaron ni dos horas antes de que la siguiente llamada fuera de sus padres desde Boston. Le tocó repetir la historia cuatro veces más. Ahora tenía alterada a toda su familia.

*****

Cindy estuvo trabajando en casa el resto de la mañana y parte de la tarde. Buscó información sobre sucesos acaecidos en el barrio que la ocupaba. Quería averiguar todo lo que pudiera de lo que ocurría en aquellas calles. A pesar de sus indagaciones, tenía claro que nada era mejor que estar allí y preguntar a sus habitantes. Si volvía, debería hacerlo de incógnito.

Se permitió un descanso para cerrar los ojos y rememorar aquel beso. ¡Eso sí había sido inesperado y raro! Extraño y… sugestivo. Excitante. Ese hombre tenía algo, un magnetismo especial… ¡Caray! La falta de horas de sueño le estaba haciendo imaginar tonterías. Se frotó los ojos y pensó que debería cuidarse mucho de que aquel tipo, que por los caprichos del destino resultaba que era amigo de su hermano, se acercara a ella de nuevo. Era peligroso en más de un sentido.

Cindy se permitió recordar algunas relaciones de las que había tenido y que fueron muy tóxicas. No entendía cómo acababa siempre con hombres que resultaban ser lobos con piel de cordero. Parecían una cosa y eran otra. Excesivamente protectores, controladores… siempre se había sentido liberada cuando acababa con sus relaciones y se daba cuenta de que, en realidad, no estaba enamorada. Al final había decidido que lo mejor era estar sola. Tenía toda la vida por delante para equivocarse un montón de veces más.

Suponía que tener cuatros hermanos varones y ser la chica y la pequeña de la familia había influido en su manera de ver a los hombres. Recordaba sus esfuerzos por ser una más entre ellos, sin conseguirlo. Por un lado la excluían de sus juegos por ser una chica y por otro la protegían en exceso. ¡Lo que le llegó a costar que algún chico se le acercara en el instituto! Siempre estaba cerca alguno de sus hermanos para fastidiarle el plan. La mayoría de sus compañeros de colegio la rehuían para no tener problemas con su familia. Los quería mucho y eran buenas personas, sabía que se preocupaban por ella, pero si estaban cerca no la dejaban vivir su vida. Por eso se mudó a Nueva York en cuanto acabó la carrera y encontró trabajo. Necesitaba distancia y descubrir quién era Cindy Kevins por ella misma. Sus padres aún no habían entendido su decisión, pero ella estaba descubriendo que se gustaba y que podía vivir como quisiera sin dar explicaciones a nadie. Cosa que acababa de hacer por teléfono ante

toda su familia. Pero, bueno… eran ellos y la querían.

*****

Walter estaba en su casa quemando calorías en el gimnasio que tenía instalado en una de sus habitaciones. Sudaba como un cerdo y golpeaba un saco de boxeo con fuerza. Llevaba su melena recogida en una coleta y la camiseta empapada pegada al cuerpo. Con cada puñetazo que daba recordaba el beso que le había dado a Cindy y se cabreaba consigo mismo.

Empezó siendo una maniobra táctica para que no chillara y acabó siendo algo muy distinto. ¿A quién se le ocurriría hacer algo así? ¡Era la hermana de Jay! Si su amigo se enteraba de aquello, iba a hacerle una cara nueva. Pensó por enésima vez que lo mejor era olvidarlo, aunque su precioso rostro se le seguía apareciendo como si fuera un fantasma.

Al recordar a su amigo, pensó que le debía al menos una llamada desde hacía tiempo. Cogió una toalla y se secó la cara. Lo mejor sería meterse en la ducha y después dormir unas horas.

El ejercicio y el agua caliente consiguieron relajarlo. Pensaba en las respuestas que le había dado Mikhail en los interrogatorios. Sí, le había dado datos de locales y clubs, de cómo escondían a las chicas en pequeños grupos en pisos pequeños, de cómo las distribuían más tarde por distintas ciudades y pueblos, del funcionamiento del grupo. Pero no conseguía llegar a Vasili. Parecía una búsqueda infructuosa. Mikhail seguía negando que tuviera su localización y eso lo tenía en vilo. Su respuesta siempre era que se movía mucho y que los puntos de encuentro siempre variaban, pero Walter estaba seguro de que podía sacarle la manera de contactar con él.

Se disponía a comer algo en la cocina cuando Ron lo llamó. Era tarde, lo que significaba que no eran buenas noticias.

—Dime —contestó.

—Tienes que venir a la cárcel ahora mismo, es por Mikhail. Por la puerta de atrás y vigila que nadie te vea. Te estaré esperando —fue el escueto mensaje de Ron, que al momento siguiente colgó sin dar lugar a réplica.

*****

En cuanto entró de incógnito en la cárcel y se encontró en una pequeña habitación con Ron, sus esperanzas de localizar pronto a Vasili desaparecieron.

—Mikhail está muerto —fueron sus palabras.

—¿Cómo ha muerto y por qué, joder? —preguntó un exasperado Walter.

—Ha conseguido afilar una cucharilla de café y se ha cortado las venas. Ha muerto desangrado —Ron estaba igual de abatido.

Unos nudillos llamaron a la puerta y se escuchó la voz de Barlow que preguntaba si estaban allí.

—Pasa —Ron la abrió la puerta— le estaba contando a Walter lo ocurrido con Mikhail.

—Sí… una faena —Barlow se sentó junto a ellos.

—¿No estaba aislado? —Walter no entendía cómo era posible un suicidio, si estaba vigilado.

—Creemos que le llevaron dos cucharillas por error y birló una para afilarla con la pata metálica de la cama. El vigilante que se llevó la bandeja de la comida no echó en falta ningún cubierto. Al menos esa es la explicación oficial. Quién sabe si alguien puso otra cucharilla a posta.

—¿Puedo hablar con el vigilante? —preguntó Walter.

—¡No! —fue la respuesta automática de los dos policías—. No sabemos de quién podemos fiarnos. ¿Y si el vigilante está comprado?

—Nadie puede verte por aquí, lo sabes. —Barlow carraspeó—. Yo me ocuparé de indagar en la cárcel sin hacer mucho ruido.

—¡Hemos perdido el tiempo! —Walter estaba harto de encontrar tantas trabas en el camino—. Al menos tenemos algo más de información, pero no he conseguido averiguar el paradero de Vasili.

—Mala suerte —dijo Ron.

—No es solo eso y ambos lo sabéis. Si me lo hubiera llevado a mi casa os aseguro que hubiera hablado.

—¡Esa no es la manera, Walter! Las pruebas obtenidas mediante coacción son inadmisibles ante un juez.

—Lo sé, lo sé… pero es que… ¡joder! Era el tipo ideal para llevarme hasta arriba, Mikhail era importante. Y ya veremos lo que ocurrirá cuando se enteren de que está muerto.

—Te prometo que investigaremos a fondo sobre lo ocurrido —dijo Barlow.

—Ya, pero a mí ya no me servirá de nada.

—No dudes de que otro ocupará el lugar de Mikhail —le dijo Ron.

—Si crees que voy a ganarme al próximo capullo al que ponga en su lugar comprando más pornografía infantil y teniendo que ver esas imágenes ante él, te aseguro que no voy a hacerlo. ¡Estoy harto de esa mierda!

*****

Cindy empezó a trabajar desde casa a la mañana siguiente. Le resultaba extraño no tener el rumor constante de sus compañeros a su alrededor hablando por teléfono, comentando las noticias o tomando café. En la soledad de su pequeño despacho, sentada cerca de la

ventana que daba a una agradable plaza llena de árboles, intentó concentrarse en la lectura de las notas de prensa del día y los correos. Su mente no dejaba de pensar en aquella chica muerta, sus dedos hormigueaban por las ganas de seguir escribiendo sobre ello, sus pies se movían inquietos deseando volver al lugar de los hechos.

No lograba concentrarse, por lo que llamó a su amiga Sara para desahogarse. Tras una corta conversación, Sara le propuso quedar a la hora de comer, indicándole que ella se acercaría a su casa.

A mediodía ambas se encontraron en la esquina de su calle, en un pequeño restaurante en el que servían comida casera y donde los dueños eran un matrimonio muy agradable. Pidieron ensaladas y pollo al curry y Sara instó a Cindy a sincerarse.

—Te he notado muy nerviosa al teléfono ¿Qué te pasa?

—Estoy alterada desde que vi morir a esa chica, supongo que es normal ¿no? —Cindy ni siquiera tenía hambre, parecía que se le había cerrado el estómago—. Encima me tienen aislada en mi casa porque se supone que quién mató a esa chica podría tomarla conmigo por haberlo visto.

Le relató a su amiga todo lo ocurrido después, incluso su encuentro con Walter, aunque omitió su nombre, pero no aquel inesperado beso.

—¡Caray! ¡Vaya manera de callarte la boca! Intenta mirar la parte positiva, chica; trabajar desde casa te ahorra un montón de viajes. —Sara la miró con cara de circunstancias, conocía a Cindy lo suficiente para saber que no aguantaría mucho allí—. Tienes ojeras.

—No duermo muy bien, a veces tengo pesadillas que me despiertan de golpe y me desvelan —miró a Sara e intentó que la comprendiera —. Tú has leído mi artículo, sabes que esto me ha afectado mucho. ¿Qué harías en mi lugar? ¡Voy a investigarlo de una manera u otra! ¿Qué más puedo hacer? ¿Quedarme de brazos cruzados como si no hubiera pasado nada?

—No sé lo que yo haría, nunca me he encontrado con un suceso parecido en primera persona —le respondió Sara y cogió una de sus manos sobre la mesa— pero te conozco desde hace mucho y sé que vas a tirarte de cabeza. Ten cuidado, Cindy… por favor. En todos los sentidos, tanto con ese matón como con el poli ¿vale? Será un gran artículo cuando puedas escribirlo, de eso no me cabe ninguna duda.

Cindy no tardó ni una hora, desde que su amiga había vuelto al periódico, en decidirse a salir a indagar de nuevo. Había escrito un insulso artículo por la mañana para cubrir su columna y le había enviado un email a Adam indicándole que seguiría investigando. Sabía que él no le pondría pegas, lo único que le interesaba eran los lectores, la audiencia, las suscripciones y las ventas de su periódico. Si quería encontrar respuestas no iba a hacerlo desde el salón de su casa ni buscando por internet. Las calles le darían el rastro que andaba husmeando.

Se vistió adecuadamente para aquella salida improvisada con los vaqueros más viejos que tenía, una camiseta negra y ancha y unas zapatillas de *running* por si se hacía necesario correr. Se recogió la media melena en una corta cola de caballo y, con una pequeña mochila al hombro y unas gafas de sol sobre la cabeza, se encaminó al metro.

En menos de media hora estaba de nuevo en el barrio de *Brook Height*, muy cerca de la tienda de chucherías de Darrell. El letrero "En Venta" seguía allí y no quiso volver a importunarlo; estaba segura de que el hombre sabía más de lo que decía pero, antes de presionarlo de nuevo, prefería hablar con otras personas. Se fijó en el piso del que había salido la chica corriendo, que seguía acordonado. Pasó muy cerca para observar si había algún cambio y detectó una de las persianas que daba a la calle, abierta. No era mucho espacio, pero los cristales estaban rotos y la persiana subida dejando un hueco de un par de palmos. Se le estaba pasando por la cabeza colarse en el piso, aunque había demasiada gente en la calle y sería demasiado visible. Quizá cuando oscureciera un poco…

Al darse la vuelta para pasear por la calle adyacente, vio a una mujer mayor que salía de un portal cercano. Se acercó para hablar con ella y la mujer levantó el bastón que utilizaba para apoyarse al caminar y lo plantó en el pecho de Cindy.

—No se asuste, señora, no quiero hacerle daño —Cindy levantó las manos abiertas— solo quería preguntarle si conocía a la chica que mataron el otro día, estoy intentando saber qué ocurrió.

—Ya he hablado con un par de policías —contestó la mujer bajando el bastón—. ¿Eres una camuflada de esas?

—No señora, soy periodista —Cindy le sonrió buscando su complicidad, aunque la mujer seguía con el ceño fruncido—. Me gustaría saber quién era esa chica.

—Solo una pobre niña, eso era —la mujer negó con la cabeza—. Mejor que vuelvas a tu casa, hacer preguntas en este barrio es peligroso.

—¡Todo el mundo me dice lo mismo! ¿Qué pasa en este barrio?

—¿No tienes ojos? ¡Mira a tu alrededor! —la mujer apoyó el bastón en el suelo y paseó la vista por la calle hasta fijarla en una pared llena de grafitis—. Las bandas lo dominan todo, la gente vive asustada por aquí… vete a tu casa, es lo mejor para ti.

Antes de que Cindy pudiera decirle nada más, la mujer se alejó andando a una velocidad que le hizo darse cuenta de que no necesitaba el bastón, de que solo era un medio para defenderse si la atacaban. Cindy caminó unos pasos y se paró ante la pared decorada de grafitis de colores. Algo llamó su atención.

Entre figuras de animales, ojos sangrientos, puñales y letras sin sentido, un nombre: *Carlitos*. En grandes letras rojas y negras, que le recordaban a la fuente *Street Writer*, supo que ese nombre significaba algo allí. Al lado, en letras algo más pequeñas, ponía «el inca». Bajo ese nombre había otro: *Reymundo* y a su lado «cacique supremo», seguido del nombre de *Alfonso* y su puesto de mando: «corona real».

Cindy escribió, hacía ya más de un año, un artículo sobre la banda de los Latin Kings y conocía bastante sobre su ostentosa jerarquía y su sistema de reglas. Aquellos tres cargos eran, sin duda, los más altos dentro de la banda y allí estaban sus nombres. Se alejó un poco de la pared para hacer una foto con su móvil. Recordó que cualquiera por debajo de estos niveles era solo un soldado sin título que debía ganarse los galones mediante una lealtad a prueba de bombas hacia sus superiores jerárquicos.

Con aquella información en su cabeza y las fotos en su móvil, Cindy llamó a algunas puertas cercanas buscando información, lo que resultó frustrante e infructuoso. O no le abrían o, en caso contrario, nadie sabía nada y la despachaban con rapidez. Lo cierto es que detectó el miedo en más de una persona, la gente estaba asustada.

*****

Walter recibió una llamada de uno de los policías de paisano de Derek, que patrullaban las calles de *Brook Height*.

—Dime.

—La periodista está otra vez por aquí metiendo las narices y haciendo preguntas —su informante soltó la parrafada, le envió su ubicación y colgó.

—¡Mierda! —exclamó Walter para sí mismo.

Creía que Cindy estaba trabajando desde su casa y que cumpliría con lo que le habían pedido. Pero esa mujer hacía lo que le daba la gana, estaba visto. Le envió un mensaje al jefe de policía, si Cindy Kevins cruzaba la línea no tenía ni idea de dónde acabaría el día; pero él sí.

En un arranque de irritación extrema, Walter salió de su casa,

cogió su moto para tardar lo menos posible y puso rumbo a Brooklyn, preguntándose por qué aquella mujer insistía en ponerse en peligro. ¿Era idiota o qué le pasaba?

Cuando llegó a las proximidades del lugar indicado, disminuyó la velocidad y vigiló las calles hasta localizarla. Llevaba el casco puesto, por lo que ella no lo detectó. Aparcó la moto cerca de ella y se aproximó por su espalda. Repasó su cuerpo de arriba abajo, sintiendo ese deseo instantáneo que ella le despertaba, y la vio consultar su móvil sin que hubiera reparado en él. Iba a decirle algo cuando ella empezó a andar hacia la zona acordonada del piso de la chica asesinada. Le extrañaron sus andares decididos y la siguió a una cierta distancia. Walter se desvió para seguir mirando sin ser visto. Abrió mucho los ojos cuando la vio saltarse la cinta policial y colarse en el piso a través de una ventana rota. Aquello estaba llegando demasiado lejos y él no iba a permitirlo.

Se sacó el casco, lo aseguró a la moto y se acercó a la puerta. Cogió de su bolsillo una navaja multiusos y ensartó uno de sus útiles en la cerradura, mirando a su alrededor e intentando pasar desapercibido, lo cual no era fácil debido a su envergadura. Tardó solo unos segundos en abrir la puerta y entrar, cerrándola a su espalda. Cindy se había metido en una de las pequeñas habitaciones y ni siquiera lo había oído. Le habló y ella dio un respingo y un pequeño chillido, aunque enseguida reconoció su voz.

—¿Otra vez por aquí? Creía que Barlow te había avisado del peligro que corres en estas calles si vas haciendo preguntas y colándote donde no debes. ¿Sabes que acabas de infringir la ley? —sacó de su cazadora unas esposas y las hizo tintinear—. Quedas detenida por allanamiento de morada, Cindy Kevins.

—¡No serás capaz! —Cindy caminaba hacia atrás intentando alejarse de Walter que parecía muy cabreado—. Solo quería averiguar algo más sobre la chica.

—¡Tú no eres policía y estás interfiriendo en la investigación! ¡No puedes hacer lo que te dé la gana! ¿Entiendes? Estarás más segura en la cárcel.

—Llamaré a mi hermano, es…

—¡Jay Kevins! ¿Crees que no lo sé? Es mi amigo, fuimos compañeros durante mucho tiempo. ¡Lo que no sabía es que tenía una hermana metomentodo que es como un dolor de muelas!

—¡Yo solo cumplo con mi trabajo! —Cindy estaba indignada con aquel bravucón que balanceaba las esposas ante sus narices y se acercaba lentamente a la vez que ella retrocedía.

—¡Y yo con el mío!

Sin darle tiempo a que se alejara más, Walter la cogió por las muñecas y le puso las esposas.

—Vas a subir a mi moto y te voy a llevar con Barlow. ¿Podrás aguantar sin caerte?

—Puedo conducirla, si quieres. Lo he hecho muchas veces —Cindy recordó su pequeña moto, que había dejado en Boston y que no se parecía en nada a aquel monstruo.

—Estás loca si crees que voy a dejarte llevar mi moto —replicó Walter, mirándola con superioridad.

—Ni siquiera me has leído mis derechos, quiero un abogado. —Cindy levantó la barbilla y lo miró con odio, sus ojos azules echaban chispas. Por alguna extraña razón que no llegaba a comprender, a Walter le volvieron a entrar ganas de besarla y hacerla callar. Sabía que no debía hacerlo y le supuso un esfuerzo hercúleo no cerrarle la boca de aquella manera tan poco ortodoxa.

—Tienes derecho a guardar silencio. Cualquier cosa que digas puede ser usada en tu contra en un tribunal de justicia. Tienes derecho a hablar con un abogado y que esté presente durante cualquier interrogatorio. Si no puedes pagar un abogado, se te asignará uno de oficio. ¿Te ha quedado claro? —Walter la arrastraba de un brazo y la hizo salir a la calle, mirando primero que no pasara nadie en aquel momento. No le interesaba que lo vieran esposando a nadie.

—No puedo ir en la moto con las esposas puestas —se quejó Cindy.

—De acuerdo —cedió Walter— te las quitaré pero te advierto que si haces el más mínimo intento de escaparte, te juro que te alcanzaré y será peor para ti.

Cindy asintió con la cabeza, el ceño fruncido y las lágrimas retenidas a base de fuerza de voluntad. Apretó las muelas y reprimió las ganas de chillar, ya llegaría su momento y se llamaría venganza. Walter subió a la moto y le indicó con un movimiento de cabeza que subiera detrás. Le dio el único casco que llevaba a ella.

—¡Agárrate! —fue su única palabra antes de arrancar.

Cindy no quería tocarlo ni aproximarse, pero la moto era grande y ella no se sentía segura. En cuanto rodeó el cuerpo de Walter con sus brazos y notó como se tensaba, supo que podía ponerlo tan nervioso como quisiera y sonrió para sí misma. Abrió las palmas de las manos sobre su abdomen y, como si fuera algo involuntario, las fue bajando muy lentamente hasta dejarlas reposar sobre su cinturón. Walter sabía lo que estaba haciendo aquella bruja y apretó el acelerador, con lo que consiguió que aún se agarrara más fuerte.

En cuanto llegaron a la comisaría central y se colaron por la puerta de atrás, donde Barlow los esperaba, Cindy se quitó el casco y empezó a echar sapos y culebras por la boca, dirigiéndose al Jefe Barlow.

—Éste hombre de aquí —señaló a Walter que la miraba con el ceño fruncido— me ha detenido sin motivo, me ha puesto las esposas. Voy a denunciarlo por arresto improcedente, agresión y secuestro. Casi me

mata en el camino hacia aquí, se ha saltado cualquier límite de velocidad permitido y… ¡voy a publicar todo esto!

—No vas a hacerlo, Cindy —el jefe Barlow se estaba empezando a cansar de aquella chica, a la que había cogido cariño con el tiempo, pero que nunca hubiera adivinado que fuera tan empecinada—. Ni se te ocurra publicar el nombre de Walter o yo mismo te voy a meter en una celda y no hablo en broma.

—¿Has cogido algo del piso? —Walter cogió su bolso y lo abrió sin permiso mientras Cindy protestaba. Sacó una pistola del interior—. ¡Vaya! Al menos vas algo protegida ¿Sabes disparar?

—Si quieres te pones de diana y te lo demuestro —Cindy miró a Barlow—. ¿Va a dejar que registre mi bolso? No he cogido nada, en ese piso lo único que había era mugre y unos cuantos colchones pringosos.

—¡Basta ya! —Barlow se estaba empezando a cansar de aquellos dos, por lo que decidió que debía hacer algo para que Cindy estuviera más controlada—. Ya sé que tienes un arma y me parece bien que la lleves contigo en la situación en que te encuentras. Pero quiero estar seguro de que sabes usarla. Irás al campo de tiro con Walter tres días a la semana hasta que me asegure que puedes defenderte. ¡Y nada de volver a investigar por tu cuenta! ¿Estamos?

—¡No voy a hacer de canguro, ese no es mi trabajo! —Walter le gritó a Barlow, dio media vuelta y se largó.

—Bueno, Cindy, lo siento pero tú te lo has buscado. Tengo aquí una orden de arresto —Barlow miró su móvil— y hay que seguir los protocolos establecidos.

—No hablará en serio ¿no?

Pero lo hacía. La encerraron en una pequeña habitación, una mujer policía entró para cachearla y la dejaron esperando. No sabía qué iba a ocurrir pero, por si acaso, pidió de nuevo un abogado. Aquella situación era absurda. Walter Payne se las iba a pagar todas juntas.

En el rato que estuvo allí dentro pensó de nuevo en la chica muerta. El piso daba pena verlo, todo estaba viejo y sucio. ¿Y si lo que tenía era un marido maltratador? En ese caso seguro que estaba bien escondido. Pero la habían matado desde un coche en marcha. Y el coche era lujoso, no se veía acorde al piso cochambroso. No parecía muy factible. A no ser que fuera uno de los miembros de la banda de Latin Kings. En cuanto saliera de allí iba a investigar sobre aquella banda callejera.

Cuando se abrió de nuevo la puerta, quien entró fue Ron Tirrell, en cuanto lo vio supo quien era: el antiguo jefe de Jay y supuso que de Walter.

—La última vez que te vi llevabas un vestido brillante y tu hermano se estaba casando —le dijo— ¿Qué haces aquí?

—Aún no lo tengo muy claro, la verdad —contestó Cindy—. ¿Por qué le han hecho venir a usted?

—Tanto Walter como Barlow me han dicho que tienes algunos problemas con la autoridad y me han pedido ayuda —se le escapó una sonrisa—. Dicen que no obedeces a nadie y que no eres consciente del peligro que corres. Voy a solucionar eso.

—¿Ha olvidado mi profesión? ¡Soy periodista!

—Si sigues por ese camino pronto serás una periodista muerta. ¿Eso te sirve de algo?

—Contésteme a una cosa: ¿A alguien le importa la chica que murió? ¿O van a olvidarla como si nada?

—Cindy, vemos a chicas como ella cada día y hacemos todo lo que podemos, pero nunca es suficiente. Estamos intentando que muchas otras no acaben muertas, que tú no acabes muerta. Deja de meterte en medio ¿de acuerdo? Si no me haces caso voy a hablar con Jay y a pedirle que te lleve con él a Portland o dónde sea.

—¿Todo el mundo se cree con derecho a mangonearme? —al ver la expresión circunspecta de Ron, supo que hablaba en serio y ella quería salir de allí cuanto antes— de acuerdo, esperaré a que los polis me dejen hacer mi trabajo…

Walter seguía la conversación desde la ventana de cristal espía y se le escapó una sonrisa con esa respuesta. Se notaba de lejos que le estaba dando la razón a su jefe para que la dejara en paz. Ron se despidió y salió del despacho. Lo que Walter no esperaba era que Cindy se echara a llorar; se tapó los ojos con las palmas de las manos, se encogió sobre sí misma y su espalda se convulsionó debido a los sollozos. Walter notó un pinchazo en medio del pecho, como si le faltara el aire. No quería verla así, no era aquello lo que buscaba. A lo mejor se había pasado con su detención y la situación la había superado. Cuando estaba a punto de entrar corriendo para consolarla, Cindy se apartó las manos de la cara, miró hacia el espejo con el ceño fruncido y le sacó la lengua, abriendo mucho los ojos. No detectó ni una lágrima. La muy bruja había imaginado que estaba allí aunque no pudiera verlo.

Walter no quería pasar tiempo cerca de Cindy en el campo de tiro ni en ningún otro lugar. Ya tenía claro que cuando esa mujer estaba cerca solía tener dos reacciones: o lo sacaba de quicio o lo ponía muy cachondo. No le convenía ninguna de las dos cosas. Pero Barlow le había pedido expresamente que comprobara su puntería y así, de paso, la tendría más controlada. A cambio, el jefe de policía le estaba haciendo el favor de vigilar que no se filtrara al exterior el suicidio de Mikhail en la cárcel. Había hecho correr la voz, dentro de la prisión, de que seguía en aislamiento en otra cárcel. Dejaría pasar el fin de semana y el lunes siguiente intentaría llevar a Cindy a probar su puntería, se lo había prometido al jefe de policía. Esperaba que no fuera un desastre y acabar pronto con aquella historia.

Cindy estaba en su casa buscando un vuelo a Portland, había decidido que necesitaba un paréntesis y la compañía de la familia. Reconocía que su estado de constante alteración no era bueno para ella ni para nadie. Podía traducirse, si era sincera consigo misma, en que tenía miedo. Al final, entre Walter, Ron y Barlow habían conseguido asustarla. Su hermano Jay le pareció la mejor opción, básicamente porque tenía muchas ganas de ver a su sobrina. Lo llamó por teléfono.

—¡Hola! ¿Cómo va todo? —fue el saludo de su hermano.

—Dime que vas a estar en casa este fin de semana, tengo un vuelo en la pantalla de mi ordenador a punto de confirmar y pagar —fue su respuesta—. Incluso puedo hacer de canguro una noche si me lo pides de buenas maneras.

—Aquí estaremos, dame la hora y Amy o yo iremos a buscarte al aeropuerto. ¡Jaci te echa de menos!

—Estaré ahí esta misma tarde.

Quedaron a la hora de llegada de ese viernes y Cindy compró el vuelo de vuelta para el domingo por la noche; ya que hacía el viaje, aprovecharía el tiempo.

*****

Vasili Isaev se encontraba en uno de sus escondites, un antiguo y enorme almacén ubicado en una zona de carga y descarga de la inmensa demarcación portuaria. Tenía ante él a tres de sus hombres y los interrogaba pistola en mano. La muerte de esa desvergonzada chica, que se había atrevido a huir, debía tener consecuencias. No iba a dejarlo correr, demasiados cabos sueltos. A él no le gustaban los cabos sueltos, siempre tenían consecuencias y no solían ser agradables. Se le estaban acumulando los problemas y eso lo ponía nervioso. Dirigía un imperio, pero tenía bastantes elementos

incompetentes entre sus filas.

—¿Quién de vosotros tres disparó a la chica? —preguntó mientras dirigía el cañón de la pistola de uno a otro—. ¡Contestad!

—¡Fue él! —dijo el del pelo largo y grasiento.

—¡No es cierto, no le creas Vasili! —respondió éste y señaló al tercero—. Yo conducía el coche, ¡el que disparó a la chica fue él!

Los tres inútiles que tenía ante sí, se culpaban unos a los otros y decidió que necesitaban una lección. Escogió al que temblaba más y le disparó entre las cejas. Ni siquiera sabía cómo se llamaba. Un tiro limpio y silencioso. Un agujero en la frente. En un segundo había dejado de respirar. Los otros dos parecían a punto de echarse a llorar, temblaban como una hoja con el viento y Vasili hizo una mueca despectiva mientras miraba correr la sangre por el suelo de cemento.

—¡Sois unos ineptos! —su acento ruso se incrementaba cuando estaba cabreado—. Vais a hacer exactamente lo que yo os diga y si no tenéis resultados en un par de días, acabaréis como él. Vais a buscar al «melenas» que intenta acercarse a mí y le vais a dar pistas falsas. Cree que me tiene en el bote y lo tengo calado, no me extrañaría que fuera policía ¿de acuerdo? Se está haciendo pasar por cliente desde hace demasiado tiempo y ha soltado mucha pasta, pero no me fío de él. Estoy seguro de que ni siquiera se llama Tom Wolfe. Le tenderemos una trampa y desviaremos su atención.

—Sí, señor Isaev —la voz de uno de sus esbirros casi no se escuchaba.

—Tenemos nada menos que a una periodista de testigo de la «muerte accidental» de la chica —Vasili los miró de uno en uno—. Deberíais saber que nunca deben quedar testigos ¿No es cierto? De momento dejadla vivir, una periodista muerta causa mucho revuelo. Pero no la perdáis de vista; quiero saber todo de ella, dónde está en cada momento, qué hace, con quién se ve, cómo respira y qué come ¿de acuerdo?

—Sí, señor —contestaron a dúo.

—¡Y quiero que alguien encuentre de una puta vez a Mikhail! No puede ser que no dé señales de vida, algo le ha ocurrido. El negocio del «cine» no puede quedar desatendido. Buscad debajo de las piedras si hace falta y traedlo ante mí.

—¿Hacia dónde dirigimos al «melenas»… a Wolfe? —se atrevió a preguntar uno de ellos.

—Justo hacia aquí —Vasili se quedó pensativo un momento—. Sí, es un buen lugar. Lo esperaré y lo mataré, ya he jugado suficiente con él. Por cierto, limpiad esto.

Señaló al hombre muerto en el suelo, se dio media vuelta y dejó a los otros dos allí para que se ocuparan de borrar las huellas del reciente asesinato e hicieran desaparecer el cadáver. Eran unos

idiotas, pero buenos «limpiadores».

*****

En cuanto bajó del avión y entró en la zona de llegadas detectó a su familia. Jay llevaba en brazos a la pequeña Jaci y Amy levantaba las manos para llamar su atención. Pensó que nunca hubiera podido encontrar a una cuñada mejor, se llevaba muy bien con la pelirroja, a pesar de lo poco que se veían.

Mientras se abrazaba a su hermano y a Amy, Jaci daba palmas entusiasmada con aquel encuentro. Cindy no tardó en alzar al vuelo a su sobrina y llenarla de besos mientras a cambio la pequeña le regalaba babas y sonrisas.

—No sabía las ganas que tenía de veros —les dijo.

—No sé cómo tomarme eso —contestó Jay—. Eres una despegada cara de ver.

—Eso no es cierto, es que el trabajo me absorbe y no es que viváis a la vuelta de la esquina —se quejó Cindy.

—Poco más de una hora de avión no es excusa.

—Los aviones vuelan en todas direcciones —contestó Cindy con una sonrisa.

—Lo importante es que ahora estás aquí y vamos a celebrarlo —dijo Amy— esta noche cenamos en casa, que Jaci tiene que dormir, pero mañana hemos preparado una excursión. Vamos a respirar aire puro ¿Qué te parece? Hacer ejercicio es ideal para desconectar.

—Lo que queráis hacer estará bien.

En cuanto llegaron a la casa en la que Amy había vivido antes de conocer a Jay, y a la que éste se mudó cuando se casaron, Jaci se durmió y ellos cenaron algo rápido en la cocina. Cindy sabía que no iba a escaparse fácilmente a su habitación y que la excusa del cansancio no le iba a servir. Su hermano la estaba diseccionando desde que había llegado y estaba segura de que había detectado sus ojeras. Si no la había asaltado ya con un interrogatorio era porque Amy lo había frenado, eso estaba claro.

—Dispara, sé que lo estás deseando —le dijo en cuanto los tres se sentaron en el sofá del salón con una copa de vino.

—Ya sé que me hiciste un resumen por teléfono —dijo Jay y su semblante se tornó serio— pero me gustaría que me explicaras tus motivos para inmiscuirte en una investigación y ponerte en peligro. No me vale «soy periodista». Eres mi hermana pequeña.

—¿Has hablado con Walter? —preguntó Cindy en vez de contestar a su pregunta.

—No lo he hecho porque hablé con Ron y me explicó su situación. Estar infiltrado en un grupo peligroso no es ninguna tontería, Cindy. Aunque utilizara su antiguo número nadie contestaría, para mí está ilocalizable.

—¿Sabes en qué grupo está infiltrado? ¿Es una banda callejera?

—¿Esas son tus explicaciones? —Jay dio un sorbo al vino mirando a su hermana con el ceño fruncido, mientras Amy le ponía una mano sobre el muslo para calmarlo— ¿Hacer más preguntas? No sé la respuesta, Ron no va a explicarme nada aunque trabaje para el FBI, es un caso de su jurisdicción y a mí no me incumbe, yo estoy en otras guerras. Walter sabe cuidarse, de eso no tengo duda. ¡Pero sería mucho mejor si no lo distrajeras o lo pusieras en peligro!

—¿Para eso querías que viniera? ¿Para reprenderme? ¿O solo para tenerme controlada? ¡No me digas que Ron te ha pedido que me des la vara!

—¡Basta ya! —interrumpió Amy— ¡Jay! Tu hermana acaba de llegar y la estás atosigando y tú, Cindy, intenta no pincharlo, ya sabes que tiene la mecha corta. ¡Parecéis hermanos!

Los dos se miraron y acabaron riendo, Amy tenía razón. Al final Cindy le dio los detalles de todo lo ocurrido aquellos días y Jay, aunque no quiso mostrarlo ante su hermana y su mujer, no se quedó tranquilo.

Amy le hizo señales a Jay para que desapareciera, quería tener una conversación con Cindy sin que él estuviera presente. Había detectado que ocultaba algo en su relato y que tenía que ver con Walter, una de esas cosas que no todo el mundo es capaz de captar.

—Ahora que estamos solas, dime que es lo que no nos has contado —le dijo Amy a Cindy en voz baja—. Tiene que ver con Walter ¿verdad?

—¿Lo conoces?

—¡Ya lo creo! —Amy sonrió— cuando conocí a Jay y un asesino en serie quería matarme, tu hermano hacía turnos para protegerme. La otra persona que pasó un montón de horas conmigo fue Walter.

—¡Vaya! No lo sabía…

—En aquella época salía con Mary, otra agente del equipo. Por lo que sé, lo dejaron poco después. —Amy hizo una pausa y miró a Cindy a los ojos—. ¿Qué ocurre con él?

—Me besó…

—Vale, vale, explica...

—No hay nada que explicar, fue la primera vez que le vi y estaba a punto de chillar, pensando que era un asesino… lo hizo para callarme la boca.

—¡No te lo crees ni tú! —Amy abrió mucho los ojos— Walter no haría eso.

—Eso me dijo, tenía las manos ocupadas. A lo mejor no lo conoces tanto como crees.

—Ya… ¿Y qué te pareció?

—Solo fue un beso, Amy. Además, se ha convertido en un incordio,

ya se me ha olvidado. Aunque debo reconocer que cuando no habla me pone bastante. Con la boca cerrada hasta podría caerme bien.

—Si el Walter de ahora se parece en algo al que yo conocí, estoy segura de que le atraes y mucho. No es de los que se deja llevar por un impulso así como así. Piensa que entonces salía con Mary y nadie lo sabía. Era un tío super controlado.

—¿Qué pasó con ella? —la curiosidad de Cindy se había despertado.

—Sigo en contacto con Mary, nos hicimos amigas entonces —le explicó Amy— ahora vive y trabaja en Boston, al final pidió el traslado al romper con Walter, estuvieron dos años juntos, pero no veían su relación de la misma manera. Mary quería que tuvieran un futuro, juntos. Cuando se lo planteó a Walter, él le dijo que iba a infiltrarse y que lo mejor era que se separaran. Mary lo pasó mal, pero lo tiene más que superado. Han pasado casi tres años de eso. Ahora tiene pareja y lo último que sé es que está embarazada.

—No esperaban lo mismo el uno del otro.

—Eso parece. Walter está, en cierta manera, casado con su trabajo. Creo que en una operación que tuvo lugar antes de que Jay lo conociera, perdió a varios amigos en un tiroteo y siempre se ha sentido culpable. Los que murieron tenían familias y él, personalmente, les comunicó sus muertes. De eso me he enterado por tu hermano. Fue muy duro y no quiere poner a ninguna mujer, ni a unos posibles hijos, en esa situación. Tiene asumido que su trabajo, a veces, puede resultar muy peligroso. Me parece que intenta salvar al mundo para compensar lo que cree que fue un error suyo. Aunque no conozco los detalles. —Cindy escuchaba a Amy con atención—. Y esta conversación debe quedar entre nosotras, yo no te he dicho nada ¿de acuerdo?

*****

Walter se había disfrazado de Tom Wolfe y estaba tomando una copa en uno de los clubs de Vasili. Se trataba de uno de los locales que Mikhail había confesado antes de su muerte. A primera vista, el *NY Strip Club*, era un local bastante caro, situado en el *Midtown*. En la entrada estaban aparcados coches de lujo, descapotables de las marcas más caras y los vigilantes uniformados custodiaban las puertas del local, bajo las luces de neón. Al entrar, la vista se perdía entre las barras de baile y las luces estroboscópicas de colores. La música resonaba dentro del tórax, olía a ambientador mezclado con sudor y el alcohol desinhibía a los clientes. Walter vigilaba las expresiones de las chicas que se exhibían bailando en las barras y de las camareras que servían en las mesas, vestidas con tan solo tangas, medias de rejilla y kilométricos tacones. El cien por cien de los clientes eran hombres y las chicas eran de lo más variopintas, desde rubias de ojos claros a

africanas o hispanas.

Se fue fijando en cada una de ellas, en sus expresiones; algunas sonreían como lo haría quien está pensando en apuñalarte por la espalda. Otras solo destilaban tristeza. Solo alguna que otra parecía que lo pasaba bien. Sabía que ese era su trabajo, pero se preguntaba cuántas de ellas no podían escapar de allí aunque quisieran. Cuántas se desnudaban y mostraban sus cuerpos porque estaban amenazadas, cuántas habían acabado allí porque no pudieron escapar a tiempo. A cuántas habían engañado.

Walter pidió otra copa, sentado en un extremo de la barra y fijó su atención en la dirección que tomaban las chicas cuando acababan su baile, se llevaban sus propinas y desaparecían por una puerta situada tras unos cortinajes en un extremo del gran salón. A veces solas y otras acompañadas. Vio a un grupo de moteros en una de las mesas y detectó enseguida como se pasaban droga, aunque aquello no era lo que le interesaba y lo pasó por alto.

Decidió dar un paseo. Con la copa en la mano y fingiendo estar muy interesado en las chicas de las barras, se acercó a la parte de la pared donde estaban las cortinas oscuras y la puerta. Al otro lado vio un pequeño pasillo y un cartel que señalaba los lavabos. Se apoyó en la pared y esperó. No tardó mucho en pasar una de las chicas de camino a los baños. Estaba sudando, llevaba un buen rato bailando en la barra. Tal como la vio entrar, se coló tras ella y cerró la puerta a su espalda.

—No te asustes, por favor —le dijo en voz baja, vigilando las puertas a su derecha y levantando las manos. Todas estaban abiertas, allí no había nadie.

—No puedes entrar aquí —la chica era rubia de piel muy clara y tenía acento ruso—. Si quieres un servicio extra es por la otra puerta.

—No quiero nada, solo hacerte una pregunta —Walter la miró intentando que confiara en él— ¿Cómo llegaste aquí? A la ciudad y a hacer este trabajo.

—No puedo hablar de eso —la chica se puso nerviosa.

—Lo entiendo, pero solo quiero ayudarte.

—¿Eres policía? —eso parecía darle más miedo que cualquier otra posibilidad.

—No, pero no creo que estés haciendo este trabajo porque te guste, más bien pareces odiarlo. ¿Cómo te llamas?

—Nadia… —la chica estaba alterada—. Es mejor que te vayas.

—¿Quieres ganarte un dinero extra? —Walter sacó unos cuantos billetes de su bolsillo y ella asintió—. Cuéntame cómo llegaste aquí.

—Vale… —agarró los billetes y los escondió en su escote—. Soy de Ucrania. Allí vivía en un pequeño pueblo, quería ser actriz y no veía una salida. Mi familia es muy pobre. Quería conocer mundo y me dejé

engañar. Conseguí reunir el dinero que me pedían para traerme a Nueva York, con la promesa de una prueba para una película. Ahora sé que fui una incauta, entonces solo pensaba en salir de allí. —La chica se echó a llorar—. Ya no puedo volver.

—Te hicieron falsas promesas y les creíste, no es culpa tuya—. Walter había visto demasiados casos como aquel.

—No debería hablar de esto, van a castigarme si se enteran.

—¿Quiénes? Dime sus nombres —Walter hizo un intento de conseguir algo más de información, pero la chica estaba muy asustada y se apartó para dejarla salir.

Nadia salió corriendo del baño y se escabulló por las escaleras hacia el piso superior. Walter no la siguió; intentaría ganarse su confianza poco a poco. Volvería por allí y conseguiría que hablara a cambio de dinero, aunque suponía que las chicas no tenían demasiada información.

Acababa de llegar el informe forense de la autopsia de la chica. Walter quedó con Barlow en un lugar seguro para que le detallara el contenido, no querían compartir datos por correo electrónico, por protegido que estuviera. Estaban sentados en un rincón escondido de un parque, cubiertos por la frondosidad de los árboles. El jefe de policía no llevaba el uniforme, ese lunes era su día libre; había trabajado todo el fin de semana.

—¿Algo inusual en la autopsia? —preguntó Walter.

—No demasiado… muerte por tres disparos por la espalda, eso ya lo sabíamos. Se han encontrado drogas en el cuerpo, una de ellas era una sustancia sedante muy potente, lo que nos confirma su situación. Ese local era de paso hasta colocar a las chicas en su destino final. Las tienen drogadas para mantenerlas bajo control. El cuerpo también tenía señales de maltrato antiguas y nuevas, un auténtico mapa de tortura. Y muestras de semen con cuatro ADN distintos. Los están cotejando por si están fichados, no sería raro que así fuera.

—Podría haber dado orden para detener a los que vigilaban a esas chicas, tenía controlado ese local —dijo un Walter abatido—. Es posible que esa niña aún estuviera viva si lo hubiera hecho.

—Hubiéramos detenido a tres o cuatro delincuentes comunes y ya está —le contestó Barlow—. Tú sigues en contacto con algunos de ellos y sabes que subir de nivel es muy difícil. Ser cliente, como hasta ahora, puede proporcionarte más información. Mira lo que hizo Mikhail, esa gente sabe que si los coges van a morir, sea en la cárcel o bajo órdenes de Vasili. Prefieren suicidarse antes que enfrentarse a ese monstruo y están aleccionados para ello.

—Lo sé, pero siempre acabas pensando en lo que vale una vida, en qué es lo más importante, en si los daños colaterales nos van a pesar siempre en la conciencia.

—Te entiendo… de verdad. Vivimos con ello. ¿No tienes nada nuevo?

—He contactado con una chica del club de striptease, el *NY Strip Club,* aunque no he conseguido nada, de momento. Vasili siempre parece ir un paso por delante, creo que hay demasiados corruptos a mi alrededor; a veces tengo la sensación de que ese tío me respira en la nuca y tiene mil ojos.

—Ve con cuidado —Barlow encendió uno de los cigarrillos que se permitía en sus días de descanso—. Tu intuición siempre ha sido buena, no la evites. Por cierto… ¿Cindy se está portando bien? ¿La has llevado al campo de tiro a ver qué tal se le da?

—Creo que intentaré quedar con ella esta tarde, ha pasado el fin de semana en Portland con su hermano.

—Ya veo que la tienes vigilada.

—Más me vale, en ese sentido no es de fiar. Va por libre.

—No pensarás que ella…

—¡No pienso nada, Barlow! solo que es una periodista metomentodo, nada más. Después de verla actuar, me estoy cubriendo las espaldas. No me fío. Es capaz de seguir interviniendo por libre a pesar de nuestras advertencias.

—Bien, tú mismo.

*****

Cindy estaba trabajando de nuevo desde su casa. Tras el fin de semana en el que había conseguido desconectar bastante, volvía a su día a día, para nada normal. En ese momento estaba reunida por video llamada con sus compañeros de la redacción. Escuchaba a su jefe exponer el orden del día cuando le entró una llamada en su móvil. Ocultó su imagen y su voz para contestar, era un número desconocido.

—¿Sí?

—Cindy, soy Walter.

—¿Qué he hecho ahora? —al escuchar su voz tuvo dos reacciones sincronizadas: se le aceleró el corazón y se cabreó—. Estoy trabajando en mi casa y, ahora mismo, conectada a una reunión. Si no te importa, voy a colgar.

—¡Espera! Le prometimos a Barlow que iríamos al campo de tiro para comprobar tu puntería. Quiere saber qué estás protegida.

—No voy a ir a ninguna parte contigo, agente Payne ¿Te queda claro? Tengo trabajo. Supongo que no puedes detenerme por eso ¿no? Lo siento por ti. —Cindy colgó sin dar lugar a réplica y volvió a conectarse a la reunión, a la vez que dejaba el móvil en silencio.

Adam la interpeló en ese momento.

—Cindy ¿Tienes novedades?

—Bueno… el viernes se me ocurrió volver a merodear por el barrio donde asesinaron a la chica y me detuvieron.

—¿Cómo? —Adam la interrumpió— ¿Por qué me entero ahora de eso?

—Me soltaron enseguida, al cabo de unas horas, y decidí pasar el fin de semana fuera —contestó Cindy.

—¡No te pueden detener por estar en una zona en concreto!

—Es que… me colé en los bajos del edificio que sigue acordonado por la policía, o sea que fue allanamiento de morada. —Cindy lo dijo con la boca pequeña y se escucharon algunas risas—. Del piso no obtuve nada nuevo, pero creo que tengo algo. Me parece que las bandas de Latin Kings son las que dominan el barrio. He descubierto los nombres de los cabecillas en unos grafitis…

—¿En serio crees que eso es una información creíble y relevante?

—Adam se estaba cabreando de nuevo, para variar—. No puedes publicar suposiciones ¡No tienes nada, Kevins! ¡La información tiene que estar contrastada, eso es de primero de periodismo!

—Lo sé. De momento no tengo nada, pero lo conseguiré. Dame un poco de tiempo. Hoy rellenaré mi artículo con estadísticas policiales, pero te compensaré —Cindy estaba pensando cómo llevar a cabo una nueva escapada y se le estaba ocurriendo una idea.

Una vez finalizada la reunión, buscó la llamada de Walter y se la devolvió.

—De acuerdo, Payne —le dijo en cuanto escuchó su voz— dime donde está el campo de tiro y la hora, y allí estaré.

Walter le dio los datos y Cindy colgó imaginando el mosqueo que iba a coger el agente Payne cuando se quedara esperando a que ella llegara al lugar al que no pensaba presentarse. Pero ese sería el seguro de que no estaría justo donde ella pensaba pasar la tarde. Sonrió para sí misma y hasta le dio un poco de lástima darle plantón... pero solo un poco.

*****

Cindy había vuelto a las andadas. En ese momento estaba en una de esas callejuelas estrechas que olían a orines y donde abundaban los restos de basura esparcidos por los rincones. Dos indigentes estaban en los extremos de la calle en sendos portales protegidos con cartones y una manta mugrienta en el suelo. La periodista se acercó al hombre de mayor edad, de barba larga y boca desdentada.

—Perdone… ¿Se enteró usted del tiroteo de la semana pasada? ¿Conocía a la chica que murió?

—Aquí no vemos nada, niña. Oí algo de eso, seguro que era una puta o una mula. —El hombre olía a alcohol y mugre y señaló el vaso de plástico dónde recogía las limosnas de los transeúntes—. Si hablamos más de la cuenta nos quitan nuestro dinero.

Cindy le dejó unas monedas, sabiendo que allí no había nada que rascar. Pensó que otra posibilidad sobre aquella chica era que la obligaran a prostituirse y se le ocurrió hacerle otra pregunta antes de marchar.

—¿Sabe dónde puedo encontrar a *Carlitos* o a *Reymundo*? —notó el cambio de expresión al instante, ese hombre sabía quiénes eran.

—Niña, aquí no pintas nada, vuelve a tu barrio —fue su respuesta, antes de dar otro trago a su *brik* de vino barato.

Cindy hizo el mismo intento dando vueltas por aquel suburbio, la periferia más dejada del barrio de *Brook Height*. Mientras paseaba por sus calles y la luz descendía, siguió preguntando por aquellos nombres a varias personas: a una mujer que salía de un portal, a un grupo de adolescentes que fumaban porros sentados en un banco, a una pareja

que se estaba dando el lote en una esquina… preguntas infructuosas, cero respuestas. Solo recibía miradas llenas de sospecha y desconfianza.

Casi había oscurecido y Cindy tuvo el presentimiento de que alguien la seguía. Había escuchado pasos a su espalda en un par de ocasiones y, a pesar de que estaba caminando hacia el metro con la intención de volver a su casa, tuvo la certeza de que había estado allí demasiado tiempo. Aceleró su caminar para acabar casi corriendo. Al final de la calle ya vislumbraba la avenida iluminada donde se encontraba la entrada del metro. Antes de llegar, un grupo de chicos jóvenes aparecieron por una calle lateral y le cortaron el paso. Se colocaron ante ella, en fila, sin dejar un resquicio para escapar. Cuando intentó dar media vuelta y correr en sentido contrario, otro grupo similar apareció desde otra calle adyacente. También detectó a algunas chicas.

Estaba rodeada y su corazón iba a reventar, empezaron a pitarle los oídos y creyó que se iba a desmayar allí mismo. Esos chicos tenían toda la pinta de pandilleros, con sus sudaderas grandes, gorras de visera, capuchas, tatuajes y cadenas doradas colgadas al cuello.

—Me han dicho que me buscas —uno de ellos dio un paso adelante —. Soy *Carlitos*… el Rey.

*****

Walter había esperado en el lugar donde había dado cita a Cindy, cerca del campo de tiro, durante más de una hora. Al ver que no se presentaba la llamó repetidas veces sin obtener respuesta, sencillamente estaba pasando de él y le había dado plantón. Su malhumor alcanzó cotas inesperadas. Hacer de niñera no era su trabajo, pero perder el tiempo porque a la señorita Kevins no le daba la gana de hacer lo que se le pedía, era su límite. Se la estaba imaginando buscando pistas y haciendo preguntas por zonas donde no debía moverse, como si lo viera. Esperaba equivocarse, pero no iba a dejarlo pasar. Llamó a Owen y le dijo que buscara la ubicación de Cindy a través de su móvil, su amigo era el mejor para rastrear personas. Iba a ir a recogerla y, de paso, a darle un buen susto.

En cuanto su amigo le pasó la ubicación, sin hacer preguntas, constató que no se equivocaba. Hizo una nueva llamada para alertar a una persona y proteger a otra. Tenía ganas de estrangular a Cindy, pero no quería que le hicieran daño.

*****

Por fin las preguntas de Cindy habían dado sus frutos, tenía ante ella a la banda callejera de los Latin Kings y no sabía si estaba muy contenta; daban bastante miedo, aunque vistos de cerca se notaba que

eran muy jóvenes. Cogió aire, intentó serenarse y decidió que aquello no podía acojonarla y que era una oportunidad para preguntar. Era periodista y no dejaría pasar la ocasión por miedo.

—¿El Rey? —preguntó con un hilo de voz.

—Sí, el «inca», el jefe —*Carlitos* frunció el ceño—. Eres muy atrevida, chica. ¿Qué buscas?

—Información. Sobre la joven que mataron en un tiroteo la semana pasada, seguro que has oído algo. ¿Pertenecía a vuestro grupo?

—No fuimos nosotros, es todo lo que debes saber. No era de los nuestros —*Carlitos* era el único que hablaba, los otros vigilaban a su alrededor—. Me han dicho que eres periodista. No nos gustan los periodistas por aquí.

—Solo busco la verdad, eso no es un delito.

El «inca» soltó una carcajada que fue secundada por unos cuantos de sus acólitos.

—Sabemos muchas cosas, tía, pero nunca se las diríamos a una periodista ¿crees que somos tontos? —un par de chicos sacaron cuchillos de la cintura de sus pantalones y a Cindy se le cortó la respiración—. En este barrio pasan muchas cosas, pero no las vamos explicando por ahí. Cosas peligrosas.

En ese momento se escuchó el rugir de una moto entrando por el final de la calle. Todos levantaron la mirada y lo observaron. Se acercó hasta el grupo, en cuyo centro seguía Cindy, frenó y aparcó sobre la acera. Se aproximó caminando hasta ellos, sin quitarse el casco. Pasos seguros y rotundos. Silencio sepulcral. Cindy no tuvo ninguna duda de su identidad y desaparecieron las alarmas que la mantenían alerta. Walter se quitó el casco, se hizo paso entre el grupo, se acercó a Cindy y, cogiéndola de la cintura, la besó sin avisar y advirtiéndole con la mirada que no abriera la boca.

Se dirigió entonces a *Carlitos*.

—Gracias por cuidar de mi chica, te debo una —ambos se saludaron con un choque de nudillos, estaba claro que se conocían—. ¿Podéis hacer correr la voz de que la periodista está bajo mi protección? No quisiera que le pasara nada, le tengo un cierto cariño.

Algunos se echaron a reír y *Carlitos* y *Reymundo* le contestaron que no se preocupara por eso; «su mujer» estaría a salvo allí.

—Ahora nos vamos, se ha hecho un poco tarde —Walter le cedió el casco a Cindy y la agarró del brazo para llevarla hacia la moto, mientras *Carlitos* le hacía una señal de la victoria con el puño en alto.

—Nos vemos, Jason a secas —le dijo al despedirse.

El grupo se dispersó y ambos salieron de allí sobre la moto de Walter sin decir ni una palabra más.

*****

—¿Tienes la mínima idea de dónde te estabas metiendo? —Walter la había llevado a su casa, para poder hablar con ella e intentar que razonara—. ¿En algún momento piensas en tu seguridad?

—¡No me han hecho nada! —Cindy cruzó los brazos bajo su pecho en actitud defensiva—. Solo estaba hablando con ellos. Por cierto… ¿Jason a secas? ¿Tú cuántos nombres tienes?

—No quieras saberlo —Walter desvió la pregunta—. No ha ocurrido nada porque les he avisado de que te protegieran hasta que yo llegara.

—Ya he visto que te respetan. Más de lo que me respetas tú a mí ¿Quién te ha dado permiso para besarme cuando te dé la gana? ¿Qué tienes con ellos?

—¿No sabes dejar de hacer preguntas nunca? ¿Ni siquiera un ratito? —Walter acercó su cara a la de ella con el ceño fruncido y se fijó en que sus ojos azules se habían oscurecido por la frustración. Intentaba obviar el tema del beso, pero era difícil.

—¡Soy perio…!

—¡Ya lo sé! —la cortó Walter— ¡Ya sé que eres una jodida periodista que busca un Pulitzer, pero estás en mi terreno y no puedes hacer lo que te venga en gana! ¿Sabes quienes eran esos chicos?

—Lo sé, una pandilla de Latin Kings —contestó Cindy— el año pasado escribí un artículo sobre ellos y estuve investigando.

—Me juego el cuello a que no sabes todo lo que mueven, Cindy. No dejan de ser una tribu de matones de esquina. Distribuyen y venden drogas, trafican con armas, asesinan, roban a mano armada, secuestran, roban viviendas y vehículos, lavan dinero negro, extorsionan, chantajean, intimidan y corrompen a funcionarios públicos. ¿Te parece suficiente para tenerles miedo?

—Parecían ser tus amigos… —Cindy lo escuchaba con atención, a lo mejor estaba exagerando un poco.

—Me he ganado su confianza con el tiempo porque me interesa que me informen de lo que ocurre en la zona. Soy experto en unas cuantas artes marciales y les he sacado de más de un apuro; incluso salvé la vida de uno de ellos en una pelea. Me deben favores y por eso me tratan bien. Pero no te equivoques, son muy peligrosos. Si descubren que soy policía tendré problemas. Para ellos soy Jason y ya está. Más de una vez han agredido a los funcionarios de los correccionales, a pandilleros rivales e incluso a los propios miembros si no obedecen las reglas.

—Vale… lo siento —Cindy bajó la cabeza y se retorció los dedos—. Creo que ahora debería irme a casa... Jason.

Walter sabía que debía llevarla a su casa y dejar de pensar en ella un rato para centrarse en su trabajo, pero le apetecía su cercanía más que su soledad. Ninguno de los dos había cenado y, quizá, proponerle hacerlo juntos, limaría asperezas.

—Supongo que no has cenado —comentó.

—Sabes que no —Cindy frunció el ceño, pensando a donde quería llegar.

—Te invito a una pizza —eso solía gustarle a todo el mundo y Cindy no fue una excepción.

—De acuerdo, Payne, tú pagas. ¿Tienes un casco para mí?

—Sí, pero no te va a hacer falta. Es mejor pedir la pizza para que la traigan a casa. No es muy bueno para mi integridad que alguien se fije en que ceno en un restaurante con una periodista, dañaría mi reputación —escuchó un sonoro bufido y sonrió.

La cena no tardó en llegar y Walter sacó unos botellines de cerveza de la nevera. Se sentaron en el sofá del enorme salón y Cindy empezó a fijarse en aquella casa. Era moderna y grande y no tenía nada de Walter. Paredes blancas y grises, grandes ventanales y ninguna planta. Pocos muebles y un ambiente totalmente impersonal. Minimalista, simple y funcional. Cristal y acero y una monocromía que hacía el efecto de vivir en blanco y negro. Ni fotos, ni cuadros, ni adornos de ningún tipo. Una cocina moderna y equipada, hasta donde podía ver a simple vista.

—¿Esta es tu verdadera casa? —se interesó Cindy mientras daba el primer mordisco a la deliciosa pizza—. ¿Eres el heredero de alguna fortuna o algo así?

—No —Walter dudaba de hasta dónde debía explicarle, pero decidió que ya estaba demasiado metida como para provocarle más incógnitas de las que tenía—. La verdad es que esta casa es parte de mi tapadera. Como puedes ver es muy grande y costosa, se supone que soy un tío con mucha pasta. Pero nadie pasa por aquí, por lo que la decoración no es prioritaria para mí. Puedo pasar con lo básico, no tengo invitados. Es lo que ves, aparte de algunas habitaciones y baños y un estupendo gimnasio. Pero es un bunker muy bien protegido. Una alarma silenciosa rodea la casa y avisa simultáneamente a un control interno y al FBI, si detecta la presencia de intrusos. Las paredes son verdaderos muros a prueba de escuchas.

—¡Vaya! Me has impresionado. Entonces no debe estar a tu nombre ¿no? Por si la investigan tus enemigos.

—¿Intentas sonsacarme cuál es mi segundo nombre? —Walter sonrió y Cindy hizo lo mismo, no sabía parar de preguntar.

—Lo siento, debe ser deformación profesional —dio un trago a su

cerveza— pero quiero dejar claro que, aunque un Pulitzer sería una pasada, no es lo que voy buscando. Solo quiero justicia para esa chica.

—Haré todo lo que pueda para dársela pero, mientras tanto, deberías dejar de meterte en medio. Me distraes.

—Y tú deberías dejar de besarme cada vez que se te cruzan los cables. Si vuelves a hacerlo te vas a llevar una hostia. —Cindy lo dijo con la boca pequeña, debía reconocer que no le había molestado demasiado, pero no iba a permitir que se comportara como un chiflado con ella.

—Te conviene que la gente piense que eres mi novia en ese barrio, te lo aseguro —Walter dejó la pizza en la mesa y acercó su rostro al de ella, desvelando sus intenciones más de lo que pretendía—. Oye… de verdad que no quiero que te pase nada…

Cindy se ablandó, la cercanía de Walter y sus palabras, pronunciadas en un tono suave, casi acariciante, la enternecieron. Hasta que acabó lo que estaba diciendo.

—… tu hermano me mataría si te pasa algo.

—¡Vaya! ¡Qué decepción! —Cindy puso cara de pena y se lo quiso tomar a broma—. Creía que era yo la que empezaba a importarte un poquito. Si lo piensas bien, podría ser una buena amiga para ti.

—No me gustaría que fueras mi amiga, precisamente —Walter la miraba ahora con intensidad y a Cindy le dio un vuelco el corazón. Le entraron muchas ganas de agarrar aquella melena oscura y abundante y acercar su boca a la suya. Pero se quedó inmóvil, a la espera de sus próximas palabras—. En realidad, lo que me gustaría es volver a besarte…

Las palabras quedaron en el aire, espesándolo. Ambos olvidaron la pizza y las cervezas, el reto del primer paso basculando entre sus cuerpos; ese arrebato de un acercamiento impulsivo que ninguno sabía que consecuencias podría tener. Porque esta vez no sería solo un arrebato ni sería para disimular. Esta vez sería una elección. Cindy esperaba un arranque loco para asaltar su boca, pero su cuerpo no reaccionaba. Los latidos de su pulso acelerado amenazaban con salir disparados de su cuerpo en todas las direcciones.

—Sabes que esto es algo ¿verdad? —Walter dejó salir las palabras que bailaban en su mente desde hacía días.

—¿Esto? ¿El qué? —Cindy no había despegado su mirada de la de Walter, solo preguntaba por darse tiempo, pensando una respuesta que no le venía a la mente. Sus neuronas estaban de vacaciones.

—Si esperas que vuelva a besarte para demostrártelo, a riesgo de llevarme el bofetón que me has prometido, no voy a hacerlo. —Walter se aproximo un poco más, sus narices estaban a una mínima distancia y Cindy percibió sus pupilas dilatadas por el deseo—. Pero estoy seguro de que sabes de lo que hablo, no tienes un pelo de tonta. Eso

que no sabes definir puede provocar una explosión, solo has de decidir si te gusta jugar con fuego.

—¿Incluso teniendo en cuenta a mi hermano? —preguntó Cindy con el atisbo de una sonrisa en sus labios.

—No metas a tu hermano en esto.

—Has sido tú quien lo ha hecho.

—En otro contexto, el de tu seguridad.

—¿En cuál estamos ahora?

—Lo sabes perfectamente, no te hagas la loca.

—De acuerdo, que sea lo que tenga que ser.

Cindy acercó su boca a la de Walter y decidió hacer lo que había estado imaginando. Mientras la pizza se enfriaba y la cerveza se calentaba, agarró la melena de Walter por la nuca y lo acercó a sus labios, pegando su cuerpo al de él. Los entreabrió y creyó notar las chispas de la explosión inminente que había vaticinado Walter. No hizo falta más. Sus bocas abiertas colisionaron, sus lenguas se enredaron y jugaron, sus respiraciones se confundieron y la luna apareció en lo alto del cielo, testigo mudo del nacimiento de eso que ninguno de ellos atinaba a definir.

Hasta que a Cindy le vino grande tanta intensidad y vehemencia. Nunca se había sentido así con un beso, era… demasiado. Se apartó y abrió mucho los ojos, levantando las manos.

—Creo que no quiero esto… lo siento —Cindy se levantó del sofá y llenó sus pulmones de aire—. Siento si ha parecido lo que no era…, yo no suelo…

—No pasa nada, Cindy —Walter se levantó también, sobrepasado por el impacto y demasiado excitado para su gusto—. Sé aceptar un no por respuesta. Te llevaré a casa.

Walter supo que la negativa de Cindy a seguir con aquello era lo que más les convenía a ambos y debía aprovecharlo. Él no hubiera frenado y no necesitaba implicarse con nadie al nivel que una mujer como Cindy lo arrastraría. Bastante tendría con conseguir dormir aquella noche.

*****

Al día siguiente, a primera hora, Cindy estaba intentando escribir su artículo para ese día, sin conseguirlo. Su mente andaba dispersa y le costaba concentrarse. El beso del día anterior le había traído música y recuerdos inventados, deseos de caricias y de despertar con alguien al lado, cosquillas en la espalda, ganas de risas tontas y charlas serias. Demasiados anhelos para contenerlos en una fría mañana nublada. Sus dedos aún recordaban el tacto de su pelo y pasó la lengua por sus labios. Las letras bailaban unas con otras en la pantalla, desfigurando el significado de las palabras.

—¡Joder, si es que no me concentro! —exclamó en voz alta para sí misma y se restregó los ojos.

Dudaba sobre si había hecho bien al frenar a Walter el día anterior. Con la mente fría sabía que sí, otra cosa era lo que le pedía el cuerpo. Protegerse parecía prioritario, ese hombre la atraía demasiado. Amy le había explicado lo ocurrido con aquella chica… ¿Cómo se llamaba? Mary… sí. Salió con ella dos años y la dejó porque él no quería nada serio. La cuestión era ¿Lo quería ella?

Si la respuesta era negativa, tener un rollo con él no estaría nada mal. Si envolvía su corazón en una gruesa capa de hormigón armado y era capaz de conservarlo incólume allí dentro… podría pensárselo.

Por fin se centró en el artículo del día. El tema principal eran las adolescentes de comunidades con bajos ingresos que acababan ofreciendo sexo a cambio de comida y los que se drogaban, abocados a una vida oscura. Muchas veces las dos cosas a la vez. Las estadísticas con las que se había informado, no mentían. El nivel de desesperación iba en aumento. Escalofriantes testimonios de niños y adolescentes, como el de una chica de doce años residente en Denver que confesó a los investigadores que había dejado de asistir a clase para ejercer la prostitución, o las declaraciones de un grupo de niños de la ciudad de Chicago que explicaron cómo compañeras de su colegio ponían carteles publicitando sus servicios.

Cindy pasó un mal rato escribiendo sobre aquel tema. A veces pensaba que sería bueno pedir un cambio en el periódico y pasarse a temas culturales, de salud o de moda. No sufriría tanto.

*****

Walter estaba al teléfono, hablando con el forense de la policía con el que tenía contacto. Desde que se movía con otro nombre, confiaba en muy pocas personas, pero Jack era de los pocos por los que pondría la mano en el fuego.

Barlow lo había llamado primero, con dos noticias: una era la identificación, por fin, de la chica muerta. Los agentes de confianza habían hecho su trabajo y Derek le había pasado los datos aquella misma mañana. Ya sabían que se trataba de Oxana Lisnic y que era originaria de Moldavia.

La otra novedad era que habían encontrado a un hombre muerto, abandonado en una de las estaciones de transferencia de desechos de Nueva York. Lo había descubierto el conductor de un camión que cargaba la basura para trasladarla en un tren y transportarla a 600 millas de distancia de la ciudad, hasta su parada final. El hombre se llevó un buen susto al ver aparecer una pierna entre los desechos y dio la voz de alarma a la policía. Lo enviaron directamente al forense para hacer la autopsia, descubrir la causa de la muerte e identificarlo.

—¿Qué tenemos entonces, Jack? —lo interpeló Walter.

—Andrei Orlov, muerto de un disparo en la frente, treinta y ocho años. Señales de agresiones anteriores a la muerte, algunas antiguas, seguramente producidas en peleas. Lo hemos identificado enseguida porque estaba fichado por la policía, coincidencia de huellas dactilares y tatuajes. Y otra concurrencia inesperada que han validado en comisaría y ésta te interesa: las huellas también encajan con las muestras tomadas en los bajos donde vivía la chica que mataron en la calle disparando desde el coche.

—Era uno de los hombres de Vasili… —murmuró Walter para sí mismo, le dio las gracias a Jack y colgó. Ese nombre era justo el que le había dado Mikhail antes de suicidarse. Andrei Orlov había disparado a Oxana Lisnic y lo habían encontrado en un vertedero de basura.

Una de las cosas que Walter tenía claras era que a Vasili no le gustaban los cabos sueltos. Ya se había cargado a uno de ellos y no tardaría en hacerlo con los que considerara que podían ponerlo en peligro. Lo que temía era que Cindy fuera una de ellos.

*****

Cindy había recibido una llamada de Barlow para recordarle que la quería en el campo de tiro aquella tarde sin falta. No iba a permitir que la pistola que llevaba encima no le sirviera de nada en caso de que se viera forzada a utilizarla. La periodista cedió, sabiendo que Barlow era muy insistente y que se preocupaba por ella. También porque le daba miedo que, si pasaba mucho de él, acabara hablando con su padre. Sabía que le había encomendado la tarea a Walter, pero imaginó que éste se había sacado el marrón de encima. Sin embargo, al llegar a las inmediaciones del lugar y acercarse a la entrada, Walter apareció a su lado y entraron juntos. Solo mostró sus credenciales al vigilante de la entrada y a ella no le pidieron nada.

Se trataba de *Rodman's Neck*, una península de tierra en el distrito del Bronx de la ciudad de Nueva York. El tercio sur se utilizaba como campo de tiro por el Departamento de Policía de la ciudad. Cindy observaba el entorno con la boca abierta.

—La base tiene siete campos con un total de doscientos treinta puntos de tiro para los aprendices —la informó Walter— y cuenta con una escuela con salón de actos y siete aulas con profesores. Mira allí, también tiene un área de entrenamiento que parece uno de los barrios de la ciudad para hacer ejercicios prácticos y una de las armerías policiales más grandes del mundo.

—¡Uau! —Cindy lo miró asombrada— todo muy completo y muy grande, pero no me gusta este sitio… bueno, no me gustan las armas en general. Aunque puede servirme para un artículo.

—¡Deja los artículos y céntrate! Necesito que sepas defenderte con un arma, por si acaso. Si pones empeño no tendremos que venir

mucho por aquí, soy un buen profesor. Vamos a buscar las pistolas y la munición. Puedes tardar un poco en acostumbrarte a la detonación y el retroceso, pero pronto le cogerás el tranquillo, ya verás.

Cindy no lo tenía tan claro. No era la primera vez que disparaba, pero de eso hacía mucho tiempo y no le había gustado. Se puso las gafas protectoras y los auriculares para atenuar el ruido. Con el primer disparo le llegó el recuerdo de la chica ensangrentada en el suelo y tuvo que parar; le temblaban las manos. Después tuvo un arrebato de rabia al pensar en aquella injusticia y se tomó la clase de tiro como si fuera una venganza. Los siguientes disparos los hizo con los ojos cerrados. Walter tuvo que reprimirse para no soltar una carcajada al verla. Le indicó la manera de coger correctamente la pistola, cómo apuntar y la mejor posición para las piernas y brazos. La cercanía de sus cuerpos los puso algo nerviosos a ambos, recordando los besos del día anterior y obviando aquel encuentro como si no hubiera tenido lugar.

Cindy empezó a confiarse y afinó su puntería. Empezó a hacer diana cada vez a más distancia y Walter se sorprendió; aprendía rápido y era buena. Se quedó a su lado observándola mientras su atención estaba centrada en la diana; su perfil perfecto, sus mechones de pelo rubio escapando de la corta coleta, el latido de una vena en su cuello, su concentración en lo que hacía. Pasión. Walter estaba seguro de que era una mujer apasionada en todo lo que suscitara su interés. No le importaría estar en su punto de mira.

Sus pensamientos vagaron hasta Mary; la recordó y se dio cuenta de las diferencias. Con Mary existió amistad y cariño, sexo y complicidad. Al mirar a Cindy una necesidad indefinible le apresaba el pecho y parecía querer ahogarlo. No sabía si le gustaba esa emoción, nunca había necesitado a nadie. Cuando reía quería besarla y si le gritaba enfadada, también. Algo no funcionaba bien en él; por lo visto esa mujer, que no debía olvidar que era hermana de Jay, se le había colado dentro. ¡Vaya putada!

Walter había acumulado fotografías de los hombres que entraban en el club *Bar & Dance* desde hacía bastantes meses. Desde la muerte de Mikhail, no sabía a quién había colocado Vasili en su lugar. La muerte del bielorruso aún no había trascendido, pero estaba claro que algo había pasado con él y lo debían estar buscando.

Pasó la información que tenía a Barlow y los hombres de confianza de Derek hicieron una redada la noche anterior. Detuvieron a algunos clientes que estaban visionando y comprando pornografía infantil en las estancias interiores y consiguieron información de un portátil que localizaron escondido en un cajón con doble fondo. Tenían datos de muchos consumidores y se les acumulaba el trabajo. Estaban obteniendo órdenes de registro para sus casas y sus ordenadores y esperaban los resultados de las pruebas de ADN registradas en el local antes de presentar cargos. Era un pequeño éxito, pero no lo que Walter buscaba. Seguro que estaba poniendo nervioso a Vasili, aunque ese no era su único objetivo. Su móvil vibró. Era Barlow.

—Dime.

—Payne ¿recuerdas a Darrell?

—¿El hombre de la tienda de chucherías de *Brook Height*? —Walter tuvo el pálpito de que no eran buenas noticias.

—Exacto… Ha muerto —Barlow hizo una pausa y suspiró—. Dicen que de un infarto. Lo incineraron hace un par de días.

—¡Joder! ¿Alguien se ha creído lo del infarto? ¿Cómo os habéis enterado?

—Uno de los hombres de Derek, de los que controlan la zona, vio la tienda cerrada dos días seguidos y le llamó la atención. Al indagar dio con su muerte. No parece ninguna casualidad.

—Te aseguro que no lo es, era uno de los testigos del tiroteo. Ahora solo queda Cindy. ¿Y la autopsia?

—Por lo visto Darrell no tenía familia, los servicios de urgencias certificaron su muerte y la incineración constaba en su testamento. Me han entregado una copia de la autopsia que certifica lo del infarto. La firma es de un médico privado que investigaremos.

—De acuerdo. Intenta no llamar para darme más buenas noticias ¿vale? Me juego el cuello a que el médico está en las filas de Vasili —mencionó Walter— ¿Y Cindy?

—A mí también me preocupa, pero no tenemos recursos para que alguien esté vigilándola todo el día. Por una vez debería entender que está en peligro y encerrarse en casa.

—Sabes que eso no es garantía de nada, Kam. Si Vasili va a por ella, la puerta de su casa no va a suponer ninguna dificultad.

*****

Cindy estaba harta del encierro entre las paredes de su casa.

Siempre le había gustado su piso y adoraba quedarse en ese salón acogedor, de vez en cuando, precisamente porque pasaba muy poco tiempo en él. Pero estar confinada era otra cosa. ¿Hasta cuándo iba a durar aquella reclusión? Llevaba todo el santo día entre la silla, el ordenador, el sofá y el televisor. Al menos el día anterior había salido para ir al campo de tiro, pero no había tenido más noticias de Walter.

Necesitaba salir o se volvería loca. Ella era una mujer activa a la que le encantaba patearse las calles de su ciudad, hablar con la gente, reír con sus amigos y buscar elefantes originales en las tiendas de callejuelas escondidas para su colección. No tuvo que pensarlo demasiado, se ahogaba allí dentro.

Si el día anterior había ido en metro hasta el campo de tiro, no tenía porque permanecer encerrada ahora. Ese era su lógico razonamiento. Walter la acompañó a su casa en su moto a la vuelta y, al despedirse, solo le dijo adiós. Parecía preocupado por algo y no le dio conversación. Lo ocurrido entre ellos parecía un espejismo lejano.

Se miró ante el espejo del baño. Llevaba puesto un pantalón de chándal y un jersey de rayas de colores bastante viejo, pero como hacía frío ni siquiera se cambió. Se calzó unas botas y sacó un abrigo del armario. Se iba a tomar una copa o no conciliaría el sueño en toda la noche. Necesitaba airearse. No era muy tarde y conocía un bar musical cercano a su casa, a tan solo un par de manzanas, donde había acudido algunas veces. Siempre lo había hecho acompañada, pero tomar una copa sola tampoco era ninguna locura.

Llegó enseguida, se acomodó en una mesita en un rincón para no llamar la atención y pidió un mojito. Se entretuvo mirando su móvil, la galería de fotos tenía algunas muy antiguas y otras recientes de su sobrina que le sacaron alguna sonrisa. Seguía con el pie el ritmo de la música que sonaba de fondo y consiguió relajarse un poco. Antes de volver a casa se tomó otra copa y decidió que era hora de retirarse, le había entrado sueño.

Al salir a la calle era noche cerrada y miró su reloj de pulsera; las doce de la noche, la hora de las brujas. Había estado nublado todo el día y a esa hora empezó a chispear. Cindy levantó la cara hacia el cielo sin estrellas y dejó que la lluvia le mojara el rostro; no le molestaban las gotas, a no ser que fuera un aguacero.

Muy poca gente paseaba a esas horas por la calle en un día laborable. Cuando faltaba solo una manzana para llegar a su casa, escuchó pasos a su espalda. Algunas de las luces de las farolas estaban fundidas, pero otras alumbraban tenuemente la acera. Vio una sombra que se proyectaba ante ella junto a la suya. El hombre que la seguía estaba muy cerca y el portal de su casa a demasiados metros. Su corazón dio un vuelco. Pensó que estaba influenciada por todo lo ocurrido en su vida en los últimos días y que la sugestión estaba

engañando a sus sentidos. Pero los latidos amenazaban con reventar sus venas y sus costillas parecían constreñir sus pulmones. Cogió aire con fuerza y, sin pensarlo más, salió corriendo hacia el portal de su casa en una carrera desenfrenada. Dejó atrás la sombra del hombre, pero escuchaba sus pasos apresurados. Sacó la llave de su bolsillo con presteza y no miró atrás mientras la abría y la cerraba a su espalda con estruendo, jadeando y muerta de miedo. Esperaba notar una mano en su espalda en cualquier momento, pero eso no ocurrió.

Antes de subir por la escalera se quedó unos instantes vigilando tras la puerta, por si escuchaba algún ruido, pero los pasos se escucharon muy cerca, cesaron unos segundos y se alejaron. No se atrevió a volver a abrir para mirar al hombre del que solo había visto su sombra. Le faltaba el aire, se estaba ahogando. Pánico. Su cuerpo temblaba y subió a su piso, asimilando que la calma que había conseguido con el alcohol acababa de esfumarse. Al entrar en su casa se sintió a salvo de nuevo y empezó a pensar que su imaginación le había jugado una mala pasada. Siempre había tenido una creatividad muy prolífica y sus historias mentales parecían reales.

Decidió que lo mejor, antes de intentar dormir, y dado que se había despejado completamente, sería darse un relajante baño de espuma. Estuvo un buen rato metida en el agua caliente, con la corta melena recogida en lo alto de la cabeza, sin dejar de pensar en que alguien la acechaba. El agua se enfriaba y salió para cubrirse con el albornoz que colgaba tras la puerta. Seguía alterada, por lo que se dejó caer en el sofá y encendió el televisor. Quizá con una mala película soporífera conseguiría cerrar los ojos.

Su mente vagó hasta Walter de nuevo y se dejó llevar por el recuerdo de sus besos mientras sus párpados caían. Una sonrisa se formó en su boca sin querer. Por mucho que se hubiera retirado por miedo a la intensidad que ese hombre le provocaba, sabía que tener algo con él acabaría siendo inevitable. Él pensaba que ella buscaba titulares, pero estaba equivocado en lo que a sus prioridades se refería. No la conocía lo suficiente. Dejó volar su imaginación y dejó que le hiciera el amor mientras aquella fantasía la arrastraba a un sueño más erótico que relajante. La luz pequeña de la mesilla seguía encendida y el televisor seguía desprendiendo flases de luz con sus imágenes. Por fin se durmió.

Se despertó con el sonido de un «click» y abrió los ojos, creyendo que soñaba. Pero el terror asoló la estancia y se metió en su cuerpo de golpe. Tenía ante ella a un hombre cubierto con un pasamontañas, fotografiándola con el móvil. Entonces se dio cuenta de que le había abierto el albornoz y estaba mostrando sus pechos. Gritó aterrada y se tapó, pero él se abalanzó sobre ella. Le tapó la boca con una mano y con la otra le apartó el albornoz de un tirón y le magreó los pechos,

apretando con saña y gruñendo como un animal. A pesar de que casi no podía respirar, consiguió volver a chillar, un rugido ronco falto de aire.

Cindy escuchó algún ruido en la escalera, un portazo en la entrada del edificio. La puerta era metálica y se oía si se cerraba con fuerza. Al verse libre de la mano de su agresor, abrió los ojos y se dio cuenta de que salía corriendo por la puerta de su casa dejándola abierta. Se levantó pensando que se caería debido al temblor de sus piernas, pero consiguió llegar hasta la entrada y cerrarla. Se dejó caer hasta el suelo sollozando y se tapó la cara con las palmas de las manos. Encontrarse a un intruso en casa era lo peor que le había ocurrido nunca. Sabía que debía denunciar aquel allanamiento, pero ni siquiera era capaz de recordar donde estaba su móvil. Gateó hasta el sofá y lo localizó entre dos almohadones. Solo una persona le vino a la mente y buscó el contacto de Walter. No contaba con que sería difícil hacerse entender en su estado.

—¿Cindy? —escuchó su voz— ¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

Lo único que pudo salir de su garganta fue un sollozo ahogado; al intentar articular las palabras, estas morían antes de ser pronunciadas. Tragar cristales hubiera sido más fácil.

—¡Cindy! ¡Me estás asustando! ¿Estás en tu casa? —Walter se había despejado del todo y ya se estaba poniendo algo de ropa, dispuesto a salir corriendo en su ayuda.

—Sí… Ven, por favor… —fue lo único que Cindy atinó a decir—. Un hombre ha entrado en mi casa.

—¿Sigue ahí? —a Walter casi se le paró el corazón.

—Ya se ha ido —otro sollozo incontrolable.

—¡Voy ahora mismo! —Walter ya estaba en la puerta con las llaves de su moto en la mano—. No abras a nadie más que a mí. Enseguida estoy ahí. Coge tu pistola y escóndete en el baño.

En los quince minutos que Walter tardó en llegar, Cindy consiguió calmarse un poco. Se lavó la cara con agua fría, se puso unos gruesos calcetines y rodeó su cuerpo con una manta sobre el albornoz. Se acurrucó en el sofá a la espera de que llegara Walter. Empezó a tiritar sin control. Ni cogió la pistola, ni se encerró en el baño, eso aún le haría sentirse peor.

El hombre se había ido y prefería estar cerca de la puerta por si escuchaba cualquier ruido sospechoso.

Walter llamó a Barlow antes de salir para ponerlo sobre aviso, pero prefería que no fueran policías a su casa a aquella hora. Él entraría de incógnito.

Arrancó la moto y salió disparado en dirección a casa de Cindy. Solo sabía que un hombre había entrado en su casa. No podía quitarse de la cabeza todo lo que podría haberle pasado a Cindy. ¿Y si la había

violado? ¿O si le había dado una paliza? Una agresividad ascendente iba inundando su mente y le hacía acelerar aún más. Encontró la puerta del edificio entornada, se coló sin hacer ruido, vigilando su entorno desierto, y subió por las escaleras corriendo como un loco. Llamó con los nudillos a la puerta de Cindy.

—Cariño, soy yo, ábreme, soy Walter.

Escuchó sus pasos y percibió como echaba una ojeada por la mirilla antes de abrir. La primera impresión al verla con los ojos enrojecidos de llorar y envuelta en una manta, mientras tiritaba, fue la de querer matar a alguien, en concreto al intruso que se había colado en su casa, fuera quien fuera. Cindy abrió la puerta del todo y lo miró a los ojos.

—Ven aquí —Walter entró, cerró la puerta de una patada y la abrazó con fuerza, besando su coronilla y balanceándose ligeramente.

Cindy hundió su rostro en el pecho de Walter e inspiró hondo. Su sola presencia la tranquilizaba.

—Tranquila, ya estoy aquí… tranquila —murmuraba Walter mientras se sentaba con ella sobre sus rodillas en el sofá.

Esperó a que se calmara y entonces le preguntó por lo sucedido. Cindy se lo explicó un poco por encima, sin entrar en detalles que la avergonzaban.

—Entonces ¿No pudiste verle la cara? —preguntó Walter.

—Lo cierto es que no, llevaba un pasamontañas negro y creo que estuvo muy poco tiempo. Cuando empecé a chillar y escuché la puerta de abajo, se marchó.

—Quizá no había venido solo…

—¿Y que consigue con hacerme una foto? —Cindy se llevó una mano al cuello del albornoz para cerrarlo más.

—¿No hizo nada más? ¿Intentó algo contigo? —Walter estaba adivinando que Cindy se guardaba algo—. ¿Te hizo daño?

Cindy lo miró a los ojos y los suyos se humedecieron de nuevo.

—¿Qué te hizo, cariño? —aquel tono suave de Walter la hizo llorar de nuevo y él la volvió a abrazar.

—Me abrió el albornoz, no llevaba ropa debajo, me había bañado y me quedé dormida en el sofá. Cuando me hizo la foto y me despertó tenía el albornoz abierto y mostraba mis pechos… después él…

—¿Qué hizo, Cindy? —Walter intentaba controlar su rabia, pero era difícil.

—Me apretó los pechos con fuerza y me hizo daño —los sollozos volvieron y Cindy se rodeó el cuerpo con sus brazos.

—¡Hijo de puta! —masculló Walter con los puños apretados.

—Estoy viva, Walter —Cindy se abrazó a su cuello— podría haberme matado. ¿Crees que esto es por lo que vi?

—Cindy… —Walter dudó en si decirle que Darrell estaba muerto, pero sabía que no era el momento de asustarla más todavía—. Ahora

deberías descansar e intentar olvidarte de todo.

—No voy a poder —Cindy se levantó, tenía el cuerpo revuelto—. Perdona, voy a vomitar.

Salió corriendo hacia el baño y Walter escucho sus arcadas. Barlow le envió un mensaje, por la mañana enviaría a alguien por si había huellas o algún indicio de la presencia del asaltante. Walter le contestó que llevaba pasamontañas, pero según recordaba Cindy, no usaba guantes, por lo que era posible que hallaran alguna huella. Tampoco había forzado la cerradura; parecía un profesional, la puerta estaba intacta.

Solo se escuchaba el silencio tras la puerta del baño. Walter se acercó y llamó con los nudillos.

—¿Estás bien?

—Sí, vete si quieres, voy a darme una ducha rápida.

Cindy necesitaba deshacerse de la sensación de suciedad que le había dejado ese hombre al agredirla. Se metió bajo el chorro de agua caliente y dejó que arrastrara algo del peso que se había incrustado en su pecho. Las lágrimas fluyeron de nuevo, se mezclaron con el agua y resbalaron por su cuerpo. Las dejó marchar por el desague y se hizo el firme propósito de no volver a llorar. Una fuerza desconocida empezó a aflorar desde el centro mismo de su alma. Nadie iba a doblegarla con amenazas. Nadie iba a provocarle más lágrimas por utilizar la fuerza. Nadie iba a conseguir que se escondiera como un conejo en su madriguera. Empezaba a estar harta y necesitaba plantar cara.

Si aquel ataque había sido cosa de la banda callejera de los Latin Kings, del asesino de la chica muerta o de quien fuera que le había disparado, se enfrentaría de alguna manera. Ella no había hecho nada malo y no tenía porqué esconderse.

Si Walter hubiera sido testigo de sus pensamientos se hubiera echado las manos a la cabeza y la hubiera encerrado en algún lugar lejano para protegerla. Pero ella no dijo nada. Salió de la ducha, se puso un pijama y unos calcetines y entró en el salón, imaginando que Walter ya se habría ido. Pero él seguía allí.

En la mesilla, al lado del sofá, tenía una taza de té caliente. Se sentó junto a Walter y se la bebió en pequeños sorbos.

—¿Por qué sigues aquí? —preguntó apoyando la cabeza en el hombro de Walter.

—Voy a quedarme esta noche contigo, quiero que descanses ¿Te parece bien?

—Me parece bien —Cindy dejó la taza en la mesa y cerró los ojos. Se durmió al instante y Walter la rodeó con un brazo y besó su pelo, pensando en qué iba a hacer con aquella mujer que interfería en su trabajo y su vida un día sí y al siguiente también.

Walter llevó a Cindy a su cama en brazos. La estuvo observando un rato mientras dormía a su lado en el sofá. Resiguió su rostro fijándose en todos los detalles, en la nariz pequeña y recta, en las espesas pestañas rubias que ella se empeñaba en teñir de negro, en sus labios enrojecidos y entreabiertos, en su piel blanca y sin mácula. Ella pudo descansar unas horas, él no pegó ojo. La noche anterior no quiso alterar más a Cindy y por eso solo se dedicó a consolarla. Pero que hubiera salido sola por la noche a tomar una copa era una temeridad y debía hacérselo entender. No era tan difícil.

Cindy se levantó temprano con aspecto de no haber descansado mucho, tal como uno se siente tras un berrinche y una llorera; la nariz taponada y los ojos como si hubiera recibido unos cuantos puñetazos. Una alergia primaveral le hubiera sentado mejor a su aspecto. Walter estaba preparando café en la cocina.

—¿No vas a dormir más? —Walter la hubiera abrazado, pero reprimió su impulso, no era bueno acercarse tanto.

—No —Cindy se acercó a la tostadora y buscó la bolsa de pan para tostar un par de rebanadas—. He decidido que hoy voy a ir al periódico.

—¿No has tenido suficientes sobresaltos? —sin querer, Walter levantó la voz y Cindy lo miró echando fuego por los ojos.

—¡A mí no me grites! —se acercó a Walter y se plantó frente a él —. Nadie va a impedir que siga con mi vida y vaya a trabajar. Ni siquiera tú. La policía no pudo protegerme ayer porque no tienen medios para vigilarme las veinticuatro horas.

—¡Tú tampoco lo pones fácil! —a Walter no iban a amilanarlo cuatro gritos— ¿Era necesario salir a tomar una copa sola, buscando problemas?

—¿Yo me he buscado mis problemas? ¿En serio? ¿De qué me estás acusando, exactamente? —Cindy clavó su dedo índice en el pecho de Walter—. ¿Se supone que no puedo salir para nada de mi casa? Estaría mejor en la cárcel.

—No me tientes…

—¿Vas a detenerme otra vez? —Cindy entrecerró los párpados, retándolo con la mirada—. Si no vas a ponerme las esposas, ya puedes irte. ¡Gracias por todo!

—¡Eres una terca cabezota!

—¿Te sientes mejor si me insultas? —Cindy inspiró hondo y se sirvió café—. ¡Adelante! No te cortes.

Pero Walter no se movió de allí. Se estaba planteando que, si Barlow no podía ponerle protección a Cindy, él iba a ocuparse. También podía avisar a Jay, seguro que cogería vacaciones para ir a

Nueva York a cuidar de su hermana. Pero si lo alertaba sabía que Cindy iba a cabrearse aún más con él. Dejaría esa carta para más adelante, para el caso de que no pudiera hacer otra cosa. Cindy se comió una tostada con el café, se levantó y le señaló la puerta antes de meterse en el baño. Al cabo de un momento escuchó el agua de la ducha. Esperó, paciente. La acompañaría al trabajo.

Cindy apareció al cabo de media hora vestida, peinada y maquillada. Parecía otra. Walter ya la había visto alguna vez con los trajes que se ponía para ir al periódico. Faldas estrechas, americanas y tacones altos. Sexi. Olía como el pecado y a él le entraban ganas de despeinarla. Y de desnudarla. Ella torció el gesto cuando lo vio plantado en la cocina.

—¿Qué haces aquí todavía?

—Voy a acompañarte a la oficina —le señaló la puerta.

—No hace falta, siempre voy en metro.

—Hoy, no.

—Oye, Walter… de verdad te agradezco que ayer vinieras en mi ayuda, pero ya está ¿vale?

—Te acompaño, es por tu seguridad —se colocó ante la puerta— y quiero que me avises para volver a casa. Iré a buscarte y te traeré de vuelta.

—¿Vas a ser mi niñera? Nadie te lo ha pedido.

A Cindy le sonó el móvil. Era Adam. Su jefe le preguntó a gritos porqué aún no se había conectado a la reunión de la mañana. Ella le dijo que iba a ir a la oficina y el impresentable de su jefe le chilló que la quería allí cuanto antes. Cindy resopló y miró la hora; se había hecho tarde. Llegaría antes si Walter la llevaba y cedió a sus demandas. Con lo que no contaba era con que llevara su moto.

—¿Tengo que montar en ese trasto con una falda estrecha?

—Si quieres subir a tu casa de nuevo y ponerte unos pantalones te espero aquí —Walter se encogió de hombros.

—No hace falta, tengo prisa.

Cindy se subió la falda mostrando sus piernas casi hasta la cadera, su abrigo arremangado también y se sentó tras Walter, abrazándose a su cintura. Él cerró los ojos y contó hasta diez para serenarse antes de arrancar la moto. No fue un viaje muy cómodo, pero llegó a la redacción en el mínimo tiempo posible. Walter le recordó que debía llamarlo por la tarde y ella asintió, sin estar convencida, pero no tenía tiempo para discusiones.

*****

Walter llamó a Ron para pedirle protección para Cindy. Su jefe le dijo que lo intentaría, pero que no sería de un día para otro; ya sabía que los protocolos llevaban su tiempo y los trámites burocráticos

tardaban lo suyo. Barlow también estaba en ello.

Cindy entró corriendo a las oficinas y se acercó a la sala de reuniones. Aún estaban todos dentro y abrió la puerta pidiendo disculpas por la tardanza. Sara la miró con preocupación. Adam, como siempre, no pudo mantener la boca cerrada.

—¿Estas son horas de empezar a trabajar? Ya estamos finalizando la reunión y la señorita Kevins llega a la hora que le parece. ¡Espero que tengas una buena excusa!

—¿Te parece suficiente que ayer se coló un hombre en mi casa mientras dormía y me atacó? —Cindy no pensaba explicar aquella mala experiencia allí, pero las palabras ofensivas de Adam la hicieron hablar sin pensar.

Se hizo el silencio y todo el grupo la miraba expectante, esperando los detalles. Sara se levantó de su silla y se acercó a ella.

—¿Estás bien? —le susurró y Cindy asintió.

Se sentó en la única silla libre y relató lo ocurrido sin dar demasiados detalles. Adam fue, de nuevo, el primero en hablar.

—Escribe un artículo sobre tu agresión y pide datos estadísticos a Barlow sobre ello.

—No voy a escribir sobre mi ataque en primera persona. Quién lo ha hecho tenía la intención de asustarme y no quiero que note que lo ha conseguido. Voy a escribir sobre las bandas callejeras, tengo muchos datos sobre ello. Sabéis que escribí mi último artículo haciendo una introducción en el tema. No sé si habéis visto los comentarios en redes. Se está haciendo viral en Twitter. Es un tema que interesa.

—Lo he visto —contestó Sara— además hay una guerra abierta entre bandas latinas en las redes a través de sus códigos y sus símbolos.

—Es cierto —contestó Cindy que había estado investigando—. Tienen sus propios hashtags y emoticonos de colores que los usuarios identifican. Además captan a menores y han trasladado a internet sus luchas territoriales, con provocaciones continuas. Un trébol verde representa a los *Trinitarios*. Los gorilas negros son los *Dominican Don't Play*. Una gota de sangre roja simboliza a los *Bloods* y una corona con un león a los *Latin Kings*. Lo saben la mayoría de los adolescentes y jóvenes en Nueva York y lo ven diariamente en los vídeos de las redes.

Por fin el tema pareció convencer a Adam que se olvidó del ataque a Cindy y la instó a ponerse a trabajar. Estaba escribiendo en su mesa cuando le sonó otra vez el móvil. Al mirar la pantalla vio el nombre de Lana: su madre.

—Mamá, estoy trabajando —fue su saludo.

—Pues descansa cinco minutos para saludar a tu madre, no se va a hundir el mundo ¿Cómo estás, cariño? —que estuviera trabajando, o haciendo cualquier otra cosa, no iba a amilanar a su madre.

—Bien, mamá —Cindy imaginó lo que haría su madre si le explicaba lo que le había ocurrido la noche anterior: haría la maleta y, junto a su padre, se plantarían en su casa. No podían enterarse por nada del mundo—. ¿Cómo va todo?

—Cindy, cariño, ya te dijimos que leímos tu artículo sobre la chica que viste morir en la calle y te conocemos lo suficiente para saber que debes estar metiendo tu naricilla donde no debes. Ha hablado con Jay.

—¿Qué quieres decir con eso? —Cindy empezó a alterarse—. Jay vive en Portland y tiene una hija de dos años. No quiero que se inmiscuya en nada de lo que pueda ocurrirme a mí en Nueva York. Te juro que estoy bien, no estoy en peligro ni nada parecido, eres una alarmista.

—Si quieres que me quede tranquila, que sepas que estoy haciendo un llamamiento a la familia para una reunión en Boston. Quiero a todos mis hijos juntos un fin de semana ¿Eso es mucho pedir? —el tono lastimero de su madre no iba a engañarla, sabía que si no fijaban una fecha, sus padres jubilados empezarían a visitar a sus hijos uno a uno.

—Cuenta conmigo, cuando tengáis una fecha pactada me avisáis y viajaré para veros, lo prometo —Cindy esperaba que, como siempre, les costara un poco ponerse de acuerdo. Eran cinco y reunirse no era fácil.

Se despidió de su madre y se centró en el trabajo. De momento se había salvado de dar muchas explicaciones a la familia. Seguiría investigando a las bandas callejeras de Nueva York; quería saber hasta dónde llegaban sus tentáculos y si ese poder del que fanfarroneaban era real.

*****

—Misión cumplida, jefe — Alecks Polzin se acercó a Vasili Isaev mostrándole una foto en papel.

Vasili no utilizaba teléfono móvil, ni tarjetas de crédito, ni tenía ordenador propio. Por eso era tan difícil de localizar. Ni siquiera tenía correo electrónico. No dejaba rastro personal. Sus empresas eran otra cosa, aunque estaban bien camufladas.

—Dame esa foto —Vasili observó a la periodista durmiendo en un sofá con los pechos al aire y dejó salir una sonrisa sardónica—. ¿Solo le diste un buen susto?

—Como tú mandaste, aunque te puedo asegurar que me quedé con

las ganas de arrancarle la ropa, esa rubia está muy buena —Polzin casi salivaba al observar la imagen y recordar el tacto sedoso de esos pechos—. Cuando quieras que la mate solo tienes que pedirlo, me encantará pasar un buen rato con ella primero.

—No quiero que la mates… todavía —Vasili observó la foto de nuevo pasando los dedos sobre ella—. La chica está muy despistada; está escribiendo sobre las bandas. No tiene ni idea de que existo y así debe seguir. De momento esperaremos, pero vigílala. ¿Algo nuevo sobre Mikhail?

—No, jefe, no hay manera de localizarlo, ya no sabemos por dónde buscar y preguntar. Nadie sabe nada. Parece que se lo ha tragado la tierra.

—Cuando a alguien «parece que se lo ha tragado la tierra», suele ser así —Vasili se acercó a Alecks y lo agarró por la pechera de la camisa acercando su cara—. Las apuestas ahora mismo están abiertas. Yo creo que está más que muerto, pero necesito saber qué ha ocurrido y quién ha intervenido. Si lo pillaron y le hicieron hablar, quiero saberlo. Si no me traes noticias pronto, es posible que acabes igual que él. Sabes que no suelo equivocarme.

—Jefe, si estuviera en la cárcel lo sabríamos ¿no? tenemos a unos cuantos celadores comprados.

—Unos cuantos celadores no lo ven todo, Polzin. No lo ven todo…

*****

—Veamos, señor… Hank Finch… —leyó Walter en la ficha que tenía delante—. Reputado arquitecto, por lo que veo. Un pilar de la comunidad. Pertenece a la Iglesia Evangélica Nueva Vida, de la que es asiduo como buen cristiano… tiene mujer y dos hijos de seis y diez años y una hermosa casa en una de las zonas caras de Nueva York. ¿Todo eso es correcto?

—Sí —fue la escueta y temblorosa respuesta del hombre sentado ante Walter.

—Un escaparate muy atractivo. Aunque en sus ratos libres se convierte en un depravado y un vicioso. Se dedica a visitar locales ilegales de venta de pornografía infantil ¿No es así? —Walter se estaba conteniendo para no gritar y estamparle su puño en la nariz a ese tipo que le revolvía las tripas.

El arquitecto había sido detenido por Barlow. Estaba en continuo contacto con Ron y decidieron llevarlo a uno de los pisos francos del FBI. La razón era que Walter había pedido expresamente poder interrogarlo. De aquella manera era difícil que alguien lo identificara ubicado donde no debía. En ese momento estaban los dos solos y Walter tenía ganas de estrangularlo con sus propias manos. El asco que le producía aquel hombre le dejaba un sabor amargo en la boca.

Le había costado convencer a Barlow y a Ron de que se lo dejaran a él y no pensaba desaprovechar la oportunidad.

—¡Conteste! —le gritó.

—¡Quiero un abogado! Esto no es una cárcel ni una comisaría; no es legal detenerme ni interrogarme de esta manera —el hombre estaba nervioso, pero conocía sus derechos.

—Antes de que llame a su abogado voy a contarle algunas cosas —Walter buscó en su móvil las fotografías que le había enviado Barlow —. ¿Éste es usted?

—Sí… —el hombre no podía negarlo, se veía claramente su cara.

—Está usted entrando en el número 82 de la calle *Union St* ¿correcto? —tampoco podía negarlo, los datos se mostraban en la foto. No abrió la boca—. ¿Sabe lo que ocurre en ese local?

—No lo sé —el hombre parecía encogerse por momentos en la silla.

—¡¿No lo sabe?! —Walter ya no pudo evitar el rugido que salió de su garganta—. ¡En ese local tenían retenida a una chica, casi una niña a la que mataron hace unos días a tiros en medio de la calle! A ella y a unas cuantas más.

—¡Yo no sé nada de eso! No tengo nada que ver con ningún tiroteo. ¡Nada!

—No tiene nada que ver con el tiroteo, eso es verdad. Pero la policía ha identificado sus huellas en la sala donde se visualizaban películas de pornografía infantil. Y eso no es todo. Tenemos una grabación de usted violando a una de las niñas —Walter notó la sorpresa en la cara del hombre—. Allí dentro había cámaras ¿sabe? Esa gente sabe protegerse, aparte de sacar mucha pasta con las ventas. Ahora tengo en mi poder una grabación que pondría los pelos de punta a su comunidad al completo ¿No cree? Imagine que le enseño esa película al diácono de su iglesia, a su mujer o a su jefe…

—¡Quiero a mi abogado! —Hank Finch volvía a revelarse, seguramente sin acabar de creerse que tenía esas pruebas en su poder —. No volveré a abrir la boca hasta que no hable con él.

—¡Usted va a colaborar conmigo o no saldrá vivo de aquí! —Walter sabía que se la jugaba con aquella bravuconada, pero quería intentarlo, aunque fuera con algún farol—. O colabora conmigo o quién lo matará será el jefe de esa organización. Adivinarán fácilmente que está hablando conmigo, pero no tienen ni idea de lo que usted me está contando. Si lo dejara libre en la calle, me juego el cuello a que una bala perdida le volaría los sesos hoy mismo. ¿Va a arriesgarse? ¿Quiere que le recuerde algo, Finch? Esas chicas no eran putas, eran niñas obligadas a tener sexo porque habían sido engañadas. Buscaban una vida mejor porque les prometieron que aquí tendrían una oportunidad. Y gente depravada, como usted, consigue matar todos sus sueños y, a cambio, les dan una vida de mierda. Un

infierno. Tenemos pruebas para meterlo en la cárcel, pero ha tenido suerte conmigo. Voy a proponerle un trato.

Walter se quedó en silencio valorando el estado de Finch. Estaba a la expectativa, estimando sus opciones y no abrió la boca.

—Éste es el trato: irá a la cárcel de todas maneras, eso es ineludible, ya que tenemos pruebas de sobra para inculparlo. Pero puede ingresar en la prisión con o sin protección especial. Quiero información a cambio de que esté protegido en la cárcel. También explicaremos a su mujer, en su trabajo y en su querida iglesia que está ingresado en prisión por un tema puramente económico; un fraude en sus impuestos, por ejemplo. Conseguiremos que su juicio no sea público. A cambio quiero los nombres de todas las personas con las que trataba, ya hemos comprobado que es usted un cliente antiguo. Quiero la ubicación de todos los locales de los que ha sido cliente durante años, sabemos que este no es el único.

Hank Finch cedió. Se derrumbó y se echó a llorar delante de Walter al que no le provocó ni un asomo de compasión o empatía. Tenía lo que se merecía y aún saldría beneficiado en el trato. El arquitecto habló y les dio datos suficientes para localizar una extensa red de locales y a los proxenetas que los dirigían. Walter ya conocía algunos y más de un nombre le resultaba familiar, pero Finch había estado muy metido y tenía mucha información, incluso más de la que esperaba.

Mientras Cindy estaba en el trabajo y Walter interrogaba al arquitecto, dos policías, bajo las órdenes de Derek, se colaron en el piso de la periodista en busca de huellas o cualquier pista sobre su asaltante. Walter había avisado a Cindy de aquella visita y ésta había dado su permiso. Utilizaron una llave maestra que no les dio ningún problema, la puerta de aquel piso era de fácil acceso, algo que Walter quería solucionar cuanto antes. Estuvieron un par de horas recogiendo y registrando muestras y se marcharon. Habían localizado algunas huellas, el agresor no había sido muy cuidadoso.

Barlow les había metido mucha prisa y él mismo en persona presionó a los de criminalística para que trabajaran con celeridad. Avisó de que una mujer estaba en peligro de muerte y que era necesario que contrastaran las huellas recogidas con las indubitadas en las bases de datos. Si se localizaban por pertenecer a sujetos que habían sido detenidos en algún momento, el resultado era fiable al cien por cien. Si no aparecían, los problemas se multiplicaban debido a la ley de protección de datos, que dificultaba el acceso a lo que se consideraban datos biométricos. La policía constituía una excepción, pero el proceso se ralentizaba. Tuvieron suerte, el tipo estaba fichado. En cuanto tuvo la identidad confirmada, Derek llamó a Walter.

—Dime.

—Tengo el nombre del agresor de Cindy. Se trata de Alecks Polzin, un ruso que fue detenido en una redada por tráfico de drogas, hace un par de años.

—¿Tienes foto? —preguntó Walter.

—Sí, ahora te la enviaré en un mensaje cifrado. El tipo estuvo solo un par de meses en la cárcel, en preventiva, pero el juez lo dejó libre por falta de pruebas. Declaró que estaba allí por error y que era inocente. El expediente no explica mucho más.

—¡Qué casualidad! Estos tipos tienen una flor en el culo, siempre se acaban salvando.

—He avisado a Barlow para que difunda la foto por todas las comisarías de la ciudad y he dado orden de detención por si alguien lo encuentra. Al menos podremos interrogarlo y las huellas no mienten. Ese hombre atacó a Cindy Kevins.

—Gracias, Derek —Walter miro su reloj de pulsera, Cindy aún no lo había llamado y ya era un poco tarde—. Avísame si te enteras de algo más. Yo hablaré con Cindy.

—Descuida. Intentaremos que tenga protección lo antes posible.

—Lo sé, pero debe ser alguien de confianza, sabes que no podemos fiarnos de cualquiera. De momento, aún no sé cómo, pero me ocuparé yo. No voy a dejarla sola.

Tal como colgó el teléfono, Walter entró un código para poder

abrir la foto que le había enviado Derek y después borrarla. Se quedó mirando la imagen. Conocía a ese tipo. No personalmente, pero había pasado muchas horas observando las idas y venidas de los asiduos a los locales de Vasili que tenía ubicados. Este, en concreto, frecuentaba el *NY Strip Club*, el lugar donde había hablado con aquella bailarina, recordaba que se llamaba Nadia. Tendría que volver por allí.

Miró de nuevo la hora. Era raro que Cindy no hubiera salido de trabajar. Un presentimiento le hizo llamar a la redacción y preguntar por ella. Le contestó una chica muy amable y él pidió hablar con Cindy Kevins.

—Le paso —contesto la chica.

El teléfono sonó cuatro veces y, por fin, respondieron; pero la voz no era la de Cindy.

—Sara, dígame.

—Con Cindy Kevins, por favor —Walter se estaba poniendo nervioso.

—¿De parte de quién? —tras el ataque a su amiga, Sara no iba a decir nada sobre ella sin saber con quien hablaba.

—Soy un amigo y necesito hablar con ella.

—Ya se ha ido, lo siento. No está en el periódico.

—¿Dónde ha ido? —a Walter casi le salió un grito.

—No lo sé, lo siento —Sara estaba a punto de colgar, no le gustaba el tono de aquel individuo.

—¡Espere! ¡Por favor! Estoy preocupado por ella. Ayer sufrió una agresión y hemos quedado en que me llamaría para que la fuera a buscar. No quiero que esté sola, corre peligro.

—Me ha dicho que se iba a su casa —Sara no sabía qué pensar, ella también estaba preocupada por Cindy.

—¡Joder! ¿Por qué no me ha llamado? —Walter estuvo a punto de tirar el móvil contra la pared—. Perdone, usted no tiene la culpa, intentaré localizarla.

—Si consigo hablar con ella le diré que ha llamado, señor… —Sara se quedó esperando un nombre que no llegó. Walter había colgado.

Volvió a mirar la foto de Polzin, antes de borrarla, para grabarla en su memoria. Pelo negro y corto, barba oscura cerrada, mandíbula cuadrada y nariz algo torcida. Él se la iba a torcer del todo en algún momento. No sabía por qué no había matado a Cindy cuando tuvo la oportunidad, pero no tendría otra. Buscó su contacto para llamarla. Esperaba que contestara o iba a cabrearse mucho.

*****

Cindy había salido pronto del trabajo y, centrada como estaba en el tema de las bandas callejeras, volvió a *Brook Height.* Sabía que los Latin Kings la detectarían enseguida debido a las órdenes de Walter de

que la protegieran. Eso le daba un acceso inesperado a buscar información, hacer preguntas y conseguir un buen artículo, ya que el último publicado había tenido tanto seguimiento. El solo hecho de despertar interés en lo que sucedía en aquel barrio, podría ayudarla a dar con el asesino de la chica muerta. En un primer momento pensó que se estaba arriesgando demasiado. Recordó a su atacante de la noche anterior y sacó fuerzas para vencer al miedo. No iba a amilanarse.

En cuanto pisó de nuevo aquellas calles, un pequeño grupo se acercó a ella. Eran cuatro, tres chicos y una chica.

—¿Qué haces aquí otra vez, chica? —preguntó uno de ellos—. ¿Tu hombre te ha dejado venir aquí sola?

Cindy estuvo a punto de contestarle que ella no tenía ningún hombre que le dejara ir a ningún sitio, ni necesitaba permiso para nada, pero se mordió la lengua a tiempo y asintió con la cabeza. Mejor seguirle la corriente.

—Claro, confía en vosotros. Me gustaría escribir un poco sobre los Latin Kings, a lo mejor puedo haceros algunas preguntas… —Cindy hablaba con actitud sumisa, no quería provocarlos.

—¿Tú qué dices? —le preguntó al que tenía al lado y éste asintió como respuesta.

La chica ni siquiera la miraba a la cara, su vista estaba clavada en el suelo, mientras el que parecía su novio la mantenía pegada a su cuerpo, agarrada por la cintura.

Se apartaron de la calzada y se internaron en una pequeña plaza, donde se sentaron en un banco. La periodista les hizo varias preguntas que ellos contestaron con evasivas. Se reían de las respuestas y se daban codazos, como si fuera una broma privada. Le estaban tomando el pelo, no iba a sacar ni una contestación decente de allí. La «entrevista» duró poco y Cindy decidió seguir otro día, no quería que se le hiciera de noche en aquel barrio.

Iba de camino al metro cuando unos pasos, corriendo tras ella, la alertaron. Se giró con celeridad y vio a dos chicas que querían alcanzarla. Una era la que estaba con los chicos que había entrevistado, a la otra no la había visto nunca.

—¡Cindy, espera! —la periodista se paró y cuando llegaron hasta ella, parecían muy alteradas—. ¿Podemos hablar en algún lugar a cubierto? No queremos que nos vean contigo.

—¿Entráis conmigo en el metro? En esta parada hay un bar, podemos sentarnos a tomar un café, si queréis. Yo invito.

—Vale, ellos no bajan a ese bar —dijo una de las chicas a la otra.

Ambas tenían rasgos latinos, eran morenas y de ojos rasgados y negros y se adivinaba su juventud, posiblemente eran menores. Se internaron en la parada de metro y, una vez en el bar, se sentaron en

el rincón que quedaba menos visible al exterior.

—¿Qué ocurre? —les preguntó—. ¿Cómo os llamáis?

—Yo soy María y ella es Camila —contestó la que había visto antes —. No te creas nada de lo que explican los chicos. Nosotras te podemos contar cómo nos tratan ahí. No puedes publicar nuestros nombres, de eso nada. Nos matarían. Sobre todo a mí. Camila ya no está en el grupo, mataron a su novio y consiguió salir.

—¿Qué es eso de que os pueden matar? Es muy grave lo que estás diciendo, María.

—Yo puedo explicarte lo que viví, por si puede ayudar a alguien. —Camila abrió la boca por primera vez y Cindy le hizo un gesto de asentimiento para que hablara—. Yo… yo vengo de una familia muy pobre. En la peor zona de este barrio, hay algunas barracas donde la gente malvive y no tiene ni para comer. Uno de los chicos de la banda, Marcos, se fijó en mí y sabiendo que podía ayudar a mi familia, empezamos a salir. Conmigo se portaba bien al principio, pero al cabo de un tiempo todo cambió. Quise dejarlo pero me obligó a seguir siendo su novia. Yo debía hacer siempre lo que él quería y me amenazaba con que me pasarían cosas muy malas si lo abandonaba. Ellos son muy revolucionarios, hasta tienen una religión propia… me… me violó varias veces. Muchas de las chicas que conozco se unen a las pandillas solo para colocarse. Al principio, como estaba con él por voluntad propia yo estaba limpia, pero cuando quise irme me engancharon a la coca. Hay algunas chicas a las que se respeta, porque actúan como ellos: se pegan con cualquiera y no les cuesta apretar el gatillo. Pero yo no soy así.

Camila dejó de hablar debido a las lágrimas que empezaron a fluir, rodando por sus mejillas. El nudo duro que le bloqueaba la garganta no le dejaba continuar. Cindy le pasó una mano por la espalda.

—Tranquila, lo has pasado muy mal, cálmate.

—¿Sabes cuál es su lema? —preguntó Camila y Cindy negó con la cabeza—. «Si la muerte es lo que se necesitas para que honres y mantengas nuestro código de silencio, muerte es lo que tendrás». Ese es su mantra. Yo estoy hablando y me estoy poniendo en peligro. Si hubiera ido a la policía ya estaría muerta.

—¿Cómo conseguiste salir?

—Marcos se metió en un lío por culpa de las drogas —Camila se apartó las lágrimas con el dorso de las manos—. Lo pillaron con un encargo y lo metieron en la cárcel un par de días y en cuanto salió lo estaban esperando. Lo mataron de un disparo. La policía no buscó durante mucho tiempo a los culpables. Son ajustes de cuentas entre bandas callejeras y ahí queda todo. Uno menos. Su muerte me permitió apartarme. En cuanto consiga algo de dinero me largaré de aquí, esto es una jungla humana.

—¿Sabéis si alguien de vuestra banda mató a la chica que murió por varios tiros por la espalda?

—No sabemos nada de eso —contestó María y miró a Camila. Ambas negaron con la cabeza.

En ese momento el móvil de Cindy vibró. Al ver el nombre de Walter imaginó el cabreo que debía tener. Sonrió y contestó.

—¿En qué idioma tengo que hablarte para que entiendas que estás en peligro? —bramó Walter.

—¿En suajili? —preguntó Cindy sin borrar su sonrisa.

—Soy capaz de aprender el idioma si consigo que me escuches. —Walter ya respiraba mejor desde que había escuchado su voz—. ¿Dónde estás? Tenía que pasar a buscarte por el periódico, pero ya me han dicho que te has ido.

—Te han dicho la verdad. No estoy allí.

—Cindy…

—Walter…

—Ya tengo la identidad del tío que te atacó —imaginó que esa información le haría cambiar de actitud. No se equivocó.

—¿Sí? ¡¿Quién es?!

—Dime dónde estás, te iré a buscar y te contaré lo que sé.

—No hace falta, estoy en el metro, voy hacia mi casa.

—Te espero en la salida.

Al cabo de media hora ambos se encontraban a la salida del metro cercana al piso de Cindy.

—¡Vamos! —fue el saludo de Walter— mi moto está aparcada ahí mismo. Vamos a ir a mi casa, este piso no es seguro.

—¡No voy a quedarme en tu casa! —Cindy empezó a protestar—. No voy a hipotecar mi vida por toda esta historia.

—Toda esta historia te puede costar la vida, Cindy, esté hipotecada o no. —Walter se puso ante ella y la cogió por los hombros—. Te lo pido por favor, si te pasa algo, yo…

—Te iba a costar explicárselo a Jay ¿no es eso?

—¡No estaba pensando en tu hermano, sino en ti, cabezota! Subimos a tu casa, si quieres, y coges algo de ropa o lo que necesites. Te quedas en mi casa hasta que esto se solucione y trabajas desde allí. No puedes estar moviéndote a tu antojo por la ciudad. Te juro que vamos a pillarlos. A todos —la exasperación de Walter le quedó clara a Cindy y reflexionó durante casi un minuto, sin contestar. Antes de que lo hiciera, Walter volvió a hablar y Cindy lo miró con las cejas alzadas, sin entender nada.

—*Uko hatarini* —fueron sus palabras.

—¡¿Qué?! ¿Te ha dado un ictus? —Cindy abrió mucho los ojos y su sonrisa se ensanchó.

—Significa «estás en peligro» en suajili. Lo he buscado mientras

venías hacia aquí. He estado aprendiendo un poco el idioma. A ver si así me hacías caso.

La carcajada de Cindy lo hizo sonreír, tenía una risa contagiosa y acabó riendo con ella. Entonces le habló en un tono cariñoso y se acercó más a ella.

—En mi casa estarás protegida, ya la viste, es un bunker. Solo serán unos días, Kevins. No te hagas de rogar, si tú estás segura podré trabajar mejor y pillar a los malos antes. Échame una mano en vez de ponerme tantas trabas ¿vale?

—Vale... de acuerdo. —cedió por fin—.Subo a buscar algo de ropa.

—Te acompaño.

Cuando Cindy abrió la puerta del piso todo estaba patas arriba.

—¿Así te deja el piso la policía cuando busca huellas? —preguntó una Cindy muy asustada.

—No, esto ha sido cosa de Vasili —a Walter se le escapó el nombre sin pensar en quién tenía a su lado.

—¿Vasili? ¿Ese quién es? —a pesar del impacto del momento, el instinto de periodista no dejó pasar el nombre.

—Olvida ese nombre, es muy peligroso. Ni se te ocurra nombrarlo en ningún artículo. Vamos a recoger lo que necesites y nos largamos. Yo me ocupo de informar a Barlow de ésto. Tendrán que volver a buscar huellas o restos de ADN. Les pediré que revisen todas las cámaras de los alrededores.

Walter hizo un rápido repaso por el piso para constatar que estaba vacío y Cindy recogió algunas piezas de ropa y enseres del baño que metió en un neceser. Se estaba mareando. Ver todas sus cosas esparcidas por todos lados, la estaba poniendo enferma.

—¿Por qué han hecho esto, Walter? —preguntó con un hilo de voz.

—Esto es un aviso, cariño. Alguien quiere asustarte y que dejes de escibir sobre esa chica.

—Seguro que son unos bravucones —Cindy estaba tan indignada como asustada.

—Son unos asesinos —contestó Walter y decidió que era el momento de que Cindy se tomara las amenazas en serio—. Mataron a Darrell hace un par de días. Dicen que fue un ataque al corazón, pero eso es mucha casualidad. Lo estamos investigando.

—¿Darrell? ¿El hombre de la tienda de caramelos? —a Cindy se le humedecieron los ojos al pensar en aquel hombre amable que quería vender su negocio y jubilarse—. ¿Por qué?

—El era el otro testigo de lo sucedido. A diferencia de ti, no tenía familia y no era un periodista cuya muerte pudiera causar revuelo —Walter le pasó un brazo sobre los hombros—. Vámonos a mi casa, Cindy.

—Puedes dejar aquí tus cosas —Walter le señaló una habitación al lado de la suya, quería tenerla cerca a pesar de que su casa estaba protegida—. Si necesitas algo...

—No te preocupes —a Cindy las últimas horas empezaban a pasarle factura y se estaba deshinflando por momentos—. ¿Te importa que me dé una ducha?

—Ahí está el baño —señaló la puerta situada en frente—. Hay toallas limpias. Yo... voy a preparar algo para cenar.

Walter se alejó camino de la cocina sin acabar de entender porqué tener a Cindy en su casa lo hacía tartamudear y le costaba encontrar las palabras. Lo alteraba siempre de una u otra manera; igual le entraban ganas de arrancarle la ropa que de zarandearla para que entrara en razón. Aunque iba ganando la primera opción. En su mente recreaba una y otra vez la sensación de esos labios que añoraba sin quererlo. Verla en sus dominios, en el espacio que nadie invadía jamás, no le molestaba especialmente y eso lo alertaba de que algo no funcionaba como debería. Era como imaginarse un borrador de una vida que no tenía. La sensación de que alguien los pillaría en una mirada cómplice, sin querer.

Por otra parte, no dejaba de dar vueltas al allanamiento en su casa. No creía que buscaran algo, Cindy no tenía nada que a ellos les pudiera interesar. Su objetivo era asustarla para que no hablara, sacarla de circulación. No sabían si podría reconocer al asesino de Oxana. Si las órdenes eran matar a la periodista y Alecks Polzin no lo había hecho, era posible que el muerto fuera él en ese momento. A Cindy no la habían matado para no llamar la atención de los medios. Si se la sacaban de encima solo conseguirían un efecto boomerang y lo sabían. A pesar de no ser demasiado conocida, mucha gente leía los artículos de Cindy Kevins y su periódico, a pesar de ser local, era importante en Nueva York. No era *The New York Times,* pero el digital del *NY Independent* tenía muchos seguidores. Cindy se había convertido en una molestia y los rusos podían tener la mala idea de que sufriera un accidente o algo similar. Algo parecido al ataque al corazón de Darrell.

Preparó unos sándwiches de queso caliente y una ensalada y sacó un par de cervezas de la nevera. El agua había cesado de caer en la ducha y Cindy se personó en la cocina oliendo como las flores. Inspiró hondo y compuso una sonrisa forzada. La repasó de arriba abajo sin darse cuenta. La corta melena rubia se había oscurecido con el agua; su rostro, libre de maquillaje, la hacía parecer casi una cría; sus enormes ojos azules destacaban en su rostro y su boca… esos labios rosados y entreabiertos frenaron el camino de su mirada y dejaron

escapar una sonrisa.

Se había puesto un pantalón de chándal, unos gruesos calcetines y un jersey muy grande. No era un atuendo especialmente sexi y Walter no sabía por qué se lo parecía. Quizá porque el suéter le resbalaba por el hombro, dejándolo al descubierto, y a él se le hacía la boca agua. Le apetecía mucho más probar esa piel que el sándwich de queso que esperaba en la mesa.

—¿Tienes hambre? —le salió una voz muy ronca que no parecía suya.

—Un poco —Cindy se sentó en la mesa de la cocina—. Gracias, Walter. No quiero ser una molestia, espero que esto no se alargue mucho.

—No te preocupes, lo iremos viendo sobre la marcha —se sentó a su lado y dio un sorbo a la cerveza.

Ambos masticaron en silencio, algo incómodos, hasta que Cindy decidió preguntar por lo que le rondaba en la cabeza.

—¿Por qué sigo viva?

—Porque muerta les darías más problemas, siento ser tan cruel, pero es la verdad. Eres una periodista, tienes familia y trabajas en un periódico que daría mucha cobertura a la muerte por asesinato de una empleada.

—¿Quién es Vasili? ¿A qué banda pertenece?

Walter no sabía hasta donde contar. Cindy había dejado de ser solo una periodista. Era la hermana de Jay, su mejor amigo. Era una mujer que lo sacaba de su zona de confort y le hacía rodar la cabeza. Y era una amiga; a pesar de todo tenía que considerarla como tal. Ella seguía a la espera de respuestas.

—¿Puedo hablar con Cindy sin que la periodista esté presente? —preguntó.

—Bueno... no es facil separarlas, somos uña y carne. Pero si tus reparos son que escriba sobre esto, la respuesta es «no lo haré»... de momento. Es lo máximo que puedo prometer. —Cindy se encogió de hombros.

—De acuerdo. Vasili no es miembro de una de las bandas callejeras sobre las que estás escibiendo. Es mucho peor. Es el cabecilla de una facción de la mafia roja.

—¡¿Como?! —Cindy se irguió en la silla con los ojos abiertos como platos.

—Sí... siguen ahí, no creas que han desaparecido. Muchos mafiosos se han convertido en ricos de Norteamérica y han empezado a imitar a la mafia italiana en cuanto al estilo de vida. Esto ha suavizado, en apariencia, a una mafia que, en realidad, puede ser más peligrosa que nunca. Se esconden de la actividad pública y, de cara a la sociedad, son importantes empresarios de los que no se conoce ni su rostro.

Trabajan desde las sombras. Tramas corruptas de empresas que sobornan a funcionarios públicos y mantienen negocios ocultos; cuentas en paraísos fiscales; fundaciones para blanquear dinero, tráfico de armas y drogas. Prostitución, pornografía infantil y trata de personas. Mucho peor de lo que parece.

—¿Ellos mataron a la chica? ¿Aún no la habéis identificado? —A Cindy aquellos datos no la sorprendían, sabía que existían, pero nunca se había parado a reflexionar hasta dónde eran capaces de llegar. Empezaba a darse cuenta.

—La chica era Oxana Lisnic, originaria de Moldavia. El hombre que la mató se llamaba Andrei Orlov, uno de los esbirros de Vasili. El hecho de que hubiera testigos en el tiroteo provocó que el hombre apareciera muerto al cabo de muy poco tiempo. Lo encontraron entre la basura de un vertedero. Una jodida mala suerte, no pudimos interrogarlo.

—Joder… la mafia rusa quiere asustarme… y lo ha conseguido ¿sabes? —Cindy dejó el sándwich por la mitad en el plato, se le había quitado el hambre—. Yo buscando al asesino de la chica y ya lo teníais. Podríais haberme avisado.

—Oye, no quería asustarte… bueno, la verdad es que sí quería —alargó su brazo sobre la mesa y cogió su mano—. Pero al ser periodista no podíamos darte información. Esto no puede salir de aquí y será mejor que no se enteren ni Kam Barlow, ni John Derek, ni Ron Tirrell o me van a cortar la cabeza por hablar demasiado. Estamos preparando una operación para acabar con todos ellos. Si lo conseguimos tendrás la exclusiva, ten paciencia. Quiero que seas consciente del peligro, hasta ahora has tenido mucha suerte.

—Sí, una suerte que te cagas: soy testigo del asesinato de una chica, una especie de «poli encubierto» —lo señaló con el dedo— me detiene, mi jefe no para de gritarme porque quiere más información, un agresor se cuela en mi casa, me fotografía medio desnuda y me manosea y alguien allana mi piso para asustarme y dejarlo más desordenado de lo que estaba. ¡Y encima tengo que esconderme en tu casa como si fuera una delincuente! ¿Eso te parece suerte?

—Me parece una enorme suerte que estés viva —Walter lo dijo muy serio, Cindy tenía los ojos acuosos y, si esas lágrimas se derramaban, él iba a salir corriendo de su propia casa—. Hablemos de otra cosa, si sigues así no vas a dormir esta noche. ¿Te apetece una copa de vino para calmar los ánimos?

—De acuerdo —Cindy suspiró. Tenía que pensar en toda aquella información, pero no en ese momento. Estaba cansada.

—¿Por qué te hiciste periodista? —Walter le llenó la copa de vino blanco e hizo lo mismo con la suya. Cindy lo miró encogiendo los hombros antes de responder.

—No recuerdo que tuviera una razón muy concreta —Cindy levantó la copa y la chocó ligeramente con la de Walter en un silencioso brindis—. Siempre me ha gustado escribir, estar al día de la actualidad tanto política como social… saber lo que pasa en el mundo. Al acercarme al momento de escoger la dirección de mis estudios, el periodismo cumplía con casi todo lo que me pedía el cuerpo. Podía escoger entre cientos de temáticas, buscar la verdad y la transparencia, argumentar la noticia, defender la libertad de expresión. En el fondo soy una idealista. Investigar es mi segunda pasión tras escribir y hacerlo sobre temas policiales ha sido solo una casualidad. Era la única opción que me dio mi jefe, le faltaba alguien en esa área. ¿No vas a contarme nada de ti?

—Mis orígenes son muy humildes. Me costó bastante saber qué hacer con mi vida. Estudiar no era mi prioridad, lo más urgente era ganar dinero para salir del barrio en el que nací. No tuve a una verdadera familia. Conocí a Ron por casualidad, trabajé con él un tiempo y me convenció para optar por el FBI. Me preparé y logré entrar con su ayuda. Algún día te explicaré la historia completa. En los años que trabajé con Jay, Owen y Mary, es cuando encontré a mi verdadera familia.

—Creo que coincidí con Owen una vez en casa de mi hermano, estaba allí de visita. A Mary no la recuerdo —contestó Cindy.

—Los tres estábamos en la boda de Jay y Amy, aunque había mucha gente, creo que ni siquiera nos presentaron —Walter hizo una pausa y la miró fijamente—. Tú llevabas un vestido brillante y largo, centelleabas como las estrellas en el firmamento. Esa noche rompí con Mary.

—¿Era tu novia? —Cindy tenía mucha curiosidad y solo sabía lo que le había explicado Amy.

—Salimos un par de años, pero nunca la consideré como tal. Le tenía mucho cariño y la apreciaba como a una buena amiga. Ella no estaba de acuerdo, no veía lo nuestro de la misma manera. Creo que los términos de nuestra relación no estaban igual de claros para los dos y la despedida no fue agradable. Es algo de lo que me arrepiento.

—¿De haberlo dejado?

—¡No! De eso no. Me arrepiento de no haberle advertido sobre mí. De no haberle dicho que no tengo relaciones serias, que nunca voy a casarme ni a tener hijos. No fui lo suficientemente claro. Me dejé llevar por una relación cómoda para mí, sin pensar mucho en ella. Di por sentado demasiadas cosas. No volveré a cometer ese error.

—¿Me estás avisando a mí? —ambos se miraron, retándose—. Me doy por enterada, no te preocupes.

—No era esa mi intención —Walter empezaba a tener una extraña percepción de peligro en aquella conversación y la atajó sin medir sus

palabras—. Tú y yo no somos nada.

A Cindy le dolieron. Tenía razón, no eran nada. Pero ella pensaba que podrían serlo. O no. Se habían acercado con esos besos que, por lo visto, no significaban nada. Entendido y claro como el agua.

—¿Has tenido alguna relación larga? —le preguntó Walter, que prefería desviar la atención hacia ella, ya había hablado demasiado.

—Sí… bastante larga —Cindy lo miró y volvió a beber un trago de vino—. Cuatro años con mi novio de la universidad. Duramos lo que duró la carrera. Es periodista como yo, aunque se largó a trabajar al *Boston Globe*. Me sustituyó por su trabajo y creo que se casó el año pasado. Estuvo bien mientras duró y todo eso. Nada memorable.

—Y ¿Después? —preguntó un Walter muy interesado en el tema.

—¿Pretendes conocer mi vida amorosa al completo? —Cindy se echó a reír, el vino le estaba produciendo un efecto relajante—. No es para tanto, te lo aseguro. Siempre es lo mismo. Atracción, un tiempo de vivir en una nube debido a la explosión hormonal, la normalización donde empezamos a ver todos los defectos del otro que nos habían pasado desapercibidos y el declive inevitable. El sexo tampoco es para tanto, creo que está sobrevalorado.

—A lo mejor no has estado con el hombre correcto —Walter no sabía porque había dicho esa tontería, pero le entraban ganas de demostrarle que sí podía «ser para tanto».

—Es posible, no tengo muy buen ojo y siempre me fijo en quien no me conviene.

—Existen otras opciones, no hace falta tener una pareja estable para pasarlo bien ¿no?

Cindy supo que aquella pregunta necesitaba una respuesta concreta. Si ella estaba de acuerdo, Walter daría un paso adelante para acostarse con ella. Si no lo estaba, se plantaría.

La pelota estaba en su tejado. Él no quería una relación. ¿Y ella? en realidad, tampoco. Pasarlo bien era otra cosa, si era capaz de desligar un intercambio físico de los sentimientos. Se sintió como el que decide lanzarse en paracaídas por primera vez, o el que le da por hacer una locura, como cruzar las vías del tren con los ojos vendados.

Miró a Walter a los ojos, en silencio, valorando sus opciones. Pudo visualizarse a sí misma anudando un pañuelo sobre sus ojos, perdiendo la visión, cruzando la vía. Mientras esas imágenes asaltaban su mente, el acercamiento entre ellos fue mutuo. La aceptación de lo inevitable. Un interruptor hizo «clic» y puso en marcha algo nuevo. Sin poder evitarlo, Cindy se echó a reír, los nervios la traicionaron. Walter sonrió muy cerca de su boca, le acarició la barbilla y sus labios se rozaron muy levemente.

—Quiero que tus risas acaben en mi boca —las palabras de Walter se hicieron realidad y devoró su risa con un beso.

Cindy sintió como un cohete de calor salía disparado por su espalda y se acomodaba en su estómago. Casi no podía respirar cuando sus lenguas se enredaron. Se apartó un momento para darle un respiro a su corazón.

—¡Uau! Le tienes cogido el tranquillo a esto ¿eh? —Volvió a reír para quitarle seriedad al asunto—. No se te da nada mal.

—Hay que practicar a menudo— Walter volvió a besarla con anhelo y a fondo, poniendo en ello todos sus sentidos. Hundió las manos en su pelo y Cindy cedió ante la ansiedad y la fuerza que le transmitía. Potente como una droga.

Si existía un momento pésimo para una emergencia no podían imaginarlo, pero el móvil de Walter empezó a sonar con insistencia. En un primer momento no le hicieron caso, pero la reiteración les hizo saber que era importante.

—Lo siento —Walter le dio un beso rápido a la vez que cogía el móvil que descansaba sobre una mesa baja— puede ser algo urgente.

—Tranquilo, contesta.

Al mirar la pantalla, Walter supo que algo no iba bien. No tenía ese número en sus contactos. En ese móvil solo tenía registrados un número muy restringido de ellos, relacionados con la policía y el FBI. Pero ese, en concreto, lo reconocía. Era de las oficinas de la agencia. Le resultaba muy extraño que Ron lo llamara desde allí. Dudó un segundo pero contestó.

—¿Diga?

—¡Walter! Menos mal que has contestado. Soy Laila Merrill. —Walter ya la había reconocido, tenía una voz peculiar, bastante grave para ser una mujer.

—No deberías llamarme a este número. ¿Qué ocurre?

—Barlow ha enviado vigilancia al piso de Cindy Kevins, por si los asaltantes volvían por allí, ya sabes que hay orden de búsqueda de Alecks Polzin —contestó Laila obviando las palabras de Walter—. El agente que estaba en el turno de noche nos ha llamado para alertar de que había visto al sospechoso rondando el edificio. Estaba aún hablando con nosotros cuando se han escuchado gritos y se ha cortado la comunicación. No hemos podido volver a hablar con él. Tú eres el que está más cerca.

—Voy para allá —contestó Walter—. Avisa a Barlow para que envíe refuerzos.

—De acuerdo, no tardes —Laila colgó sin despedirse.

Walter hizo una carrera contra reloj de camino al piso de Cindy. Antes de salir la avisó de que no se moviera de allí bajo ninguna circunstancia y activó todas las alarmas al salir. Le dijo que tuviera su arma a mano, aunque allí estaba segura.

En cuanto se aproximó a la zona indicada, en su moto y con el

casco puesto, aparcó a un par de calles para no llamar la atención e hizo el resto del trayecto caminando como una sombra. En el acceso al edificio había unos cuantos escalones frente a la puerta y árboles a ambos lados. En cuanto se acercó, detectó la figura de un hombre tirado en el suelo, justo al lado de uno de los árboles. Corrió hacia él mirando a su alrededor, pero era tarde y la calle estaba vacía. Si Polzin había estado por allí, ya había huido. Al observar al hombre, antes de buscar su pulso, supo que estaba muerto. La pechera de su camisa era un lago de sangre oscura. Un disparo directo al corazón. A pesar de ello intentó reanimarlo, pero lo único que consiguió fue empaparse de su sangre.

—¡Mierda, mierda, mierda! —masculló mientras tecleaba en su móvil. Contestó Barlow.

—¿Lo has encontrado? —fue el saludo del policía.

—Está muerto de un disparo. ¡Joder, Barlow! ¡Tenemos que acabar con esto!

—Si ha sido de nuevo Polzin, ya hay una orden de búsqueda y captura contra él.

—Si Vasili se entera de eso, será él mismo quien lo mate y no nos servirá de nada, preferiría ocuparme yo mismo.

—Ya veremos, Walter. Tengo que hablar con Ron de esto. Envío una ambulancia y al forense; tú desaparece de ahí, mejor que nadie te vea.

Cindy se quedó sentada en el sofá bebiendo vino mientras Walter salía a toda prisa de su casa. Solo le había contado que, en aquella llamada, una compañera del FBI lo había alertado de que uno de los hombres que habían puesto a controlar los alrededores de su casa, podría estar herido. Habían pasado dos horas desde su marcha y no sabía nada. Walter ni la había llamado ni había vuelto. No se presentaba una buena noche. Por suerte el vino estaba actuando y la tenía medio adormecida. Se estiró en el sofá y se quedó mirando al techo que parecía ondularse por momentos.

Entrecerró los ojos y recodó el último beso. Ese que esperaba que no fuera el último. Si algo no había hecho nunca era engañarse, deliberadamente, a sí misma. Tampoco iba a hacerlo ahora. Ese hombre le gustaba demasiado y enrollarse con él sería peligroso. Había dejado clara su postura: solo sexo. Ella se estaba lanzando sin medir las consecuencias, pero es que siempre se había cuidado a sí misma con restricciones y prohibiciones; igual era hora de cambiar las cosas. Pensó que estar sola no era sinónimo de estar pasando un mal momento, siempre había sido una elección. La cuestión era qué elegir en ese momento tan difícil: tener algo con Walter o no hacerlo, dejarse llevar por la calma que le transmitían sus abrazos o darle la espalda sin más.

Cerró los ojos y sonrió… y soltó una carcajada algo ebria. Sabía lo que quería, o sea que negarlo era de necios. Se quedaría con lo que quisiera darle, le daría a cambio lo que ella decidiera. Nada más fácil. Si acababa sufriendo sería debido a su elección. Si se enamoraba en el proceso sería su problema. No iba a pedirle nada a cambio.

*****

Desde las sombras de una calle contigua, Walter observó como llegaba la ambulancia, el forense certificaba la muerte y se llevaban al agente. No quería volver a casa en el estado en el que se encontraba. Sería mejor que Cindy se durmiera y olvidara el momento en el que los habían interrumpido. Ya era tarde y seguro que estaba descansando. Al menos en su casa estaba segura.

Él estaba despejado, por lo que se subió a la moto y puso rumbo a una zona de bares nocturnos de los que Mikhail había nombrado antes de morir en la cárcel. Se habían efectuado muchas detenciones por allí y no notó nada raro a primera vista, todo estaba tranquilo. Decidió que se había ganado una copa y un rato para pensar. Entró en lo que parecía un bar de barrio, más que un club, y se sentó en la barra. Pidió ginebra y un vaso. No es que fuera a emborracharse, pero quería desconectar.

Estaba harto de aquello, demasiadas muertes… vivir con el riesgo cansaba. Cualquier día una de aquellas balas le tocaría a él y le atravesaría el pecho. Su profesión se había convertido en demasiado peligrosa, infiltrarse entre delincuentes tenía un precio. Todo olía a podrido, estaba casi seguro de que Vasili lo tenía controlado y sabía que era policía. Siempre iba un paso por delante, demasiadas casualidades. Existía tanta corrupción a su alrededor que no se podía fiar de nadie.

Para redondear el cúmulo de contrariedades, solo le faltaba la presencia de Cindy Kevins. Era la clave para tenerlo despistado, para descolocarlo y que cometiera errores. No debería ser él quien se preocupara por su protección, pero la falta de confianza de Barlow en muchos de sus hombres no hacía fácil una vigilancia que debería ser pan comido. Y al pobre diablo que había enviado a merodear por los alrededores de su casa, lo habían matado de un disparo. Walter no lo conocía, pero era muy posible que tuviera mujer e hijos. ¿Quién se ocuparía de hacer esa llamada? De aparecer en su casa y dar la noticia: su marido ha muerto en acto de servicio.

No quería eso para nadie. No quería eso para Cindy. Ese pensamiento se había colado entre el resto y Walter dio un trago largo y fuerte a la ginebra, que le lijó la garganta. Porque se le había pasado por la cabeza, sí: Cindy y Walter. Juntos. ¿Por qué esa mujer era distinta? ¿Qué tenía para hacerle rodar la cabeza como una noria? ¿Por qué narices se imaginaba con ella en la misma casa? ¿Por qué quería verla por las mañanas, recién levantada? Debía estar borracho cuando la imaginaba poniéndose de puntillas para besarlo, riendo al acercarse a su boca, rodeando su cintura con sus brazos o desnudándose el uno al otro. Pero no era solo deseo, allí había mucho más. Por eso se estaba frenando. Que fuera hermana de Jay solo era una excusa barata.

Porque a Cindy había que quererla bien. Darle escapadas de fin de semana, besarla en público, regalarle estrellas, bailar con ella en la cocina, ver películas en el sofá… Walter empezaba a tener miedo. Sentía demasiado y eso era aterrador, porque temía no soportarlo si se lo quedaba dentro. Y no veía solución alguna si lo dejaba salir.

*****

—¿Puedo pasar? —Vasili escuchó la voz de Alecks a la vez que los nudillos en la puerta. Era de los pocos de sus hombres con los que tenía contacto directo.

—Pasa, Polzin —Vasili le hizo un gesto para que se sentara en la butaca que estaba situada al otro lado de la mesa de su despacho—. Siéntate.

Alecks Polzin siguió las indicaciones de Vasili y las puertas se

cerraron a su espalda. Los dos guardaespaldas, boxeadores profesionales que se ocupaban de custodiar día y noche a su jefe, no se separaban de él.

—Dime que has encontrado a Mikhail —Vasili ya no tenía esperanza alguna, pero quería enterarse de lo que había ocurrido.

—Lo siento, jefe —a Polzin le temblaba ligeramente la voz. Dar malas noticias al jefe no era plato de buen gusto para nadie, su reacción podía ser inesperada—. Me han chivado que Mikhail está muerto. Por lo visto lo apresaron y lo encerraron en la cárcel. He podido contactar con uno de los funcionarios que tenemos untado en las instituciones penitenciarias y me ha confesado que solo duró allí dentro unos días.

—¿Ese hombre sabía si lo hicieron hablar? —Vasili cerró los puños con fuerza, le tenía aprecio a Mikhail, llevaba bastantes años con él y ahora estaba muerto—. ¿Lo torturaron?

—No sabe tanto, por lo visto su estancia allí fue llevada muy en secreto, no entró con el protocolo establecido. Me ha dicho que lo tenían escondido y aislado. Él mismo se enteró por casualidad a través del que le llevaba la comida. —A Polzin le cayó una gota de sudor por la sien, estaba nervioso—. Al que vio por los alrededores de la prisión, el día de la muerte de Mikhail, fue a ese tipo… ¿Cómo se llama? El ricachón consumidor de porno infantil… Tom Wolfe, el del pelo largo.

—¿Tom Wolfe? —Vasili se echó a reír con una carcajada muy impostada—. A ese ya lo tengo calado, no te preocupes. Está en mi punto de mira y pronto lo sacaré de circulación. Me falta averiguar su nombre real y el alcance de su intromisión, pero tengo claro que no es quien dice ser.

—Si te parece bien, yo puedo ocuparme de él, no creo que me cueste mucho encontrarlo —propuso Polzin.

—No. —Vasili se quedó pensativo, se había tomado las injerencias de Wolfe como algo personal. Nadie se atrevería a tocarle ni un pelo y él necesitaba resarcirse—. Yo me ocuparé de él.

—Me he ocupado de un poli encubierto que estaba vigilando la casa de la periodista —dijo Polzin que se había relajado un poco—. Para que se asuste un poco más.

—¡¿Has matado a un puto policía?! —Vasili se levantó de la silla y Alecks supo que había metido la pata—. ¿Eres imbécil? Si ya teníamos a la policía y al FBI tras nuestros pasos, removiendo mierda en los clubs, solo nos faltaba esto.

—Lo siento, jefe… yo… iba a asustar a la periodista otra vez, pero después me di cuenta de que no estaba en su casa.

—Tráeme información que no sepa sobre Tom Wolfe y deja a la periodista en paz, de momento. —Vasili se mesó el cabello dando vueltas a sus siguientes pasos—. Es tu última oportunidad. Si vuelves a

cagarla… ya sabes lo que te espera. No me falles de nuevo si quieres volver a manosear a esa zorra.

*****

Walter llegó muy tarde a su casa, demasiado bebido y con la cabeza embotada. Se encontró a una preciosa Cindy durmiendo en su sofá y algo se encogió en su pecho, como si esa mujer se le hubiera metido dentro. Casi le había propuesto tener sexo, sabiendo que no sería suficiente. La miró durante un rato en la penumbra, caviló qué hacer con ella para protegerla y poder seguir con su trabajo. Negó con la cabeza en silencio mientras se imaginaba besándola de nuevo. Escuchó un ligero ronquido y sonrió, tenía la cabeza torcida en una mala posición, sería mejor llevarla a la cama.

Aquel solo pensamiento lo excitó. Mala idea. Pero no iba a dejarla allí o se levantaría con tortícolis. La alzó con cuidado entre sus brazos y se dio cuenta de que pesaba poco a pesar de ser bastante alta. Aún dormida, Cindy le echó los brazos al cuello y se apretujó contra él. Antes de dejarla sobre la cama acercó la nariz a su pelo para inspirar su fragancia a flores. La tapó con la manta y entornó la puerta.

*****

A pesar de haber trasnochado, Walter fue el primero en levantarse. Se dio una ducha para despejarse y espantar al incipiente dolor de cabeza y preparó café. Cindy apareció bostezando, con los ojos algo abotargados por el sueño y una sonrisa que a él le podía servir de desayuno. Pero se había propuesto alejarse y eso iba a hacer.

—Buenos días ¿Llegaste muy tarde? —su voz, ligeramente ronca, le pareció muy sexi.

—Hola… ¿tenía que fichar y no me he enterado? —Walter decidió tomárselo a broma.

—¡Cuando quieres eres un borde! —Cindy frunció el ceño y dio media vuelta—. Creo que voy a darme una ducha.

Mientras salía de la cocina, sonó el móvil de Walter y Cindy decidió quedarse a escuchar tras la puerta.

—Hola, Ron. Dime —fueron sus palabras.

—Ayer hablé con Laila y Barlow también me llamó, ya me han explicado lo del agente asesinado. Revisaron las cámaras de la zona.

—Dime que aparecía el asesino y que lo habéis identificado —Walter imaginaba quien era.

—Sí, Alecks Polzin otra vez, hay que pillarlo, pero tú deberías ocuparte de vigilar a Cindy —las palabras de Ron lo espolearon y sacaron el cabreo que estaba aumentando debido al estrés acumulado.

—¡Yo no soy la niñera de Cindy Kevins! ¡A ver si os enteráis de una

puta vez! O vosotros le ponéis protección o que lo haga Barlow, me da igual. Pero yo tengo que ocuparme de encontrar a Polzin y pararle los pies. ¡Tengo que conseguir que me lleve hasta Vasili de una vez!

Cindy, tras la puerta, intentaba retener un par de lágrimas que se habían escapado a su control y que resbalaban por sus mejillas creando verdaderas cicatrices bajo su piel. Dolía. Creía, en su ingenuidad, que Walter sentía algo por ella. Pero ya le había quedado meridianamente claro que solo quería sexo. Pues lo tenía claro si pensaba acostarse con ella y despotricar a sus espaldas por tener que protegerla. Cosa que ella no le había pedido, por cierto.

Estuvo a punto de alejarse en silencio. Pero, en un arranque de coraje, se armó de valor y volvió a la cocina con pasos decididos. Walter estaba de espaldas a ella y ya no hablaba por teléfono.

—¡Nadie te ha pedido protección, ni que seas mi niñera! Como no estoy dispuesta a tener que aguantar esos arranques de mala leche que tienes, he decidido que me vuelvo a mi piso y que voy a trabajar en el periódico. —Walter se giró con rapidez al oír su voz y la miró con los ojos muy abiertos por la sorpresa—. ¡Se acabó obedecer a personas a las que en realidad les importo bien poco! No tengo porqué estropearte los planes, Payne. Te dejo solito en tu bunker y me largo a mi piso, no quiero causarte más molestias. ¡Olvídate de que me has conocido, yo haré lo mismo!

Walter nunca la había visto tan enfadada y dio por supuesto que había escuchado su conversación. Le brillaban los ojos y sus mejillas habían enrojecido por la rabia. No abrió la boca, sabía por instinto que no era buen momento para contradecirla. En cuanto la oyó entrar en el baño comprobó que la casa estuviera cerrada a cal y canto. Tenía activado el sistema que la dejaba hermética e inaccesible. Si él no la desbloqueaba, Cindy no iba a salir de allí. Ya podía ir pensando en cómo iba a convencerla de que lo mejor era que siguiera en su casa.

Cindy volvió al cabo de más de media hora a la cocina, vestida para ir a trabajar, con un traje de chaqueta azul marino y una blusa blanca, maquillada y peinada.

—Me voy, que te vaya bien —Walter vio su bolsa tras ella, se había tomado en serio lo de marcharse.

—Siéntate, por favor —Walter se acercó con las manos en alto—. Desayuna conmigo y hablemos. ¡Por favor!

—No quiero hablar, pero necesito un café —Cindy se sentó a la mesa y masajeó su cuero cabelludo—. Me duele la cabeza.

—Lo que has escuchado antes no era por ti —Walter le sirvió el café y puso un plato con galletas al lado—. Es que ayer fue un día duro y quiero que te pongan protección las veinticuatro horas. Era necesario lanzarle cuatro gritos a mi jefe.

—Ya lo entendí, Walter, escuché lo que dijiste. Me parece bien que

no quieras ser mi niñera, de verdad. No es tu trabajo.

—Necesito saber que estás segura, por eso voy a pedirte que no te vayas y que sigas trabajando desde mi casa —Walter se sentó a su lado y le cogió la mano, pero Cindy se deshizo enseguida de su agarre, su cercanía no era lo que más le apetecía en aquel momento.

—Estaré atenta, no me pasará nada.

—Eso no es suficiente, Cindy. ¿Cómo crees que me sentiría si te hacen daño? Ayer mataron al hombre que estaba de vigilancia por los alrededores de tu casa. Lo encontré tirado en la calle con un balazo en el corazón. Si no me crees puedes mirar la ropa que he tirado a la basura, está llena de sangre.

—¡Oh!... lo siento, Walter. Ha sido por mi culpa ¿verdad? —Cindy estaba llegando al límite de su aguante en cuanto a malas noticias. Parecían no tener fin.

—¡Claro que no! Los hombres de ese grupo mafioso son asesinos, matan sin pensarlo dos veces. Tú no tienes la culpa de nada, solo eres una víctima más, que tuvo la mala suerte de presenciar uno de sus crímenes.

—No quiero ser una carga para ti y lo soy. Ayer pensaba que… —Cindy se frenó, estaba hablando más de la cuenta.

—Lo siento si te di a entender lo que no era —a Walter le estaba costando la vida no besarla de nuevo—. Te deseo, eso no es ningún secreto.

—No iba a pedirte más, Walter, yo también lo hago. Ahora solo quiero irme a casa, mejor será olvidar lo ocurrido entre nosotros.

—Hagamos una cosa… —Walter decidió obviar ese tema, de momento—. Te llevaré a trabajar al periódico y te iré a buscar, para que no te sientas tan encerrada. Seguirás viviendo en mi casa mientras toda esta historia no se solucione. Pero me tienes que jurar que no vas a escaparte más ni a hacer nada por tu cuenta.

—¿Y cuánto va a durar esto, Walter? ¿Cuánto?

*****

Cuando Cindy entró en el periódico, tras avisar a Adam de que trabajaría de nuevo en las oficinas, sus compañeros la recibieron con un aplauso espontáneo. Se habían enterado del allanamiento en su casa y, a los que se consideraban sus amigos, les preocupaba su situación. La noticia había corrido como la pólvora. Sara se acercó a ella y la abrazó.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—La verdad es que a veces me da la sensación de que estoy sufriendo una pesadilla sin fin y que en cualquier momento despertaré.

—¡Kevins! —ladró el vozarrón de su jefe a su espalda— parece que

estás creando expectación. La noticia de que alguien te acosa se ha colado por las redes. Tengo a un periodista de la televisión en mi despacho que quiere entrevistarte. Al parecer existe un aumento de la delincuencia en algunos barrios y alguien en twitter te está culpando por escribir sobre las bandas callejeras.

—¿Qué? —Cindy no podía creerse que le estuviera pasando aquello. Las cosas no podían torcerse más. ¿O sí?—. ¿El aumento de la delincuencia es culpa mía? ¡Era lo que me faltaba escuchar!

—Pues ya puedes ir a defenderte, vas a salir en las noticias de esta noche en el canal 4 de la WNBC.

—Creo que más de uno se va a cabrear si salgo en la televisión. —Cindy lo dijo casi para sí misma, pensando en Walter. Intentaría mantener un perfil bajo y no llamar mucho la atención. No era capaz de sostener más guerras abiertas.

Cindy grabó la entrevista con el periodista del canal 4, que se emitiría aquella noche. Se mordió la lengua más de una vez para no hablar más de la cuenta. Guardarse información no se ajustaba a su manera de ser ni a su profesión, se sentía como una traidora. Pero cuando imaginaba a Walter escuchando esa interviú, sabía que resultaría peligroso contar los detalles que tenía en su poder, tanto para él como para ella misma. Jugar con un grupo de mafiosos no era una opción y midió mucho sus palabras. Nada que pudiera alertar a Vasili y los suyos. En resumen, se centró en las bandas callejeras, en el aumento de la delincuencia en determinadas zonas de la ciudad y en los comentarios que había recibido en las redes. Muchos de ellos eran de apoyo, algunos en su contra y, por supuesto, los insultos que siempre aparecían en cualquier controversia. El anonimato generaba muchos bravucones con ganas de armar follón.

Cuando volvió a su cubículo, encendió su ordenador y se puso a escribir un artículo, esta vez de un par de casos de agresiones que le habían llegado en sendas notas de prensa y los completó con alguna información de la policía. Estaba ordenando sus archivos y contestando correos, cuando Sara se acercó a ella.

—Vamos a tomar un café, tienes aspecto de haberte levantado cansada —le dijo cogiendo su mano y estirando para que se levantara.

Cindy la siguió y se metieron en la sala de *vending*, ocupada con máquinas expendedoras de café y bollería industrial. Sacaron un par de cafés aguados y dos bollos rellenos de chocolate y se sentaron en una de las mesas pequeñas y redondas. En aquel momento la sala estaba vacía.

—¿Cómo estás? —preguntó Sara—. Con sinceridad.

—Fatal… —Cindy la miró con cariño, sabía que Sara se preocupaba por ella—. Lo siento, pero no puedo darte los detalles. Me están protegiendo y hay gente peligrosa a la que, por lo visto, he molestado.

—¿Por qué no te tomas unas vacaciones y desapareces? Podrías ir a casa de tu hermano o de tus padres.

—No quiero hacer las cosas por imposición de nadie, igual que tampoco quiero hacerlas por miedo. No te preocupes, estoy en buenas manos…, o eso creo.

—¿En las del tío que te llamó el otro día al periódico, desesperado por localizarte? —a Sara le interesaba esa información, allí pasaba algo.

—Sí, ese mismo.

—¿Es el tío que te besó en vuestro primer encuentro para callarte la boca y que no gritaras?

—Exacto… se llama Walter, pero esto es confidencial. No te he dicho nada.

—¿Qué pasa con él? —Sara entrecerró los párpados. Conocía a Cindy y le estaba ocultando algo.

—¿Quieres escuchar una historia que ha acabado antes de empezar? —Cindy dio un trago a su café y Sara asintió muy intrigada. Se explayó con su amiga y le contó lo sucedido con Walter, sus besos y sus sentimientos y ésta le recomendó que se olvidara de él. No le parecía de fiar.

Aquel mismo día, antes de avisar a Walter de que fuera a buscarla, Cindy llamó al Jefe Barlow y le solicitó una copia de la autopsia de Oxana Lisnic.

Barlow le contestó que llevaría a cabo la gestión, aunque ella se dio cuenta de que no le hacía mucha gracia. Adivinó que le daría largas, pero iba a insistir hasta conseguirla.

*****

Walter había pasado casi dos horas en los alrededores del piso de Cindy, observando, por si detectaba a alguien sospechoso entrar en el edificio. Ya habían allanado su piso y supuso que estaba perdiendo el tiempo, por lo que pasó un rato sentado en su coche aparcado y más tarde, cuando se cansó, entró en un bar cercano desde el que podía controlar la acera de enfrente y el inmueble. Tenía un pálpito, la corazonada de que Polzin volvería por allí. Había agredido a Cindy y al día siguiente allanaba su piso sin robar nada, solo para asustarla. También le había dicho la policía que el asaltante había dejado una fotografía de Cindy medio desnuda. La que había hecho cuando la agredió. Había conocido a suficientes tíos tarados como para imaginar que a ese en concreto le excitaba asustar a las mujeres. Era una posibilidad que volviera a su casa de nuevo, esperando encontrarla.

Como si lo hubiera invocado con el pensamiento, lo vio aparecer por la esquina de la calle más alejada del bar. Estaba seguro de que era él, pero pudo confirmarlo al aproximarse y ver su rostro más de cerca. No iba a dejarlo suelto para que siguiera asustando a Cindy o algo peor. Tenían pruebas suficientes para inculparlo, estaba grabado por las cámaras de la calle y habían cotejado sus huellas en el piso de Cindy; lo cierto es que no había sido muy cuidadoso, ese tipo no era ninguna lumbrera. Pero no iba a llevarlo a la policía, todavía, a pesar de que tuviera una orden de búsqueda y captura. Primero lo quería para él solo. Las reglas del juego iban a cambiar.

Observó cómo Polzin miraba a su alrededor, se acercaba a la puerta del edificio, subía el par de escalones y sacaba algo de su bolsillo para abrir la puerta. No tardó ni medio minuto en forzarla y colarse dentro. En eso era bueno. Walter había salido del bar y se

había acercado con sigilo por su espalda. La puerta no llegó a cerrarse. Walter la abrió con fuerza y Polzin se giró con rapidez al notar que alguien se había colado tras él. Sin darle tiempo a reaccionar, el puño de Walter se estrelló en la nariz de Polzin con toda la fuerza que pudo reunir, que no era poca. Se escuchó un sonoro crujido. Debido a la sorpresa, la cabeza de Polzin se vio impelida hacia atrás y lo que iba a ser un grito ahogado quedó apagado por el brazo de Walter. Lo empujó con violencia, pegando su espalda a la pared y oprimiendo su cuello con el antebrazo. Polzin casi no podía respirar y la rodilla de Walter se había colocado entre sus piernas, a punto para dejarlo eunuco.

—No se te ocurra gritar —Walter le habló de forma amenazante y sacó su pistola del interior de su chaqueta, para apuntarle en medio del pecho—. Puedes hacer esto fácil o difícil. Te estoy apuntando con un arma y no imaginas las ganas que tengo de atravesarte con una bala y que este mundo tenga un pervertido menos. Te dejaré vivir si haces, exactamente, lo que yo te diga.

Polzin asintió con la boca cerrada y la sangre chorreando por su nariz y su barba. Había reconocido a Tom Wolfe y, si lograba cambiar las tornas y capturarlo, se marcaría un tanto con Vasili, que quizás dejara de tratarlo como si fuera idiota. Decidió que lo mejor sería seguirle la corriente y, de paso, conservar sus huevos intactos.

—Vamos a salir de aquí, tú delante de mí. Te estaré apuntando a la espalda y no dudaré en disparar y matarte ante cualquier movimiento inesperado, estás avisado. Vas a entrar en mi coche, en el asiento del conductor y vas a llevarme exactamente dónde yo te diga ¿estamos? Por desgracia hoy no llevo unas esposas encima.

Polzin volvió a asentir sin abrir la boca. En ese momento se escuchó el ascensor, alguien bajaba y Walter no quería público.

—¡Ahora! ¡Vamos, fuera! —salieron en fila, muy juntos, Walter con la pistola en la espalda de Polzin.

Le indicó cual era su coche y lo abrió a distancia. Polzin hizo lo que le había pedido Walter. En cuanto arrancó, el cañón de la pistola se hundió en su costado derecho. De momento solo podía seguir sus instrucciones y esperar una fisura en su plan para poder escapar.

Walter tenía claro que no iba a soltar a su presa. Le indicó las calles por las que debía circular y se encaminaron al condado del Bronx, se internaron en la zona más industrial y acabaron en una callejuela llena de locales utilizados como trasteros. Walter tenía uno alquilado desde hacía varios años. Era una calle desierta y cerrada, por lo que ni siquiera tenía tráfico. Allí guardaba algunos cachivaches y unas cuantas armas. También era un buen rincón para interrogar a alguien sin interrupciones ni testigos. Ya sabía que eso no se ajustaba a las normas, sabía que si lo hacía estaba fuera de la ley. Pero había

aprendido por las malas que a veces era la única manera.

Walter levantó la persiana sin dejar de apuntar a Polzin, lo hizo entrar en el pequeño espacio y volvió a cerrar tras encender la luz de una bombilla. Olía a cerrado y a humedad. Walter lo hizo sentar en una silla, alargó el brazo hasta una estantería, abrió una caja de madera y sacó unas esposas. Le apresó las manos a la espalda y lo ató a la silla con una cuerda.

—Bien, Polzin —notó como el ruso había empezado a sudar, seguramente no esperaba acabar en un cuartucho, alejado de todo—. Es el momento de hablar. Vas a contestar a todas mis preguntas.

—¿Quién eres en realidad? —se atrevió a preguntar el ruso.

—Para ti, sigo siendo Tom Wolfe. Quiero que me digas cómo encontrar a Vasili, cuál es su escondite y qué lugares frecuenta. Es una sabandija difícil de localizar.

—¿Por qué debería hacerlo? —Polzin quiso hacerse el valiente. En realidad, al pensar en su jefe, le entraban ganas de que la tierra se lo tragara. Aquello no iba a acabar bien. Si no lo mataba Wolfe lo haría Vasili.

—Porque llevas las de perder. No vas a salir de aquí sin decirme todo lo que sabes. La policía tiene pruebas para encarcelarte. Allanaste la casa de la periodista Cindy Kevins y la agrediste —cuándo pensaba en aquello a Walter le entraban ganas de estrangularlo—. Pero yo te he encontrado primero y, si quieres conservar la vida en la cárcel, vas a hacerme caso.

—¿Van a protegerme como hicieron con Mikhail Novik? Las últimas noticias que tengo son que está muerto.

—Empecemos por ahí ¿Qué funcionario de la prisión es el que os pasa información?

Walter puso en marcha la ronda de preguntas. No tenía prisa, podía pasarse allí todo el día. Si tenía que dejarlo toda la noche y volver al día siguiente, lo haría. Pero Polzin le dio menos problemas de los previstos; en cuanto se vio acorralado empezó a hablar, no sin antes conseguir la promesa de Walter de que lo protegerían en la cárcel. Él no iba a suicidarse como Mikhail. Sabía que si lo dejaban libre y «Tom Wolfe» hacía correr la voz de que había sido detenido, era hombre muerto. Vasili se encargaría de ello.

Alecks Polzin sabía muchas cosas. Llevaba mucho tiempo al lado de Vasili y le dio más información de sus clubs, sobre todo del *NY Strip Club*, que era el que más frecuentaba. Tenía otra curiosidad, aparte de aquella.

—¿Qué intenciones tenías con Cindy? ¿Pensabas matarla?

—¡Oh! ¡Esa chica tiene unas buenas tetas! —Walter apretó los puños y se frenó antes de volver a partirle la cara—. Vasili me dijo que, de momento, solo la asustara. Aunque el tío que disparó desde el

coche ya está muerto, no quiere que la chica siga investigando y alerte sobre los rusos. Prefiere que sigamos en la sombra y no quiere ruido alrededor. Pero yo estaba deseando volver con órdenes de matarla para tirármela primero.

Ahí Walter ya no pudo reprimirse más y le estampó el puño de nuevo en la nariz rota. El aullido resonó entre las cuatro paredes y Polzin perdió el sentido.

Walter intentó relajarse, sería mejor que no lo matara a golpes o se buscaría un verdadero problema. Zarandeó a Polzin, le tiró agua por la cara y éste volvió en sí, quejándose por el dolor en la nariz, que volvía a sangrar profusamente.

—No vuelvas a nombrar a Cindy ¿de acuerdo? —Polzin asintió sin abrir la boca—. Ahora quiero saber dónde encontrar a Vasili.

—Se… se mueve mucho, no es fácil de localizar, pero uno de sus lugares de reunión está en… en la zona de contenedores del puerto. —Polzin hizo una pausa, tosió y escupió sangre—. Tiene… tiene un almacén de su propiedad allí a nombre de una de sus empresas y lo utiliza bastante. Por fuera parece una nave industrial, pero dentro hizo construir muchas salas y pequeños almacenes. Es su centro de mando. Tiene bastantes propiedades en la ciudad.

—Dame las direcciones. Todas —Walter iba alternando grabaciones con apuntes en su móvil—. ¿Sospecha de mí?

—No… —mintió Polzin—. Para nosotros eres un pedófilo que ha gastado un montón de pasta en pornografía infantil. Nos has engañado bien.

Cuando terminó el interrogatorio, Walter supo que tenía más que suficiente para tirar del hilo.

—Ahora vamos a ir a comisaría —Walter llamó a Barlow para avisarlo de que había detenido a Polzin y que iba a llevárselo—. Por cierto, si alguien te pregunta por el estado de tu nariz, has tenido una pelea callejera antes de encontrarte conmigo ¿Entiendes?

*****

Justo cuando Walter acababa de dejar a Polzin en manos de Barlow, recibió un mensaje de Cindy en el que le decía que su trabajo por aquel día había terminado. Le contestó que se dirigía al periódico para recogerla, que no saliera a la calle hasta que él llegara.

Walter le había pasado a Barlow y a Derek la información obtenida de Polzin y ninguno de ellos hizo preguntas. Le prometieron que vigilarían esa nave del puerto y que instalarían más cámaras en los alrededores, tanto allí como en las inmediaciones de los clubs nocturnos. Pero Walter no quería esperar más.

Al llegar al periódico, Cindy esperaba tras las cristaleras de la entrada, al lado del guardia de seguridad con el que estaba charlando. Se acercó y le hizo una seña para que saliera.

No intercambiaron muchas palabras, solo un saludo y se dirigieron al coche de Walter. Cindy ni siquiera hizo mención al hecho de que no condujera su adorada moto. Ambos eran conscientes de que la situación era tirante, incómoda. Se suponía que debían olvidarse de lo ocurrido entre ellos, que mejor dejarlo pasar, que no era importante y solo les traería problemas. La principal dificultad era que ninguno se lo creía, que si se miraban a los ojos, se gritaban lo que sus bocas callaban.

Cindy se encerró en su habitación, se puso ropa cómoda y decidió que ese día cocinaría ella. Quería distraerse con algo.

—¿Te importa que prepare algo de cena? —le preguntó entrando en la cocina, donde Walter estaba bebiendo una cerveza.

—Toda tuya —le contestó señalando a su alrededor—. Aunque no sé si la nevera está muy surtida, creo que debería hacer un pedido. Si hay algo que te apetezca, apúntalo en la lista que hay en la puerta.

—Bien… —Cindy se acercó y miró el interior del frigorífico. Era cierto, estaba un poco desértico—. A ver que puedo improvisar.

Sacó bacon, huevos y queso, encontró un paquete de espagueti en un armario y se dispuso a cocinar pasta a la carbonara, un plato que le encantaba.

Walter miraba su móvil y la observaba de reojo. Se movía por su cocina como si estuviera en su casa. La vio poner una olla con agua a hervir y preparar el resto de ingredientes en una sartén. No podía dejar de mirarla. Imaginó que se levantaba, rodeaba su cintura y besaba su cuello. Cerró los ojos y un gruñido escapó de su garganta. Olvidó esa imagen al escuchar las siguientes palabras de Cindy.

—Hoy me han entrevistado los de la tele para las noticias del canal 4. —Cindy miró su reloj de pulsera—. En media hora se va a emitir.

—¿Cómo? —Walter se levantó de su asiento y se acercó a ella—. ¿Por qué has aceptado una entrevista para salir por la tele, justo ahora? ¿Para hacerte aún más visible y que todo el mundo conozca tu cara?

—¡Vale ya, Walter! —Cindy lo miró a los ojos con el ceño fruncido —. No he hablado de nada en profundidad y he desviado la atención hacia las bandas callejeras. No he nombrado a la mafia rusa en ningún momento. Así, si me ven, pensarán que voy muy despistada. Lo más probable es que no la vean ¿no crees?

—¡Joder, Cindy! ¡Es que tengo la impresión de que cada vez das un paso más en la dirección incorrecta!

—¡A lo mejor eres tú quien hace eso y no te das ni cuenta! —replicó ella.

—¿De qué estamos hablando, exactamente? —Walter estaba a pocos centímetros de asaltar su boca de nuevo, pero Cindy dio un paso atrás.

—¡Oh, vamos! Déjalo ya…

Cindy se giró hacia los fogones y siguió haciendo la cena, mientras Walter encendía el pequeño televisor ubicado en una esquina de la estancia. Buscó el canal y se dispuso a ver la entrevista. Mientras la pasta hervía, Cindy colocó copas y cubiertos en la pequeña mesa y se sentó junto a él en el momento en que daba comienzo el noticiario. Pasaron los primeros diez minutos sin que apareciera su cara en la pantalla. Cindy se levantó de nuevo, mezcló la salsa con la pasta y dejó los humeantes platos en la mesa. Walter sacó una botella de vino blanco de la nevera y llenó las copas.

Empezaron a comer y en ese momento anunciaron su entrevista.

«*A continuación les mostramos una breve entrevista realizada a la periodista del NY Independent, Cindy Kevins, para que nos informe de las investigaciones que está llevando a cabo sobre las bandas callejeras que se mueven por nuestra ciudad, a raíz de haber sido testigo directo de un asesinato con arma de fuego. Sus artículos han despertado conciencias y en las redes se ha generado controversia. Muchos son los apoyos, pero también tiene detractores…* »

Escucharon las primeras preguntas y sus respuestas en silencio, mientras cenaban. Walter sabía que sus réplicas habían sido reservadas, intentando no generar más polémica. Hasta que llegó al tema de las redes sociales y se le fue un poco la mano.

«—Entonces… ¿cree que el problema de las bandas se está agravando debido a las redes?

—No lo sé, no cuento con estadísticas fiables —contestaba Cindy— pero lo que he podido comprobar es que detrás de muertes y ataques violentos con menores y jóvenes como protagonistas, siempre hay detrás una red social. Una realidad virtual en la que se ven, se siguen, se marcan, se señalan y planifican ataques. Eso es así. La policía se ha dotado de un mayor número de efectivos dedicados a patrullar las redes para frenar este incremento de delincuencia…»

La entrevista finalizó y Cindy se quedó mirando a Walter, que no había abierto la boca.

—¿No vas a decir nada? —le preguntó.

—Ha sido una buena entrevista. A Oxana Lisnic no la mataron las bandas callejeras, pero podría haber sido así. Ahora es posible que no solo los Latin Kings piensen que los acusas a ellos, sino cualquiera de las otras bandas. —Walter hizo una pausa y la miró con una sonrisa bailando en su boca—. ¿No se te ocurre alguna manera, por loca que sea, de dejar de buscarte problemas?

—Si me dices que calladita estoy más guapa, el problema lo vas a tener tú, guaperas.

El aviso de un nuevo mensaje alertó a Cindy. Era sábado y no trabajaba. Se había despertado muy pronto y estaba en la cocina tomando el primer café de la mañana. Supuso que Walter estaba sudando en su gimnasio, había escuchado algún sonido proveniente de allí. El mensaje era de Jay.

«Cindy, prepárate, vamos a asaltar tu casa este fin de semana. Subimos al avión en diez minutos. En menos de dos horas estamos allí. ¡Sorpresa!

Jay»

Si no le explicaba su situación real a su hermano, se presentaría en su casa y no encontraría a nadie allí. Había llegado el momento de la verdad. Decidió responder sin demora.

«*Jay, no estoy en mi casa, paso unos días en casa de Walter Payne, tu amigo. Me está protegiendo, te lo explicaré cuando llegues.*

Cindy»

Le envió un nuevo mensaje con la dirección y esperó que Walter no se cabreara por ello, ya que el número de visitantes en su casa iba a aumentar. En cuanto se presentó en la cocina para beber agua, le informó.

—Walter, esto… Jay me ha enviado un mensaje. Ha decidido presentarse con su familia en mi casa este fin de semana. Ahora mismo están volando hacia aquí —vio el cambio de expresión en su rostro y como se llevaba las manos a la cabeza, a la vez que miraba al techo e inspiraba hondo—. Supongo que no estaba tranquilo y ha querido ver si estoy bien. Creo que no me ha avisado con antelación para que no lo disuadiera. Lo siento.

—¿Le has dicho que estás aquí? —preguntó.

—Claro… ¿Qué iba a hacer? —se encogió de hombros—. Creo que vas a tener tres invitados más durante un par de días.

—No me gusta nada todo esto —Walter la miró y detectó el malestar de Cindy—. No me malinterpretes, Jay es mi amigo, Amy también… pero no quiero que estén aquí. No ahora. Estoy molestando a demasiada gente perversa y no quiero que ellos estén en medio. Menos aún con un bebé.

—Me has comentado, más de una vez, que esta casa es segura —comentó Cindy.

—Es cierto; precisamente por ello no quiero llamar la atención. No vamos a hacer turismo, eso que quede claro. Si vienen van a estar los dos días encerrados aquí.

—Suerte que la casa es grande…

Walter sabía que no iba a poder evitarlo, no podía echar a sus amigos de su casa y obligarlos a volver a Portland, por mucho que

supiera que allí estarían más seguros. Se metió en la ducha mientras Cindy miraba el móvil esperando una respuesta de Jay que no llegó. Hasta que, un par de horas más tarde, se acercaron a la casa y se encendieron las luces rojas que detectaron el movimiento en el exterior. Walter las desactivó y dejó entrar al coche de alquiler que Jay había contratado. Los vio acercarse a la puerta desde un monitor de su despacho y salió a abrir.

—¿Tengo que partirte la cara o agradecerte que estés protegiendo a mi hermana? —fue el saludo nada amigable de Jay.

—¡Jay! —Amy sonrió a Walter y le guiñó un ojo a la vez que la pequeña Jaci balbuceaba mirando a su tía Cindy que se acercaba a saludarlos—. No te metas con Walter, hace siglos que no os veis. ¡Daos un abrazo ahora mismo!

Ambos hicieron caso de Amy y se palmearon la espalda, aunque la mirada retadora de Jay le advertía de que tenían mucho que hablar y que no iba a librarse. Walter los acomodó en una habitación y algo más tarde se reunieron en el salón.

—Bueno, amigo —Jay miró a Walter— seguro que todo esto tiene una explicación y no es que os habéis ido a vivir juntos. Mi hermana tampoco me ha puesto al día del peligro que corre y ahora lo vais a hacer los dos. Quiero todos los detalles, con pelos y señales. Sin excusas y desde el principio. ¿Quién empieza?

Walter y Cindy se miraron. Lo mejor era la verdad sin tapujos. Se atropellaron uno al otro al empezar a hablar, hasta que, por turnos, pusieron al día a su familia.

—Hay algo que no entiendo, Cindy —Jay miraba a su hermana con el ceño fruncido—. ¿Por qué cojones sigues aquí? Tienes familia en Portland y en Boston, podrías estar lejos de esa gentuza y esperar a que pase el peligro.

—¿Tú te estás oyendo? —Cindy ya se estaba cansando de ser paciente—. ¡Soy periodista y mi obligación es investigar e informar! No voy a esconderme como un topo en su madriguera a cinco metros bajo tierra. Soy una adulta que no necesita a su hermano mayor para que le solucione los problemas.

—Pero necesitas protección y estás entorpeciendo el trabajo de Walter desde el principio.

—¿Desde el principio? ¡Lleva casi tres años infiltrado entre esa gentuza y ¿ahora sus problemas son por mi culpa?! ¡Venga ya! He visto morir a una chica a balazos delante de mis narices y quiero saber la razón. Y publicarla en cuanto haya contrastado los datos. Eso voy a hacer y no vas a detenerme. ¡Ni tú ni nadie! —miro de reojo a Walter y le sorprendió adivinar una sonrisa a punto de asomar por las comisuras de su boca.

—¡Eres una cabezota! —Jay se levantó molesto con su hermana.

—¡Jay! —intervino Amy—. Deja a Cindy en paz, sabe lo que se hace y si Walter dice que la protege, yo confío en él.

—¡Lo que me faltaba! Que mi propia mujer se me ponga en contra.

—Tu mujer tiene sus propias opiniones, neandertal… —Amy lo asió del brazo e hizo que se sentara de nuevo. En el fondo siempre conseguía lo que quería de Jay.

Siguieron las discusiones cruzadas durante casi una hora. Por suerte, la pequeña había decidido hacer una siesta mientras los mayores se lanzaban pullas y acusaciones, hasta que Cindy puso fin a aquel absurdo debate.

—¡Basta ya! Vamos a pasar un fin de semana tranquilo y mañana os vais a casa. A mí tampoco me gusta que estéis aquí, por muchas ganas que tenga de estar con vosotros. Tenemos un fin de semana pendiente en Boston, que estoy segura que mamá no va a olvidar, allí nos encontraremos todos. Puede ser peligroso que os quedéis aquí. Según Walter esta casa es un bunker, o sea que vamos a fiarnos de él. Mañana volvéis a Portland y dejáis de preocuparos por mí. ¿De acuerdo?

Por fin se calmaron los ánimos y pasaron un día agradable recordando viejos tiempos. Antes de que anocheciera, Jay y Walter conversaban en el salón y Amy y Cindy decidieron llenar la bañera para Jaci y se quedaron jugando con ella.

—Ahora que estamos solas, puedes explicarme lo que no has dicho delante de tu hermano —le dijo Amy a Cindy.

—¿A qué te refieres? —Cindy abrió mucho los ojos.

—No te hagas la tonta, conozco a Walter y te conozco a ti y entre vosotros pasa algo. He visto como os miráis. Se detecta en el ambiente. Es como una corriente eléctrica. Saltan chispas, cielo…

—Tienes buen ojo, cuñada —Cindy soltó una carcajada—. Mejor no le digas nada a mi hermano. Solo han sido unos cuantos besos. Y ahí se van a quedar.

—¿Solo? —Amy levantó una ceja con el escepticismo reflejado en su cara.

—No quiere una relación, con su trabajo… —Cindy se calló, al fin y al cabo era el mismo que el de su hermano—. Es lo que me ha dado a entender. Es un hombre de pocas palabras.

—Ya… y lo ocurrido con Mary debe influir. No quiere hacerte daño.

—A lo mejor se lo hago yo a él. Yo tampoco quiero una relación seria, Amy. Pero es que ese hombre es de los que me hacen cerrar los párpados para soñar con él, lo huelo como si fuera comestible y parece que se me ha colado dentro ¿sabes? Sus besos son distintos, no sé… lo veo como un nudo difícil de deshacer y, a la vez, se convierte en un reto. Un no, pero sí. Lo hacemos todo mal y me hace sentir bien. ¿Eso

tiene sentido?

—No lo sé. Lo que sí sé es que si sigues viviendo en su casa, acabaras en su cama, ese es mi pronóstico. No suelo equivocarme, guapa.

*****

Llegó el lunes. Jay y Amy se marcharon el domingo por la tarde de vuelta a Portland y Walter y Cindy respiraron tranquilos. Él se fue temprano y le recordó que no pusiera ni un pie fuera de la casa, ya que había decidido ese día trabajar desde allí y Adam no le puso pegas. Decidió hacer una llamada que llevaba un tiempo retrasando sin razón.

Buscó de nuevo el teléfono de la ONG *On the streets.* Llevaban años ayudando a implementar el plan *Safer Cities for Girls,* recopilando datos sobre las experiencias de acoso callejero a mujeres jóvenes y, a partir de ello, elaborando informes que estudiaban la percepción de inseguridad de las chicas en las calles. Los voluntarios de esa organización se habían pateado las zonas más peligrosas de la ciudad y seguro que podía obtener mucha información. Cindy se presentó y tuvo la suerte de que pudieran atenderla en ese mismo momento.

—Muchas gracias por tu tiempo, Amanda ¿Puedes explicarme qué tipo de ayuda ofrecéis y de qué casos os ocupáis?

—Lo primero para nosotras son las chicas adolescentes que viven en las calles. No tienen medios y son presas fáciles para grupos que las explotan sexualmente. Las tratan como ganado, Cindy. Casi siempre acaban dependientes de alguna droga y las utilizan para sacar dinero de esos depravados que buscan menores de edad para abusar de ellas. Es un infierno, puedes creerme. Tenemos algunos centros destinados a darles cobijo y protegerlas de los proxenetas. Pero no son fáciles de localizar. Las tienen encerradas y drogadas. Y tienen mucho miedo.

—Es horrible —Cindy imaginó que Oxana había sido una de esas chicas y se le encogió el corazón, por ella y por todas—. Creo que la única manera de cambiar esto es con más seguridad y con mejor educación.

—Eso es una quimera y no quiero ser pesimista, pero no se puede vincular la violencia a la seguridad porque no habría policías suficientes para atender el problema. Es un problema de raíz muy difícil de erradicar. Se detiene a unas personas y aparecen otras. La educación sí es importante… pero lenta en conseguir resultados.

Las dos mujeres hablaron durante casi una hora. Cindy recopiló datos y quedó con Amanda que seguirían en contacto. Quería escribir sobre ello, ponerlo negro sobre blanco y plasmarlo en un artículo de opinión que generara ruido, que provocara y molestara. Y lo haría en varias entregas. Le pediría permiso a su jefe, seguro que lo aceptaría.

Su siguiente llamada fue para Barlow.

—¡Cindy! ¿Sabes que no te echaba de menos? —fue el saludo del policía—. Supongo que sigues en casa de Walter.

—Sí, sigo en esta casa que no es su casa y viviendo una vida que no parece la mía. A veces creo que he cambiado de plano y estoy coexistiendo en una realidad paralela. Pero no intentes distraerme. ¿Y la autopsia de Oxana Lisnic? Aún no me ha llegado.

—La burocracia sigue su propio camino, no puedo hacer más —se excusó Barlow de manera no muy convincente.

—¿En serio? Por algo será que dicen que la burocracia es el arte de convertir lo fácil en difícil por medio de lo inútil. Deben tener razón quienes acuñaron esa frase.

—¿Me estás llamando inútil?

—No te he nombrado; lo siento si te das por aludido, pero sé detectar cuando me están dando largas, jefe Barlow.

—Estás muy guerrera, niña.

—¡No me llames niña! Y quiero una entrevista contigo sobre trata de blancas y prostitución de adolescentes. ¿Cuándo te va bien?

—Tengo mucho trabajo como para eso, olvídate de momento. Colaboro contigo, pero no consiento presiones. Además, no puedo hablar sobre una investigación en curso y ese tema está directamente relacionado. No avivemos las llamas.

—¿Violaron a Oxana? ¿Había restos de semen en su cuerpo? ¿Estaba drogada? —Cindy hizo una pausa para tomar aire—. Los bajos de dónde salió huyendo esa chica se utilizaban para eso ¿no? seguro que era como si estuviera encarcelada allí dentro. Los ciudadanos tienen derecho a saber lo que ocurre en su ciudad y yo se lo voy a explicar, sí o sí.

—De acuerdo, pero no ahora. ¡Por favor!

—Pues pásame la autopsia.

*****

Walter se había reunido con Ron, Barlow y Derek en un lugar seguro para revisar los movimientos sospechosos de las grabaciones realizadas en la zona de los clubs nocturnos. Uno de ellos debía tener algún habitáculo escondido. El local estaba a nombre de una empresa fantasma y se veía llegar un camión del que descendían quince chicas, todas muy jóvenes. Las hacían entrar en el club a una hora temprana de la mañana, cuando la calle estaba desierta y el local, supuestamente, vacío.

—Mira —Derek señaló en la pantalla un par de coches negros—. Esos tipos ahora entran y cada coche se lleva a dos chicas. Creo que este club funciona como un centro de distribución. Llega el camión cargado y después las van recogiendo en los coches y se las llevan a

otros locales.

Adelantaron la grabación hasta ver llegar dos coches más para repetir la misma operación.

—¿Os habéis fijado? —Barlow señaló el camión la siguiente vez que apareció en la pantalla— es el mismo camión pero lleva otra matrícula. Tiene una abolladura en la puerta del conductor. Deberíamos preparar una redada.

—¡No! —intervino Walter—. Será mejor seguir a esos tipos. Alguno de ellos puede llevarnos hasta Vasili. Polzin me dio la ubicación de la nave que más utiliza. Se supone que es su centro de operaciones, pero las cámaras no han captado nada en los alrededores. Podemos buscar algún local vacío cercano para vigilar más de cerca ¿Tenemos algún piso franco por esa zona?

—Lo preguntaré —contestó Ron y se dirigió a Barlow—. Pero mucho cuidado con revelar esta información, sabemos que los policías comprados podrían alertarlos. ¿Has averiguado algo más sobre eso?

—Tenemos muy vigilados a los que consideramos que podrían ser sospechosos, pero creedme, es un trabajo muy ingrato. Muchos policías se niegan a dudar de sus compañeros y a mí mismo me cuesta mucho señalar a nadie. Aunque tengo un par que parecen ostentar un nivel de vida que no cuadra con su sueldo. Si confirmo mis sospechas os informaré.

Ron se despidió, tenía una reunión y Derek se fue con él. Se quedaron Walter y Barlow solos.

—Deberías ver algo —Barlow buscó en su móvil y le mostró la pantalla.

Era el artículo de Cindy Kevins publicado hacía solo un par de horas en el digital del *NY Independent*. Walter lo leyó apretando los puños. Por suerte no daba nombres concretos ni datos secretos de la investigación que ya conocía. Pero el tema era peliagudo y generaría polémica en las redes, estaba seguro. No era imparcial, era de opinión. Cindy estaba en el punto de mira de Vasili y la estaba vigilando de cerca.

—¡No sé cómo puedo controlarla! —exclamó Walter—. Te aseguro que lo intento.

—No puedes, no te culpes por ello. Bastante hemos conseguido con que se quede encerrada en tu casa. Sabes que está más segura allí que si le ponemos vigilancia en la suya. Es mejor que se quede contigo.

—¿Durante cuánto tiempo? —exclamó Walter— ¿Crees que vas a decidirlo tú? Cindy tiene ideas propias y el día que se le crucen los cables me dirá que se larga a su casa. Hoy se ha quedado encerrada porque le convenía, lo cual no significa que mañana lo haga.

—Pues intenta retenerla en tu casa, a ver si se te ocurre algo. —Barlow alzó las cejas varias veces, insinuando lo que Walter no quería

ni imaginar. Bastante problema tenía con pasar las noches con solo un tabique de por medio.

—No es tan fácil como parece.

—Me ha vuelto a reclamar la autopsia de Oxana Lisnic, al final voy a tener que dársela. Eso, o les empiezo a pasar material a los jueces para que decreten secreto de sumario.

—No sabemos de qué jueces podemos fiarnos tampoco.

—Sí… esto es una puta mierda. En todos lados hay gente comprada. Huele a podrido por todas partes. Es una cloaca muy grande.

*****

A Cindy le llegó un email de Barlow con el fichero adjunto de la autopsia de Oxana. ¡Por fin! Walter aún no había llegado y ya estaba oscureciendo. Supuso que tenía mucho trabajo.

Abrió el fichero y empezó a leer. Se le revolvió el estómago y una nausea amarga le subió a la garganta. ¡Dios mío! ¿Qué era aquello? Esperaba las tres balas que provocaron su muerte, pero el resto… Señales de quemaduras en el cuerpo, fracturas antiguas y recientes, moratones y cicatrices en la piel. Restos de heroína y barbitúricos en la sangre. Muestras de semen de cuatro hombres distintos e inflamación pélvica. ¿Cuántas veces la habían violado? Cindy imaginó que su huida había sido en realidad un suicidio. Seguro que Oxana sabía que la alcanzarían y quiso acabar con todo. O estaba tan drogada que ni siquiera era consciente de lo que hacía.

Las descripciones del cuerpo de la chica en el informe de la autopsia, le mostraban un mapa de torturas que nadie debería soportar. Era inhumano. Al taparse la cara con las manos se dio cuenta de que estaba llorando y un sollozo le surgió del centro de su alma. Había comido poco, pero su estómago se reveló y llegó corriendo al baño para vomitar.

Así la encontró Walter cuando entró en su casa. Al escuchar sus arcadas se acercó. La puerta estaba entornada y se asomó para encontrarse con un cuadro desolador.

—¡Cindy! ¿Qué te pasa? —se acercó, pero ella alargó un brazo para apartarlo.

—¡Déjame! Por favor…

Al cabo de unos minutos, Cindy consiguió calmarse, lavarse la cara y los dientes y salir del baño. Walter la esperaba apoyado en la pared. No sabía que le ocurría pero iba a averiguarlo. Le abrió los brazos y Cindy no pudo hacer otra cosa más que dejarse acunar por ellos, necesitaba un abrazo. Hundió el rostro en su pecho y agradeció en silencio las caricias en su espalda.

Cuando se sintió preparada le enseñó la autopsia, que Walter ya conocía, y le habló de las injusticias sobre las que él luchaba cada día.

Necesitaba desahogarse y lo entendía. Uno nunca acababa de habituarse a aquellas barbaridades. Por suerte.

Los periodistas del canal 4 estaban investigando por su cuenta. Cualquier tema que despertara comentarios y atención les interesaba para ganar audiencia. La corta entrevista con Cindy había tenido un fuerte seguimiento y se había visualizado miles de veces en *streaming*. Empezaron a tirar del hilo de todo lo publicado por Cindy Kevins en los últimos días y uno de los periodistas, casualmente, tuvo un soplo de un confidente.

Ese día Cindy había acudido a la redacción acompañada por Walter, que había intentado que se quedara en su casa sin conseguir convencerla. Otra vez.

—¡Cindy! —escuchó el vozarrón de Adam a su espalda— te están nombrando en la televisión.

Había una pantalla grande en una de las salas de reuniones y tanto Cindy como varios de sus compañeros corrieron a ver la noticia. Una presentadora decía su nombre.

«*En relación al asesinato reciente de una joven en las calles de Brook Height, presenciado por la periodista del NY Independent Cindy Kevins, nuestros reporteros han averiguado un hecho relacionado. Según sus fuentes más fiables, fue detenido un sospechoso de nombre Mikhail Novik, de origen bielorruso, y encerrado en la cárcel, en secreto, para interrogarlo. Al día siguiente estaba muerto y se dice que fue un suicidio. También nos han asegurado que el nombre del agente especial que se ocupó de él, es Walter Payne, con el que nos ha sido imposible ponernos en contacto. Nos preguntamos si este caso tiene relación con el asesinato de un ruso, Andrei Orlov, muerto de un disparo en la frente y encontrado en un vertedero de basura. ¿Qué está ocurriendo? Hemos intentado preguntar tanto a la policía como en las oficinas del FBI, sin resultado. La transparencia brilla por su ausencia. Las preguntas que nos hacemos son evidentes: ¿Se torturó a un detenido mientras estaba bajo custodia policial? ¿Cuál fue la causa de la muerte? ¿Fue realmente el asesino de la chica, o un chivo expiatorio? ¿Quién hay detrás de todo esto? ¿Quizás las bandas callejeras en las que la periodista Cindy Kevins ha centrado su atención?…*»

Cindy se echó a temblar. Las cosas no podían torcerse más. Walter iba a culparla de que su nombre hubiera sido pronunciado en la televisión, en un canal de máxima audiencia. No iba a creer que ella no tenía nada que ver. No tenía idea de dónde había salido aquella información. Por suerte no apareció ninguna imagen de su cara.

Carlitos y compañía tampoco estarían muy contentos con ella, el grupo de los Latin Kings no dudaría de que los estuviera culpando del asesinato y si les daba por rascar bajo la superficie, podían descubrir que su supuesto amigo era un policía, un agente especial del FBI. No sabía cómo ponerse en contacto con ellos sin volver a sus calles. Tendría que pensar en algo. Y, sobre todo, enviar un mensaje urgente

a Walter.

*****

Walter no había visto el mensaje, su móvil estaba en silencio mientras estaba reunido con Barlow. En ese momento les llegaron las novedades a través de una llamada al jefe de policía y buscaron el video de la noticia en la web del canal 4 para visualizarla. Escucharon con atención y, al terminar, Walter dio un puñetazo en la mesa.

—¡Mierda! ¡Lo que me faltaba! Que mi nombre se hiciera público. ¿De dónde ha salido la información sobre Mikhail y Orlov?

—Hablaste con Cindy ¿verdad? —le increpó Barlow—. Los periodistas no saben tener la boca cerrada, deberías saberlo.

—No ha sido ella, estoy seguro —Walter tenía esa certeza, no se le había pasado por la cabeza que lo hubiera vendido.

—¿Cómo puedes estar seguro? —Barlow tenía más dudas.

—Empiezo a conocerla lo suficiente y no ha sido ella. Sí, tienes razón: es periodista, es insistente e imprudente, a veces puede ser un incordio… pero es leal. Confío en ella.

—Entonces ¿La noticia ha salido del FBI?

—¿Y por qué no de la policía? —Walter empezaba a enfadarse con quien consideraba su amigo.

—¿Vamos a acusarnos mutuamente? No creo que esa sea la solución, Walter. Hay que pensar en todas las posibilidades.

—Es que creo que tenéis un topo que está utilizando a Cindy para implicarla aún más y hacerla parecer culpable de difundir la información bajo mano —Walter estaba cada vez más nervioso.

—Eso es mucho suponer ¿Y si el topo está en el FBI? —Barlow también estaba alterado, no le gustaba enfrentarse a Walter, le tenía aprecio.

—Otra opción sería alguien que tuviera acceso a la información de las dos agencias. O dos personas relacionadas, una de cada oficina, no lo sé. Lo que sí sé es que, si quién ha filtrado la información sabe quién soy y lo que estoy haciendo, Vasili también lo sabe. Por eso siempre me lleva la delantera y es tan escurridizo.

—Quizá lo mejor sería que te apartaras —le propuso Barlow.

—No voy a hacerlo, ni lo sueñes. Voy a acabar con Vasili sea como sea.

Walter se marchó de allí y cuando ya estaba en la calle recibió una llamada. Era un número que le sonaba pero no lo tenía guardado en los contactos de ese móvil que tan pocas personas conocían.

—Diga —fue su escueto saludo.

—Walter, soy Mary. He llamado a las oficinas y Ron me ha dado este número —hizo una pausa—. ¿Cómo estás? Acabo de escuchar tu nombre en las noticias y he imaginado que eso no es nada bueno para

ti.

—Mary… estoy bien, no te preocupes. ¿Cómo estás tú? —a Walter le sorprendió mucho aquella llamada después de tantos silencios.

—Bueno, tengo una buena noticia —Mary hizo una pausa un poco larga— …estoy embarazada.

—¡Vaya! Eso si son novedades, me alegro por ti, si es lo que querías. —Walter quería a Mary como a una amiga, pero se sentía muy lejos de ella. Se había ido a vivir con su novio hacía un año y medio, aunque él no lo conocía.

—Sí, tanto Mark como yo estamos felices, pero no te llamaba por eso. Ahora hago muchas horas de oficina debido a mi estado y ya sabes que los ordenadores son lo mío. Si quieres puedo investigar sobre tu caso. Por si puedo echarte una mano.

—Para eso tendrías que ponerte al día de cómo están las cosas y no sé si…

—Puedo ponerme al día con Owen y Ron —lo interrumpió Mary—. Por eso no te preocupes, ya se lo he comentado.

—De acuerdo, sé lo que vales —Walter sonrió y le entraron ganas de abrazarla por ser como era—. Gracias, Mary. Por todo.

—Te llamaré si tengo novedades, hasta pronto Walter.

Acababa de colgar cuando lo llamó Derek. A aquel paso no iba a hacer nada productivo aquel día.

—Dime.

—Sabes que tengo a un policía infiltrado en los Latin Kings ¿no?

—Sí ¿Qué pasa con él?

—Ha llegado a sus oídos que la periodista «esa metomentodo» quiere hablar con Carlitos o Reymundo. Son sus palabras.

—¡Joder! ¡De verdad que esta mujer me va a volver loco! Déjalo de mi cuenta, yo hablaré con ella.

Antes de pensar lo que quería decirle se aseguró de que continuaba en la redacción del periódico y llamó a Adam, su jefe. Le aseguró que si la dejaba salir de allí, antes de que él la recogiera por la tarde, sería el responsable de lo que pudiera ocurrirle y le pidió que la vigilara de cerca. Al percibir el tono amenazante de Walter, Adam le dijo que sí a todo, no quería problemas con aquel tipo.

*****

Cindy había conseguido contactar con María, la chica del grupo de los Latin Kings que había llevado a su amiga Camila a hablar con ella. Le había pedido si podía hacer llegar un aviso a Carlitos, «el inca», de su parte; necesitaba hablar con él. Sabía que, si no lo hacía en persona, no creerían en ella. Quería explicarles que no había sido su intención inculparlos del asesinato de Oxana y que no había hablado con el canal 4. Ya existía demasiada gente dispuesta a matarla, solo le

faltaban los Latin Kings. Si se lo pedía a Walter, estaba segura de que se negaría, por lo que debía saltarse ese escollo.

Adam no hacía más que pasar por su cubículo y Cindy adivinó que la estaba vigilando. Una de esas veces, aprovechó su cercanía para hablar a gritos con Sara.

—¡Sara! —chilló para que Adam la oyera bien—. Voy al baño y a coger un café de la máquina ¿Puedes contestar a mi teléfono, mientras tanto?

—¡Claro!

Adam acababa de meterse en su despacho y Cindy aprovechó para colgarse su bolso al hombro, acercarse a su taquilla a coger su abrigo y salir sigilosamente de las oficinas, sin que nadie la viera. En cuanto estuvo en la calle corrió hacia el metro y entró, bajando las escaleras a toda velocidad. Puso su móvil en silencio y se dispuso a meterse de nuevo en las calles de *Brook Height*.

Al acercarse a la zona, justo donde estuvo la última vez, un coche negro pasó por su lado y se paró, a la vez que se abría una de las puertas traseras.

—¡Chica! —Cindy miró al coche y el corazón le dio un vuelco—. ¡Vamos! Sube si buscas al *inca*.

Cindy dudó unos segundos y pudo ver a Walter en su mente preguntándole si se había vuelto loca, pero un impulso irracional la hizo subir al coche sin pensar en nada más.

El automóvil circuló lentamente girando varias veces a derecha e izquierda, hasta entrar en una calle sin salida. No abrió la boca, pero respiró hondo al ver que paraban y la instaban a bajar del coche.

—Por aquí —le señaló uno de los tres chicos que la acompañaban y abrió una estrecha puerta metálica que daba a una escalera muy empinada que bajaba hacia un sótano.

Cindy, que temblaba por dentro, se entretuvo en contar los escalones. Cuarenta y ocho peldaños para llegar a una puerta de madera que se abrió desde dentro al oírlos llegar. Era un sótano de gran tamaño en el que había bastantes miembros de la banda y, en una especie de trono, estaba sentado Carlitos, custodiado por su segundo y tercer hombre; Reymundo y Alfonso.

—¡Vaya! ¿A quién tenemos aquí? A la rubita entrometida —fue el saludo del *Rey*.

Carlitos tenía el ceño fruncido y la miraba con desprecio. Cindy empezó a pensar que se había metido en la boca del lobo y recordó las advertencias de Walter, demasiado tarde.

—Quiero explicarme con vosotros, supongo que en la televisión habéis visto lo que han estado contando, pero yo no os he culpado de la muerte de la chica…

—¡Me da igual! —la cortó Carlitos—. Tú has metido las narices en

este barrio y por tu culpa han puesto más vigilancia policial en la zona. Tanto hablar de las bandas callejeras, lo que has conseguido es que todos nos miren aún peor que antes.

—Bueno… angelitos no sois ¿no? —al ver a sus amigos dar un paso en su dirección, decidió cerrar la boca—. En realidad he venido a pediros disculpas. Y a preguntaros si tenéis información sobre tráfico sexual en el barrio y… también para que recordéis que no podéis tocarme, que soy la chica de…

—¡Mía! —escuchó a su espalda y se giró para ver aparecer a Walter. Nunca se había alegrado tanto de tenerlo cerca. La faltó poco para lanzarse a sus brazos de un salto—. Perdonadla, no debería haber venido a importunaros. Ya me la llevo.

Walter se acercó y le rodeó la cintura, apretando más de la cuenta. Cindy supo que era una advertencia para que se mantuviera en silencio.

—¿Has escuchado lo que dicen en la tele del asesinato de esa chica? —Carlitos preguntó a quién él llamaba Jason—. Han nombrado a un tipo del FBI, un tal Walter no sé qué. ¿Sabes quién es?

—No lo sé —respondió al ver que no lo relacionaban con la noticia — pero puedo averiguarlo. Si consigo información te la pasaré directamente ¿de acuerdo?

Por alguna razón, Carlitos se fiaba de él y los dejó marchar sin poner trabas, aunque advirtió a Cindy sobre volver allí y le aconsejó que no lo hiciera. Ella se mordió la lengua y a punto estuvo de soltarle un discurso sobre su libertad de moverse por donde le diera la gana, pero un nuevo apretón en la cintura, de la mano de Walter, la frenó.

Al salir al exterior los recibió su moto, que estaba vigilada por dos miembros de la banda; ambos lo saludaron con un gesto y se marcharon. Cindy intentó abrir la boca pero Walter la cortó antes de que ningún sonido saliera de su garganta.

—¡Mejor no digas nada! —le gritó—. ¡Eres una temeraria!

—¡Basta ya! —Cindy se cabreó, ya estaba un poco harta de que la hicieran callar—. ¿Quién te ha enviado a salvarme?

—Adam me avisó de que te habías escapado y supuse dónde estabas, solo tuve que hacer una llamada —Walter la cogió por los hombros y la zarandeó—. ¿Cuándo vas a enterarte de que te pones en peligro con cada decisión que tomas? ¡O eres tonta o estás loca, no encuentro otra explicación!

—¡Estoy hasta los ovarios de que todo el mundo me diga lo que tengo que hacer! —Cindy apartó las manos de Walter a manotazos—. Ya has oído la noticia en la tele, han tergiversado mis palabras y han malinterpretado mis investigaciones. Y si estás tan enfadado porque han dicho tu nombre, deberías saber que yo no he tenido nada que ver. ¡Nada! Alguien se está dedicando a meterse por medio y no soy

yo.

—Ya sé que no has sido tú, no he dudado de eso. Estoy cabreado porque no tienes suficiente con la mafia y pareces querer buscarte más enemigos. Te advertí de esta gente —Walter bajó la voz—. ¡Joder, Cindy! Son muy peligrosos.

Algo llamó la atención de Walter. Fue un instante. Una alerta de las que ponen el cuerpo en tensión y hacen reaccionar al cerebro en décimas de segundo. Un punto rojo, diminuto y luminoso en el pecho de Cindy. Alguien la estaba apuntando para dispararle. La asió por los hombros y le dio la vuelta a gran velocidad. Justo a tiempo para notar los impactos en su espalda, mientras caía sobre ella y rodaban hacia la pared. Casi no podía respirar, pero se quedó sobre su cuerpo intentando protegerla.

—¡Walter! —Cindy estaba segura de que le habían disparado, incluso podía estar muerto. Empezó a llorar mientras intentaba hablar —. ¡Cariño, dime algo! ¡Walter!

—Coge mis llaves. —Walter empezó a respirar con dificultad, aquello dolía como el demonio. Tres disparos, a pesar del chaleco con un alto nivel balístico, lo dejaron hecho polvo—. Bolsillo derecho.

Walter, resollando, empezó a incorporarse y Cindy lo hizo con él, aunque poco podía hacer para ayudarlo. Consiguió que apoyara su espalda en la pared y le cogió las llaves de la moto.

—¡Te han disparado! No puedes conducir —Cindy iba buscando la sangre, pero no la veía, mientras palpaba su pecho cubierto por la cazadora.

—Pero tú sí, me dijiste que sabías llevar una moto, es hora de demostrarlo. Tú conduces —a Walter le costaba hablar.

—De acuerdo, te llevaré al hospital —Cindy hacía mucho tiempo que no conducía una moto, pero haría lo que fuera, esperaba que no se mataran los dos en el trayecto.

—A casa…

—Pero, Walter…

—¡A casa! Llevo chaleco… —A Walter le costaba respirar y el dolor lo estaba destrozando. Estaba mareado.

—Bien… vamos allá.

Ambos consiguieron subir a la moto. Walter echó un vistazo alrededor pero no pudo localizar a ningún sospechoso, supuso que habían disparado desde alguna ventana y el homicida se había largado.

Walter le dio instrucciones y Cindy arrancó la moto y empezó a circular con algo de miedo, aunque pronto se sintió segura y aceleró. Notaba el cuerpo de Walter algo inestable y le daba miedo que se cayera. Aunque llevara el chaleco, el impacto de esas balas debía ser muy bestia. Durante el viaje, Walter hizo verdaderos esfuerzos por no

perder el conocimiento.

Cuando llegaron a su casa y entraron en sus dominios, por fin se sintieron seguros. Walter se dejó caer sobre el sofá boca abajo, tenía nauseas y un dolor en la espalda que le partía el cuerpo en dos. Cindy no podía parar de llorar, pero tenía que ayudarlo.

—Voy a sacarte la chaqueta y el chaleco ¿vale? Debería ver tu espalda.

—No va a tener buen aspecto —gruñó Walter incorporándose para ayudar a Cindy a quitarse la ropa.

Consiguieron deshacerse de la cazadora y Cindy fue desabrochando los cierres del chaleco hasta que pudo sacárselo. Cindy desabotonó su camisa, mientras no podía contener las lágrimas que seguían resbalando por sus mejillas.

Cuándo pensaba en lo cerca que habían estado de morir los dos, por su culpa, se sentía como una mierda. Ahora encontraba todo el sentido a las palabras de Walter, a sus advertencias. No sabía quién les había disparado, quizá alguien de una banda o uno de los hombres de Vasili, pero fuera quien fuera no iba a dejarlo correr.

—Estírate en el sofá, quiero ver tu espalda —Walter se dejó caer como un peso muerto, así se sentía. Escuchó el grito ahogado de Cindy e imaginó el aspecto que debía tener—. ¿Qué hago? ¿Te pongo hielo?

—Sí, por favor. En el baño hay una crema antiinflamatoria, puedes ponerme un poco también.

Cindy hizo lo que le pedía. Su espalda parecía un mapa: fuertes contusiones producidas por las balas con un tono rojo y amoratado, que seguro sería peor aún con el paso de las horas. Por suerte ninguna había acertado en la columna vertebral, aunque Cindy no pondría la mano en el fuego de que no tuviera alguna costilla rota.

—¡Ay! —Walter se quejó al notar el hielo envuelto en un pañuelo, aunque el frío lo alivió—. No hagas presión, solo quiero notar el frío… gracias.

—Debe dolerte mucho —Cindy acariciaba con la otra mano la zona lumbar de su espalda.

—Lo peor es el impacto, parece que te acaban de pegar con un martillo. Creo que no me han roto ninguna costilla, he tenido suerte.

—¿Suerte? No te han dado en la cabeza, eso ha sido una suerte —Cindy llevaba un peso muy grande en su pecho, la culpabilidad hacía estragos en su estado de ánimo—. Perdóname, Walter, esto es por mi culpa. Lo siento mucho, lo siento tanto…

Cindy pasó un buen rato cuidando la espalda de Walter, hasta que sus caricias empezaron a prevalecer sobre el dolor. Cada vez que Walter notaba los labios de Cindy en su piel, besando los alrededores de las contusiones, le entraban ganas de darse la vuelta, decirle que ya estaba bien y besarla hasta dejarla sin respiración. La tensión que le estaba creando no era lo mejor para su espalda. Si seguía tocándolo no sería dueño de sus actos.

Cindy fue a buscarle unos analgésicos al baño y se los llevó junto a un vaso de agua.

—Creo que necesito dormir, me siento como si me hubieran dado una paliza —Walter decidió que lo mejor era la distancia, antes que dejarse llevar y hacer alguna tontería—. Me voy a la cama, mañana hablamos.

—¿No quieres comer nada?

—No tengo hambre —su voz sonó malhumorada y Walter, al mirar los ojos enrojecidos de Cindy, se acercó a ella y la besó fraternalmente en la frente, suspirando—. Buenas noches.

No era muy tarde, pero una vez encerrado en su habitación y estirado sobre la cama, la tensión desapareció y lo venció el cansancio. El analgésico hizo su efecto y se durmió como un lirón.

Cindy se quedó sentada en el sofá, dando vueltas y vueltas a todo lo sucedido. Un escalofrío recorría su cuerpo cada vez que era consciente de lo cerca que habían estado de la muerte. No dejaba de imaginar cuantas cosas podrían haber sido distintas, todo lo que podría haber sido peor. Walter le había explicado que había reaccionado al ver el punto rojo en su pecho. Iban a por ella. La querían fuera de circulación solo por ser una periodista que estaba molestando a alguien con sus artículos y sus preguntas. No creía que todavía fuera por haber presenciado un asesinato, se había convertido en una cuestión personal para alguien.

Sabía que existía una larga lista de periodistas rusos que habían muerto en extrañas circunstancias por ser incómodos para el Kremlin. Pero estaban en Estados Unidos y ella era americana. Quizá se pusiera en contacto con el CPJ, el comité para protección de periodistas, que tenía su sede en Nueva York.

Sus dispersos pensamientos la llevaron a centrarse de nuevo en Walter. Le dolían esos disparos como si los hubiera recibido ella. Le había salvado la vida. Cindy ya era consciente de que sentía demasiado, pero ¿Qué podía hacer? Uno no puede controlar lo que le sale de dentro, esas emociones que explotan y corren por las venas llenando el cuerpo de corrientes eléctricas; ese estallido de hormonas que liberan energía; esos sentimientos tan grandes que temes no soportarlos si te los quedas dentro. Cuando Walter estaba cerca

siempre le provocaba una reacción similar, como unas baquetas golpeando el tambor de su caja torácica a toda velocidad. Si ya estaba medio enamorada de él, solo le había faltado ese acto de valentía, en plan héroe de Marvel, para dejarla tonta del todo.

Ella tampoco tenía hambre y se sentía cansada; demasiadas emociones. Se bebió un vaso de leche y decidió irse a dormir, si es que podía conciliar el sueño. Al pasar ante la habitación de Walter apoyó la frente en la puerta cerrada. Dudó. Se había llevado una buena paliza con esas balas, quizá debería asegurarse de que estaba bien. Intentando no hacer ruido, asió la manecilla y la giró lentamente hasta abrir la puerta. La luz del pasillo se colaba en la habitación, generando una leve iluminación.

Se acercó a la cama con los pies descalzos y lo observó en la penumbra. Su respiración era lenta y pausada. Dormía profundamente, su cama era enorme y ella volvía a tener ganas de llorar. Un impulso nacido de la necesidad la hizo quitarse la ropa y meterse en la cama con él.

Se dejó puesta una camiseta interior y las bragas y se arrebujó bajo el edredón junto al cuerpo de Walter. Él rodeo su cintura sin desvelarse.

*****

Walter se despertó temprano, como solía, pero supo que estaba soñando, por lo que se dejó llevar por la fantasía que su mente había creado. Aún acunado por la somnolencia, sentía el cuerpo de Cindy como si estuviera en su cama, suave y cálido. Era ella, su olor la delataba. No abriría los ojos, no quería despertar. La imagen de su mirada enrojecida del día anterior aún sobrevolaba sobre él. Nunca, jamás, ninguna mujer había llorado por él; eso le había sorprendido y se le había clavado en el pecho. No quería ahondar en la razón.

La atrajo más hacia su cuerpo y ella ronroneó como un gato mimoso. Parecía real cuando deslizó la mano por su espalda gozando de un indolente placer. La mano de ella lo abarcó acariciando su cintura y la parte baja de su espalda. Soñar con ella era un delirio perfecto, sentir lo que sería hacerle el amor, un sueño erótico lento y dulce. Sus cuerpos estaban ahora pegados, sus piernas entrelazadas y sus ahogados gemidos se acallaron cuando la boca de Walter empezó a recorrer el cuello de Cindy a cámara lenta. En aquella fantasía no cabían las dudas, solo las caricias. Entre aquella bruma de seda empezó a colarse el deseo puro al abarcar su seno con la mano y acariciarlo muy suavemente.

En ese mismo instante, ambos fueron conscientes de que no estaban soñando. Sus respiraciones agitadas los desvelaron, la necesidad de seguir adelante y, a la vez, la obviedad de una realidad

que había superado a sus fantasías oníricas. El sueño se acababa de hacer realidad y sus miradas se encontraron a la vez que se quedaban quietos. Una muda interrogación en la mirada de Walter se reflejó en la de Cindy.

—¿Vamos a cometer un error? —fue la pregunta de Walter susurrada a su oído.

—Quisiera creer que esto nunca puede serlo —respondió Cindy.

—Entonces no lo será —Walter no estaba seguro de su afirmación, pero era incapaz de razonar sobre nada, cuando su cuerpo le pedía a gritos no echarse atrás y sus neuronas se habían largado de paseo.

De alguna manera supieron que estaban en sintonía, que se necesitaban y se tendrían. Que no había marcha atrás cuando el ansia era tan grande, cuando el deseo tomaba el mando y el corazón latía para seguir sintiendo. Walter ni siquiera notaba el dolor en su espalda lacerada, tan centrado estaba en dar placer a Cindy. Por un momento pensó en lo que sería despertar con ella a su lado cada día; ni siquiera le había preguntado qué hacía en su cama y no pensaba hacerlo. Se acercó a su boca, buscando sus labios y su lengua.

—Te deseo —fueron sus únicas palabras.

La respuesta de Cindy fue ahondar aún más en el beso, respirar su aliento, incendiar su cuerpo entero. Pero Walter, ahora que su acercamiento se había descontrolado, no tenía prisa, quería dar y tomar con calma, deseaba que durara. Eso hizo aflorar algo que nunca recordaba haber ofrecido a nadie: ternura. Saborearon sus pieles lentamente, acompañados de caricias sutiles que creaban necesidad de más, que disparaban el deseo de forma exponencial. Era como si la pasión se convirtiera en una acogedora hoguera en el corazón.

Cindy nunca hubiera imaginado que Walter pudiera ser así, tan afectuoso, tan tierno… pero ella era cada vez más consciente de su cuerpo, de cada latido, de cada gemido.

Algo cambió; sus respiraciones se agitaron, sus gemidos se aceleraron. Cindy hundió sus manos en la larga melena de Walter y lo acercó otra vez a su boca, para bajar a su pecho y seguir bajando hasta volverlo loco. Se entregaron el uno al otro sin reservas, descubriendo cada secreto de su piel.

Walter volvió a su boca y mordisqueó sus labios a la vez que se deslizaba lentamente en su interior, con movimientos suaves y pausados, frenando el ímpetu que lo espoleaba. Pero Cindy se encontraba al borde de la locura y se arqueó buscando más, pidiendo velocidad, invitadora. Cuánto más lo deseaba más férreo era su control. Consiguió llevarla al borde del abismo una y otra vez, hasta que él mismo no pudo soportarlo más. Sus bocas se unieron de nuevo con lujuria y sus cuerpos se lanzaron al vacío, mientras la hoguera se convertía en un incendio de llamas descontroladas. Hasta

consumirlos.

*****

Tras aquella explosión de fuegos artificiales, ambos recuperaban el aliento y la lucidez en silencio, sumidos en sus propios pensamientos. Con los ojos cerrados y la piel en contacto.

Walter supo que Cindy le había tocado el corazón, que lo que sentía no era lo que quería sentir. Había intentado racionalizar sus sentimientos desde que se topó de bruces con ella. Creía haberlo conseguido… hasta ahora. Que la deseaba no era ningún secreto ni nada extraño, hasta ahí todo era normal.

Pero que le gustara verla sonreír, que se fijara en las comisuras de su boca cuando lo hacía o en sus expresiones cuando se enfadaba, que disfrutara de su compañía o que su tozudez le pareciera graciosa, que se quedara colgado en su mirada azul… eso ya no era tan normal. Debería apartarla de su lado y eso iba a suponer un esfuerzo doloroso, lo sabía. Podía intentar convencerse a sí mismo de que aquello no había significado nada, de que era una mujer más de las que pasaban por su vida sin pena ni gloria; incluso pensar que le tenía cariño, como ocurrió con Mary. Pero se estaría engañando estrepitosamente. Aceptar que se había enamorado de ella era lo único que podía hacer y era algo aterrador. El amor no era fácil porque significaba compromiso y esa era una palabra a la que era alérgico. Era intimidad y no solo sexo.

El deseo era un camino obvio y sencillo, el amor era una senda tortuosa y llena de curvas y trampas. Renunciar a ella iba a ser duro. Tampoco sabía lo que Cindy sentía. Estaba seguro de que le tenía cariño, pero eso podía no ser importante. Y pensar que él podía ser para ella un rollo más, le hizo daño en algún lugar recóndito de su alma. No quería imaginar que tras él habría otro y eso era muy egoísta por su parte.

Los pensamientos de Cindy no estaban muy alejados de los de Walter, aunque ella ya tenía claro que se había enamorado de ese hombre huraño a veces y otras amable y tierno. Que aquella noche sería un antes y un después en su vida, porque tendría que hacer el esfuerzo de olvidarlo, quisiera o no. Sabía lo que Walter pensaba de las relaciones, lo que ocurrió con Mary, lo que le había contado Amy. Su trabajo era lo primero y era peligroso. No quería compromisos ni relaciones largas. En cuanto la historia que los había unido se solucionara y ella no estuviera en peligro, Walter desaparecería de su vida. Ahora solo tenía que hacerse a la idea y decidir lo que ella quería hacer. Porque el polvo había sido de órdago, eso no tenía discusión. Entonces… ¿Aprovechaba el tiempo que siguiera en su casa para compartir su cama, o se apartaba y le dejaba claro que una vez y

no más?

Las dudas se aclararon solas cuando Walter se acercó de nuevo a su cuerpo, la abrazó, acarició su espalda y la besó como si le fuera la vida en ello.

*****

Fue mucho más tarde cuando Cindy cayó en la cuenta de que no habían usado protección la primera vez. Walter también lo tenía en mente, pero no había comentado nada; hasta que le pudo la preocupación. Nunca había sido tan descuidado.

—Cindy… ¿Tomas anticonceptivos? —preguntó— lo digo porque la primera vez no hemos usado nada y quiero saber si es posible un embarazo.

—No tienes de qué preocuparte —mintió Cindy. En ese momento no quería enrarecer el ambiente y decidió que sería su problema, si es que llegaba.

—Me alegro —se acercó a besarla, parecía no poder dejar de hacerlo—. Oye… esto nuestro…

—No hace falta que digas nada, sé que no quieres una relación, o sea que podemos divertirnos durante el tiempo que dure mi confinamiento en tu casa, si te parece bien —comentó Cindy de forma despreocupada y decidió hacer de una mentira su verdad—. Yo tampoco quiero relaciones en este momento.

—Claro… me parece bien. —Walter no sabía por qué aquellas palabras le sabían tan amargas. Era lo que quería ¿no?—. ¡Genial!

*****

A Walter se le había pasado por alto avisar a Ron y contestó enseguida al móvil al ver que era él quien lo llamaba.

—Dime.

—¡Estás vivo! ¿Dónde estás?

—En mi casa, quería llamarte, pero… he estado algo ocupado.

—¿Ocupado? —gritó Ron—. Me llega la información esta mañana de un tipo al que dispararon ayer por la noche en *Brook Height* y que coincide con tu descripción y ni siquiera me avisas ¿Qué mierda pasó?

—Estoy bien, gracias. Llevaba el chaleco. Pero me duele todo el cuerpo; hoy me quedo en casa, necesito descansar.

—¿Te envío a un médico de confianza? —Ron bajó el tono, sabía lo que dolía eso.

—No hace falta, no tengo nada roto. Tres disparos en la espalda.

—¡¿Tres?! —rugió Ron—. ¿A quién has cabreado esta vez? ¿Y qué hacías en ese barrio de nuevo? ¿No estabas controlando el puerto?

—¡Oye, cálmate! Carlitos quería verme y ya sabes que me interesa tenerlo contento —mintió Walter.

—Entonces ¿Por qué te han disparado? No estaría Cindy por allí ¿verdad? —adivinó Ron.

Walter acabó contando la verdad y Ron le advirtió que lo mejor era que desaparecieran de circulación un par de días y se quedaran encerrados en su casa. Cuando Walter se lo propuso a Cindy, lo hizo con la excusa de que lo ayudara a cuidar su espalda y eso funcionó mejor que las exigencias de Ron. El beneficio añadido sería tenerla para él dos días enteros con sus noches. Ella avisó de nuevo al periódico de que trabajaría desde casa, por precaución, y le contó a Adam lo ocurrido sin entrar en detalles. Lo cierto es que se sentía exhausta, que la hubieran intentado matar era difícil de digerir.

*****

Vasili se estaba poniendo más nervioso de lo que solía. Había tenido que ocuparse de la muerte de Andrei Orlov que mató a aquella niña estúpida que se escapó de sus garras y el idiota tuvo la ridícula idea de hacerlo con testigos. Tras confirmar la muerte de Mikhail Novik, en teoría un suicidio en la cárcel, Alecks Polzin había desaparecido. Su móvil no daba señal y nadie sabía nada de él. Eran algunos de sus hombres más antiguos y empezaba a sospechar que Tom Wolfe tenía algo que ver en todo aquello. Había sido visto en varios puntos clave.

Ahora tenía ante él a uno de sus matones, uno de los que se suponía tenía buena puntería. Le había encargado que se deshiciera de la periodista metomentodo y había errado el tiro.

—¿Cómo se te pudo escapar? —bramó Vasili—. Veamos… según he entendido la seguiste, estuvo reunida en la cueva de los pandilleros y Tom Wolfe la fue a buscar. O sea que estos dos son amiguitos.

—Sí, señor… —el hombre, grande como un armario, estaba a punto de echarse a temblar—. Fue muy rápido; la tenía a tiro, pero él la protegió y la cubrió con su cuerpo. No podía volver a disparar sin hacerme visible. Ella se lo llevó en la moto, no entiendo como ese hombre no cayó muerto al instante.

—¡Idiota! —Vasili se llevó las manos a la cabeza— si se fue en la moto con la chica, es porque no estaba muerto. Seguro que llevaba un chaleco bajo la chaqueta. Estoy casi seguro de que es un estúpido madero infiltrado. Pronto voy a tener la confirmación.

—¿Qué quiere que haga ahora, señor?

—Ahora hay que encontrarlos… —Vasili se quedó pensativo—. Parece que esa chica le importa como para detener las balas por ella. Si la buscamos a ella lo encontraremos a él y podremos matarlo. O aún mejor, podemos raptarla, venderla o convertirla en actriz de una película porno y enviársela a ese tío como regalo. Creo que eso hará que pueda cazarlo. Ve a por la chica y no descanses hasta dar con ella.

—No está en su casa…

—¡Eso ya lo imagino, imbécil! Seguro que está protegida, o sea que ponte las pilas y búscala. Vigila las oficinas del periódico. Yo mismo en persona contactaré con los policías que tengo en nómina. Voy a hacer que se ganen su sueldo.

Cuando Vasili se quedó solo recordó a sus hombres muertos o desaparecidos. Iban a por él y quería vengar la muerte de Mikhail, él era en realidad su mejor amigo. Uno de los pocos que tenía. Haría sufrir a Tom Wolfe o como se llamara. Pronto lo averiguaría.

Sara estaba preocupada por su amiga y la llamó. Todos sus compañeros estaban asustados tras enterarse de que habían intentado matarla.

—Cindy, soy Sara ¿Cómo estás?

—Hola, Sara —Cindy intentó sonar alegre, aunque no lo consiguió —. Estoy bien, aunque bastante impactada, la verdad. Adam me acaba de enviar un correo pidiéndome que escriba sobre el intento de asesinato, pero no puedo hacerlo. Ni vosotros tampoco. Dile, por favor, que hoy no voy a trabajar. De hecho creo que voy a coger unos días de baja para poder escribir sin presiones. No publicaré nada hasta que sepa que no voy a correr peligro ni hacérselo correr a otros.

—No sabemos lo que ocurrió en realidad, solo que te dispararon, pero que no acertaron —Sara no creía que esa fuera toda la verdad—. Hay algo más ¿verdad?

—No puedo hablar, Sara —Cindy miró de reojo a Walter que no estaba muy lejos y la escuchaba—. Te aseguro que en algún momento podré explicarlo todo, pero no ahora.

—Entonces será mejor que cojas la baja, el jefe está que trina y es mejor para tu salud mental que no trates con él ahora. No estás en tu casa ¿no?

—No —Cindy no dijo más, estaba segura de que Sara la entendería —. Estoy donde debo estar ahora.

—¿Con él?

—Sí.

—Te has expuesto demasiado y lo sabes, a veces me sacas de quicio —a Sara se le escapó un sollozo, estaba muy preocupada— intenta no ponerte en peligro de nuevo ¿vale?

—Lo intentaré.

—¿Y qué tal con él? —preguntó Sara bajando la voz.

—Mejor que bien —Cindy miró de reojo a Walter, que parecía entretenido con su móvil, pero no quiso decir nada más—. Ya hablaremos.

Se despidieron y Walter le dijo que se iba a dar una ducha caliente y le propuso acompañarlo, pero Cindy tenía otra llamada en mente y le dijo que en otro momento con una sonrisa. En cuanto escuchó correr el agua llamó a Amy, su cuñada, que contestó enseguida.

—¿Estás sola? —preguntó Cindy.

—Sí, estoy en el trabajo, en mi despacho —contestó Amy—. ¿Estás bien?

—No demasiado.

Cindy le explicó lo acontecido el día anterior y Amy le hizo mil preguntas. Ella misma había tenido problemas muy graves en su vida

con una familia de mafiosos italoestadounidenses, los Damiani, y entendía el peligro que corría Cindy.

—Cindy, no sé cómo voy a ocultarle esto a tu hermano, si se entera de que lo sé y no le digo nada, va a matarme —le dijo Amy.

—Jay besa el suelo que pisas, o sea que no seas melodramática. En realidad quería explicarte algo más, si me juras no contárselo a mi hermano —Cindy necesitaba hablar con alguien y Amy era su mejor confidente.

—Vale, no puedo resistirme —cedió Amy superada por la curiosidad—. Cuenta.

—Me he acostado con Walter y estoy escondida en su casa —le dijo casi en susurros.

—¡Uau! ¿En serio? ¡Lo sabía! Esto me recuerda a algo y mira como acabamos tu hermano y yo —Amy se echó a reír.

—No, no, no… esto no es lo mismo. Para serte sincera me he enamorado como una idiota, pero ya sabes cómo es Walter: cero compromisos, nada de relaciones serias y todo eso. Acuérdate de Mary. Dos años juntos y adiós muy buenas. Yo solo voy a aprovechar los días que estemos juntos y después desaparecerá, lo tengo claro. No creo que sienta nada especial por mí.

—Yo que tú no lo daría todo por sentado. Walter tiene su corazoncito, estoy segura. Pero no me gustaría que os hicierais daño, os quiero a los dos. —Amy suspiró—. Ve con pies de plomo, Cindy. Y no te metas muy a fondo.

—Creo que he caído del todo, Amy. Me tengo que morder la lengua para no decirle lo que siento, pero no voy a hacerlo.

Cuando Cindy colgó escuchó los pasos de Walter tras ella, que se acercaba con el pelo mojado y olor a champú. Se aproximó a su cuello, le rodeó la cintura con sus brazos y lo besó, subiendo hasta llegar a su oído y acariciarlo con su lengua.

—¿Puedes ponerme antiinflamatorio en la espalda? —fueron sus palabras.

—¡Oh! Qué poco romántico, que sepas que ya me tenías en el bote.

—Tú has sido la que has querido perderte compartir la ducha, esa llamada debía ser muy urgente.

—Nada importante, solo he estado hablando con Amy.

*****

Pasaron el día encerrados y haciendo las gestiones que podían por teléfono. Cindy hizo una llamada a Barlow. La autopsia de Oxana la había impactado, pero se había enterado de muchas cosas que no sabía. Ahora quería la de Mikhail Novik, el bielorruso que se suicidó en la cárcel. Barlow, a regañadientes, le dijo que se la enviaría, pero que recordara su promesa de no revelar nada de momento.

En cuanto le llegó el email, Cindy leyó el contenido. La causa de la muerte estaba clara: desangrado por cortes en las venas realizados con una cucharilla de café afilada encontrada en su celda. Pero, tal como esperaba, aquel documento contenía más información. El cuerpo de Mikhail presentaba algunas contusiones en las costillas y moratones en el pecho.

—Walter… —Cindy llamó su atención y él levantó la vista de la pantalla de su ordenador—. Tú detuviste a Mikhail Novik ¿verdad?

—Sí ¿por…? —fue su escueta respuesta.

—Estoy leyendo su autopsia; aparte de lo obvio, tenía contusiones en las costillas y moratones en el pecho. ¿Quién lo interrogó?

—Estuvimos con él, Barlow y yo —Walter la miró muy serio—. No le tocamos ni un pelo y te aseguro que no fue por falta de ganas. El interrogatorio está grabado. Si estás buscando acusar a la policía o al FBI de maltrato a un detenido, vas muy desencaminada.

—No sería la primera vez ¿verdad? —Cindy levantó una ceja con ironía.

—¿Me estás acusando de algo, cariño?

—No te pongas así, solo quiero aclarar los hechos.

—Por culpa de tu obsesión por aclararlo todo te has metido en más de un lío —Walter se levantó de la silla y se acercó a ella.

—A ver, Walter, hablemos claro: los 50 estados incumplen las normas internacionales sobre el uso de fuerza letal por parte de la policía, según Amnistía Internacional. Muchos de ellos ni siquiera tienen legislatura al respecto. No hay estadísticas oficiales con las que hacer un seguimiento de las víctimas mortales, pero las estimaciones oscilan entre las 400 y las 1.000 muertes anuales. ¿Eso no es suficiente como para preguntar?

—No, si me conoces y sabes que no te estoy mintiendo.

—Te conozco lo que tú me dejas conocerte; debes reconocer que eres bastante hermético con lo que muestras de ti mismo. No eres precisamente un libro abierto y yo soy una lectora compulsiva.

—Nos estamos yendo del tema ¿no? —Walter empezaba a mostrarse incómodo.

—De acuerdo, volvamos a él —Cindy tenía datos suficientes para pasarse horas discutiendo si hacía falta—. Te creo; si dices que no pegaste a ese tipo, yo te creo. Pero eso no quita que la policía tiene la obligación de proteger la vida humana y que la fuerza sea el último recurso. Deberían reformarse las leyes en los ámbitos estatal y federal para adaptarlas al derecho y las normas internacionales.

—Muy bien, Cindy —Walter la aplaudió— pero en este caso estás olvidando algo. ¿Sabes quién era Mikhail Novik? Un asesino, un violador de niñas, un ladrón y extorsionador, un cerdo asqueroso que vivía de puta madre a costa de secuestrar a niñas como Oxana y

prostituirlas.

—Y por eso merecía ser juzgado, ir a la cárcel y pudrirse allí.

—Sí, pero no puedo evitar alegrarme de que esté muerto, no sé si me entiendes.

—Te entiendo, pero ¿por qué no puedo publicarlo?

—Porque no queríamos que su grupo supiera que estaba muerto, ni que había estado en la cárcel. A veces hay que guardar secretos para descubrir cosas; funciona así, Kevins.

—Sigo pensando que el fin no justifica los medios.

—Eso depende —Walter la cogió de la mano y la acercó a él para besarla—. En este caso ya me dirás si es justificado. Voy a intentar que dejemos de trabajar ahora mismo para acostarme contigo.

La besó con ansia y deseo y ella reaccionó rodeando su cuello con los brazos y pegando su cuerpo al de él. Ronroneaba de nuevo y eso encendía a Walter. Metió su mano bajo el jersey hasta abarcar su pecho, mientras su lengua se deslizaba por la columna de su cuello.

—Estás escurriendo el bulto, aunque reconozco que tienes buenos argumentos, Payne —murmuró Cindy con los ojos cerrados—. Sigue intentándolo y tendré que darte la razón.

*****

—Tengo buenas noticias —le dijo mucho más tarde Walter a Cindy —. Barlow dice que han localizado tres clubs más. Nos estamos acercando. Aunque la nave que nos indicó Polzin sigue sin movimiento. Igual se marcó un farol.

—¿No ha entrado nadie a mirar dentro?

—Necesitamos una orden judicial que está en trámite.

Cindy se acercó a leer directamente de su portátil, pero él cerró la tapa antes de que pudiera hacerlo.

—Ya sabes que no voy a publicar nada, no seas tan desconfiado. Parece que tú tampoco me conoces mucho.

—No vas a tener información privilegiada por el hecho de que nos estemos acostando juntos —fue la inoportuna respuesta de Walter.

—No puedes olvidar ni un segundo que soy periodista ¿verdad? — a Cindy le había dolido tanta suspicacia—. Pues ya que yo soy la preguntona y tú ya te estás cabreando, voy a seguir haciéndolo. Me dijiste una vez que estuviste metido en una operación que no acabó bien. ¿Qué ocurrió? Mi curiosidad es insaciable, ya lo sabes. Juro no publicar nada al respecto.

—Hace mucho de eso —el rostro de Walter cambió y Cindy pudo apreciar el dolor que esos recuerdos le suscitaban—. Estuve dos años infiltrado en un cártel colombiano. Pensaba que solo se trataba de drogas y estábamos en un local de intercambio, donde creíamos que se produciría una entrega. Dos equipos de la policía y el FBI estaban

preparados para actuar conjuntamente y yo estaba al mando. Esperaban mis órdenes, pero no apareció la droga sino un camión lleno de chicas, casi unas niñas.

—Oye, no quiero hacerte pasar un mal rato con esto —Cindy se dio cuenta de lo lacerante que le resultaba aquella historia.

—No pasa nada —Walter respiró hondo y con la mirada perdida, recordando, continuó su relato—. Di la orden de atacar antes de que todo estuviera preparado, no soportaba ver a las chicas allí en medio. Fue un fallo mío, debía haber esperado a que aparecieran todos los implicados, pero no lo hice. Las cosas se precipitaron y murieron cuatro agentes en un tiroteo, dos de ellos muy buenos amigos míos y muchos criminales lograron escapar. Yo mismo me ocupé de notificar las muertes a sus familias. Fue… desastroso.

—Las cosas salieron mal, pero no tuvo porqué ser culpa tuya —Cindy se acercó y le rodeó la cintura con los brazos, cuidando de no tocar sus heridas de la espalda—. Seguro que muchas de esas chicas se salvaron gracias a ti.

—No soy capaz de verlo así —Walter se apartó de Cindy, parecía avergonzado—. Creo que necesito un rato de gimnasio y soledad.

—Sentirse culpable no sirve de nada, deberías olvidarlo. —escuchó decir a Cindy a su espalda.

—Imposible olvidarlo si mi conciencia lo recuerda —fue su respuesta.

Walter se alejó con la intención de ponerse los guantes de boxeo y repartir unos cuantos golpes que calmaran su frustración.

*****

Mientras Walter sudaba en el gimnasio, Cindy recibió una llamada de Sara. Le extrañó, ya que habían hablado aquella misma mañana.

—Dime.

—Tengo noticias para ti —le comunicó su amiga—. Como sé lo interesada que estás en el tema, he conseguido contactar con un amigo de un amigo periodista. Es un informante que tiene en Moldavia y que está muy metido en el tema de trata de blancas. Me ha dicho que conoce a una chica de aquí, que fue víctima cuando era una niña, y que está impulsando una petición en internet para que Nueva York saque adelante una ley que ayude a combatir este delito en el Estado, en particular que obligue a los clubs y moteles a tomar medidas para evitar este tipo de crímenes.

—¡Genial! —Cindy se entusiasmó, era una buena idea—. Pásame su teléfono y si tienes el de la chica también.

—Te envío un email con todo, si te parece bien.

Cindy se despidió y abrió el correo electrónico para ver el mensaje de Sara. Allí estaba, pero no fue ese el que llamó su atención, sino otro que, en letras mayúsculas, mostraba en el asunto: «TU TIEMPO SE

ACABA, PRONTO MORIRÁS».

Dudó en abrir el correo, el corazón se le había acelerado y le faltaba el aire en los pulmones por el estallido de adrenalina, pero, como siempre, la curiosidad ganó la batalla. No pudo haber hecho nada peor. El email contenía unas cuantas fotografías. Enseguida se dio cuenta de que eran montajes, pero el impacto fue tremendo y demoledor. Mujeres asesinadas y mancilladas, escenas de horror y muerte, de sangre y depravación. Y todas ellas tenían su rostro.

Su mirada no podía apartarse de aquellas macabras imágenes, que se fueron emborronando a la vez que brotaban sus lágrimas y se desbordaban en silencio. ¿Qué le ocurría? Una presión en el pecho se estaba haciendo más y más fuerte. Al intentar coger aire se escuchó a sí misma hacer un ruido extraño. El aire no llegaba, se estaba ahogando. Su garganta estaba atorada, como si una piedra grande estuviera allí en medio y hubiera taponado la entrada de aire. Se llevó las manos al pecho y se levantó con la boca abierta y la vista nublada.

Entonces estalló, justo cuando Walter volvía. Él notó algo extraño al acercarse, Cindy se tambaleaba. Corrió hacia ella y en el último segundo pudo sostenerla en sus brazos mientras su llanto se convertía en sollozos descontrolados. Miró a su alrededor pensando que había entrado alguien, pero la casa estaba como siempre.

—¡Cindy! ¿Qué ha pasado? —Walter la sostuvo entre sus brazos, intentando adivinar que podía haber provocado aquel estallido. No era una mujer que se hundiera por nada. Debía ser algo grave—. Tranquila, no pasa nada…

Como Cindy parecía incapaz de pronunciar una palabra coherente, Walter supo que lo primero era conseguir que se calmara. Acarició su espalda y su cabeza y la abrazó en silencio, aquello tenía toda la pinta de un ataque de ansiedad o de pánico.

Cuando Cindy fue capaz de respirar con normalidad, su resuello se ralentizó y su corazón dejó de golpear con fuerza en su pecho para volver a sus funciones normales, Walter la apartó un poco para mirarla a los ojos.

—¿Vas a explicarme que ha ocurrido? —le preguntó.

—En mi ordenador…, mira el correo que hay abierto.

Ambos se acercaron y Cindy desbloqueó la pantalla. Apareció el email con las fotografías. Cindy cerró los ojos con fuerza, no quería volver a ver aquellas trágicas imágenes. Walter soltó un juramento y se acercó más a la pantalla. El origen era una cuenta de correo formada por una combinación de letras y números. Lo más probable es que el rastro no fuera fácil de seguir, pero conocía a la mejor para intentarlo. Buscó su móvil personal y llamó a Mary.

—¡Walter! —escuchó su voz— Creía que ya no conservabas este número.

—Hola, Mary; solo para casos de urgencia.

—¿Qué necesitas? —Mary supo que ocurría algo grave.

—Voy a reenviarte un email que ha recibido Cindy, la hermana de Jay, para que rastrees el origen.

—Claro, no hay problema. Envíamelo y me pongo ahora mismo. Pásame también la IP de Cindy.

Walter sabía que podía fiarse más de Mary que de alguien de su propia oficina de Nueva York. Entonces miró a Cindy, que se había sentado en el sofá y se rodeaba la cintura con sus brazos. Echó un último vistazo a las fotos, que le revolvieron el estómago y decidió que Cindy era lo primero.

—Vamos —alargó la mano para que Cindy se levantara—. Ven conmigo.

Walter caminó, con ella asida de su mano, hasta su habitación. La cogió en brazos y la estiró en la cama. Él hizo lo mismo, a su lado. Ella lo observó con un interrogante en la mirada.

—Solo quiero abrazarte —musitó en su oído—. ¿Quieres?

—Claro…

Aquello era justo lo que necesitaba; uno de esos abrazos que curan, la mejor medicina para el dolor del alma, sin preguntas ni palabras baldías. Un abrazo en el que podría quedarse a vivir.

—Lo siento… ha sido muy… impactante —susurró Cindy agarrándose aún más fuerte a Walter—. Aunque llevaran mi cara, las veía a ellas. ¿Quién puede hacer algo así?

—Personas como Mikhail Novik o Vasili Isaev —contestó Walter acariciando su espalda—. No porque sean rusos, sino porque son unos criminales, me da igual su origen.

—Ahora te entiendo mejor.

—¿Qué es lo que entiendes?

—Que a veces el fin sí justifica los medios. Que a veces hay que saltarse las normas por un bien mayor.

—Es duro darse cuenta de eso, pero es algo que aprendí hace mucho tiempo. Las normas no son perfectas, las leyes no son inalienables; los derechos humanos, sí.

Cindy pensaba que Walter veía atrocidades como esa cada día. Parecía un hombre duro, pero ella estaba descubriendo en él un alma sensible. El cariño que le demostraba no casaba con el de un hombre frío e inconmovible. Abrazada a su cuerpo, escuchando los latidos de su corazón, sabía que ese tipo duro de cara al exterior, tenía un alma generosa y buenos sentimientos, que no mostraba más que en contadas ocasiones. Y ella se estaba proponiendo hacerlas aflorar. Porque le gustaba ese Walter cariñoso y tierno. Suspiró y cerró los ojos para dejarse acunar por su consuelo y que su calor derritiera el hielo que se le había formado en medio del pecho.

Cuando Walter ya creía que se había dormido, Cindy volvió a sus preguntas, lo que le hizo sonreír. Incluso medio dormida era incapaz de dejar de curiosear. En aquel momento, el foco de su interés era él mismo.

—¿Cómo llegaste al FBI? —por lo visto era el momento de las confidencias y Walter nunca hablaba de su pasado. ¿Por qué no hacerlo en aquel momento? Con Cindy todo parecía más fácil.

—Fue algo inesperado —contestó Walter cuando Cindy creía que ya no iba a hacerlo—. Para entenderlo nos remontaremos a mi infancia. Mi madre murió cuando yo tenía un par de años y mi padre era un cerdo borracho que se pasó la vida pegándome en cuanto tenía ocasión. Tuve una infancia de mierda y mi camino parecía destinado a acabar muy mal. Cuando cumplí los quince ya era muy alto y me entrenaba en un gimnasio del barrio. El dueño nos enseñaba artes marciales, de forma gratuita, con la intención de sacarnos de las calles al menos algunas horas al día. Ya te comenté que el barrio era *Brook Height,* de ahí que me conozcan bastante por sus callejones. Fue entonces cuando empecé a devolverle los golpes a mi padre, hasta que un día desapareció y no supe más de él. Me metí en muchas peleas en esa época, cargaba con mucha rabia acumulada. En una de ellas tuve un espectador que no imaginaba. Era un infiltrado del FBI que estaba intentando cazar a algunos maleantes. Se dio cuenta de que era muy joven y de que quizá aún tenía una oportunidad para enderezar mi vida.

—¡Vaya! —Cindy apoyó los brazos sobre el pecho de Walter—. ¿Y tú qué hiciste?

—En un primer momento lo envié a la mierda, pero insistió y no se dio por vencido a la primera. Vio algo en mí, o eso decía. Yo guardaba

mucha ira dentro y él encontró la manera de liberarla poco a poco, de canalizarla. Le debo mucho. Consiguió que me pusiera a estudiar y a trabajar; a cambio ellos llegaban donde yo no lo hacía. Me dieron formación, me enseñaron a disparar… pero creo que ya no les debo nada. Creo que cuando este caso acabe, no volveré a infiltrarme. He pagado mi deuda con creces y necesito un descanso. Por cierto, ese hombre que creyó en mí era Ron Tirrell, mi jefe.

—Lo he imaginado. Tienes que valorar lo que necesitas en realidad —Cindy se acercó para besarlo en los labios—. Lo que pudo ser lo mejor en un momento de tu vida no tiene por qué serlo ahora.

—No quiero que me veas cómo no soy, Cindy, no te equivoques. He visto verdaderos horrores y he matado a algunos asesinos, no soy ningún príncipe azul.

—Ni yo quiero que lo seas, los príncipes no me dicen nada, sean azules o no —rio Cindy y acarició su pecho—. Te veo como eres, Walter. Y me gusta lo que veo. No eres insensible en absoluto. Por eso te quiero.

Cindy lo dijo sin pensar y se mordió la lengua demasiado tarde. El silencio que siguió fue respuesta suficiente para ella, aunque Walter reaccionó como quien oye llover.

—No acabo de entender cómo consigues que hable tanto—. Walter lo dijo riendo, era cierto. Con Cindy era fácil hablar, quizá porque sabía escuchar, una cualidad que poca gente poseía. Que le hubiera dicho que lo quería, no tenía por qué ser algo romántico, solo una manera de hablar. Esa fue su justificación para pasar de largo aquella declaración y hacer oídos sordos.

—Es una de mis armas secretas —Cindy besó su cuello— ¿Quieres saber cuál es la otra?

—Por supuesto —Walter le quitó la camiseta de un tirón, aquel vocabulario lo entendía mucho mejor—. Aunque creo adivinarlo.

Hicieron el amor con lentitud y para Cindy fue un bálsamo curando sus heridas. Se dejó llevar y consiguió eliminar aquellas imágenes durante un rato, centrándose solo en el hombre que estaba desbaratando toda su existencia y al que añoraría en exceso cuando no estuviera. Desterró esos pensamientos de su mente y se centró en el ahora. Si alguna vez había vivido más al día, no era capaz de recordarlo. Mañana podría estar muerta y eso era un hecho incontestable. Al menos hoy le había dicho que lo quería. Aunque se guardaría mucho de volver a hacerlo.

*****

Cindy se quedó adormilada y Walter aprovechó para hacer una llamada a Ron y explicarle lo del email y las fotos.

—Te voy a pasar la IP del portátil de Cindy. Controlad todo lo que llegue y que no vuelva a colarse nada similar. Si llegan más correos

amenazantes me los pasas a mí directamente. Ella no tiene que enterarse de esto o nos pondrá una demanda por intervenir su correo.

—Entonces ¿Por qué lo haces? —preguntó Ron— ella misma nos los puede reenviar si recibe más.

—Porque le impactaron mucho las imágenes y no quiero que cargue con más mierda. Está muy presionada y las fotos han sido un duro golpe.

—¡Es que me estás pidiendo que haga algo ilegal!

—¡No me vengas con remilgos, Ron! Ni que fuera la primera vez. Ya sabes que Mary también está indagando sobre el correo.

—De acuerdo, pero con la condición de que alguien de la agencia vaya a tu casa y proteja el portátil de Cindy de la entrada de determinados correos. Aparte de revisar su seguridad. Seguro que a eso se aviene.

—Instalar más seguridad no será un problema, de acuerdo.

Ron cedió y Walter se quedó más tranquilo sabiendo que no iba a recibir más amenazas. Al menos ella no las vería si se daba el caso.

Cuando Cindy se levantó, Walter le explicó que alguien del FBI protegería su portátil contra ataques inesperados o correos amenazantes y ella estuvo de acuerdo. No tardó mucho en llegar. Era Laila Merrill. Resultaba algo incómodo tenerla en su casa, pero su jefe no sabía que Laila y él se habían acostado algunas veces. No le quedaba otro remedio que abrir la puerta.

—Laila —fue su escueto saludo— pasa.

—Me alegra volver a verte, Walter —Laila se puso de puntillas y lo besó en la mejilla, casi en la comisura de la boca, a la vez que le guiñaba un ojo—. ¿Dónde está ese portátil?

Laila vio entonces a Cindy, que la observaba con una sonrisa impostada.

—Tú debes ser Cindy Kevins —alargó la mano para estrecharla.

—Sí, supongo que ya habéis visto las imágenes que me han llegado por email ¿Habéis averiguado el origen? —respondió Cindy.

—De momento, no. Son direcciones temporales y desechables. No dejan registro a no ser que seas un hacker muy avanzado.

Walter pensó en Mary, que estaba intentando encontrar la procedencia y supo que Ron era el único que lo sabía. Laila no parecía estar enterada.

—Pero vamos a proteger muy bien tu ordenador, puedes estar tranquila —le comentó Laila—. Es peligroso que se cuelen en tu PC, vamos a instalar protecciones especiales.

Mientras Laila trabajaba no dejó de comentar recuerdos de tiempos pasados con Walter. Por lo que Cindy pudo adivinar, trabajaron juntos hacía años, más tarde ella se trasladó a otra ciudad y ahora había vuelto. También pudo adivinar mucho más. Laila

coqueteaba descaradamente con Walter y eso le hizo gracia. Principalmente por la incomodidad que mostraba él. Seguro que se habían acostado alguna vez, o quizá salieron juntos. Eso le hizo sentir una punzada de absurdos celos.

Cuando Laila terminó abrió un documento que llevaba en un pendrive.

—Cindy, aquí hay una selección de fotografías de componentes de la Mafia Roja que tenemos identificados —le mostró Laila—. Me gustaría que les echaras un vistazo por si te suena algún rostro. Quizá hayas tenido a alguno cerca y no lo sepas.

—De acuerdo —Cindy empezó a repasar las imágenes con Walter a su espalda, que también las observaba. Llegaron al final sin resultado.

—Lo siento, pero ni los nombres ni las caras me suenan de nada, excepto la de Mikhail Novik, pero es que he visto su autopsia. Del resto nada —observó Cindy y volvió al principio, para echarles un segundo vistazo—. ¡Espera un momento! Me suena haber visto el nombre de su pueblo de nacimiento en otro sitio.

—El lugar de nacimiento de Mikhail es Dzerjinski —dijo Walter— ¿De qué puede sonarte ese nombre?

—Verás… —Cindy hizo una pausa y Walter supo que no le iba a gustar su respuesta. Laila estaba expectante—. El caso es que he estado en contacto con un periodista, amigo de una amiga. Es un informante que tiene en Moldavia, que está muy metido en el tema de trata de blancas. Me ha enviado un email con datos de indicios sobre posibles criminales y justo estaba en ello cuando me ha llegado el correo con las fotos.

—¿El nombre de ese pueblo estaba entre los datos que te ha enviado ese hombre? —Walter parecía ahora muy interesado.

—Vamos a comprobarlo —sugirió Cindy y buscó el archivo.

Abrió la base de datos que había recibido de su contacto, que contenía nombre y lugar de nacimiento, la fotografía, el nombre y las notas adicionales con cualquier información relevante.

Localizaron a Mikhail, comprobaron el nombre del pueblo y buscaron coincidencias. Apareció uno. Un tal Vasili Isaev, originario de Dzerjinski y cuya fecha de nacimiento se llevaba solo unos meses con la de Mikhail. Y por fin, algo de incalculable valor: su fotografía. ¡Lo tenían!

—¡Por fin tenemos su cara! —exclamó Walter y la amplió para verla mejor—. Lo he visto antes. ¡Joder! Lo he tenido al lado en la barra de uno de sus clubs. Estoy seguro de que él también sabe quién es Tom Wolfe, incluso no descartaría que sepa lo que estoy haciendo. Ahora lleva barba y el pelo muy corto… pero no hay duda, es él.

—¡Qué bien! —respondió Laila— me alegro por vosotros pero tengo que irme, debo informar a Ron de esto y podemos empezar a

buscarlo con las cámaras cercanas a los clubs. Yo me ocupo.

—Bien —Walter empezaba a tener la sensación de haber dado un paso adelante—. Tenedme al corriente, si se prepara una operación quiero estar ahí ¿Entendido?

—Claro, cielo —Laila cerró su portátil y le hizo un saludo de despedida a Cindy, con la mano. Entonces miró a Walter de manera insinuante—. ¿Me acompañas a la puerta?

Una vez allí, Laila se acercó demasiado a Walter, que dio un paso atrás.

—Laila… no, por favor. Creí haber dejado las cosas claras.

—Lo sé, pero tenía ganas de verte y, de paso, conocer a Cindy, esa chica que te tiene tan entretenido. ¿No te apetece quedar una noche conmigo? Vayamos a tomar unas copas. Por los viejos tiempos.

—Es mejor que no —Walter no quería ser brusco, pero Laila lo estaba poniendo nervioso, aunque por fin pareció darse por enterada.

—Ok, que te vaya bien —Laila parecía ofendida, aunque intentó disimularlo. Salió al exterior y miró a Walter con la decepción reflejada en su rostro—. Podría haber sido distinto.

Walter se quedó observando cómo salía hasta la calle antes de volver a conectar todos los sensores y alarmas exteriores. No le gustaba hacer daño a nadie y Laila se le había insinuado con descaro, pero no sentía nada por ella; ya ni siquiera le atraía. Estaba seguro de que solo era un capricho pasajero para ella y pronto se le pasaría.

A la mañana siguiente, Walter se levantó con la intención de pasar por las oficinas del FBI. Estar encerrado, aunque fuera con Cindy, lo tenía alterado. Desde que, el día anterior, había visto la foto de Vasili, parecía que tenía cientos de hormigas recorriéndole el cuerpo. Necesitaba acción y quería acabar con aquel monstruo, ya. Su paciencia se estaba agotando. Estaba convencido de que en la agencia se planearía la mejor manera de localizar y neutralizar a Vasili y su grupo. Llevaba tres largos años metido en ese mundo repugnante y le urgía estar en primera línea para ver su caída. No era un iluso, sabía que no iban a liquidar los males del mundo y que cuando unos caían, otros se levantaban, pero ahora se había convertido en un caso demasiado personal. Casi habían conseguido matar a Cindy y alguien iba a pagar por ello.

También quería contar con Barlow, al que envió un mensaje citándolo en las oficinas del FBI en una hora. Si llamaba a Ron para avisar de que se iba a personar allí, éste intentaría convencerlo de que no lo hiciera. La mejor opción era actuar por libre, ya asumiría la bronca más tarde.

—Cindy, voy a salir —se acercó a besarla, puso sus palmas abiertas en sus mejillas y las acarició con los pulgares—. Hazme una promesa muy importante y júrame que la vas a cumplir: No salgas de aquí bajo ningún concepto.

—¿No te habían pedido que te quedaras en casa unos días? —fue la nerviosa respuesta de Cindy—. Aún no tienes la espalda curada, no estás bien para hacer vida normal. Aparte del peligro que corres.

—Corro peligro cada día, cielo. Pero ahora sabemos más sobre Vasili y quiero estar ahí para capturarlo. No sé cuándo podré volver, pero intentaré enviarte algún mensaje para saber que estás bien ¿De acuerdo?

—De acuerdo —Cindy se encogió de hombros, entendía la necesidad de actuar; ella también la sentía, aunque de otra manera—. No me moveré de aquí, te lo juro. Puedes estar tranquilo. No tengo ganas de volver a ser la diana de nadie.

Walter la besó y sus lenguas se enredaron mostrando la pasión que, cada vez que se acercaban, surgía como si algo inmaterial encendiera una mecha muy corta que hacía explotar ese arsenal de deseo acumulado. Saboreando y sintiendo, pidiendo más. Se apartó a base de fuerza de voluntad, porque aquel beso le supo a hogar y eso lo asustó. Como le estaba ocurriendo cada vez más.

—Me voy, espero estar aquí antes de que anochezca —se despidió.

Una vez que Walter cerró la puerta, Cindy conectó de nuevo todas las alarmas y comprobó, una vez más, que las cámaras de vigilancia

estaban en funcionamiento. Se sentó ante su ordenador, dispuesta a trabajar. El contacto de Moldavia le había enviado también un documento que estaba escrito en ruso y quería buscar a alguien que se lo tradujera.

Tras una hora de revisar correos y notas de prensa y hablar con el periódico, el timbre de la puerta la sobresaltó. Al instante fue consciente de que no se habían activado las alarmas que avisaban de que un intruso había invadido el perímetro que rodeaba la casa. Eso era muy extraño, estaba segura de que todo el sistema estaba en funcionamiento cuando se había sentado a trabajar. Lo primero que hizo, tal como Walter le había advertido más de una vez, fue coger su pistola. La sacó de su bolso y se descalzó para no hacer ningún ruido. Agudizó el oído, pero solo escuchó silencio. Comprobó que su arma estuviera cargada y quitó el seguro.

El timbre volvió a sonar y a Cindy le pareció que ese sonido le taladraba el cerebro, mientras el corazón le subía hasta la garganta y le pitaban los oídos, debido a la explosión de adrenalina.

Se acercó a la puerta con sigilo y levantó la mirilla sin hacer ni un ruido, acercando su ojo derecho. Era Laila. Walter no le había dicho nada, era raro que volviera allí o eso pensó. Las dudas la asaltaron. Seguro que Laila sabía que ella estaba en la casa. Antes de pensar en nada más, la voz de Laila le hizo dar un salto y su corazón se aceleró aún más.

—¡Cindy! ¿Estás ahí? —escuchó su voz—. ¡Soy Laila! Ayer me olvidé de poner una de las protecciones en tu ordenador. He visto a Walter hace un rato y me ha dicho que estabas en casa y podía pasarme ahora.

Cindy no notó nada extraño en la voz de Laila, se escuchaba como el día anterior. Pensó que se estaba volviendo paranoica y ya veía amenazas por todas partes. Negó con la cabeza a la vez que su corazón se ralentizaba y cogía aire con fuerza. A pesar de ello la pistola siguió en su mano derecha, que escondió a su espalda antes de abrir la puerta.

—Laila… no te esperaba —comentó mientras lo hacía.

No le dio tiempo a decir nada más. En cuanto la puerta se separó unos centímetros del marco, una fuerte patada desde el exterior la abrió de golpe y casi le golpeó la cara. Cindy dio un paso atrás, asustada, al ver a Laila escoltada por dos hombres muy grandes con cara de matones y músculos de acero. Uno de ellos la empujó, tirándola al suelo. Todo ocurrió muy rápido, su reacción fue instantánea, como un reflejo automático. Su pistola seguía en su mano, apuntó y disparó al hombre en medio del pecho y éste cayó sobre sus piernas. No podía moverse. Estaba en shock, le temblaban las manos y pudo ver, sin oponer resistencia, como el otro hombre se

acercaba a ella con una jeringuilla en la mano, mientras Laila le daba instrucciones con una voz helada. Antes de intentar volver a disparar, Laila le dio una patada en la mejilla que le nubló la vista y la mareó. Después se agachó y le quitó el arma con una mano enguantada, sin que ella fuera capaz de contraatacar.

Parecía otra, su rostro destilaba odio. Notó un pinchazo en el cuello y la entrada de un líquido lacerante. Sabía que, si no hacía un esfuerzo por hacer algo, estaría perdida; pero no existía manera humana de que pudiera defenderse. Empezó a decir incoherencias por efecto de la droga, palabras sueltas, le parecía que estaba llamando a Walter pero no estaba segura de si los aullidos que brotaban de su interior, eran solo imaginarios y, en realidad, los escuchaba en su dolorida cabeza. Aquella supuesta amiga de Walter era el topo que buscaban. O uno de ellos. Debería alertar a Walter o intentaría matarlo. Quería intentar avisarlo, pero no estaba allí. Antes de perder del todo la consciencia, pudo oír la voz de Laila Merrill: «Vasili la quiere viva, recuérdalo».

*****

Walter se había reunido con Ron, Barlow y Derek y todos estuvieron de acuerdo. Ahora que conocían la cara de Vasili, lo mejor sería que volviera a los clubs en su papel de Tom Wolfe, hasta que tuviera alguna pista de su paradero. Lo mismo con la zona del puerto. Tendría que moverse por allí. Estarían en contacto para que el operativo se pusiera en marcha en cuanto tuvieran a Vasili ubicado. Walter llevaba una foto impresa para poder preguntar a algunas personas. Si con ello lo provocaba lo suficiente para que se mostrara ante él, que así fuera. Lo estaría esperando. Tal y como preveía, Ron se había mostrado contrariado por su escasa disciplina, su exiguo respeto a la autoridad y sus decisiones impulsivas; pero al escuchar sus razones había cedido.

Su primera parada fue en el *NY Strip Club*. No era el horario habitual, pero estaba abierto todo el día. A esas horas las chicas no bailaban en las barras ni el ambiente era festivo, pero se podía tomar una copa o solicitar la compañía de alguna de las chicas. Recordó a Nadia, la niña asustada que habló con él la última vez que estuvo allí. Se acercó a la barra. El barman lo saludó con la cabeza.

—¿Está Nadia por aquí? —le guiñó un ojo al camarero que le sonrió.

—Ahora la llamo —contestó éste y alzó una ceja—. Nos hemos levantado calientes ¿eh?

—Tú avísala.

El barman llamó desde un teléfono interno, dijo unas palabras y se

acercó a Walter.

—Señor Wolfe, Nadia le espera en la habitación 210. Segunda planta. Es un bombón, disfrute de ella.

Walter no contestó y se juró a sí mismo que un día no muy lejano le haría una cara nueva al idiota del camarero. Todo a su tiempo. Llegó a la habitación y llamó con los nudillos. Escuchó la voz de la chica y abrió la puerta. Notó como soltaba el aire al reconocerlo.

—Hola… —dijo titubeante, seguramente sin saber que esperar.

—Tranquila —Walter levantó las manos y se acercó un poco para hablarle al oído y decirle que no abriera la boca.

Revisó la habitación en busca de alguna cámara oculta o la posibilidad de que se les escuchara, pero no encontró nada.

—Solo he venido a hacerte algunas preguntas y enseñarte una foto. Pronto intentaré sacarte de aquí, a ti y al resto de chicas —le comentó en voz baja.

—¿Nadie va a enterarse? Si se percatan de que tengo un cliente como tú, van a hacerme desaparecer.

—No te preocupes, nadie lo sabrá —Walter sacó la foto de Vasili de su bolsillo—. ¿Reconoces a este hombre?

En cuanto Nadia miró la foto su cara cambió y la expresión de horror habló por ella.

—Creo que este hombre es muy importante y es… un monstruo. Es un monstruo —a Nadia se le humedecieron los ojos.

—¿Viene mucho por este local?

—Creo que deberías irte —Nadia estaba asustada, le temblaba la voz—. Van a pillarme y me matarán.

—Solo dime cuando suele venir y lo pillaremos.

—La otra vez me dijiste que no eras policía, pero sí lo eres ¿verdad?

—Sí, por eso quiero que estés tranquila.

—Más polis vienen por aquí, pero no a preguntar como tú. Vienen a follar y a buscar droga y porno infantil; son iguales o peores que ellos. Tú no eres así.

—Te aseguro que no, puedes confiar en mí.

—Vale, ese hombre viene de vez en cuando, pero no tiene días fijos. Una vez cada una o dos semanas.

—¿Hace mucho que no ha pasado por aquí?

—Bastante, no creo que tarde en venir.

—Gracias, Nadia —Walter le ofreció unos billetes que ella escondió bajo el colchón de la cama—. Te sacaré de aquí, te lo prometo.

Cuando salió de la habitación, se fijo en que la escalera que subía hasta el tercer piso estaba vigilada por un par de matones que lo siguieron con la vista mientras bajaba hacia el bar. Al salir a la calle controló que las cámaras que la policía había colocado en lugares

estratégicos, estuvieran en funcionamiento. La próxima vez que Vasili apareciera por allí, su visita estaría grabada y lo tendrían controlado.

Se dirigía hacia su coche cuando le extrañó recibir una llamada de Ron, ya que se habían visto hacía unas horas. Cuando contestó, las palabras de su jefe le helaron la sangre en las venas.

—¡Walter, nos ha llegado aviso de que se han escuchado disparos cerca de tu casa! —exclamó Ron—. Lo más extraño es que las alarmas no han saltado. No nos ha llegado alerta de intrusión alguna. Hemos llamado a Cindy, pero su móvil parece apagado. Algo está ocurriendo, las cámaras exteriores están desconectadas, no nos llegan imágenes.

—¡No es posible! —Walter no entendía nada—. Todo estaba en orden esta mañana y Cindy me ha jurado que no saldría de casa.

—Acabo de enviar una unidad, he avisado a Barlow y también a una ambulancia.

—¡Voy hacia allí! —Walter ya había entrado en el coche. Cerró de un portazo, arrancó y condujo como un loco hacia su casa.

No era capaz de racionalizar lo que estaba sintiendo. Hacía mil años que no había tenido necesidad alguna de llorar. Él no lloraba. Pero se le habían humedecido los ojos y la vista nublada le emborronaba la visión de las calles por las que iba circulando. El día era gris y lloviznaba, acorde con su estado de ánimo. Si no se centraba iba a tener un accidente. Pero es que solo podía repetir el nombre de Cindy. Cindy, Cindy, Cindy… como una súplica, como una letanía que no obtendría respuesta.

Buscó su contacto en el móvil y la llamó mientras se saltaba un par de semáforos en rojo y otros coches le pitaban por su imprudencia. Nada. Apagado o fuera de cobertura. Algo había ocurrido y no quería imaginar que Cindy… Estaba viva. ¡Tenía que estar viva!

Al girar en una de las calles cercanas a su casa se encontró con un atasco. Aquello no podía estar pasando. La lluvia arreciaba y aumentaba al mismo ritmo que su desesperación.

Tocó el claxon repetidas veces sin resultado, rebosando de angustia y enojo. Le dio un puñetazo al volante y las ganas de gritar se incrementaron. Y, de pronto, fue consciente de algo que había querido ocultarse a sí mismo. La quería. La quería tanto que dolía. Si la perdía, su vida no iba a valer una mierda. La quería para siempre. En su casa, en su vida, en su cama, a su lado. Ella le había hecho reír de nuevo, lo mantenía en vilo con su tozudez y sus impulsos, pero la necesitaba como respirar. Y se daba cuenta ahora, cuando podía perderla.

Harto del atasco y al borde de un infarto, subió el coche sobre la acera, lo dejó allí tirado y salió corriendo. Faltaban unos cientos de metros para llegar a su casa. Recorrió una calle a toda velocidad, sus músculos en tensión, sus piernas batiendo un record; segunda calle aumentando la aceleración y girando a la izquierda, hacia el camino

de la entrada del jardín que rodeaba su casa. Sin resuello apenas, abriendo la boca en busca de oxígeno.

La imagen que lo asaltó al acercarse a su destino casi lo hizo volar. Dos coches de policía parados en la entrada con las luces encendidas y las puertas abiertas. Una ambulancia, varios enfermeros y una camilla acercándose a ella. Un cuerpo cubierto por una bolsa sanitaria para cadáveres. Encerrado por completo. Muerte. Alguien había muerto, de eso no había duda.

Un alarido salió de su garganta. Tenía que verla. Entonces reconoció a Barlow, que levantó la mano al verlo acercarse. Pero no hizo caso, tenía que ver su cara. Corrió en dirección a la camilla y los sanitarios intentaron frenarlo, pero ni un huracán lo hubiera conseguido.

—¡Quiero verla! —le gritó a la vez que abría la cremallera.

Era un hombre joven y musculoso, ensangrentado debido a un balazo en medio del tórax. El plomo que llevaba cargando en el pecho desde la llamada de Ron, se aligeró. No era Cindy. No era ella. Entonces notó el brazo de Barlow sobre sus hombros.

—Tranquilo, entra conmigo y hablamos —le dijo mientras lo acompañaba al interior de su casa.

—¿Y Cindy? —preguntó con un hilo de esperanza, que pronto se esfumó.

—No lo sabemos, ha desaparecido. Siéntate y vayamos por partes, Walter. Tienes que centrarte si quieres seguir en el caso. Si sigues así de alterado voy a tener que apartarte.

—¡Ni lo sueñes! —le gritó Walter y se apartó para incrustar el puño en la pared. Barlow lo agarró con fuerza antes de que se destrozara los nudillos o se rompiera algún hueso.

—¡Basta! ¡O me escuchas o te mando al hospital psiquiátrico a que te pongan una camisa de fuerza! ¿Te has vuelto loco? ¡Así no ayudas a Cindy! Deberías pensar en ella y no en tu propia frustración.

Walter reaccionó a sus palaras. Cerró los ojos e inspiró con fuerza. Barlow tenía razón, debía calmarse.

—Sí, creo que sí… me he vuelto loco. Lo siento —las gotas de lluvia le resbalaban por la cara y el cuello, estaba empapado.

—Bien, te informo de lo que he podido comprobar hasta ahora —Barlow hizo que se sentara en una silla—. Los vecinos más cercanos escucharon un disparo y avisaron a la policía. Al constatar que era tu calle avisé a Ron y comprobó que las cámaras habían dejado de funcionar pero no habían saltado las alarmas…

—Todo eso ya lo sé, he hablado con Ron. Ahora necesito saber dónde está Cindy —Walter no podía quitarse una imagen de la cabeza —. La tiene Vasili, Kam. Estoy seguro.

—¡Escúchame! No han forzado la cerradura, Cindy ha abierto la

puerta a alguien en quién confiaba, estoy casi seguro. Esta casa no es accesible y lo sabes muy bien.

—Lo sé, y sé que éste sistema solo puede inutilizarlo alguien del FBI —en ese momento a Walter le sonó el móvil y miró la pantalla. Era Mary. No era buen momento, pero contestó—. Dime, Mary.

—¡Walter! Ha sido difícil, pero he conseguido rastrear el correo amenazante que recibió Cindy. Fue enviado desde las oficinas del FBI de Nueva York… lo siento. Sé que esto va a ser muy duro para ti.

—¡Joder! ¿Desde qué ordenador? No me digas que ha sido Ron, por favor —Walter no quería desconfiar de nadie, pero quién estaba más implicado era su jefe—. Es el único que tiene una copia de las llaves y códigos de seguridad de mi casa.

—¡No! —Mary estaba nerviosa y desconcertada—. El correo salió del ordenador de… Owen. ¡De Owen, Walter! ¿Cómo es posible? ¡Es nuestro amigo!

—¿Owen? —Walter no quería creerlo, pero alguien había sido y Mary era muy buena en su trabajo—. Quiero borrar este día y que no exista, por favor. Esto no puede estar pasando. Gracias, Mary. Te llamaré para ponerte al día, de momento no puedes hacer más.

—¿Owen? —preguntó Barlow—. ¿De verdad es posible?

—No lo sé, pero es lo que parece. Necesito hablar con Ron.

Walter lo llamó y le preguntó por la copia de sus llaves, le pasó la información que le había ofrecido Mary, pero le avisó de que no alertara a Owen, pero lo vigilara muy de cerca. No le gustaba desconfiar de su amigo, pero debían asegurarse y cogerlo con las manos en la masa en caso de que fuera culpable. También le pidió que hicieran una auditoría de su ordenador en cuanto se fuera a comer. Ron le aseguró que la copia de sus llaves seguía intacta en uno de los bolsillos de su chaqueta, pero no podía descartar que alguien se las hubiera robado para hacer una copia y las hubiera dejado en su lugar más tarde.

Lo que estaba claro era que Owen no había secuestrado a Cindy, ya que estaba en su puesto de trabajo, concentrado en su PC. Aunque podría haberlo orquestado.

—Parece que cuando entraron, Cindy debía llevar su pistola y fue la que disparó al hombre muerto. Incluso si abrió ella la puerta no acababa de fiarse de la persona que estuviera al otro lado. En balística nos confirmarán si ha sido así.

—Veo que en la mesa siguen sus papeles —Walter se acercó y miró el documento impreso en ruso para el que Cindy buscaba traductor.

Entonces se fijó en que no estaba su ordenador pero, en cambio, sobre un folio descubrió un pendrive rojo que no había visto antes. Cindy utilizaba uno de color gris.

Uno de los policías se acercó a Barlow a hacerle una pregunta y

Walter aprovechó para coger el USB y lo escondió en su bolsillo. Con la excusa de que necesitaba unos minutos de reflexión para saber qué hacer, avisó a Barlow de que iba a encerrarse en su despacho. Una vez dentro giró la llave, abrió su ordenador y conectó el USB.

Antes de ver el contenido supo que debía hacer algo urgente: avisar a Jay Kevins, o no se lo perdonaría en la vida. Eso era prioritario. En cuanto contestó, y Walter le hizo un escueto resumen de lo ocurrido, Jay le confirmó que iba a volar ya mismo hacia Nueva York. Si no encontraba un vuelo comercial inmediato, contrataría uno privado. Pero llegaría en un par de horas. Walter lo agradeció en silencio, sabía que tener a Jay a su lado le otorgaría la confianza que le faltaba en ese momento.

La verdad era que estaba a punto de derrumbarse.

Walter se concentró en el contenido del USB. Si pertenecía a Cindy, solo encontraría información de su trabajo, aunque eso también podría darle pistas. La sorpresa se la llevó al ver que lo único que incluía era un video. La fecha tenía una antigüedad de poco más de una hora. Se le revolvió el estómago porque intuyó que, fuera lo que fuera, el secuestrador lo había dejado allí para él. Ese pendrive no era de Cindy. Dudó solo unos segundos y lo puso en marcha.

—¡Joder! —exclamó llevándose las manos a la cabeza.

Se veía claramente como un tío bastante grande, con la cabeza cubierta por un pasamontañas, levantaba a Cindy del suelo y se la echaba al hombro. Se escuchaba su voz… balbuceaba. Miró su cabello rubio que se balanceaba de su cabeza colgando boca abajo, los brazos inertes.

Cuando se la habían llevado de allí no estaba muerta y eso le dio un soplo de esperanza, a la que iba a agarrarse como a un clavo ardiendo. Alguien estaba filmando aquellas imágenes, o sea que el hombre no había ido allí solo. Tenían al muerto al que, supuestamente, Cindy había disparado, a la persona que filmaba y al hombre que salía en el vídeo con la cara cubierta. Tres personas se habían presentado en su casa y ¿Cindy les había abierto la puerta? Quizá al mirar por la mirilla solo vio a una y era una cara conocida. No tenía otra explicación.

El hombre, que aparecía de espaldas, se dio la vuelta y miró a la cámara. Solo se apreciaban las pupilas de unos ojos oscuros, entre sombras.

«*Pronto verás a la periodista convertida en una estrella del porno. Vamos a pasarlo muy bien con ella y te enviaremos una película de la que disfrutarás mucho… Walter Payne*»

La voz tenía acento ruso ¿Sería el propio Vasili quien había perpetrado el secuestro? Ahora se habían puesto las cartas sobre la mesa, ellos sabían quién era y qué era. A lo mejor lo sabían desde hacía mucho tiempo. Tenía que centrarse en que Cindy estaba viva, no podía dejarse llevar por la rabia y el odio que sentía. Apartar las imágenes de su cabeza de aquellos hombres violando a Cindy, obligándola a hacer… Dios sabía qué. Era el momento de concentrar todas sus energías en encontrarla y rescatarla.

El video estaba a punto de finalizar, cuando se escuchó de nuevo la voz de Cindy. Decía incoherencias, o eso parecía. Palabras sueltas, ¿letras?… justo antes de llegar a los últimos segundos se escuchó claramente: «*Walter, ayúdame*».

Esas dos palabras se le clavaron en el corazón, en el alma, en medio de su garganta y tuvo que hacer verdaderos esfuerzos por no

ponerse a gritar. Eso no serviría de nada y debía pensar con la cabeza y apartar los sentimientos, o no conseguiría su objetivo. Cerró los ojos y avisó a Barlow. De él se fiaba lo suficiente para enseñarle el vídeo.

Mientras Barlow visualizaba el vídeo y Walter lo observaba de nuevo, fue consciente de que podían destruirlo para siempre. Tenían a la mujer que amaba y si la mataban, algo en él moriría también. Para siempre.

*****

Cindy no recordaba haber bebido alcohol. Se estaba despertando con una resaca monumental y un dolor de cabeza punzante, pero estaba segura de haber tomado solo café y agua. Tenía la boca y los labios resecos y tras sus globos oculares parecían bailar un batallón de agujas. Entreabrió los párpados pero no vio nada. Estaba a oscuras. Se preguntó si era de noche, estaba muy aturdida. Enseguida se dio cuenta de que esa no era su cama, ni la de Walter.

Estiró el brazo para buscarlo a su lado, pero la cama no era tan grande. Su mente luchaba por encontrar una explicación y creyó que estaba soñando. ¿Qué día era? No tenía ni idea, estaba muy desorientada. Perdida.

Se incorporó y se llevó las manos a la cabeza, a la vez que un quejido lastimero salía de su garganta. Fue como una avalancha. Los recuerdos que parecían estar retenidos en su inconsciente se presentaron todos de golpe. El timbre de la puerta, Laila y los dos hombres, el disparo… ¡había matado a un hombre! El pinchazo en el cuello. La resaca no era tal, la habían drogado, no tenía ni idea de qué sustancia le habían metido en el cuerpo. Y, por lo visto, ahora estaba secuestrada.

Recordó que Laila estuvo filmando algo y que ella intentó gritar su nombre y avisar a Walter, que le pidió ayuda. Aunque no tenía claro si había salido de su boca alguna palabra coherente, sus recuerdos eran confusos. ¿Cómo iba a salir de allí? ¿Qué le esperaba entre aquellos depravados?

Un escalofrío le recorrió la espalda de arriba abajo y un frío helado se le coló en el cuerpo y corrió por sus venas. Era el miedo mostrando su cara más espantosa.

Entonces escuchó el chirriar de una puerta y los pasos de un par de personas. Cerró los ojos e intentó ralentizar su respiración.

—¿Todavía duerme? —ese hombre tenía acento ruso—. A lo mejor nos hemos pasado con la dosis.

—Quédate con ella hasta que despierte, yo tengo que volver a mi trabajo —Cindy reconoció la voz de Laila, la que creyó que era una aliada—. Se supone que estoy interrogando a algunas personas cercanas a las bandas de *Brook Height* y no quiero que me echen de

menos en el FBI.

—Vete, tranquila —el ruso soltó una carcajada—. Yo me ocuparé de ella en cuanto espabile. Vuelve esta noche, tenemos que hablar.

*****

Barlow y Walter discutían mientras éste se preparaba. Quería estar a punto para salir en cualquier momento: Chaleco antibalas nivel IV, un arma corta, municiones, linterna y láser de fijación de objetivo, fusil de asalto con visor óptico, casco, pasamontañas, guantes, una táser y una granada de gas lacrimógeno. Quería tener todo a mano en cuanto le avisaran de que se había localizado a los captores de Cindy. Su móvil no podía rastrearse, ya que lo habían encontrado en su casa. Barlow quería apartarlo del caso.

—¡Estás demasiado implicado, solo hay que mirarte! Pareces a punto de matar a alguien y te estás dejando llevar por el odio y la venganza ¿No te das cuenta? Debes mantener la cabeza fría o te pondrás en peligro a ti mismo y a ella.

—No voy a ceder en esto —contestó Walter, su decisión era inamovible—. Voy a participar con tu bendición o sin ella. Hemos colaborado muchas veces, pero no eres mi jefe.

—Ron piensa lo mismo que yo —repuso Barlow— él sí es tu jefe.

—Le entregaré mi placa si hace falta —Barlow vio tanta determinación en Walter que tuvo claro que no conseguiría convencerlo—. Si no voy con el equipo, lo haré por mi cuenta.

Antes de que pudiera decir nada más, se abrió la puerta de su despacho y entró Jay Kevins, el hermano de Cindy. Su rostro mostraba la misma determinación que la de Walter. Ambos se quedaron mirando en silencio. Walter temía que lo culpara de lo sucedido, él debía haberla protegido. Pero Jay dio un paso adelante y le dio un abrazo a su amigo.

—No es culpa tuya, Walter —le dijo con la voz tomada por la emoción— estoy seguro. Te conozco. No es tu culpa.

—Gracias, Jay —Walter le devolvió el abrazo y palmeó su espalda —. La encontraré y la traeré de vuelta sana y salva. Haré todo lo que pueda.

—Lo haremos juntos —fue la respuesta de Jay, que miró entonces a Barlow—. Supongo que tienes otro equipo para mí.

—Sigo pensando que es mejor que os quedéis al margen… — Barlow decidió cerrar la boca, sabiendo que sus palabras caían en saco roto. No iba a conseguirlo.

—He conseguido los permisos necesarios, Barlow —le aseguró Jay y el jefe de policía asintió dándose por vencido.

La puerta volvió a abrirse y entró Ron. Saludó a Jay, hacía mucho tiempo que no se veían y lo puso al día del origen del correo amenazante recibido por Cindy.

—¿Owen? —Jay no entendía nada—. No puedo creerlo. ¿Lo habéis interrogado?

—No lo hemos alertado, pero lo estamos vigilando. Por si está en contacto con los secuestradores. De momento no ha hecho nada extraño, está trabajando en otros temas con su ordenador.

—Avisadnos de cualquier novedad. Si me dais un equipo os lo agradezco.

—Ahora te lo traigo y os reunís con el grupo *Delta Force*. Nada de ir por libres —Ron lo dijo con rotundidad, no iba a admitir tonterías.

Mientras Jay se enfundaba el chaleco, Walter recibió otra llamada. Era Laila. Contestó enseguida.

—Dime.

—¡Oh, Walter! —su voz sonaba afectada—. Acabo de enterarme de lo de Cindy. Lo siento muchísimo. ¿Cómo es posible que abriera la puerta?

—No lo sabemos —Walter estaba impaciente y no quería alargar la conversación, pero tenía que saber lo de Owen—. Vigila a Owen, por favor. El correo con las fotos que recibió Cindy salió de su ordenador.

—¿Owen? —la sorpresa de Laila parecía real—. Parece un buen tío, me resulta difícil de creer. ¿No tenéis ninguna pista sobre el paradero de Cindy?

—La verdad es que… —Walter dudó en seguir hablando, pero decidió hacerlo— … los secuestradores han dejado un video y Cindy dice algo en él, pero no se le entiende. Parece drogada.

—Yo tengo un programa de inteligencia artificial que puede servir. Es un editor de audio que extrae los elementos de sonido por separado y los pule. Podemos probar. Casi todos se han ido ya a casa, si quieres pásate por las oficinas y lo intentamos —Walter pensó que, mientras no tuvieran noticias del lugar al que debían acudir, estaban perdiendo tiempo. Quizá así lo aprovecharían.

—De acuerdo, ahora voy para allá.

Walter puso al día de su visita a las oficinas del FBI a los presentes, Ron, Barlow y Jay. Éste último decidió que iba con él, a pesar de que Walter le advirtió que le impactaría ver el vídeo de su hermana en el momento en el que se la llevaron. Pero Jay prefirió acudir, necesitaba estar activo.

—Me acaban de comunicar que Owen se ha ido a su casa —les dijo Ron—. Tendrá vigilancia toda la noche y han intervenido el teléfono de su casa. Si hace cualquier movimiento extraño, lo detendremos.

*****

Walter y Jay llegaron rápido a las oficinas del FBI. Jay miró la entrada sin un ápice de nostalgia. Lo cierto es que su traslado a Portland había resultado un acierto. Seguramente, vivir con Amy y

tener una hija había sido su verdadera suerte. Lo que le había hecho recapacitar sobre la vida arriesgada que llevaba. Aún era así, pero no trabajaba en una zona peligrosa y era feliz. Pero si a su hermana le pasaba algo… no quería pensarlo.

—Debe trabajar poco personal a estas horas —comentó.

—Los que se quedan de guardia, no muchos —confirmó Walter.

Mostraron sus credenciales al vigilante y pasaron por el lector de huellas digitales. Subieron a la quinta planta y constataron que estaba casi desierta. Eran las diez de la noche y quedaban pocas luces encendidas. Walter se dirigió al pasillo de la izquierda, camino del despacho compartido por Laila y Owen. Antes de llegar pasaron ante la puerta de los baños. Jay siempre había pensado que era mejor prevenir que curar y una alerta en su cabeza le hizo frenar.

—Adelántate, yo voy al baño —murmuró a Walter—. Ahora vengo.

Walter llegó al despacho; la puerta estaba abierta y Laila tecleaba en su ordenador.

—¡Hola, Walter! He aprovechado mientras te esperaba para rellenar informes.

—Hola. Gracias por tu ayuda, Laila.

—¿Tienes el USB? —alargó la mano—. Ya tengo a punto el programa.

—Toma —Walter lo sacó de un bolsillo y se lo entregó.

Laila insertó el USB en la entrada del portátil y abrió el vídeo, a la vez que lo cargaba en la aplicación para extraer los sonidos.

Walter mantenía la vista fija en la pantalla y el oído afinado, para escuchar cualquier pista que pudiera obtener, por lo que no detectó la sonrisa malévola de la que creía era una amiga, que lo miraba de reojo y disfrutaba advirtiendo su sufrimiento. La mujer se levantó de su asiento y se paseó por el despacho como si estuviera escuchando con atención. Su pistola oficial, una Glock 9 mm. pendía en su funda bajo su chaqueta. Laila la sacó con disimulo y escondió el brazo a su espalda.

Walter no perdía detalle de la voz de Cindy y esa vez pudo escuchar con nitidez las letras sueltas que pronunciaba, al separarla de la voz del ruso, que soltaba su discurso en el mismo momento. Ele, a, i, ele, a… ¡Laila!

—¡Laila! —sin darse cuenta lo dijo en voz alta y al instante notó el cañón de una pistola en la nuca. ¡Laila! ¡Debería haberse dado cuenta!

—¡No te muevas! ¿Dónde está tu móvil? —Walter señaló el bolsillo derecho de su pantalón, en el que Laila se entretuvo más de la cuenta para hacerse con su teléfono. Lo apagó y lo tiró a la papelera.

—¿Por qué haces esto, Laila? —preguntó Walter mientras calculaba cual era la mejor llave para tirar a Laila al suelo sin recibir un balazo. Llevaba el chaleco, pero su cabeza estaba al descubierto y su nuca,

amenazada.

Antes de que Laila contestara, se escuchó la voz de Jay. Al volver del baño, los estuvo observando a distancia. Había visto el movimiento de Laila al sacar su arma y eso lo alertó.

Solo había coincidido un par de veces con esa mujer, pero nunca le había gustado.

—¡Suelta el arma, Laila! —Jay la apuntaba a ella con su arma cogida con las dos manos.

La voz de Jay y la sorpresa de Laila, le ofrecieron a Walter el instante idóneo para pillarla desprevenida. Un codazo en su estómago, un giró rápido e inesperado, un golpe en el brazo y la tenía en el suelo. El arma había salido volando y aterrizó a los pies de Jay, que le dio una patada para apartarla de su alcance.

—Creo que tienes que explicarnos muchas cosas, Laila —le voz de Walter había cambiado y su paciencia estaba agotada. La levantó del suelo sin miramientos y le puso unas esposas con las manos a la espalda. La sentó en una silla, mientras Jay no dejaba de apuntar a su cabeza.

—¡¿Dónde está Cindy?!

—No sé dónde está —mintió Laila.

—Escúchame bien —Walter, tras tocar algo en el teclado del ordenador, la agarró de la pechera de su camiseta y acercó su cara a la de ella—. No voy a tener miramientos contigo. Entiende esto: Cindy es la persona que más me importa en este mundo y la quiero libre y viva ¿Entiendes? ¿Para quién trabajas? ¿Vasili Isaev?

Se hizo el silencio y la mujer miró a los dos hombres desafiante.

—No vas a matarme, te conozco —una sonrisa torcida se escapó de sus labios—. No podrías vivir con ello. ¿Es que no recuerdas lo ocurrido con el cártel colombiano?

—¿A qué viene eso ahora? Han pasado años desde aquella operación.

—Lo sé… —Laila se carcajeó como si no la estuvieran apuntando con dos armas y su soberbia la hizo hablar más de la cuenta—. Siempre te culpaste de los errores cometidos y de los hombres que murieron. Todo porque no se trataba solo de droga. Eres muy tonto a veces, Walter.

Jay hizo el amago de acercarse más a Laila, pero Walter lo agarró del brazo y lo frenó, le interesaba escuchar lo que Laila tuviera que decir, aunque él habló primero.

—Yo estaba al mando y me adelanté al descubrir la trata de blancas; salvar a aquellas chicas fue la prioridad. Fue mi decisión y mi responsabilidad.

—Estás muy equivocado —Laila, casi sin darse cuenta, estaba dejando salir al monstruo que llevaba en su interior—. Fue una trampa para vosotros, os estaban esperando. Según los planes del cártel tú fuiste su error, deberías estar muerto.

—¿Por qué sabes tú eso?

—Porque siempre he jugado a dos bandas, es la manera de conseguir poder y dinero.

—¿Dónde está Cindy? —Walter entendió que el peso de la culpa que cargaba desde hacía años, empezaba a soltar lastre, pero lo más importante ahora era localizar a Cindy—. No voy a preguntártelo otra vez.

Laila cerró la boca con determinación y Jay le puso el arma en la sien.

—Mi amigo tiene mucha paciencia, pero a mí no me conoces lo suficiente. Para tu información, Cindy Kevins es mi hermana y si no me dices ahora mismo dónde está, voy a disparar aunque me pase el resto de mi vida en la cárcel. Soy muy vengativo. Contaré hasta tres.

—Uno…, dos…, —a Jay le temblaba la mano y el dedo en el gatillo empezó a hacer fuerza.

Laila miró a Jay y vio algo en sus ojos oscuros: odio.

—¡De acuerdo! La tiene el ruso… Vasili —dijo Laila— pero si vais vosotros solos, no podréis acceder hasta él. Es mejor que os acompañe. A mí me está esperando y si no me presento le parecerá muy extraño. Entonces huirá con Cindy y os aseguro que no lo encontrareis, tiene medios para hacerla desaparecer sin dejar rastro. Colaboraré.

—Más te vale —contestó Walter y señaló el ordenador— porque todo lo que has dicho está grabado. No tienes escapatoria, eso es una prueba incriminatoria.

—Contéstame a algo —le dijo Jay— Owen… ¿Está contigo?

—¿Ese ganso? —Laila rió sin ganas—. ¡Qué va! Ese solo sabe meter las narices en su ordenador y poco más. Llegasteis a pensar mal de él ¿no? Es demasiado confiado, he usado muchas veces su ordenador y no se ha enterado.

Los dos amigos respiraron hondo, en el fondo sabían que Owen no podía estar comprado, pero en momentos tan críticos se acababa dudando de todo el mundo.

—No entiendo cómo has podido venderte a un tipo como ese, que se gana la vida maltratando a mujeres y niños —Walter la miró con asco, en verdad no lo comprendía.

—No quería meterme tan a fondo —Laila bajó la cabeza y suspiró —. Pero una vez empiezas ya no puedes salir. Al principio estaba bien; un soplo y recibía un montón de pasta. Parecía dinero fácil, pero al final estaba amenazada por los rusos. Si no hacía lo que ellos decían, iban a matarme. No se puede luchar contra un monstruo como ese.

—No quieras culpar a nadie que no sea tú, fue tu decisión —le dijo Jay y la hizo levantarse de la silla—. ¡Andando! Ni un movimiento extraño al salir, no tengo ganas de entretenerme dando explicaciones a los vigilantes.

—He enviado el video que acabamos de grabar a Ron para que esté informado y alerte al equipo especial y una copia al correo de Cindy del periódico —Walter había recuperado su móvil de la papelera y miró a Jay—. Van a hacer seguimiento de nuestros móviles para tenernos ubicados. La copia para el periódico es un seguro.

En ese momento le entró un mensaje de Mary. Había llegado algo tarde, pero tenía pruebas de la culpabilidad de Laila.

«*Walter, no te fíes de Laila Merrill; he seguido investigando los ordenadores y en el suyo hay rastros muy sospechosos de contactos con delincuentes, que no son confidentes. Vigílala de cerca, seguiré buscando pruebas. Creo que ha estado utilizando el ordenador de Owen*.»

—¿Dónde está Vasili ahora mismo? —Jay empujó a Laila camino de la salida.

—En una nave del puerto —contestó ella.

Jay se puso al volante y Walter se sentó con Laila en la parte

trasera, tras reenviarle el correo de Mary a Jay.

—Estás con él desde el principio ¿verdad? —preguntó Walter—. Por eso siempre se nos adelantaba. Si yo avanzaba un paso, él lo hacía dos. Por eso llevo tres putos años tras él, buscándolo sin conseguir nada. Hemos estado jugando al gato y al ratón. ¿Por qué no me ha matado? Ha tenido muchas ocasiones, estoy seguro.

—Ha sido precisamente por el juego, le gustaba ponerte a prueba, dejarte pistas, descentrarte. Durante bastante tiempo no tenía clara tu verdadera profesión y no sabía que yo te conocía. En eso fallamos, tampoco yo sabía en qué andabas metido. Hace muy poco que lo ha descubierto, pero siempre ha desconfiado de ti. Que Cindy entrara en la partida ha sido una distracción más para él.

—Tú enviaste el mensaje con las fotos a Cindy ¿verdad? ¡Eres una estúpida insensible! Y ella te abrió la puerta cuando te presentaste en mi casa ¿No es así? Confió en ti.

—Sí, lo hizo; tanto como tú —afirmó Laila— no esperaba que fuera acompañada por dos hombres, aunque se cargó a uno. Un punto para ella, estaba bien aleccionada, llevaba el arma escondida a la espalda.

—Debería haberte disparado a ti en la cabeza —dijo Jay desde el asiento delantero. Estaba harto de esa mujer y le afloraban instintos asesinos al escucharla—. ¿No sonaron las alarmas?

—Las desconecté yo desde las oficinas, no olvides que es un sistema muy seguro, pero controlado por el FBI.

—Podías haber matado a Cindy entonces pero no lo hiciste —a Walter le subió un sabor amargo a la boca, intuía la razón y no le gustaba—. ¿Por qué?

—Vasili la quería para él… y tenerla en su poder es una garantía para torturarte. Ha adivinado que le tienes cariño a la periodista y te tiene ganas.

—No más que yo a él.

—Es muy posible que Vasili se la esté follando en este momento —dijo Laila con muy mala intención y sin pensar que estaba jugando con fuego.

La respuesta fue en bofetón que le cruzó la cara. Walter estaba al límite de su aguante.

—Te aviso, Laila —la voz de Walter destilaba aversión— si cuando lleguemos al puerto intentas algo, vas a salir perdiendo. Deberías tener claro que ya no le sirves de nada a Vasili, para él eras un peón más en su juego y ahora no vales nada. Te matará sin miramientos. Puedes escoger entre la muerte y la cárcel, como la mayoría de tus acólitos. No te quedan más elecciones.

*****

Cindy seguía con los ojos cerrados y notaba la presencia del

hombre, escuchaba su respiración en el silencio que los envolvía. Intentaba que pareciera que aún estaba inconsciente, pero estaba segura de que el ruso pronto intuiría su actuación.

Seguro que sabía cuánto duraba el efecto de la droga que le habían inyectado, fuera la que fuera.

Su cabeza latía como si un corazón enorme se hubiera alojado en su interior, enviando corrientes punzantes a ambos lados. Volvió a pensar en Walter. Era muy posible que ya hubiera detectado su desaparición y la estuviera buscando como un loco. También estaría muy enfadado con ella; no dudaba de que la culparía, imaginando que había abierto la puerta sin mirar, obviando sus instrucciones. Aunque seguro que habían encontrado al hombre que mató. Los pensamientos daban vueltas en su cabeza a la velocidad de un hámster corriendo en el interior de una rueda. Sin parar y cada vez más rápidos. ¿Cómo iba a salir de allí?

—Deja de hacerte la dormida —un brazo la zarandeó con fuerza— ha llegado el momento de que tú y yo lo pasemos bien.

Un gemido se escapó de la garganta de Cindy; esas palabras la habían estremecido y su estómago vacío se acababa de convulsionar en una arcada. Esa frase no auguraba nada bueno.

—No me hagas daño, por favor —Cindy entreabrió los ojos y vio el rostro que más temía. Era Vasili, lo reconoció por la fotografía que había visto de él. Estaba en manos de un capo mafioso.

—¡Ya está bien de gimotear! —Vasili la incorporó estirando de su camiseta para que se sentara en el camastro y le tiró un vaso de agua por la cara—. Esto te despejará.

La mirada lasciva del hombre, que fijó su vista en la camiseta mojada, hizo que cruzara los brazos sobre sus pechos. A cambio escuchó una carcajada malévola. Miró a su alrededor, a la vez que empezaba a tiritar debido al efecto del agua fría y los nervios. Era un cuarto pequeño, sin ventana, de paredes grises y pintura descascarillada.

—No tienes escapatoria, no hace falta que la busques —Vasili se acercó con unas cuerdas en las manos—. Nadie sabe que estás aquí.

Empujó a Cindy sobre la cama y ató sus manos a ambos lados. Hizo varios nudos que unieron sus muñecas al somier y Cindy supo que estaba indefensa. No sabía cómo protegerse. Vasili no era muy corpulento, pero parecía estar en forma.

Entonces recordó la clase de bestia que era ese hombre; estaba segura de que le gustaba amedrentar y maltratar a las mujeres; era lo que hacía con las chicas que compraba y esclavizaba. No le daría ese gusto. En vez de llorar, frenó sus lágrimas y lo miró con odio.

—Tú eres el verdadero culpable de la muerte de Oxana Lisnic y espero que pagues por ello.

—No sé quién es esa, ni me interesa —acercó su cara a la de Cindy y ella la apartó hacia un lado. La lengua de Vasili recorrió su mejilla —. Tú me fascinas ahora. Vamos a filmar esto.

Vasili señaló hacia una esquina del cuarto, donde distinguió una cámara subida a un trípode enfocando en su dirección. Cindy tragó saliva con fuerza, el nudo en su garganta parecía hecho de cristales rotos.

—Le enviaremos la película a tu amigo Walter, ¿O era Tom Wolfe? —Otra risa siniestra—. ¡Qué mal se ha portado ese chico! Intentando engañarme a mí… pero ahora pagará por ello.

Vasili se deshizo de su ropa sin dejar ni una prenda sobre su cuerpo. Cindy estaba aterrada, aquello iba en serio. Cerró los ojos buscando una salida a su patética situación. Notó las manos del hombre apretando sus pechos de forma obscena y un fuerte tirón de su camiseta rompiéndola en dos y dejando su pecho al descubierto. Un grito escapó de su garganta sin que pudiera retenerlo, pero recordó que eso es lo que esperaba Vasili, lo que lo excitaba, por lo que pudo comprobar.

Lo miró con descaro entre las piernas e hizo un esfuerzo hercúleo por conseguir ridiculizarlo.

—¿Con eso piensas violarme? —rió intentando sonar creíble—. ¡Eres un esperpento! ¡Me das asco y tu pene es microscópico! Solo eres un matón prepotente, haciéndose el interesante, pero estoy segura de que se han reído de ti más de una vez. ¿Verdad? Me juego algo a que tienes un trauma con eso.

Algo en sus palabras desdeñosas funcionó; no le extrañaría que su captor ocultara un fuerte complejo de inferioridad y que esa fuera la razón del efecto de su desprecio. Su erección se esfumó casi por completo. A Cindy le parecía que iba a tener un inminente ataque al corazón. A pesar de todo Vasili hizo un intento de tirarse sobre su cuerpo, levantarle la falda, arrancarle las medias y las bragas, sin conseguir penetrarla. Cindy dejó las piernas inmóviles, se convirtió en un bloque de hielo y se laceró las muñecas con las cuerdas, sin conseguir aflojarlas. Recibió un puñetazo en una mejilla y apretones en sus muslos. No dejó de ridiculizarlo con sus palabras, de reírse de él y Vasili no consiguió excitarse con aquella pasividad auto impuesta y aquel despliegue de superioridad. Necesitaba miedo, sumisión y lloros, algo que no consiguió de ella.

En ese momento se escucharon gritos y golpes y Vasili se apartó. Algo ocurría fuera. Se puso los pantalones mirando a Cindy con desprecio. Se escucharon unos golpes de nudillos en la puerta.

—Adelante —Vasili ya tenía su arma en la mano y apuntaba hacia la puerta.

En el exterior, uno de sus hombres estaba siempre de vigilancia,

pero no se fiaba de nadie. Se abrió la puerta y entraron Laila y Lev, su guardaespaldas, con Walter encañonado. Le sangraba la nariz, llevaba las manos atadas a la espalda y parecía a punto de desmayarse. Su guardaespaldas lucía más o menos el mismo aspecto. Al parecer aquellos dos se habían zurrado de lo lindo.

—¡Vaya! ¡Qué agradable sorpresa! —Vasili se acercó a Walter, que no podía apartar la mirada de Cindy, medio desnuda y atada a la cama—. No esperaba verte tan pronto.

—Tenemos un problema —le dijo Laila— el hermano de la chica y éste me habían descubierto, pero al llegar hasta aquí, Jay ha conseguido huir de Lev.

—¿Me estás diciendo que un tío puede estar ahora mismo avisando a la policía? —la expresión de Vasili se volvió fría como el hielo.

—Es de lo que intento avisarte, tienes que salir de aquí cuanto antes —Laila miraba a Walter de soslayo, no podía hacer nada, estaba encañonado por delante y por detrás. Pero no sabía dónde estaba Jay.

—¡Lev! Yo me encargo de éste, ve a la entrada y busca a ese hombre —le dijo Vasili a su gorila—. ¡Mátalo en cuanto lo veas!

A Cindy se le escapó un gemido al escuchar que la próxima víctima podía ser su hermano. Miraba a Walter deseando poder transmitirle cuanto lo quería, por si no salían vivos de allí. Pero ambos estaban magullados y doloridos, no era fácil leer sus expresiones. Walter solo tenía un deseo creciente de matar a Vasili con sus propias manos.

Lev hizo caso a su jefe y salió de allí en busca del hombre que había huido. Jay lo esperaba. Desde que salieron del coche se había mantenido apartado por orden de Walter, en previsión de encontrar vigilantes. Pudo escuchar la pelea entre su amigo y uno de ellos, pero no pudo intervenir, ya que él se estaba ocupando de otro. Tras aquella entrada, se había internado por el laberinto de pasillos de una enorme nave llena de contenedores y cajas, de pequeñas habitaciones y poca iluminación. Se había topado con otro par de vigilantes y los había neutralizado con una maniobra en el cuello, dejándolos sin sentido. Ahora estaba muy cerca del habitáculo donde había escuchado voces. Se apartó al oír que el matón iba a salir a buscarlo, pero estaban demasiado cerca como para pelear y hacer ruido. No quería alertar a más individuos, no sabía con cuantos podía encontrarse.

Jay llevaba una pistola con silenciador. Su hermana y su mejor amigo estaban en peligro y no dudaba de lo que tenía que hacer. Se situó cerca, pegando la espalda a la pared, próximo a la esquina. Escuchó sus pasos; estaba allí mismo y estaba preparado. En cuanto el hombre pasó ante él, lo agarró desde la espalda, tapó su boca y le disparó en el hombro sin hacer ruido. Un gruñido escapó de su boca, pero enseguida se desmayó.

*****

—Bueno, Walter… —Vasili lo miró con desprecio— ha sido un largo viaje ¿verdad? No eres un mal actor, pero no tardé mucho en saber que no eras sincero con los míos. Tu tapadera era buena, pero yo soy mejor. No me fío de nadie. Investigo a fondo a mis nuevos clientes, sobre todo si son tan ricos como tú querías hacerme creer. Tengo buenos hackers que trabajan para mí. Todo lo que encontraron sobre tu vida era excesivamente perfecto, una información muy cuidada. Demasiado. Eso me hizo sospechar. Ha sido divertido. Ahora os tengo a los dos aquí y voy a mataros. Pero no será rápido. Primero verás morir a Cindy.

—Por mucho que me amenaces y hagas lo que hagas —Walter empezó a hablar para dar tiempo a Jay a que llegara hasta ellos— no conseguirás salir de ésta, Vasili. La búsqueda ha terminado. Te tenemos. El FBI ha descubierto a Laila y tengo grabada una confesión suya. La he enviado a los periodistas y no habla muy bien de ti.

—¿Tú los has traído hasta aquí, después de confesar tu traición? —preguntó Vasili a Laila, mirándola con asco—. ¿Quién te has creído que eres para ponerme en peligro? ¡Idiota!

Vasili no era de los que se paraba a pensar, solo actuaba según sus impulsos y no miraba atrás. Tenía contratados a varios afanosos «limpiadores» que se ocuparían más tarde de borrar sus huellas. Apartó el cañón de su pistola en dirección a Laila y disparó sin que le temblara el pulso. Un tiro limpio en medio de la cara. El cuerpo de Laila cayó al suelo, sin vida. El grito de Cindy desencadenó lo ocurrido instantes después.

Cindy reprimía las lágrimas, no quería llamar la atención de Vasili, que se acababa de cargar a Laila. Su corazón bombeaba a toda máquina. Se mareó y empezó a ver lucecitas ante sus ojos e hizo un gran esfuerzo para no desmayarse, sabiendo que no estaba en su mano evitarlo. Miró de soslayo a Walter, al que le seguía resbalando sangre desde el nacimiento del pelo y por la nariz. Nunca le había visto una expresión como esa: miraba al ruso con un desprecio palpable. Vasili lo encañonaba con su pistola, pero su guardaespaldas no había vuelto con Jay y eso lo estaba poniendo nervioso. Se preguntaba qué estaba ocurriendo en los alrededores de esa habitación.

—¡Lev! —gritó, llamando a su principal guardaespaldas, y dio una patada a la puerta para ver el exterior. Solo encontró silencio y un espacio vacío y oscuro.

Jay lo oyó desde el exterior. Se había puesto en contacto con Ron para explicarle como estaba la situación en el interior de la nave y su antiguo jefe le había asegurado que el equipo ya estaba en las inmediaciones cuando le envió su localización. En un par de minutos estarían dentro. Pero Jay sabía que dos minutos podían significar la diferencia entre la vida y la muerte, por lo que no iba a esperarlos. Demasiado arriesgado. Menos aún tras escuchar el grito de su hermana, que casi le para el corazón.

La patada de Vasili que abrió la puerta, lo alertó del lugar exacto en el que estaban, ya que aquella zona tenía varias estancias, parecía un laberinto. Se apostó justo al lado y entró por sorpresa, con su arma cogida con las dos manos, en posición de combate. Apuntó a Vasili en la cabeza.

—¡No te muevas y tira el arma! —fue su saludo. Vasili hizo caso omiso y lo miró con los párpados entrecerrados.

El momento fue muy tenso. Vasili apuntaba a Walter y Jay a Vasili. Cindy no tenía posibilidad de ayudar, ya que seguía atada a la cama y los miraba a todos sintiéndose impotente.

En ese momento el móvil de Vasili, que estaba sobre una silla a su lado, empezó a vibrar. Vasili desvió un segundo la vista, ya que había detectado el sonido que tenía asignado a las alarmas de peligro. Era de uno de los hombres que vigilaba el extrarradio. Sin apartar la vista de Jay y sin dejar de apuntar a Walter cogió el móvil y se lo llevó al oído. Necesitaba saber cómo estaban las cosas.

—¡Señor! ¡Varias furgonetas de policías y fuerzas especiales están rodeando la nave! Faltan muchos de los hombres que estaban de guardia, hemos encontrado a varios desmayados y uno muerto de un disparo. ¡No sabemos qué ha ocurrido!

—¡Inútiles! —gritó Vasili al verse acorralado.

Ese fue el momento de distracción que Jay esperaba y que aprovechó sin dudarlo. Vasili se vio descubierto y él lo tenía a tiro para dispararle. No vaciló y acertó en medio del pecho. Al notar el impacto, Vasili presionó el disparador de su arma, como respuesta refleja, pero ya estaba cayendo hacia atrás y no consiguió herir a Walter; la bala se desvió hacia el techo. Todo fue muy rápido. Jay se acercó al ruso, apartó su arma con el pie y buscó el pulso en su cuello. Inexistente. Vasili había muerto al instante. Sus ojos abiertos, sin vida, eran una señal inequívoca.

—Está muerto —dijo en voz alta.

Pero Walter ya estaba desatando las manos de Cindy, llenándola de besos, abrazándola y cubriendo su desnudez con la sábana.

—Ya está, cariño… ya está. Todo ha terminado. —Cindy se abrazó a su cuello mientras dejaba salir la tensión de las últimas horas, llorando y, a la vez, abandonando el peso del insoportable estrés acumulado.

—Hola, hermanita —escuchó y se alejó de los brazos de Walter para estrechar a su hermano.

Walter acarició su pelo, sin dejar de temer por ella. ¿Hasta dónde había llegado aquel monstruo en su agresión? No quería ni imaginarlo. Hablaría con Cindy cuando estuviera un poco recuperada.

—Jay… has venido.

En ese momento, el grueso del equipo enviado por Ron llegó hasta allí y entraron para encontrarse al capo muerto. Habían detenido a todos los vigilantes que habían localizado en el exterior y allí tenían material suficiente para trabajar durante bastante tiempo. Ordenadores, cajas con armas, drogas… iban a desarticular a ese grupo al completo, aunque les llevara semanas.

—Afuera les espera una ambulancia —dijo uno de los agentes, al ver el estado del rostro de Walter, que ya tenía un ojo amoratado con el que casi no veía nada debido a la inflamación.

—Gracias —contestó Walter y levantó a Cindy en brazos— vamos, cielo. Todo ha acabado.

*****

Walter y Cindy, acompañados por Jay, subieron a la ambulancia. Cindy todavía sufría un fuerte dolor de cabeza y mareos, debido a los efectos de las drogas que le habían inyectado. A Walter le hicieron una primera cura de los golpes en la parte derecha de la cara y le pusieron gotas en el ojo amoratado.

—Cindy… —cuando el sanitario se apartó un poco, Walter se acercó a ella—. ¿Hasta dónde llegó ese cerdo? Estamos de camino al hospital y es mejor que sepan todo lo ocurrido. Dime si te violó, por favor.

—¡No, no…! Tranquilo, no llegó a hacerlo —Cindy pudo escuchar el suspiro de alivio tanto de Walter como de su hermano—. Consiguió desnudarme, me tocó… pero llegaste justo a tiempo. Ha sido una experiencia horrible, pero lo superaré. Lo superaré.

A Cindy le habían puesto un ligero calmante y la venció el sueño, había estado muy alterada.

Cuando despertó, compartía una habitación con Walter en el hospital. Abrió los ojos y la tranquilizó verlo dormir en la cama de al lado. Como si hubiera intuido su mirada, Walter abrió los ojos y le sonrió.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Como si me hubiera secuestrado la mafia —Cindy intentó bromear, aunque era difícil cuando las ganas de llorar seguían incrustadas en su pecho. Supuso que superarlo necesitaría de un proceso y de ayuda profesional. Llevaba demasiados días en una tensión insoportable para cualquier mortal. Y ella no era ninguna heroína.

Mientras Jay estaba reunido con Ron relatando todo lo sucedido y rellenando expedientes, Walter se levantó de su cama y se acercó a Cindy, para acomodarse a su lado. Ella se incorporó y se abrazaron.

—Pronto estarás mejor —le prometió Walter, que se sentía responsable—. Ya lo verás.

—Fui tan tonta… —Cindy empezó a recordar todo lo ocurrido—. Cuando llamaron al timbre no debí fiarme, lo sé. Pero al mirar por la mirilla y ver solo a Laila, que el día anterior había estado en tu casa, no vi el peligro. No supe adivinarlo.

—No te culpes por eso, Cindy. Creías que era una compañera de trabajo y yo también. A mí también me engañó.

—No sé qué droga me inyectaron para dormirme, pero debía ser algo fuerte porque aún noto mi cabeza rara, como si la tuviera llena de algodón —Cindy hizo una pausa, recordando y notando el peso de la culpa—. Walter… maté a un hombre. Le disparé.

—Te estabas defendiendo, cariño. Si no lo hubieras matado, ahora estarías muerta. Eras tú o él, eso es defensa propia —Walter no podía más que alegrarse de que hubiera actuado así.

—Si me hubieras preguntado hace unos días te hubiera jurado ser incapaz de matar a una persona —Cindy suspiró abatida.

—No lo mires desde esa perspectiva, Cindy. Era un monstruo más. Un mafioso y un delincuente.

—Fue peor cuando desperté en ese cuarto al lado de Vasili. Lo reconocí en cuanto abrí los ojos. Pasé mucho miedo.

—Yo también —Walter le acarició los brazos y se acercó a besarla. Cindy se retrajo, no estaba preparada para ningún acercamiento físico y Walter se echó atrás—. Cuando pasé por mi casa y vi que sacaban

un cuerpo en una camilla, pensé… que podías ser tú y me quise morir.

Cindy lo miró con todo el amor que sentía y que no era capaz de verbalizar. Con un nudo en la garganta fue incapaz de decir nada.

—¿Cómo conseguiste frenar a Vasili? —le preguntó Walter al adivinar su incomodidad.

—Hice lo contrario de lo que se esperaba de mí —a Cindy se le escapó una sonrisa a pesar de todo—. Me reí de él en su cara y le dije que tenía un pene microscópico. Me sobrepuse al pánico, aún no sé cómo, y me esforcé en sentirme superior a él para ridiculizarlo. Fue un milagro que funcionó. No se le levantaba.

—¿En serio? —Walter soltó una carcajada, no esperaba un relato como ese, y Cindy lo acompañó.

—Quiero irme a casa —gimió Cindy, al tiempo que Jay entraba en la habitación, tras avisar con los nudillos en la puerta.

—Os dan el alta en un rato —les comunicó Jay—. Veo que estáis mejor, tortolitos. Por cierto espero una explicación de lo que estoy viendo, aunque puedo imaginarla. Pero me alegro por vosotros, sois dos de mis personas preferidas.

—No es lo que parece —contestó Walter y miró a su amigo, sin adivinar la triste expresión en el rostro de Cindy.

—No lo es —Cindy miró a su hermano con una forzada sonrisa—. Solo son los efectos colaterales de lo ocurrido.

Ambos le insinuaron que hablarían cuando todo aquello hubiera pasado. Jay lo aceptó, aunque no sabía que las razones de cada uno para posponer una conversación sobre su situación, era la inseguridad que los dos sentían al respecto. Él solo era capaz de ver que parecían hechos el uno para el otro.

*****

Walter solo tenía algunas magulladuras que desaparecerían en unos días y mucho trabajo por hacer. Ron lo esperaba para encomendarle la dirección de las próximas detenciones y de los múltiples interrogatorios que tenían por delante. Había implicado también a Mary que, desde Boston, estaba haciendo investigaciones junto con Owen, sobre las conexiones del grupo con el crimen organizado y el tráfico de personas. Ese grupo en concreto, tenía tentáculos extendidos por varios estados y debían ponerse en contacto con los cuerpos de todos ellos y pasarles la información que conocían.

Como Jay tenía la intención de quedarse unos días en Nueva York y Walter debía ponerse a trabajar, se instaló en casa de su hermana y su amigo se quedó en su piso franco, del que pronto se trasladaría a su verdadero domicilio.

Pasaron un par de días en los que Walter y Cindy solo se

comunicaron con algunos mensajes y poco más. Ella esperaba esa respuesta. Sabía que Walter se alejaría, siempre lo había tenido claro.

Jay insistió en que lo acompañara a Portland y pasara unas semanas con su familia. La convenció al sugerirle que necesitaba espacio y distancia de todo lo acontecido en su vida en los últimos tiempos. Desconectar era vital para volver a sentirse bien. Viendo que su estado de ánimo estaba muy tocado y que se sentía al borde de una depresión, Cindy decidió hacerle caso. Se centraría en su trabajo y en su familia. Tenía que hacer el esfuerzo de olvidarse de Walter, por mucho que le costara. Jay no sabía que esa era la causa y ella no iba a explicárselo.

Habló con Adam, su jefe. Le explicó su situación, aunque los noticiarios iban atestados de las últimas actuaciones del FBI y la policía de Nueva York. En todos los programas de actualidad, en las sobremesas de muchos canales y en las tertulias radiofónicas, el despliegue para desarticular el negocio, entre otros, de la trata de blancas, fue la noticia más divulgada. Imágenes diarias, entrevistas en las calles y pinceladas de posibles nuevos hilos de los que tirar aparecían cada día en los medios.

Se localizaron clubs y locales dónde muchas chicas muy jóvenes trabajaban como esclavas del sexo; se liberó a otras escondidas en tugurios, pendientes de destino final y se emitieron las imágenes en directo por televisión. Imágenes que impactaron al mundo entero. Chicas jóvenes engañadas en sus países de origen, viajando en camiones insalubres, apiñadas y deshidratadas, llegaban a Nueva York y a otras grandes ciudades para ser encerradas en escondites, como si estuvieran condenadas a cadena perpetua.

Cindy sabía que Walter estaba trabajando en ello y que era preferible no importunarlo, que lo mejor era alejarse. Adam quiso manejar su trabajo desde la distancia, pero Cindy no lo permitió. Ella iba a marcar el rumbo esta vez. Trabajaría desde casa de su hermano durante unas semanas. Le había prometido a Adam un buen trabajo, pero lo haría a su manera. Iba a redactar su experiencia en una serie de artículos que iría publicando en varios capítulos. Serían sus vivencias en primera persona, en orden cronológico. Corroboraría la información con las estadísticas y los datos contrastados de la policía. Barlow seguiría siendo su contacto, como lo era antes de conocer a Walter. Parecía que nada había cambiado y, en realidad, todo lo había hecho.

Cindy estaba preparando sus maletas. Jay ya se había ocupado de comprar los billetes y su vuelo salía en unas horas. Le daba la impresión de que estaba metiendo su vida entera en el equipaje, de que iba a dejar atrás algo importante, como si le arrancaran algo valioso de su interior. No quería ponerle nombre, pero lo tenía. Se llamaba Walter y la tristeza le rasgaba el alma con uñas afiladas. Sabía que sería difícil, pero lo mejor para su cordura era empezar a poner distancia y mirar hacia adelante.

Walter le había enviado algunos mensajes y ella le contestaba escuetamente. Le preguntaba si estaba bien, siempre había sido parco en palabras. Sabía que lo hacía para que no notara tanto su cambio de actitud; para minimizar los daños, si es que eso era posible. Las palabras que no se decían en los mensajes eran las que se gritaban desde el interior y se frenaban antes de hacerse manifiestas.

Lo que Cindy no adivinaba era la vorágine de trabajo en la que Walter estaba inmerso esos días: Detenciones, interrogatorios, justificación de pruebas, testimonios y comprobaciones, visitas a jueces y abogados, papeleo y burocracia...

Para ser justos, Walter la había llamado algunas veces, pero ella no había contestado. Escuchar su voz le dolería demasiado. Estaba inmersa en sus pensamientos y oía la voz lejana de su hermano hablando por teléfono. No escuchaba, hasta que la nombró y puso atención.

—…le preguntaré a Cindy, pero estoy seguro que estará de acuerdo —Jay se quedó en silencio escuchando a su interlocutor—. Bien, quedamos así. Pronto nos vemos, cariño. Te quiero. Dale un beso a Jaci de papá.

—¿En qué estaré de acuerdo? —le preguntó.

—Amy ha hablado hoy con mamá —Jay se acercó y le rodeó los hombros—. Quiere que vayamos todos a pasar el puente de Acción de Gracias a Boston. Ya sabes, reunión familiar. Lo hacemos cada año, Cindy. Ya sé que no estás para muchas fiestas, pero te ayudará tener a la familia contigo, estoy seguro.

—Claro… —Cindy sabía que no podía decir que no, le faltaban argumentos—. Claro, lo pasaremos bien.

—No te veo muy feliz —Jay le besó la coronilla y la apretujó contra su pecho—. ¡Eh! ¡Vamos, Cindy! Tienes que sobreponerte y estar con la familia te ayudará.

—Lo sé, lo sé… es solo que me apetece mucho la soledad —alegó, cuando sabía que lo que le pedía el cuerpo era llorar sus miserias.

—Hay algo más ¿verdad? —Jay era bastante intuitivo y había adivinado que la relación entre su hermana y su amigo no estaba tan

consolidada como a él le había parecido—. ¿Walter?

—Walter… ¿Quién sino? No quiero hablar de él, Jay. No todavía.

—Si quieres puedo partirle la cara por ti. Es mi amigo, pero tú eres mi hermana desde hace más tiempo. Tienes preferencia por antigüedad.

—No voy a ponerte en ese aprieto, tranquilo —Cindy acabó riendo con él y decidió que cuatro días con su familia no era un mal plan.

*****

Pasaron un par de días en Portland y viajaron en coche hasta Boston, junto a Amy y la pequeña Jaci. Allí se reunió la familia al completo. La casa, habitada por los padres de Jay y Cindy, Lana y Parker Kevins, agrupaba a su rebaño al menos en Navidad, Acción de Gracias y unos días en las vacaciones de verano. Reunir a sus cinco hijos era una cuestión de amor propio para Lana y siempre lo conseguía. El único que seguía viviendo en Boston era Brody, el más pequeño del clan. Harry y Lawson, los mayores, también se habían trasladado a otros estados. Pero por quien más sufría Lana Kevins era por su pequeña Cindy. Ser la única chica, había motivado que fuera especial para toda la familia.

Al aparcar el coche frente a la casa, Cindy se sintió en su hogar. Había sido muy feliz allí, a pesar de la sobreprotección de la que había sido objeto innumerables veces. Salió del coche y miró hacia la entrada. Todo estaba como siempre. La permanencia daba seguridad, volver a casa era garantía de amparo y solidez.

Se quedó observando la fachada. La amplia avenida, el jardín rodeando la casa, verde y cuidado, la escalinata de acceso a la puerta principal, flanqueada por dos enormes macetas pobladas de arbustos y flores. Su madre siempre cuidaba mucho esos detalles. Miró hacia la puerta de hierro forjado, los cristales emplomados y aquella placa que su padre había hecho grabar hacía mil años: *Familia Kevins*. Los dos farolillos de cristal y cobre seguían alumbrando la puerta por las noches, colgados a ambos lados de ésta. Cogió a Jaci en sus brazos, cuando la puerta se abrió y aparecieron sus padres a darles la bienvenida. Fue entonces cuando supo cuánto los había echado de menos.

*****

—… y eso es todo —Cindy acababa de relatar toda su aventura de principio a fin a toda la familia, obviando algunos detalles.

Fuera del relato habían quedado su extraña y corta relación con Walter y el disparo en defensa propia con el que había matado a un hombre. Había cosas que todavía estaba digiriendo y aún no era capaz

de exteriorizar. Jay lo sabía, pero no hizo mención alguna y respetó su decisión.

—¡Sabía que mi preocupación era fundada! —su madre se llevó las manos a la cabeza—. ¡Por Dios, Cindy! ¿Cómo has podido meterte en esos líos? Cuando decidiste estudiar periodismo te imaginé presentando un noticiario en la tele, escribiendo un libro o entrevistando a famosos… pero nunca se me pasó por la cabeza que pudieras correr peligro. ¿Por qué no cambias de trabajo?

—Mi trabajo me gusta, mamá. La mala suerte fue ser testigo de un asesinato, eso podía haberle pasado a cualquiera. Al fin y al cabo no soy una enviada especial a zonas de guerra, puedes estar contenta.

—Sí, vale; todo siempre puede ser peor. Pero no todo el mundo se hubiera puesto a investigar por su cuenta y a tocarle las narices a gente peligrosa —intervino Jay—. Intenta no volver a hacerlo.

—De momento voy a escribir una serie de artículos, mientras la policía y los agentes especiales acaban con el grupo mafioso. Más adelante, ya veremos. ¡Soy viral en las redes, familia! Eso no pasa cada día. A lo mejor ahora me dedico a ser *youtuber* y me hago famosilla —bromeó Cindy para quitarle hierro al asunto.

Estaban reunidos en el gran salón y Lana se dirigió a la cocina a buscar más bebidas. Había detectado algo extraño y conocía a su hija lo suficiente como para adivinar más de lo que dejaba ver. Por algo era su madre.

—Cindy ¿Me ayudas a traer más cervezas? —le preguntó a su hija, que se levantó para acompañarla.

Una vez solas en la cocina, su madre la acorraló.

—Ahora puedes explicarme lo que no has contado en el salón. Porque hay más, a mi no puedes engañarme —se a cercó y acarició su mejilla.

Quizá ese fue el detonante, o quizá la voz suave de su madre. Aquel nudo que no dejaba de crecer en su pecho la iba a ahogar si no lo deshacía de alguna manera; su liberación se convirtió en un llanto silencioso, en una cascada de escape de esas emociones encapsuladas que necesitaban aire.

Se abrazó a su fuente de consuelo. Su madre le acarició la espalda y la acunó como cuando era una cría. Dejaron pasar los minutos, mientras las conversaciones lejanas del salón les llegaban atenuadas.

—Hay dos cosas que me pesan como el plomo, mamá. No me juzgues, por favor... he matado a un hombre y me he enamorado de Walter.

—¡Vaya! Te diría que la primera no tiene solución y que, si lo has hecho, estoy segura de que era porque tu propia vida estaba en peligro. No creas que voy a juzgarte por ello —su madre le hablaba bajito, al oído—. La segunda debería ser motivo de alegría,

enamorarse es algo bonito. Supongo que si estás llorando por ello, es porque no es correspondido ¿no? Algo ha salido mal.

—Todo ha salido mal. Un día le dije que lo quería y no respondió. No volví a hacerlo.

—Eso no significa demasiado, no todo lo que se siente se convierte en palabras. ¿Has hablado de esto con él?

—No, y no creo que lo haga. No quiero que se sienta coaccionado. —Cindy levantó la vista y se restregó los ojos—. Perdona por este estallido, ya sabes que no suelo ser así.

—Tranquila, era algo que necesitabas. Y en cuanto a Walter, será lo que tenga que ser, no le des más vueltas. Haz tu vida, cariño. Como si él no te la hubiera complicado.

—Eso voy a hacer —Cindy lo dijo con mucho mas convencimiento del que sentía—. Aunque hay algo más… no sería imposible que estuviera embarazada.

—Bien —su madre la miró como si no acabara de dejar caer una bomba— en ese caso tendrás todo nuestro apoyo, ya deberías saberlo.

*****

Llegó el día de Acción de Gracias y disfrutaron de los platos típicos: pavo asado acompañado de salsa de arándanos, puré de patatas y judías verdes cocidas. Entre los hermanos habían preparado el postre y probaron tres tartas: de pacanas, de manzana y de calabaza. Comieron y bebieron como cada año por esas fechas: en exceso. A Cindy le sentaron bien esos cuatro días con la familia. Sin ser consciente de que los necesitaba, le habían dado lo que más falta le hacía: calor, hogar y cariño. Un chute de energía para volver a su vida con más fuerzas.

El momento doloroso llegó con un mensaje de Walter.

«*Supongo que estás pasando estos días con tu familia. Te echo de menos y espero que estés bien. No has contestado a mis llamadas y me gustaría quedar contigo cuando vuelvas a Nueva York. Feliz día de Acción de Gracias. Walter*»

Cindy leyó aquel mensaje muchas veces. Lo memorizó sin querer. «*Te echo de menos*» se quedó grabado a fuego en su mente. ¿Significaba algo más que lo que decía el diccionario? «*Me gustaría quedar contigo*». ¿Era conveniente que volvieran a verse? No lo sabía. Pasar página o revivir su historia. Decidió vivir al día y elegir según le saliera en cada momento. Eso haría.

Jay y Amy intentaron que volviera a Portland con ellos, pero Cindy decidió que necesitaba reiniciar su vida de nuevo, volver a empezar. Ojalá no fuera tan difícil.

Buscó un vuelo de Boston a Nueva York y anunció a su familia al completo que iba a volver a la normalidad. Quería hacer borrón y

cuenta nueva, volver a su piso y a su trabajo y dejar atrás los malos momentos.

A Walter le envió una respuesta escueta en la que le informaba a partir de qué día volvería a estar en su piso y que retomaría su trabajo y su vida habitual. Pensó que era suficiente y que, si quería algo de ella, ya se lo haría saber. Las falsas esperanzas habían desaparecido.

*****

Cindy llegó a casa y las primeras horas no fueron buenas. Llamaron a su puerta y resultó ser una agencia de paquetería que le llevó a casa todas las cosas que tenía en casa de Walter: su ropa y su neceser, su portátil y algunas carpetas con temas de trabajo. Se le cayó el alma a los pies, hasta que descubrió una nota dentro del neceser. Era de Walter.

«*Voy a estar fuera durante un tiempo indefinido, tenemos mucho que hacer en el trabajo para desmantelar al grupo de Vasili al completo. Pensé que podías necesitar tus cosas. En cuanto vuelva a Nueva York iré a verte. Walter*.»

Sí, había una nota bastante fría, o eso le pareció. También tuvo la impresión de que se la estaba sacando de encima. Estar lejos de Nueva York le daba la ventaja de no tener que dar la cara. No tenía que mirarla a los ojos y decirle adiós. Eso era un alejamiento poco sutil y el adiós llegaría con él. La visitaría no se sabía cuándo, le daría algunas excusas baratas para distanciarse aún más y le diría que lo suyo no podía llegar a ningún sitio, como hizo con aquella chica… Mary. Pero ella estaba preparada. Sabía de antemano lo que iba a pasar y debía empezar a protegerse para que no doliera más de lo que ya lo hacía. Porque dolía.

Habían convivido solo unos días, pero no había sido una relación. Tuvieron un acercamiento y estaba claro que se habían deseado mucho y bien. Pero esas cosas pasaban cada día. Si ella había caído de bruces al cruzarse en su camino, era su problema. Se levantaría y seguiría andando sin mirar atrás.

Con sus intenciones bien definidas y claras, resolvió centrarse en su trabajo. Tenía mucho que escribir y quería llegar a los corazones de la gente, despertar sus conciencias, no dejarles indiferentes. Iba a centrarse en eso.

*****

Walter había salido de Nueva York hacía unos días. Antes de viajar al mando de un grupo de operaciones especiales, estuvo desarticulando varios de los clubs de la ciudad.

Las pruebas que habían conseguido en los ordenadores de aquella

inmensa nave, les habían dado acceso a numerosas detenciones y Walter quiso estar en una, especialmente: en la redada que tuvo lugar en el *NY Strip Club*. Cuando una noche entraron armados en el local, el camarero reconoció a Tom Wolfe. Walter le sonrió y lo detuvo antes de que huyera, estaba metido hasta las cejas. Vaciaron y precintaron el local, hicieron las detenciones y liberaron a las chicas. Hubo varios heridos que habían decidido plantar cara y les salió mal. Walter buscó a Nadia y la encontró escondida en uno de los baños.

—¿Me van a detener? —preguntó la chica, asustada.

—Hemos venido a detener a los proxenetas y los mafiosos —le contestó Walter—. Ya no tendrás que trabajar más para ellos. Os llevaremos a un centro de acogida, vais a tener ayuda, Nadia. No estarás sola. Hay varias ONG dispuestas a echaros una mano.

La chica se le abrazó llorando y le dio las gracias. No sabía que sería de su vida a partir de aquel momento, pero tenía claro que no podía ser peor.

Aquellas operaciones se convirtieron en una de las mayores actuaciones policiales y judiciales del país. No todo se reducía a Nueva York. Los tentáculos del grupo mafioso se habían extendido a los estados vecinos. Tenían datos de locales y clubs de Vermont, New Hampshire, Massachusetts, Pensilvania e incluso Virginia. Estaban en contacto con la policía y el FBI del resto de estados y sobre todo con el ICE, la principal agencia federal encargada de la lucha contra la trata de personas. Walter quiso asistir con su grupo a muchas de las redadas que se prepararon en secreto para no alertar a los delincuentes. Tras aquellos tres años de hacerse pasar por un cliente de la mafia, necesitaba resarcir su necesidad de venganza. Vasili estaba muerto, pero tenía toda una corporación a sus espaldas y no quería que quedara piedra sobre piedra. Deseaba ver el derrumbe total de aquella camorra.

Lo más duro fue encontrar en algunos supuestos almacenes, propiedad de las empresas fantasma de Vasili, a chicas escondidas recién capturadas y que se encontraban a la espera de destino para prostituirlas. Fueron muchas y estaban muy asustadas. Cuando las liberaban no acababan de creerlo. Las habían engañado con falsas promesas y las invitaban a abandonar sus hogares a cambio de supuestos trabajos rentables. Al final era prostituirse o, si tenían suerte, un trabajo miserable en una fábrica, granja o similar. Trabajos forzosos. Muchas de ellas no hablaban inglés y estaban indocumentadas. Cuando declaraban, confesaban que las habían amenazado con hacer daño a sus familias si escapaban.

Walter vivió esas semanas, que se convirtieron en un par de meses, como si estuviera viviendo la vida de otro. Supo que era un final, el cierre de una etapa, algo que había necesitado hacer. Pero también

tenía claro que iba a cambiar porque tenía nuevas necesidades. Cindy estaba dentro de su cabeza día tras día. Lo pensó. Creyó que quizá se diluiría con el paso del tiempo, pero se equivocó. Los mensajes eran escuetos, pero no quería decirle lo que sentía a través del móvil, sino en persona, cara a cara. No merecía menos.

No podía engañarse a sí mismo, nunca lo había hecho. La quería, estaba enamorado. Y, por extraño que pareciera, estaba pletórico. Tenía unas inmensas ganas de volver a ver a Cindy, de abrazarla, de besarla, de hacer el amor, de compartir su tiempo y su vida con ella.

En ese momento se hallaba en Virginia y había decidido que era el final de su viaje.

Necesitaba volver.

EPÍLOGO

Los artículos de Cindy, publicados en el *NY Independent*, estaban teniendo mucho éxito. Los acompañaron con videos, frases atrayentes y mensajes explícitos en las redes. Tenía mucha audiencia y Adam estaba exultante.

Todo parecía mejorar a su alrededor, excepto ella misma. Lo intentaba. Procuraba animarse, pero sus esfuerzos eran vanos. Para rematar su confusión, la ilusión que creía que le haría el hecho de no estar embarazada no fue tal. Le había venido la regla con puntualidad tras la marcha de Walter y se había puesto a llorar como una idiota. Aquello no tenía sentido, cuando lo lógico hubiera sido celebrarlo.

En teoría, Walter pasaría por su casa o se pondría en contacto cuando volviera a Nueva York. Habían pasado casi dos meses. Celebró las Navidades y el nuevo año con su familia en Boston, envuelta en un halo de tristeza que no engañó a nadie. Cindy no estaba bien. Después volvió a su rutina y había llegado a finales de enero sin darse cuenta. No es que Walter no hubiera dado señales de vida. Algunos escuetos mensajes, un «*te echo de menos*» que le dio vueltas en la cabeza durante varios días y aquella frase en su despedida: «*en cuanto vuelva a Nueva York iré a verte*»… No solía ser desconfiada, pero empezaba a dudar de que ese hecho se hiciera realidad.

Salió varias veces con su amiga Sara para distraerse, pero le costaba un mundo intentar hacer vida normal. Existían imágenes grabadas a fuego en su memoria. El hombre que mató, su secuestro, las bandas callejeras, Walter herido, su hermano en peligro… todo se mezclaba en sus pesadillas y su psicólogo le decía que tuviera paciencia. Los estados de estrés post traumático no se curaban de un día para otro.

Era consciente de que debería celebrar estar viva tras superar el peligro que había corrido. Pero no estaba para fiestas.

El piso en que vivía, en el que se había sentido tan a gusto desde que se trasladó, ahora le parecía demasiado silencioso y grande, a pesar de que sus metros cuadrados decían otra cosa. Si ponía música le entraban ganas de llorar y si empezaba a hablar sola se asustaba, como si se estuviera volviendo loca.

Solo conseguía centrarse cuando estaba en la redacción. Echó una ojeada a algunos retazos de sus últimos artículos.

«*…Los desgarradores testimonios de las víctimas describen el modus operandi de algunas de estas mafias: las chicas eran engatusadas, embarazadas, para después ser amenazadas con que, si no se prostituían en Estados Unidos, lastimarían a los menores que se quedaban en su país de origen. La mayoría son de países eslavos y también de México… Oxana Lisnic era de Chisinau, la capital de Moldavia…*»

«*…La mayoría de los individuos han sido detenidos en Nueva York,*

aunque también se han hecho redadas en otros estados. Los informes del Departamento de Justicia de Estados Unidos relatan que se han intensificado las capturas. Los traficantes llevaban a las mujeres a casas de seguridad, algunos de los integrantes de las mafias eran originarios de Moldavia, Bielorrusia, Serbia y Rusia…»

«*…La Fiscalía de Distrito Norte de Massachusetts aseguró en uno de los expedientes de tráfico sexual que las mujeres eran atraídas con promesas falsas, sometidas a violencia e intimidación y obligadas a mantener relaciones sexuales con innumerables hombres en EEUU. Buscaban mujeres "vírgenes", con tal impunidad que establecieron los burdeles para llevar a las niñas y jóvenes a prostituirse…*»

«*…Varios policías de seis estados han sido vinculados a una de las redes más grandes en Nueva York; se especializaron en llevar a niñas de México y de algunos países eslavos a Estados Unidos. Las niñas eran trasladadas a una residencia ubicada en Trenton, New Jersey, y a Connecticut, después a los encuentros con los hombres con los que serían prostituidas. A lo largo de varios años, la organización ha tenido una lista de clientes y clientes potenciales, a los que les ofrecían a las niñas…*»

Había escrito mucho sobre aquel tema y le sabía mal no darle a Walter el protagonismo que merecía. Pero se lo habían prohibido. Su nombre no debía publicarse. Dado su trabajo, podría ponerlo en peligro.

Su contacto en la policía seguía siendo Barlow. Le había preguntado más de una vez por Walter, pero el jefe de policía siempre contestaba con evasivas. Decía no estar al tanto de sus pasos ahora que estaba en una operación especial y se limitaba a transmitirle los datos que tenía. Estadísticas, los últimos avances y poco más. En su última comunicación por teléfono, sin embargo, le dijo que, en breve, el equipo volvería a la ciudad. Habían pasado tres días de esa conversación, pero Cindy había dejado de morderse las uñas. Debía hacerse a la idea de que el timbre de su casa no iba a sonar. Y, desde luego, ella no iba a correr tras él. Aún le quedaba algo de dignidad. O eso creía.

Justo cuando estaba pensando en ello, el timbre sonó, como si hubiera invocado que ese soniquete interrumpiera su silencio. Su corazón se paró un segundo y se alojó en su garganta. Tragó saliva con dificultad sin querer hacerse ilusiones. Casi nadie iba a visitarla a su casa y no tenía mucha relación con los vecinos. Se quedó paralizada en medio del salón. Volvieron a llamar.

Miró su reloj, eran las diez de la noche. ¿Quién podía acudir a su casa a esas horas? De pronto, tuvo miedo… ¿Y si seguía en peligro, sin saberlo? ¿Y si alguno de aquellos desalmados mafiosos se había librado y quería vengarse de ella por sus artículos? Su respiración se aceleró y dio unos cuantos pasos en silencio hacia la puerta. El timbre

volvió a sonar por tercera vez.

—¡Cindy! ¿Estás ahí? —escuchar aquella voz hizo que se llevara la mano al pecho debido a la impresión—. ¡Soy Walter!

Corrió hacia la puerta, olvidando sus reparos, y abrió de golpe con una ancha sonrisa luciendo en su boca y en sus ojos. Walter estaba allí, plantado en la entrada de su piso, más guapo que nunca y su mirada era… de genuina necesidad. ¿Por ella?

Se evaluaron el uno al otro, se miraron a los ojos y lo supieron. Sin palabras. Algo incorpóreo fluía entre ambos como una corriente continua, un hilo de conexión más allá de lo tangible, una atracción que desafiaba las leyes de la física, una certeza ineludible. Las palabras llegarían, pero no sería en ese momento. Sobraban y cualquier discurso hubiera sido estéril.

No supieron quién dio el primer paso, pero al instante siguiente se encontraron con la espalda de Walter apuntalando la puerta cerrada, los brazos de Cindy rodeando su cuello, sus piernas envolviendo su cintura y las manos de Walter sujetando sus nalgas. Sus bocas se buscaron ansiosas, sedientas de besos, hambrientas por evitar hasta un milímetro de distancia. Sus cuerpos pegados, necesitados, ardientes. Aquel encuentro se aceleraba por momentos sin haber dicho ni una palabra. Cindy pensó que hablarían en algún momento, pero que antes le demostraría lo que sentía por él. No sabía que los pensamientos de Walter iban por los mismos derroteros.

Querían demostrarse sus sentimientos, pero el deseo pasó a ocupar el primer lugar.

En los pensamientos de Cindy se desencadenó una tormenta; así estaba viviendo ese momento, como una tempestad de las que llegan y arrasan con todo. Pero le daba igual. Casi le parecía escuchar aullar al viento, el rugido de los truenos y vislumbrar el resplandor de los relámpagos. Walter dio algunos pasos a ciegas y aterrizaron en el sofá. Lo abrazó con fuerza y hundió las manos en su pelo largo. Él abandonó su boca para arrasar con su lengua la sedosa piel de su cuello. Cindy sintió que se ahogaba y escuchó su propia voz pidiendo más. Los músculos de sus brazos estaban tensos y ella los acariciaba.

Se arrancaron la ropa, que acabó esparcida por el suelo del salón y cuando sus cuerpos se unieron, casi dejaron de respirar. Por fin estaban juntos. Fue como llegar a la meta, como conseguir aquello largo tiempo ansiado. Walter no había visto jamás nada más bello que Cindy perdida en el placer. El ritmo creciente de sus caderas los acercó al límite y fue imposible de frenar. Las caricias se acrecentaron, los besos se intensificaron, la piel parecía llamear. Walter se colocó bajo ella y Cindy se dejó caer sobre su cuerpo, agotada y exhausta. Unieron sus frentes y abrieron los ojos. A la espera, valorando sus posibilidades. Había llegado el momento de las palabras y ambos lo

sabían.

—Hola, Walter —Cindy quebró el silencio, aún con la respiración agitada—. Me alegro de que hayas vuelto.

—No más que yo, te lo aseguro —Walter acariciaba su espalda y su sonrisa pareció llenarlo todo, aunque Cindy se encontraba insegura. Aquel no parecía el Walter de los escuetos mensajes y le daba miedo verlo emerger en cualquier momento.

—No has sido muy explícito en tus mensajes estos dos meses, no tengo muy claro lo que esperas de mi… bueno, aparte de lo obvio. —Cindy se incorporó y se puso la camiseta de Walter, mientras él la miraba sonriendo y se vestía con sus vaqueros. Por lo visto era el momento de poner las cartas sobre la mesa y él estaba deseando hacerlo.

—Con lo que acaba de ocurrir, yo creo que puedes hacerte una idea. No quiero que lo que voy a contarte suene a excusa, cariño —le comentó acariciando su mejilla— pero no es más que la verdad. Mi verdad.

Walter hizo una pausa, intentaba centrarse en todo lo que quería decirle a Cindy, en poner en orden sus pensamientos. Ella se mantenía a la espera imaginando que estaba en la cuerda floja.

—Han sido unas semanas infernales y, a la vez, muy satisfactorias. Como sabes, llevaba infiltrado como cliente del grupo mafioso desde hace casi tres años. Ha sido un tiempo muy largo y tedioso; a veces odioso y detestable. Tratar con esa gentuza te hace dudar de la raza humana en su conjunto. Necesitaba participar en las operaciones de detención de los delincuentes. He conocido a muchas chicas como Oxana y poder liberarlas ha sido lo que ansiaba conseguir. Pero se acabó.

—¿Qué quieres decir? —Cindy preguntó inclinando la cabeza, sin acabar de entender.

—Se acabó trabajar de infiltrado, creo que he pagado mi deuda y mi cuota de peligro. Necesito un cambio.

—¿Lo dices por lo que ocurrió con el cártel colombiano?

—Sí… y porque me urge cambiar algunas cosas. No quiero seguir estando solo. Desde que te conocí algo cambió. No negaré que me hayas enloquecido más de una vez con tus intromisiones, ni que no lo haya pasado fatal pensando en el peligro que corrías. Pero en todo ese tiempo no tenía claro que es lo que estaba pasando en mi interior, cual era la razón de que desbarataras mi vida entera. Ahora lo sé. Porque el día que matamos a Vasili, cuando te vi atada a aquella cama, me quise morir. Me di cuenta de lo importante que eres para mí. —Walter hizo una pausa y se acercó a besar los labios de Cindy—. *Nakupenda*.

—¿Qué has dicho? —Cindy frunció el ceño sin entender nada y

Walter se rio a carcajadas.

—¿Recuerdas que empecé a estudiar suajili para ver si así me escuchabas? Pues *nakupenda* significa te quiero en suajili.

—¿En serio? —Cindy se rió tambien, hasta que cayó en lo que le estaba diciendo Walter y se puso seria. Su corazón se había acelerado como un motor revolucionado.

—Dime que tú tambien me quieres y me harás el hombre más feliz del mundo... —Walter se estaba poniendo nervioso al ver a Cindy con aquella cara de haber visto un fantasma.

—¡Sí! —reaccionó, por fin—. ¡Sí te quiero! Pero... no tenía ni idea... yo... pensaba que te apartarías de mí, que te alejarías; de hecho, pensaba que ya lo estabas haciendo. Que esto era una despedida.

—No soy tan cabrón, cariño. Quería tenerte a mi lado, como ahora, para proponerte que vivamos juntos: cara a cara. No podía decirte a través de un mensaje todo lo que me haces sentir y que lo que quiero es estar contigo —agarró a Cindy y la sentó sobre sus rodillas— aunque te aviso que el piso que tenía hasta ahora, el que conoces, se lo ha vuelto a agenciar el FBI, pero el mío no está mal. O el tuyo, lo mismo me da.

—¿Estás seguro de esto, Walter? ¿No te estarás equivocando?

—Estoy seguro de que no, y quiero intentarlo si tu quieres. Quiero confiar en nosotros.

—Yo también —Cindy estaba feliz, aunque aún no acababa de creerse lo que estaba pasando—. Aunque confiar implica vulnerabilidad, Walter. Y yo lo soy contigo. Si seguimos juntos tendrás un enorme poder sobre mí y eso me da miedo.

—¿Qué quieres decir? —Walter frunció el ceño sin acabar de entender a Cindy.

—Solo que… la confianza crea un vínculo fundamental… y eso nos da la posibilidad de hacernos daño.

—Yo no quiero hacerte daño, Cindy. Lo que quiero es compartir mi vida contigo.

—Lo sé, pero si alguien puede hacerme daño eres tú, a eso me refiero. Creo que deberías saberlo.

—Lo sé perfectamente porque me ocurre lo mismo contigo.

Cindy lo abrazó y se emocionó al hacerlo. Walter buscó su boca y se besaron de nuevo, sabiendo que se tendrían día tras día, que no era un encuentro esporádico, que las cosas habían cambiado. Ella sentía el cosquilleo de sus dedos en la espalda dibujando espirales.

—¿No echarás de menos trabajar en operaciones peligrosas? —preguntó Cindy.

—Mi trabajo es una cuestión de elecciones, como casi todo en la

vida. Puedo hacer como hizo tu hermano; seguir trabajando en el FBI pero con casos menos peligrosos. He elegido vivir y no arriesgar la vida cada día. Sin embargo, amarte no era una elección.

Se besaron y se abrazaron, se mecieron uno en brazos del otro, susurraron palabras y se olieron en la piel. Y supieron que estaban viviendo un nuevo comienzo.

FIN

NOTA DE LA AUTORA

Para desarrollar la trama de esta novela, he tenido que buscar información sobre la trata de blancas y he encontrado datos que me han resultado escalofriantes.

La trata de personas es un problema mundial y uno de los delitos más vergonzosos que existen, ya que priva de su dignidad a millones de personas en todo el mundo. Los tratantes engañan a mujeres, hombres y niños de todos los rincones del planeta y los someten diariamente a situaciones de explotación.

Se han documentado hasta 225.000 víctimas de trata de personas en los últimos años. Casi tres cuartas partes de ellas eran mujeres y niñas y la mayoría tenían fines de explotación sexual. La mayor parte de las víctimas son mujeres adultas (49%), seguidas de las niñas, que representan un 23%. La explotación sexual es el principal tipo de explotación en mujeres y niñas, mientras que los trabajos forzados es el principal en hombres y niños.

Esto son datos y estadísticas, pero lo cierto es que la trata de personas, conocida hoy como la "esclavitud de siglo XXI", es un delito que atenta contra los derechos humanos vulnerando la esencia de la persona: su integridad física y psicológica, su libertad y dignidad.

Creo que en esta sociedad enferma, se siguen alimentando prejuicios tales como la creencia generalizada, e inculcada en las personas desde temprana edad, de que los hombres poseen derechos sobre el sexo femenino. Se legitiman las necesidades masculinas, se idealiza a la mujer como objeto sexual y se sigue fomentando la adquisición de los servicios sexuales por dinero.

Todos esos factores, y seguro que muchos más, son los que fomentan y perpetúan la trata de personas. Ojalá se consiga erradicarlos en un día no muy lejano.

A parte de estas notas, me gustaría aclarar también, que el nombre del barrio protagonista de esta historia *Brook Height,* es resultado de mi invención.

AGRADECIMIENTOS

Siempre leo atentamente los agradecimientos en las novelas que leo. Supongo que es debido a que sé de buena tinta que es un apartado difícil. Tras escribir casi trescientas páginas de una historia de ficción, llegas aquí y te quedas en blanco. No me entendáis mal: no es que no tenga nada que agradecer, ni que no sepa quiénes son esas personas a las que quiero dar las gracias. Al contrario. Es que son muchas personas y muchos los agradecimientos y se me acumulan en estas líneas en que siempre dudo si nombrarlos uno a uno o dejar salir las palabras en general.

Esta vez será en general. A mi familia al completo y en especial a mi hija. A todas mis amigas: las de siempre, las del trabajo, las del barrio, las de las redes, las amigas de las amigas…

Un enorme GRACIAS por vuestra fidelidad con mis novelas. Nunca hubiera imaginado que existirían personas que me preguntaran por mi próxima publicación.

Mención especial, como siempre, a mis Lectoras Cero por su paciencia y su dedicación, por ofrecerse a leer todo lo que escribo y por ser siempre tan proactivas y darme los mejores consejos. Ellas son:

—Anna de la Cruz, mi querida hermana, cuyo apoyo incondicional me anima siempre a seguir adelante.

—María L. Pardos, una escritora que admiro. Tengo la suerte de contar con su apoyo cada vez que publico, y de igual manera e a través de las redes.

—María José Moreno, mil gracias por estar siempre ahí para leerme y por tu confianza al ofrecerme tus preciosas novelas. Esperando la siguiente.

—Nina Vera, muchas gracias por tu apoyo y tu constancia en la lectura de mis novelas. Eres de las pocas que las ha leído todas y lo sigues haciendo.

—Marga Benavides, siempre dispuesta a ayudar, a leer, a comentar y a dar apoyo. Gracias por darme ideas fantásticas que han hecho mejorar esta novela en su conjunto. ¡Eres una magnífica lectora!

¡Muchas gracias a todas, sois las mejores!

Gracias también a los grupos de Instagram:

@descubriendoautores y @_descubriendohistorias y sobre todo a Laura Díaz, que es una gran organizadora, generosa y ocurrente, siempre pensando en promocionar y ayudar a los autores.

@autoresconectados un grupo donde las personas que escribimos (o lo intentamos), nos sentimos acompañadas y arropadas.

Y unas enormes y sinceras GRACIAS a los lectores anónimos que le han dado una oportunidad a esta historia.

Os agradecería muchísimo, dedicarais unos minutos para dejar vuestros comentarios a este nuevo libro, que podéis reseñar en

Amazon, en **Goodreads** y en **Instagram**, no imagináis lo importantes que son las reseñas para dar visibilidad a nuestro trabajo.

O si lo preferís podéis escribirme, prometo contestar:

—email: elenacruzm62@gmail.com

—Instagram—> @elenacruzmar

¡Animaos a comentar y valorar mis escritos! ¡Millones de gracias! **Es de gran ayuda para los escritores independientes.**

Estos son mis 18 libros, autopublicados en Amazon:

Bilogía EN PAPEL
—1. EN UN TROZO DE PAPEL
—2. UNA CARTA EN MI BUZÓN

Trilogía GALWAY—SNOWSHILL
—1. LA MAGIA DE LOS PEQUEÑOS MOMENTOS
—2. LA MAGIA DE TU MÚSICA
—3. LA MAGIA DE TU RISA

Trilogía Nuestras Vidas
—1. MI MEJOR ACTUACIÓN
—2. MI MEJOR BAILE
—3. MI MEJOR ELECCIÓN

Serie Intrépidos
—LA TRAMPA
—LA BÚSQUEDA

Libros Independientes
—OTOÑO 2016
—SUEÑOS CUMPLIDOS
—LAS CENIZAS DE LA MENTIRA
—UN JUEGO PELIGROSO
—A SEIS GRADOS DE SEPARACIÓN
—UN DÍA DE ESTOS…
—PERDIDA EN EL OLVIDO
—TRES MÁS TRES